

FUERTES HEROÍNAS LIBRO 6

The background of the cover is a romantic illustration of a man and a woman in a medieval setting. The woman, on the left, has long, wavy red hair and is wearing a dark red dress. She is looking up at the man. The man, on the right, has dark curly hair and is wearing a grey hooded cloak over a red and white tunic. He is looking down at the woman. They are standing on a rocky shore with the ocean in the background. A seagull is flying in the sky above them. The title text is overlaid on the bottom half of the image.

La Novia Escocesa
DEL PRINCIPE
CATHY & DD
MACRAE

LA NOVIA ESCOCESA DEL PRÍNCIPE

Fuertes Heroínas

Libro 6

Por Cathy & DD MacRae

DEDICATORIA

Dedicado a todos los que buscan su «felices para siempre».

Contenido

[LA NOVIA ESCOCESA DEL PRÍNCIPE](#)

[DEDICATORIA](#)

[Palabras de Interés](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Epílogo](#)

[Nota de las Autoras](#)

[Agradecimientos](#)

[BIOGRAFÍAS Y ENLACES DE LAS AUTORAS](#)

Palabras de Interés

Palabras armenias:

- *Astvats Giti*: «Dios sabe»
- *Hrazhest*: adiós

Palabras persas:

- *Sardar*: un título de nobleza que denota a un príncipe, noble o aristócrata
- *La*: no

Palabras en francés normando:

- *Fils de pute*: hijo de puta
- *Le chiot*: cachorro
- *Ma belle*: preciosa
- *Mon ange*: mi ángel
- *Mon Coeur*: mi corazón; describe un amor profundo

Palabras normandas:

- *Harousse*: caballo viejo/yegua (del nórdico antiguo *hross* el cual significaba caballo/yegua)

Palabras nórdicas:

- *Donansgeir*: la roca de Donan
- *Eyrr*: banco de arena o pequeña lengua de tierra que se adentra en el mar
- *Erryhús*: casa en una lengua de tierra que se adentra en el mar – la casa larga en Hola
- *Fálki*: halcón
- *Freya*: nórdico para Señora, Dama
- *Hola*: agujero o cavidad, agujero en las rocas
- *Hús*: casa
- *Langskip*: barco largo
- *Steðja*: detenerse, asentarse

Palabras escocesas:

- *Bawheid*: idiota, tonto
- *Bowsterous*: bullicioso, feroz, ruidoso
- *Daftie*: un idiota
- *Dirdy-flitcher*: una mariposa
- *Dreicht*: sombrío, lúgubre, gris, miserable, deprimente, carente de sol
- *Gey wheen*: gran cantidad
- *Gie*: dar

- *Guid*: bueno
- *Hauld yer wheesht*: cállate; deja de quejarte
- *Peelies*: cangrejos que están mudando sus caparazones; son vulnerables a los depredadores en esta etapa
- *Peerie-weerie*: una criatura diminuta
- *Ramscallion*: un canalla travieso, un bribón juguetón
- *Skaithed*: herido, lesionado
- *Skunner*: una persona despreciable, terrible
- *Snell*: un clima muy frío, amargo, que se siente hasta los huesos
- *Sump*: cuando la lluvia cae con fuerza e ímpetu
- *Tottie*: diminuto
- *Twa*: dos

Palabras gaélicas:

- *Machair*: una llanura baja y fértil que se encuentra en las costas de Irlanda y Escocia, particularmente en las Hébridas
- *Mar*: gaviota; un barco MacLean
- *Muinnitir*: ‘gente’ o ‘pueblo’; se usa para describir ‘familia’ en su sentido más amplio.
- *Saorsa*: libertad; un barco mercante MacLean

Otras:

- *Mazer*: alguien que hace o elabora hidromiel
- *Cyser*: una mezcla de miel y jugo de manzana fermentados juntos
- *Maimones*: una sopa de ajo en Málaga
- *Almojabana*: tarta de queso en Málaga
- *Skerry*: arrecife o isla rocosa

Capítulo 1

Felipe de Antioquía, hijo de Bohemundo IV, fue una persona real. Escogido para desempeñar un papel en *La novia cruzada del Highlander*, llegó a ser más para nosotros que una víctima desafortunada de la política y la intriga cortesana. A primera vista, estaba destinado a encontrarse con su destino en las mazmorras del castillo de Sis. A medida que profundizábamos, queríamos saber, ¿Qué pasaría si...?

Costa mediterránea
Comienzo del invierno
Año 1224

—¡Deteneos!

El grito desde atrás resonaba en las rocas, acompañado por el susurro del acero contra el cuero y el trueno del grupo montado. Felipe urgió a su caballo a mayor velocidad. Rendirse no era una opción. A su izquierda y derecha, sus guardias se inclinaban bajos sobre sus caballos, decididos a superar a los hombres que los perseguían. Ya no quedaba espacio para charlas imprudentes, ni para las fanfarronadas de que llegarían a Trípoli. Toda la atención estaba en el peligroso camino por delante y en evaluar a los hombres que los perseguían. La ruta de Sis a Trípoli no solía estar plagada de tanto peligro, pero los bandidos no eran desconocidos. Sin embargo, si Felipe tuviese que apostar, lo haría firmemente por el barón Constantino. La oscuridad que había ocultado su partida del castillo de Sis ya no era su aliada, sino su enemiga, mientras aceleraban por el camino lleno de baches. La luz de las antorchas brillaba a lo lejos, marcando la ciudad adelante, burlándose de ellos con la promesa de seguridad.

«Si tan solo padre recibiese mi misiva. Si ha enviado hombres para ayudar...»

Pero Felipe sabía que la ayuda no llegaría. El camino por delante estaba en silencio. El fracaso se cernía sobre él, apretando como una soga física alrededor de su cuello.

«¡Soy el rey de Cilicia! ¡No tienen derecho!» La rabia ardía junto a la indignación por la injusticia. El gran barón Constantino, antiguo regente de la joven reina, la esposa de Felipe, no se preocupaba por nada más que por aumentar su propio poder. Y Felipe estaba directamente en su camino.

El corcel de Felipe tropezó, sus herraduras resonando sobre las piedras sueltas.

—¡Merde!

Como si respondiera a su irreverencia, su caballo se inclinó hacia adelante, cayendo abruptamente de rodillas. Felipe perdió el agarre y cayó sobre el cuello del animal, aterrizando con fuerza en el suelo compacto. Con un gruñido de esfuerzo, rodó y luego se levantó de un salto, cuerpo bajo, espada en mano. Una rápida mirada a su caballo le dijo que no sería de más utilidad para evadir la captura. Sus costados se hinchaban, cabeza baja, una pata delantera tanteando el suelo como si ya no pudiera soportar el peso.

Un dolor recorrió el cráneo de Felipe. Hizo una mueca y sacudió la cabeza mientras su visión se aclaraba. Cuatro hombres pasaron de largo. Giraron sus caballos en una nube de polvo y grava. Felipe sintió más que vio a sus guardias de confianza -Hugh y Juan, hombres que, como él, llamaban a Antioquía, no a Cilicia, su hogar- alinearse para flanquearle.

Capas arremolinándose alrededor de ellos como las alas de gigantescos pájaros negros, los

bandidos -si es que eso eran- rodearon a Felipe y sus hombres. La luz de la luna destellaba en el largo barrido del mortal *kilij*, las pesadas y curvadas hojas de los guerreros montados. Felipe se estremeció. Un solo golpe descendente lo cortaría con poco esfuerzo. Si él o incluso uno de sus hombres desfallecía, estaban condenados. Hizo un gesto de llamada con los dedos de su mano izquierda, los labios curvados en una sonrisa feroz.

Los hombres vestidos de negro se enfrentaron a Felipe y su guardia, los extremos de sus turbantes envueltos para ocultar las partes inferiores de sus rostros. La luz de la luna brillaba opacamente en las cotas de malla que protegían sus cuellos y hombros. Estos no eran bandidos comunes.

«Maldita sea». Resistió el impulso de intercambiar miradas con sus guardias. Felipe empuñó su espada de hoja recta, levantándola en una guardia alta. Hugh y Juan levantaron sus espadas a la altura de la cintura, despejando sus sillas, preparados para atacar.

Los bandidos cargaron lado a lado. Felipe se respaldó contra el flanco del caballo de Juan, manteniéndose cerca mientras sus hombres enfrentaban la carga. Por su parte, Juan esquivó un golpe destinado a cortarle la cabeza y contraatacó con un golpe que se hundió profundamente en el torso del bandido. Felipe bloqueó un ataque descendente y embistió con su hombro al caballo del enemigo, haciendo que se desviara hacia un lado. El jinete agarró las riendas con ambas manos, bajando su guardia. Felipe atravesó a su enemigo con su espada, luego lo empujó de la silla y montó el corcel. Seguidamente, Felipe hizo girar su caballo ante un grito de Hugh. Con la manga oscurecida por la sangre mientras luchaba valientemente contra los dos merodeadores restantes, Hugh estaba perdiendo rápidamente la pelea. Felipe levantó su espada para un golpe a la cabeza, luego cortó hacia abajo cuando el bandido levantó su guardia para parar. La fuerza del golpe de Felipe desmontó al hombre, el cual cayó torpemente sobre el duro y rocoso suelo y no se levantó. Poco después, Hugh despachó al bandido restante y luego se desplomó hacia adelante, sus heridas cobrándose su tributo.

—¡Juan, traed vino y vendas! —gritó Felipe mientras desmontaba para ayudar a Hugh a bajar.

Hugh lo apartó débilmente con la mano.

—Marchaos, mi señor. Os exponéis. Solo os retrasaré. —Hizo una mueca mientras Felipe le ayudaba a sentarse.

—No os dejaré morir en este lugar —gruñó Felipe—. No después de que arriesgasteis vuestra vida para protegerme.

Juan se arrodilló junto a ellos, colocando un frasco tapado en el suelo, junto con una tira de tela. Rasgó la manga de Hugh, exponiendo un corte profundo a lo largo de la parte superior del brazo del hombre. La sangre brotaba constantemente de la herida y se veía el blanco del hueso. La piel de Hugh ya aparecía teñida de gris. En ese instante, Juan sacudió la cabeza.

—Tenéis razón, mi señor. Debemos correr mientras tengamos la oportunidad. Antioquía está a solo unas pocas leguas de distancia.

—No lo dejaré morir solo.

—Entonces permitidme atender sus heridas y marchaos vos. Me aseguraré de que llegue al palacio de vuestro padre.

—Marchaos, mi señor. Juan me vendará y podréis enviar a los hombres de vuestro padre para escoltarnos de regreso.

Dividido entre la lealtad y el deber, Felipe pateó una roca con violencia frustrada y luego montó el caballo que había ganado en la batalla.

—Muy bien. Pero os mando a ambos que me sigáis tan pronto como podáis.

—Sí, mi señor.

Felipe guio su caballo hacia las sombras y apenas había avanzado una corta distancia cuando el sonido de caballos tronó detrás de él. Girando su montura, Felipe desenvainó su espada y se apresuró de regreso. De repente, una veintena de jinetes rodearon a Hugh y Juan, vestidos igual que los bandidos muertos, con las espadas apuntando a sus cabezas. Un hombre alto, de rostro anguloso y nariz afilada como el pico de un halcón, movió su caballo entre sus soldados. Sus ojos se entrecerraron con el más leve indicio de placer. Hizo un gesto hacia Felipe con la cabeza.

—Si se resiste, matad a los otros.

—Es propio de vos quedaros atrás y mandar a otros a hacer vuestro trabajo, Darius. Las acciones de Constantino os han contagiado. —Felipe escupió al suelo.

Darius agitó los dedos de una mano de manera aburrida y se encogió de hombros.

—Prefiero no ensuciar mis manos con ladrones como vos.

—¿Ladrones? Habéis confundido a vuestro hombre. —Felipe se sobresaltó, sorprendido por la acusación. Una mueca torció un lado de su boca—. Volved a vuestro amo. No tenéis autoridad sobre mí.

—¿Oh? —Darius asintió a alguien más allá del hombro de Felipe. El hombre sostenía el caballo cojo del lord con una mano, y una alforja de cuero en la otra.

—Encontré esto, *sardar*. —El soldado abrió la bolsa de cuero y metió la mano. La luz de la luna brilló en su mano al retirarla. Eran destellos de rojo y blanco, y un brillo de oro.

—¿Qué...? —Felipe sacudió la cabeza, pero la vista inesperada de las joyas confundió aún más su mente.

Darius sonrió con suficiencia, su actitud condescendiente enfureciendo a Felipe, como siempre lo había hecho.

—Os llevamos de regreso a Sis para ser juzgado, mi rey. —El título goteaba ácido desde los labios de Darius.

—¿De qué se me acusa? —exigió Felipe. Una sensación de vacío invadió su estómago.

—Pues, del robo de las joyas de la Corona de Cilicia, por supuesto.

* * *

Felipe se atragantó. El humo llenaba su nariz. Su pecho se contrajo violentamente, obligándolo a girarse de lado mientras arcaba. Además, el dolor le atravesaba la cabeza. Cerró los ojos con fuerza ante la agonía, y luego los abrió lentamente.

«Maldito sea Darius hasta infierno. Y malditos sean sus lacayos que me rompieron el cráneo».

A continuación, un par de botas desgastadas apareció en su visión. El hedor de inmundicia antigua e innombrable se elevaba de la paja podrida bajo su mejilla. Felipe estornudó, rodando de espaldas con un gemido. Dos hombres se erguían sobre él, uno a cada lado, fuertemente armados, con sonrisas maliciosas estirando sus labios sobre dientes amarillentos. Felipe se sentó lentamente y luego movió sus extremidades con cuidado, el tintineo de la cadena sobre el suelo confirmando su peor temor: estaba en prisión. Incluso si no estuviese encadenado, dudaba de sus posibilidades de rescate. Los infiernos subterráneos de Sis ofrecían poco en términos de supervivencia básica, y nada de escape. El recuerdo de su captura era vago en el mejor de los casos, pero recordaba la acusación -un cargo absurdo probablemente fabricado por el propio barón Constantino- de robar las joyas de la Corona. Una mancha más contra él en los corazones de su pueblo adoptivo. Era un forastero, casado con su reina de nueve años. Un matrimonio que

no había querido, pero su padre no le había dado elección. Como tercer hijo de Bohemundo IV, su vida era la de un peón político prescindible. Parecía que una vez más era prescindible.

—Levantaos.

La parte trasera de una lanza le pinchó la espalda, extendiendo la agonía desde donde una bota bien dirigida había conectado justo debajo de su cintura. Estaría orinando sangre durante días, si es que vivía tanto tiempo. Felipe se esforzó por levantarse con cuidado y se tambaleó inestablemente. Recuperó el equilibrio, pero las pesadas cadenas arrastraban sus muñecas y tobillos, dificultándole mantenerse en pie. De pronto, un grito resonó por el pasillo de piedra, rebotando huecamente a través de los giros y vueltas. El ruido estruendoso se elevaba desde las celdas que bordeaban el estrecho pasaje, aumentando en volumen. Felipe hizo una mueca y un hombre se detuvo ante la puerta de su celda, con su pesada capa ondeando a sus pies. El metal resonó cuando el carcelero introdujo una llave pesada en la cerradura y la giró, para así abrir la puerta. Un lacayo se lanzó adentro, sosteniendo una antorcha en alto. El resplandor dorado iluminó el rostro del visitante, pero incluso sin la luz, Felipe supo de inmediato quién era.

—Barón Constantino. —Felipe inclinó la cabeza en una demostración de burla social—. Qué amable de vuestra parte pasar por aquí. —Extendió las manos a la altura de su cintura, con las palmas hacia arriba—. Estoy un poco ocupado en este momento, pero estoy seguro de que se podría concertar una cita si deseáis regresar cuando no esté tan indispuesto.

—Impertinencia. —Constantino bufó con brillo en los ojos—. He soportado vuestras deficiencias durante demasiado tiempo. —Sus negros ojos se dirigieron a los hombres a ambos lados y su actitud se relajó, como si recordara que actuaba para una multitud de ávidos oyentes.

—El robo de las joyas de la Corona conlleva la pena de prisión. —Su voz, suave y aceitosa, alcanzaba cada oído ansioso—. Temo que la tolerancia del pueblo hacia vuestra arrogancia y vuestras acciones blasfemas contra la Iglesia Armenia ha llegado a su fin. A pesar de vuestro alto título, pagaréis la pena por vuestra mala conducta.

—Luché para proteger Jerusalén antes de ganarme mis espuelas. Condenadme por ser leal a la Iglesia Romana, pero no me llaméis ladrón común. —Felipe se enfureció. ¿Cómo se atrevía el barón a mancillar sus compromisos sagrados?

—Os tengo donde siempre os he querido desde el día en que llegasteis. No viviréis para ver el final de vuestra sentencia, esto os lo juro. —El barón Constantino dio un paso más cerca, sonriendo cada vez con más intensidad. Su voz siseó baja, destinada solo a los oídos de Felipe—. Gobernaré Cilicia, no os equivoquéis.

—¿Dónde está Zabel? Si la habéis dañado, os juro que... —Un nuevo enfado recorrió a Felipe. Rotó sus hombros, el movimiento haciendo sonar sus cadenas.

Si Constantino supiese que Zabel había aprobado la fuga de Felipe hacia Antioquía, ¿qué le ocurriría a ella?

—No temáis. La reina Isabel está completamente a salvo. ¿Pensáis que dañaría a mi pupila? Ha sido como una hija para mí desde que su padre murió, que Dios lo tenga en su gloria. —Constantino rio.

—Dejó de ser vuestra pupila cuando se casó conmigo —soltó Felipe, frustrado por la lucha de poder que había enfrentado en los últimos dos años.

—Eso causó dificultades. —La cabeza del barón asintió lentamente en señal de acuerdo. Acercó su cabeza lo suficiente como para susurrar al oído de Felipe—. Será bien cuidada. Mi hijo, Hetoum, siempre ha tenido cariño por ella. Creo que los dos, ambos de sangre pura de Cilicia y de la Iglesia Armenia, demostrarán ser una unión muy ventajosa.

—¡Es solo una niña! —gruñó Felipe cuyas manos se cerraron impotentes en puños. Zabel

nunca había sido una esposa para él, su edad lo prohibía, pero la había amado y protegido como si fuera su hermana.

—No siempre será una niña. No os preocupéis. Tenemos los mejores intereses de Zabel y Cilicia en el corazón. No os llorará por mucho tiempo. —El barón se encogió de hombros.

—¡Maldito seáis, Constantino! ¡Que os pudráis en lo más profundo del infierno! —rugió Felipe. Se sacudió contra sus ataduras. Enseguida, los guardias a cada lado le golpearon la parte trasera de las rodillas con las culatas de sus lanzas y cayó al suelo. En cuanto al barón, dio un paso atrás, en un gesto de burla que demostraba su superioridad.

—El pueblo de Cilicia se regocijará con vuestra muerte, Felipe. Claman por vuestra sangre. No hay amor por vos en sus corazones, no importa que una vez os hayan alabado y la alianza que trajisteis.

—Mi padre me vengará. —Felipe apretó los dientes.

—Oh, lo dudo. —Una mueca de satisfacción jugueteaba en los labios de Constantino—. Aunque puede que desee intentarlo. —Sus palabras llevaban una cualidad nostálgica, como si Constantino supiese algo que Felipe y su padre, el poderoso príncipe de Antioquía, no conociesen. El barón dirigió una mirada perspicaz a Felipe mientras se alejaba—. Disfrutad del tiempo de vida que os queda. La oración y la penitencia serían mi sugerencia. —Su voz, una vez más, flotaba por la prisión, piadosa y llena de pesar. Con un movimiento de su capa, se retiró. La antigua puerta de metal se cerró con estruendo tras él.

Una profunda y ardiente ira recorrió a Felipe. Lo que se le había pedido estaba fuera de su poder -o intención- para dar. No importaban las palabras floridas y promesas en su matrimonio y coronación, la idea de renunciar a su religión por la de la Iglesia Armenia le había ofendido. Felipe podría haber sido un mejor rey, quizás incluso un mejor esposo, pero incluso sus mejores intenciones habían resultado insuficientes. Zabel sin duda prosperaría mejor sin su esposo extranjero y sus maneras sospechosas a su lado. Su presencia, una vez aclamada, ahora solo dividía al pueblo. ¿Protegería realmente Constantino a Zabel? ¿Sería Hetoum, un joven más cercano en edad a Zabel y nacido y criado en Cilicia y en la Iglesia Armenia, una opción más sabia?

Felipe no había pedido la corona de Cilicia, pero pagaría el privilegio con su vida.

Capítulo 2

Castillo de Bridei, costa de Aberdeen
Principios del invierno, año 1224
Escocia

El perno golpeó el tronco del árbol con un satisfactorio ruido sordo. Maggie bajó la punta de la ballesta y colocó su bota en el estribo al frente del arma. Con un fuerte tirón hacia arriba, tensó la cuerda contra la nuez y colocó otro virote en la ranura. Miró con desinterés los pernos que sobresalían del tronco del árbol y los pocos dispersos en el suelo.

¿Cuántos lanzamientos imaginarios contra el conde serían necesarios para aplacar el filo de su ira?

Niveló la ballesta, colocando un pulgar en una ranura para alinear su puntería. La imagen del rostro de Ricardo flotaba sobre su objetivo improvisado. Al menos uno más. Tras disparar, apoyó el arma contra una roca y alcanzó su arco largo. Levantó su corta longitud, agradecida por el armero de su padre que había insistido en que tuviese un arco que se ajustara a su estatura. No es que fuese particularmente baja -especialmente para ser una mujer- pero el arco de casi dos metros de su padre había demostrado ser más de lo que podía manejar. Tras cambiar el carcaj sobre su hombro, lanzó las seis flechas en una sucesión tan rápida como sus pensamientos. «Los hombres no son justos. No seré derrotada».

Cuatro de las flechas se clavaron entre los pernos. Una yacía en el suelo a cierta distancia. La sexta se había perdido en la maleza. Sus hombros dolían. Al igual que su corazón. El fracaso de su matrimonio no fue por falta de atención. Lo había intentado. Las instrucciones de su madre sobre cómo ser una buena esposa aún resonaban en su mente. Maggie no había evitado nada e incluso había tratado de amar a su esposo. Aunque no le agradaba dejar su hogar en las Tierras Altas y convertirse en la esposa del conde de Mar, al principio él le había parecido bastante agradable, aunque a menudo un poco distante, y su padre deseaba la conexión. No obstante, durante el tiempo que habían estado casados, no le había dado hijos, y él había disuelto la unión. La enviarían de vuelta, usada, no deseada, y sin hijos. Para siempre avergonzada como una *estéril*.

* * *

La vista de Maggie desde su ventana hacia Minfur Burn cambiaba con las estaciones, y una vez más era un destello blanco de agua a través de hojas rojas y doradas. Un año. Había vivido en el castillo de Bridei durante un año y no tenía nada más que angustia y conflictos para mostrar. Un dolor demasiado familiar cerró su corazón, deteniendo su respiración. Apretó los puños, las uñas clavándose en sus palmas contra el dolor. A su alrededor, aunque pareciese tan distante como el propio arroyo, las mujeres se ocupaban empacando sus pertenencias. La mirada de Yvaine lanzaba dagas entre los hombros de Maggie, pero ella se negó a acobardarse ante el juicio de la mujer mayor. Maggie se apoyaba fuertemente en el conocimiento de que regresaba a su hogar. A su hogar en el Lago Lomond y sus queridas Tierras Altas, donde una vez más sería Maggie MacLaren, y no la esposa del conde de Mar.

«Dadme una buena razón para no encadenaros a una roca y dejaros para la marea».

Reprimió un escalofrío, reviviendo el horror de la semana pasada cuando Ricardo finalmente había refutado su matrimonio.

«Porque es un día de viaje hasta el mar y nunca habéis hecho nada ni siquiera ligeramente fuera de vuestra propia comodidad». Había querido lanzarle esas palabras, pero se contuvo. Su esposo -exesposo- rara vez había hecho algo que no le proporcionara una gratificación instantánea, o al menos la promesa bastante inmediata de placer. Y había demostrado tener un carácter implacable. Probablemente la llevaría a la costa, sin importar el costo para su comodidad, solo para demostrar que estaba equivocada.

«Un virote entre sus costillas habría...» Respiró profundamente contra el pensamiento. Un virote bien colocado no habría solucionado nada. Comprendía que él necesitaba un heredero. Sentía la falta de un hijo tan agudamente como sentiría la pérdida del aire para respirar. Tan vergonzoso como era ser enviada de vuelta sin hijos y no deseada, tenía que ser mejor que la vida a la que se había hundido una vez que Ricardo se dio cuenta de que sus esfuerzos en su lecho no habían producido un hijo. Sorpresivamente, un baúl de madera se cerró de golpe y Maggie saltó, luchando contra el miedo mientras se giraba, odiando la mirada de satisfacción en los fríos ojos de Yvaine.

—Mi hijo se ha librado bien de vos. Aunque, ¿por qué se molesta en daros paso de regreso a vuestro clan...? — Se encogió de hombros—. Habla bien de él, ¿no lo creéis?

Nada en el corazón de Maggie pensaba bien de Ricardo de Moravia en ese momento, así que se mordió la lengua para evitar una respuesta imprudente.

—Recordad mis palabras. No estará sin una mujer adecuada por mucho tiempo. —Yvaine levantó la barbilla.

«No, ha estado con muchas, adecuadas y no, durante semanas». Las amargas palabras colgaban del silencio en el aire. Sabía que Yvaine estaba al tanto de las numerosas aventuras de su hijo, pero estaba claro que ese día elegía ignorarlas. Maggie se recompuso. Le había dado otra razón para lanzar un virote de ballesta... aunque a un objetivo algo más al sur de su traicionero corazón.

—Le deseo todo lo que desee en esta vida —murmuró, forzando las palabras.

Las dos doncellas intercambiaron miradas animadas, anticipando con ansias una batalla entre la madre del conde de Mar y su exesposa, no lamentada. Maggie no lucharía. Había soportado el desdén de la mujer durante doce largos meses, dolorosamente consciente de que no cumplía con los estándares de Yvaine. Maggie era demasiado alta, demasiado robusta, para cumplir con las expectativas de la mujer mayor de una novia adecuada. Yvaine había deseado una hija por matrimonio delicada, esbelta y femenina, dispuesta a adular cada palabra de Yvaine. Maggie, con su manera franca y las amplias curvas que Ricardo alguna vez había admirado, quedó decepcionantemente corta.

—Deberíais haberos retirado tranquilamente al convento y vivir vuestra vida en penitencia por vuestro fracaso como mujer. Ricardo os habría mantenido. —Yvaine agitó sus dedos enojados con desdén, incitando a una discusión.

—Él habría apoyado mi silencio y alentado un voto de pobreza.

—Nadie os escuchará, y vuestro regreso a vuestra familia también ofrecerá una falta de comodidad similar. —Yvaine miró con desprecio desde su altiva nariz—. Dios no perdonará ni olvidará vuestro rechazo.

—Al menos mi familia me recibe con los brazos abiertos.

—Vuestro padre no os dará la bienvenida. Pensó elevar su posición casando a su hija con un conde. MacLaren es un jefe menor y siempre lo será. —Yvaine arqueó una ceja.

—Prefiero vivir como la hija de un jefe menor que como la esposa de un conde arrogante.
—El temperamento de Maggie se encendió.
—Y así será. —Yvaine sonrió, claramente complacida por haber provocado a Maggie.

* * *

El viaje a las tierras de MacLaren fue largo y se hizo más arduo por el casi absoluto silencio de los tres hombres y la doncella que la acompañaban. Pero el silencio y el desdén habían sido los constantes compañeros de Maggie durante semanas, incluso meses, y no podía negar el entusiasmo que sentía al dejar las colinas ondulantes de Aberdeenshire y acercarse a los imponentes picos de sus queridas Tierras Altas. El hogar significaba las montañas y las cristalinas aguas del Lago Lomond. El castillo de Bridei había sido el hogar del conde, nunca el suyo. Respiró hondo para calmar el anhelo. Había intentado hacerse un lugar en el castillo llamado así por el rey picto que construyó la iglesia en el sitio más de seiscientos años antes. Su antigua historia la llamaba, pero su gente no. El carro crujía y rebotaba sobre el sendero desigual, y Maggie añoraba el palafrén que había dejado atrás. Ricardo había sido amable con ella al principio, ansioso por agradar, y la había colmado de numerosos regalos, incluida una bonita yegua negra con patas blancas. Yvaine había insistido en que dejara todo atrás. Pelear con la mujer por unas pocas posesiones no le había atraído a Maggie. No lamentaba la pérdida de joyas y ropa lujosa, pero el incómodo bamboleo del carro le recordaba la pérdida de la yegua. Su mayor pesar era haber perdido la oportunidad de hacerse una vida y de tener los hijos que no había concebido. El conde no tenía uso para una esposa sin hijos.

Para cuando dejaron el mar cerca de Perth y comenzaron a viajar hacia el oeste y el sur hasta Stirling, las hojas otoñales, antes coloridas, se habían vuelto secas y quebradizas. Caían de las ramas con el viento y crujían bajo los cascos de los caballos. Cuando entraron en los valles boscosos y las colinas de los Trossachs, una capa de nieve cubría el camino y un manto blanco se extendía sobre Ben Lomond.

—Me alegraré de dejar estas montañas atrás —gruñó uno de los hombres. Encogió los hombros hacia adelante y ajustó su capa alrededor de su cuello.

—El invierno habrá llegado a Bridei para cuando regresemos —respondió otro, con disgusto en sus palabras.

Maggie controló la sonrisa que amenazaba con aparecer en sus labios. Solo un día más, quizás dos, y estaría en casa. Ya no temería que cada uno de sus movimientos fuese reportado a Yvaine o Ricardo. Ya no inclinaría la cabeza para apaciguar a quienes la rodeaban. Su corazón se llenaba de alegría con la vista de cada colina, cada valle, cada tranquilo y reluciente lago. Contuvo el jubiloso golpeteo de sus dedos. Estaba agradecida de que su escolta no la hubiese dejado -o vendido- en uno de los muchos pueblos y aldeas a lo largo del camino. Era imposible saber cuáles eran sus instrucciones, y aun si la abandonasen ahora, probablemente lograría llegar al castillo de Narnain por su cuenta. Su doncella se acurrucó más cerca del hombre que conducía el carro y metió las manos dentro de su capa. Este la miró, levantando las cejas, y luego sonrió. Ella rio y apoyó la mejilla contra su hombro. Por su parte, Maggie puso los ojos en blanco. Al menos alguien no dormiría con frío esa noche. No le importaba. Tal vez eso mantendría las quejas al mínimo. Quería disfrutar de este regreso a casa. Disfrutar de las altas sombras de las montañas y la luz del sol en los valles. E ignorar el temor que se acumulaba en su estómago cuando su padre la descubriera en su puerta y sus jactancias de tener un yerno conde se desmoronasen a sus pies.

Hombres. ¿Por qué daban tanta importancia a tales cosas? En realidad, ¿por qué lo hacían

también las mujeres? Desde sus primeros recuerdos, su padre había parlotado sobre sus planes para ella. A pesar de su preferencia por los senderos del bosque y su habilidad con las dagas, él eventualmente la había obligado a entrar en los salones del castillo y practicar con el bordado. Emoción y temor se apoderaban de su vientre, una combinación espantosa que le impedía dormir o comer. Su paciencia se agotaba a medida que los últimos kilómetros hacia el castillo de Narnain pasaban lentamente bajo los cascos de los ponis. Maggie finalmente perdió la batalla con la impaciencia y, agarrando su ballesta y el carcaj de virotes, saltó del carro.

—¡Eh! ¿Adónde creéis que vais? —El conductor levantó la vista.

Maggie lo silenció con un gesto de la mano. Con la cabeza alta, respiró profundamente el aire fresco y frío. Le picaba en las mejillas, le hacía llorar, aunque no sabía si era por la mordedura del invierno o por la quemazón de la anticipación. Ya no estaba constreñida por el peso de la decepción. Su corazón se sentía tan ligero como un pájaro en su primer vuelo. La independencia corría desenfadada sobre el miedo. Levantó sus faldas y se apresuró por el sendero. Doblando una curva, encontró la pequeña aldea de su nacimiento esparcida en el valle abajo. La vista la impulsó hacia adelante y, momentos después, el castillo de Narnain se alzaba sobre los árboles. Atemporal y formidable, y nombrado por Ben Narnain, la montaña de hierro, se aferraba a un peñasco que dominaba las tranquilas aguas. El carro crujía y traqueteaba detrás de ella. La gente levantaba la vista de sus diversas tareas. Los visitantes eran una rareza en este valle apartado. Al parecer, no encontrando nada amenazante en el carro de madera y los dos hombres montados, parecían perder el interés.

Maggie respiraba profundamente mientras se acercaba al castillo encaramado en la cima de una empinada colina. Había tenido poco ejercicio en el último año y lo sentía agudamente. Subía por el sendero con determinación, sus botas pisando la tierra compactada. De pronto, un grito sonó desde la cima de la colina. Alguien la reconoció. Una oleada de emoción revoloteó en su vientre. Los guardias asomaron sobre los muros, aumentando en número. Maggie sonrió, era su gente. Ellos la conocían y ella los conocía. Aceleró el paso, llegando a la puerta sin aliento, pero feliz. La puerta del castillo se abrió y una sombra se proyectó en el patio.

«¿Padre?» La aprensión le erizó la piel. Maggie se detuvo, esforzándose por mantener la calma. ¿Cómo la recibiría? No había tenido noticias de él durante varios meses.

La figura en sombra dio un paso adelante. Dugal MacLaren cruzó el patio con el borde de su capa ondeando a su paso.

—¿Maggie?

—Sí. Soy yo. He vuelto a casa. —Su corazón se aceleró. «Maldito Ricardo por no enviar aviso de mi regreso».

Capítulo 3

Calabozo del castillo de Sis
Cilicia, Costa Mediterránea
Dos días después

El brillo del agua resplandecía en las paredes del calabozo, un dorado reflejo de la luz de las antorchas que ardían en el pasillo. Sombras, negrura angular, se deslizaban entre los barrotes. El estómago de Felipe gruñó. El cuenco que había contenido el guiso rancio que le daban una vez al día yacía a un lado, acolchado en la inmundicia sin nombre del suelo. Desde una esquina de su celda, una rata asomaba la cabeza bajo la paja, con la nariz temblorosa. Felipe pateó al roedor, pero este se había acostumbrado a su presencia y no se apresuró a huir. Desviando la atención de la rata, Felipe pasó los dedos agarrotados por su sien, estremeciéndose por la sensibilidad que aún quedaba del golpe que los hombres del barón Constantino le habían dado dos días antes. El chichón, que antes tenía el tamaño de un huevo de gallina, había disminuido tal vez a la mitad. Aunque su visión casi había vuelto a la normalidad, su cabeza dolía con un dolor sordo y constante. Unos pocos días más en este laberinto olvidado de Dios y estaría demasiado débil para aprovechar cualquier plan de escape. El hambre y la sed le harían vulnerable a cualquier número de enfermedades que plagaban esos lugares miserables. Las toses desgarradoras que escuchaba de los otros prisioneros les agotaban la fuerza, dejándolos consumidos y al borde de la muerte. Había evitado los calabozos en el castillo de su padre por la desesperación y la desesperanza que había visto en los ojos de los prisioneros. ¿Cuánto tiempo más hasta que sus propios ojos reflejaran esa misma desesperación? Su tiempo se agotaba. Ya fuera por la mano de otro o por el paso del tiempo y el maltrato, pronto perdería la esperanza.

Rechazó la idea. No permitiría que su vida fuera descartada tan fácilmente. Su padre adoptivo le había enseñado a usar la mente para resolver problemas, a buscar soluciones más allá de la fuerza bruta. Así era como Donal MacLean, un escocés, mantenía su pequeño pero importante castillo en medio de la agresión sarracena. A pesar del dolor en su cabeza, Felipe volvió sus pensamientos a los planes de escape. El metal resonó a lo lejos, seguido de unos pocos gritos desgastados. No parecía que los hombres en la prisión de Sis tuvieran mucho vigor, ni esperanza. Momentos después, el ruido de pies sobre la piedra captó su oído. Alivio y sorpresa lo invadieron al ver la forma familiar de su sirviente. Esperaron mientras el carcelero desbloqueaba la puerta de la celda e indicaba a Pedro que entrara. Cerró y volvió a bloquear la puerta, luego se alejó por el pasillo, dejando a Felipe y Pedro solos.

—¿Cómo os encontráis, mi rey? —susurró Pedro.

—Me alegra veros con buena salud —replicó Felipe y extendió las manos, teniendo las cadenas atadas a sus muñecas, las cuales contaban su propia historia—. Temía que todos los que estaban a mi servicio fueran atravesados por espadas. Me alegra el corazón veros sano y fuerte.

—No soy más que un viejo, de poco interés para nadie. Mi reina ha sido muy generosa al colocarme a su servicio. Mi estatus está muy reducido, pero aún no temo por mi vida. —Pedro se encogió de hombros.

—¿Tenéis noticias de mi guardia? ¿Juan y Hugh?

—Lo siento. No he oído nada. —Pedro negó con la cabeza.

Felipe maldijo en voz baja. Temía que hubiesen dado sus vidas en la malograda cabalgata a Antioquía. Otro crimen más que atribuir a los pies del barón Constantino.

—Tengo esto para vos. —Pedro sacó un paquete envuelto en tela de debajo de su capa.

El olor a pan recién horneado contrajo el estómago de Felipe, casi le ahogaba con la súbita oleada de saliva en su boca. Ignorando el arrastre de sus cadenas, Felipe extendió las manos hacia la ofrenda. Pedro rápidamente la desenvolvió y partió el pan por la mitad. Apenas parando para respirar, Felipe devoró la fragante ofrenda. Tragó el último bocado con dificultad. Pedro sacó un pequeño frasco y le quitó el corcho. Con una sonrisa de agradecimiento, Felipe bebió el suave vino especiado y luego se limpió la boca con el dorso de una mano sucia.

—Solo tengo unos momentos más —susurró Pedro, mirando por encima del hombro al pasillo vacío—. Traigo noticias de la reina.

—Decidme. —Felipe permaneció inmóvil, el pan y el vino asentándose pesadamente en su estómago sobrecargado.

—El rumor es que no viviréis para ver un juicio.

Felipe asintió impacientemente. No había creído que Constantino lo arrastraría a una exhibición tan pública. No una en la que su padre, el poderoso príncipe de Antioquía, seguramente asistiría.

—Ella oyó una conspiración para que os matasen, aquí, en prisión. —Pedro se inclinó más cerca.

Felipe comprendió. Su carcelero y cualquiera que hubiese tenido contacto con él simplemente desaparecerían, y los detalles de la lamentable muerte del rey de Cilicia no serían confirmados ni desmentidos. El barón Constantino -y estaba seguro de que el barón estaba detrás de este complot- convenientemente se lavaría las manos del acto. Incluso si estallaba la guerra, Felipe seguiría muerto y ya no sería rey.

—Ella está angustiada. Prometí que os traería noticias. Aunque no sé qué se puede hacer.

—¿Está bien? ¿No le han hecho daño?

—No. El barón Constantino la trata como a una hija y ha tratado de apartarla de su preocupación ofreciéndole golosinas y abalorios.

—Tiene solo nueve años, pero también el corazón de una guerrera. Los dulces y los tesoros no serán suficientes.

—Decís verdad, mi rey. Ella es una flor especial.

—Nunca tuve la intención de dejarla. Pensé que... —soltó una breve risa despectiva—, apenas importa, pues parece que pronto dejaré esta vida, y lo que haga ya no la afectará. Os agradezco por informarme sobre ella. Saber que está siendo cuidada ayuda de alguna manera. En cuanto al complot para matarme... Debo pensar en esto. Permaneced alerta.

—El barón habló de veneno. Una muerte violenta plantearía demasiadas preguntas. El envenenamiento puede parecer muchas cosas.

Felipe asintió. El veneno podía imitar muchas muertes, y ¿quién podría decir que Felipe no había simplemente muerto de su herida en la cabeza, o de la culpa por su supuesto robo? Demasiadas preguntas quedarían sin respuesta. Y solo una persona sería necesaria para colocar el veneno en su guiso. Una persona que probablemente no viviría para contar la historia. Pedro bajó la mirada. Cambió su peso de una bota a la otra como si estuviera sopesando sus pensamientos.

—Por favor, Pedro. No dudéis. —La gravedad atrapó las palabras. Aclaró su garganta—. Si tenéis más en mente, este es el momento de decírmelo.

—Mi rey, os ayudaría a escapar si pudiera. Temo que el camino desde aquí hasta fuera del castillo esté lleno de peligros, y liberaros de esta celda y vuestras cadenas es solo el comienzo.

Un escalofrío de desesperanza amenazó a Felipe. Solo le brindaba un leve consuelo saber que su joven esposa se interesaba por su bienestar, pues ella era demasiado fácilmente controlada por el barón, y la voz de una niña de nueve años, aunque fuera la reina, importaba poco. La única otra persona preocupada por él era Pedro. Felipe no estaba seguro su edad, pero había tenido el cabello blanco cuando él y Felipe llegaron a Cilicia dos años antes, y su forma frágil y hombros encorvados no inspiraban confianza.

Poco más que una mirada bastaba para darse cuenta que las mazmorras bajo el castillo de Sis eran inexpugnables. Los túneles y escalones estaban tallados en la misma piedra de la montaña, y resonaban con los gritos de aquellos muertos hace mucho tiempo. Hombres que claramente habían estado prisioneros durante años poblaban las diminutas celdas sin ventanas que bordeaban el pasaje principal. No tenía conocimiento de cuán profundo había sido enterrado en esta vasta prisión bajo el castillo, pero sospechaba que su celda no estaba cerca de la superficie.

—No puedo quedarme de brazos cruzados... —Felipe se interrumpió. Sus palabras resonaron en la fría piedra y sus muñecas y tobillos sintieron el peso de sus grilletes. Poco podía hacer excepto quedarse de brazos cruzados—. *¡Merde!* —sacudió sus cadenas, con los puños apretados. Giró, moviéndose dentro de las limitaciones de sus grilletes. «Tres pasos. Girar. Tres pasos de vuelta». —¿Cuáles son mis posibilidades de escape? —Sacudió la cabeza para detener la respuesta de Pedro. No era la pregunta que había querido hacer—. ¿Cuáles son los puntos más débiles en el plan del barón? ¿Cómo puedo usar esto a mi favor?

—Si el envenenador falla en su trabajo, si lo hace de manera incompleta... —Pedro se encogió de hombros.

—No se negará. No puede. Si no muero, toda su familia estaría en riesgo. —Felipe lo interrumpió con un gesto de la mano.

—Bastante cierto. —Lanzó a Pedro una mirada penetrante.

—¿Y si hubiera un antídoto para el veneno?

—Primero tendría que saber qué planea usar. Suponiendo que pudiera hacerlo, ¿qué haríais entonces? Simplemente lo intentarían de nuevo.

Felipe se quedó quieto. Una voz de su juventud se deslizó en su mente. Una joven que una vez había amado, antes de que el destino los obligara a seguir caminos separados. Ella había estado fascinada con las artes oscuras de la Orden de los Asesinos, relatándole en más de una ocasión el sutil arte de los venenos.

«Son cosas complicadas, los venenos. Lo que parece no tener efecto en una persona puede causar un daño irreparable, incluso la muerte, en otra. Conocemos muchos venenos de los que nadie se recupera. Pero hay otros con reputaciones más siniestras».

El recuerdo de cabello negro y ojos almendrados le golpeó el estómago como un puñetazo directo. ¿Por qué recordar a Arbela en un momento como este? Ella había dejado Tierra Santa hace años, y era improbable que sus caminos se cruzaran de nuevo. Había aprendido a apartarla de su mente. O eso pensaba. Sin embargo, recordaba la forma en que sus ojos se iluminaban al hablar de sus hallazgos. Una pasión que una vez había anhelado que se volviera hacia él antes de saber de su destino de casarse con Isabella. Era su ferviente deseo que la vida de Arbela tomara un rumbo muy diferente al suyo.

«Acónito. Una hermosa flor con forma de capucha de monje. Su nombre proviene de un antiguo pueblo en el norte, una vez llamado Akonai. Se dice que la cueva allí es la entrada al Hades y está custodiada por un perro Molosso, un animal robusto y feroz entrenado para el combate. Se dice que es de su saliva de donde crece la flor venenosa».

Qué típico de Arbela sentirse fascinada con tal historia.

¿Acónito? Felipe escudriñó su memoria para recordar la planta. ¿Capucha de monje? Sus labios se afinaron. Apretó el hombro de Pedro.

—Escuchadme. Creo que puedo tener una oportunidad, aunque sea mínima. Necesitaré vuestra ayuda. ¿Puedo contar con vos?

—Con mi vida, mi rey.

* * *

Felipe paseaba por el suelo, la basura desgastada bajo el rastro de sus pies descalzos. No creía que Constantino desperdiciara mucho tiempo poniendo en marcha su plan. ¿Sería capaz Pedro de hacer lo que se requería de él? Tanto descansaba sobre los hombros de un anciano. Habían pasado dos días. Al menos, así lo creía Felipe. El tiempo dependía del horario de su única comida, y esta había llegado dos veces desde que Pedro se marchó. Una vez, entre cuencos de estofado fétido, llegó una hogaza de pan, y Felipe incluyó una petición de bendición especial para el anciano en sus oraciones esa noche. En ese momento, se escucharon pasos en el pasillo. Alguien arrojó su cuenco contra la puerta de su celda, y el consiguiente estruendo resonó en las paredes de roca. El guardián gritó, una orden irritada para que cesara el alboroto. Réplicas desganadas siguieron y luego se desvanecieron. Una sombra se proyectó en la celda de Felipe. El metal resonó al desbloquearse la cerradura, y Pedro se deslizó dentro. Sus ojos se encontraron con los de Felipe, formulando y respondiendo preguntas silenciosas mientras los pasos del guardia dejaban de escucharse.

—Tengo lo que me pedisteis. —La mirada de Pedro se volvió preocupada mientras desenvolvía un paquete que sacó de una bolsa bajo su capa.

Felipe miró fijamente la pequeña botella, el resplandor verde esmeralda del vidrio cálido en la mano de Pedro. Este último cerró sus dedos alrededor del frasco.

—Mi rey, si hubiera otra forma...

—Sin una llave para mis grilletes y un ejército para ayudarme a luchar hasta la superficie y luego hasta Antioquía, temo que no la hay.

—Esperad un poco después de que me haya ido antes de beber esto. —Pedro dudó y luego asintió una sola vez, entregándole el frasco a Felipe.

Felipe asintió. No deseaba involucrar más a su criado en esta farsa de lo necesario.

—Es una mezcla horrible, aunque se intentó mejorar el sabor. No os demoréis en beberlo. Y os pido disculpas, pero no olvidéis destruir el frasco una vez consumido el veneno.

—Así lo haré.

—Podéis experimentar náuseas, casi definitivamente un hormigueo en los brazos y piernas. Si esto funciona, la mujer Lusine os preparará para el entierro. Se puede confiar en ella, y le he dado algunas monedas de plata para comprar su acuerdo para ayudar. —Inclinó la cabeza, una mirada irónica dibujando sus labios hacia un lado—. Un sonido de sorpresa o angustia de su parte una vez que hayáis resucitado arruinaría el plan.

Felipe respiró temblorosamente, girando el frasco verde en su mano. Pedro le tocó el brazo.

—Mi rey, si hubiese *alguna* otra forma —suplicó Pedro—, por favor, decídmelo. Mi vida está a vuestro servicio.

—No. Para bien o para mal, tomaré esto. No sucumbiré al plan de Constantino. Si muero, será bajo mis propios términos, no los suyos.

—Entonces, esperaré noticias.

—Por favor, aseguraos que la reina no sepa que sigo vivo. No puedo quedarme aquí, y ella

debe ser libre para seguir la vida que tenga por delante.

—Haré lo que pueda para consolarla, sin revelar vuestro secreto. Insistiría en venir con vos, y ambos moriríamos. No permitiré que eso suceda.

—Gracias. Que vuestra vida esté llena de paz. —Felipe miró resueltamente a Pedro.

—Y la vuestra también. Hasta que nos volvamos a encontrar, mi rey. —Pedro inclinó la cabeza. Se dio la vuelta y llamó al guardián. Por su parte, Felipe deslizó el pequeño frasco en la cintura de sus pantalones sueltos, tirando del borde raído de su túnica para cubrir cualquier indicio de abultamiento. El guardián liberó a Pedro de la celda y sus pasos se desvanecieron rápidamente.

Felipe miró el cuenco cerca de la puerta. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que el asesino de Constantino deslizara veneno en su estofado? ¿Podía arriesgarse a otra comida? No había podido comer la comida proporcionada por el guardián desde que Pedro le habló del complot en su contra. Su estómago se retorció. El pensamiento de forzar incluso un bocado del asqueroso brebaje amenazaba con provocar una náusea. Mejor anticiparse al golpe del asesino que esperar. Sacó el frasco de sus pantalones y se refugió en la sombra del marco de la puerta. La prisión estaba en silencio, excepto por el susurro de las ratas en la paja y la tos húmeda de otro prisionero a unas pocas celdas de distancia. Enseguida, destapó la botella y se la llevó a los labios. Con un rápido giro de muñeca, lanzó el contenido hacia atrás, arcando ante el sabor amargo. Su estómago se retorció en protesta, pero mantuvo el líquido adentro. Moviéndose lo más que permitían sus cadenas, dejó caer el frasco y, utilizando un trozo de mampostería caída, lo trituró hasta convertirlo en polvo y lo esparció entre la paja. A continuación, se puso de pie, sintiéndose mareado de pronto. Un entumecimiento comenzó en sus dedos y rápidamente se extendió por sus brazos. Sus piernas se debilitaron y jadeó ante el lento latido en su pecho. Eligiendo un lugar cercano a la puerta de su celda, se sentó en el suelo desnudo. Su respiración se volvió trabajosa y su barbilla cayó sobre su pecho. Felipe se desplomó de lado y luego rodó hacia adelante, boca abajo, sobre la piedra.

Capítulo 4

Castillo de Narnain
Lago Lomond, Escocia

—¡Pobre corderito! ¡Pensar lo que habéis soportado a manos de ese hombre miserable! — La madre de Maggie se llevó las manos al pecho, la consternación redondeaba sus ojos.

—Estoy en casa ahora, madre. No deseo hablar de ello. —El consuelo que Maggie había esperado parecía asfixiarla en lugar de aliviarla.

—No es que no apreciemos que estéis... en *casa* con nosotros... —Janneth revoloteaba, buscando las palabras adecuadas—. Sin embargo, esperábamos que... no volvierais a casa.

—No tenía otro lugar adónde ir, madre.

—Vuestro padre dijo que el conde os ofreció... enviaros... ¿No os habríais sentido cómoda en el convento?

—No. —La sangre de Maggie se heló.

—¡Ay, Maggie, no es que no os queramos, pero vuestro padre se esforzó mucho por vos! Y ahora todos sus planes se han ido. ¡Para siempre! —Su madre la miró fijamente. El silencio se extendió entre ellas. Al fin, su madre respiró bruscamente y chasqueó los dedos en el aire como si se deshiciera de algo ofensivo. Se acercó a la ventana, con los hombros rígidos mientras miraba hacia afuera. Antes de que Maggie pudiera responder, su madre se volvió, su rostro era una máscara de decepción llorosa—. Ni siquiera pudisteis darme nietos para mi vejez.

La diatriba de su madre alcanzó a Maggie. Sus cejas se alzaron en respuesta a la opresión en su pecho. ¿Acaso su madre no podía ver cuánto la herían sus palabras? Su hermano menor, Uilleam, ya una figura impresionante a sus dieciséis años y que se encontraba en crianza con el clan MacGregor, seguramente le daría nietos algún día.

—No pedí ser estéril. —Las palabras apenas escaparon de su garganta.

—Vuestro padre tenía mucho orgullo en vuestro estatus, Maggie. Después de todo el esfuerzo que hizo para encontraros un esposo decente. No solo un jefe de las Tierras Altas que quisiera un montón de niños para llenar sus campos, sino un *noble*. Un noble que simplemente pedía un heredero. Se suponía que debíais ser una dama.

Las acusaciones de su madre dejaron a Maggie sin palabras. No era una sorpresa descubrir las ambiciones de su padre, pues las conocía desde hacía años. Pero saber que su propia desilusión por no dar al conde el heredero requerido no tenía importancia la dejó helada. Yvaine tenía razón. No era bienvenida en su hogar de infancia. El convento quizá hubiera sido una mejor elección. Enseguida, un movimiento en la puerta del salón solar interrumpió los pensamientos de Maggie. Dugan MacLaren dio un paso vacilante sobre el umbral y luego se detuvo. Cruzó los brazos sobre su pecho y una amplia sonrisa apareció en su rostro.

—Ay, Janneth, dadle a la muchacha un poco de espacio para respirar. Apenas ha llegado hoy y ya la reprendéis por sus defectos, por asuntos que están fuera de su control. Si decimos que la llegada de los niños es voluntad de Dios, ¿no es también Su voluntad si no los hay?

Tanto Maggie como su madre miraron al hombre como si hubiera perdido la razón. Maggie sabía que era raro que él se pusiera de su lado contra su madre, pero encontrarlo tan firmemente de su lado, a pesar de su mención de sus *defectos*, era una novedad.

—Venid conmigo. —Tomó a Maggie del brazo. Le dio una palmadita en la mano mientras

la colocaba sobre su antebrazo. El calor incipiente cesó abruptamente. Con la sensación de estar pasando de la sartén al fuego, se dejó llevar hasta el despacho de su padre. El lord MacLaren la soltó y señaló una silla ante el gran escritorio que encajaba su antigua superficie entre una estantería llena de todo tipo de baratijas y una ventana con vistas al lago. En la mente de Maggie, la oficina de su padre, con los libros y extraños tesoros heredados a lo largo de generaciones, junto con la grandiosa vista, era una de las mejores habitaciones de la fortaleza. Tomó el asiento ofrecido y logró no estremecerse cuando la puerta se cerró con un chasquido tras ella. Su padre pasó por delante y tomó su lugar en el escritorio. Barajó un par de pergaminos y reorganizó la posición del tintero antes de alzar la vista. No obstante, su delgada sonrisa no tranquilizó a Maggie.

—Lamento oír que las cosas no resultaron bien con el conde. ¿Hay algo que queráis discutir?

La pregunta claramente incomodaba a su padre, así que Maggie se limitó a sacudir la cabeza.

—No, no nos conveníamos.

—Maggie, muchacha, fue más que eso. Vuestro esposo declaró que no proporcionasteis un hijo en el año, y, por tanto, erais una esposa inadecuada para él. —Dugal extendió las manos.

—¿Por qué debemos discutir esto? —Los ojos de Maggie se entrecerraron.

—Está el tema de vuestra dote. —Dugal suspiró y se acomodó en su silla. Entonces, el silencio se apoderó de la situación.

—No, os preocupa la dote. ¿Ya la habéis gastado, padre? —Maggie apretó los puños.

—Debía pagarse en cuotas. Pero sí, la primera se ha usado. He tenido gastos. ¿Querrá él que la devolvamos, lo sabéis? —Dugal permaneció impasible un momento antes de desviar la mirada.

—No fui informada. Si no habéis recibido noticias tuyas, no me preocuparía demasiado.

«Ricardo no perdería la oportunidad de cobrar una moneda. Ya la habría solicitado».

—No envió nada con sus hombres. ¿Se ha lavado las manos respecto de vos, entonces? — Su padre frunció el ceño.

Maggie se encogió de hombros, aliviando un poco su incomodidad. A pesar de su tibia bienvenida, no había lugar donde preferiría estar que a orillas del Lago Lomond. La maravillosa habitación perdió un poco de su magia.

—Os habría enviado a la iglesia. Habría pagado vuestra manutención. ¿Eso no os parecía aceptable?

Maggie sacudió la cabeza, las palabras eran un revoltijo imposible de ira y consternación.

—Habladme de vuestra dote. Pagué una bolsa considerable para veros casada. Era para asegurar vuestra vejez, ya sabéis. —Su padre reorganizaba los objetos en su escritorio.

Sonaba casi elogioso al abordar el tema, pero Maggie comprendía su preocupación. Había prestado poca atención a los detalles de su regreso al castillo de Narnain, demasiado feliz de sacudirse la desaprobación de los que la rodeaban y comenzar el viaje a casa. Pero el tema de su dote estaba tan claro en su mente como cuando Ricardo había pronunciado las palabras hace dos semanas.

«No os cargaré con la devolución de la moneda que vuestro padre envió como dote. En su lugar, os doy la escritura de una isla que perdí en un juego de azar en Glasgow hace un par de años. Está demasiado lejos para serme de utilidad. Un pedazo de tierra bastante inútil, un regalo bastante adecuado para una exesposa inútil».

El hecho de que ahora fuera propietaria de tierras no suavizaría el golpe de que su padre se

quedara sin el dinero que había pagado para casarla con un conde. Especialmente si la isla, en algún lugar de las Hébridas, era tan inútil como Ricardo había mencionado.

—Probablemente haya encontrado otro uso para el dinero, y en su lugar, me dio la escritura de una tierra que poseía, para que yo tuviera un lugar donde vivir si mi presencia se volviera demasiado gravosa aquí. —Levantó la barbilla.

El rostro de Dugal se tornó de un rojo moteado. Maggie pensó que sus fosas nasales se habían ensanchado. El lord se aclaró la garganta dos veces.

—No tenía derecho...

—¿Vais a discutirlo con Ricardo, entonces, padre? El destino de unas pocas monedas no debería ponerlos en tal estado. —Maggie alzó la barbilla.

—Eran más que unas pocas monedas, muchacha, y bien lo sabéis. El conde negoció duro para conseguirlos como esposa.

—Y no obtuvo lo que esperaba. —Maggie suspiró—. Temo que haya hecho todo lo que tenía para hacer, y ya no me considere su preocupación. —Las palabras le dolieron como si un enjambre de abejas hubiera encontrado la forma de meterse dentro de ella.

—¿Dónde se encuentra esta propiedad que decís que ahora poseéis? —Con un brillo en sus ojos que denotaba tanto ira no resuelta como una naciente codicia, Dugal se recostó en su silla.

—Me dijeron que es una isla en las Hébridas, un poco al sur de la Isla de Eigg, y no muy lejos de la costa de la Península de Ardnamurchan. Es un lugar llamado la Isla de Hola.

—¿Isla de Hola? Es una palabra nórdica que significa agujero. ¿Cómo sabéis que no es más que una piedra cubierta de excremento de pájaro? —Se burló Dugal con su mirada hacia arriba—. ¡No es tierra para cultivar, y probablemente tampoco tenga puerto!

—Viene con un pequeño ingreso —replicó Maggie—. El conde no habría aceptado el título si no tuviera algún valor.

—¡No es lugar para la condesa de Mar!

Maggie sacudió lentamente la cabeza con tristeza ante los pedazos de su vida esparcidos a su alrededor.

—Padre, ya no soy la esposa del conde. Soy simplemente Maggie MacLaren, y desearlo de otra manera no cambiará nada. —Colocó una mano sobre el escritorio—. Padre, nunca volveré a ser la señora de Mar.

* * *

Castillo de Sis

«¿Era esto lo que se sentía al estar muerto?»

La oscuridad rodeaba a Felipe. No podía mover los brazos ni las piernas, no podía determinar si le faltaban fuerzas o si estaba confinado de alguna manera. ¿Un ataúd, tal vez? Un sentimiento de pánico lo invadió, burbujeando en su pecho. Luchó contra el grito creciente, pero un débil gemido se escapó a pesar de su esfuerzo. Al instante, un destello de luz apareció, dejando tras de sí una delgada línea de humo. El pequeño brasero fue colocado cerca de su cabeza y el rostro sombreado de una mujer entró en su vista. Su ceño fruncido se despejó ligeramente mientras lo observaba. Una pequeña y vacilante sonrisa cruzó sus labios, como si lo animara a responder. Boqueó como un pez fuera del agua, las palabras muriendo en el fondo de su garganta en un gorgoteo de sonido. La mujer asintió, tocándose un dedo a los labios. Su serena advertencia lo tranquilizó y se concentró en tomar respiraciones profundas y revitalizantes. Ella le dio una palmadita en el hombro y sus ojos se abrieron de par en par.

Tembloroso como un potrillo recién nacido, Felipe luchó por moverse, sus brazos y piernas respondiendo apenas a su necesidad de levantarse. Una mano golpeó algo frío y firme junto a él. Sobresaltado, Felipe miró fijamente el cadáver de un hombre de tamaño y coloración similares a los suyos. Su estómago protestó y se giró hacia un lado, vomitando. Vomitó hasta temblar con el esfuerzo, pero nada salió de su vientre vacío. Acto seguido, Felipe se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Lo siento. Dadme un momento. —Se sentó, con la cabeza y los hombros encorvados hacia adelante hasta que la sensación de mareo desapareció.

—No podemos quedarnos. —La voz de la mujer, apenas un susurro, impulsó a Felipe a esforzarse más. Este se enderezó, luego se movió de modo que sus pies colgaran del borde de la mesa de una sola tabla.

—Lusine, ¿verdad?

—Sí, milord. —Le entregó un fardo de ropa—. Poneos esto.

—Es muy diferente de mi atuendo de prisionero —comentó y miró la túnica de seda que colgaba de sus hombros, con bordados llenos del brillo de cristales y oro.

—El barón fue magnánimo —respondió la mujer—. El obispo fue persuadido y os dio los últimos ritos.

—Nada demasiado bueno para el difunto rey de Cilicia. —Felipe hizo una mueca mientras Lusine le quitaba la camisa por la cabeza. La ropa con la que reemplazó su túnica real era de áspera lana de camello. Los repetidos lavados habían suavizado la prenda, pero no lograron eliminar el hedor animal. Lusine, acto seguido, colocó hábilmente la túnica bordada sobre la cabeza del muerto, alisándola sobre una incisión que recorría el largo del cuerpo consumido. Apoyándose en la mesa, Felipe se puso los pantalones holgados y se calzó un par de botas desgastadas. Enseguida, inclinó la cabeza en dirección al muerto—. ¿Un alma desdichada de la prisión?

—Sí. Nadie lo echará de menos. Tenemos la suerte de que se parece mucho a vos.

Felipe se tensó. *Afortunado*, porque si alguien revisaba el ataúd y se descubría el engaño, Lusine sería de las primeras en pagar.

—¿Mi hombre os ha compensado bien?

—Me dio un adelanto.

Felipe le dirigió una mirada interrogante.

—Más compensación no es necesaria. Solo deseo mantener mi vida. —Su voz se agudizó. Lusine mantuvo su mirada firme por un momento antes de retomar su tarea—. Pedro no tuvo tanta suerte.

—Os ayudaré. —El estómago de Felipe se contrajo, demasiado tarde para evitar el dolor de saber que Pedro había muerto por su causa.

—No. He preparado muchos cuerpos para el entierro. Este no es diferente.

Sin embargo, Felipe notó cómo sus manos temblaban. Preparar el cuerpo de un rey no era una tarea menor. El hecho de que la tarea se le hubiera dado a la curandera de la prisión y no a su médico personal le decía a Felipe que Constantino estaba fingiendo públicamente su conmoción y duelo, pero hacía poco para honrar realmente al rey muerto.

—He hecho lo que pude para cambiar sus rasgos y que se parezca a vos. En un día más, ni siquiera vuestro padre os reconocerá. El tiempo no es amigo de los muertos. —Empujó un robusto manto y una pequeña bolsa hacia Felipe. La bolsa tintineó sordamente. El lord la miró por un momento, luego se la devolvió a Lusine.

—Necesitaréis esto más que yo.

—¿Dónde podría alguien como yo adquirir tal riqueza? Lo que me han dado es suficiente.
—La rechazó con un gesto. Sus ojos lo miraban solemnemente—. Mi vida será mi recompensa.

Felipe asintió y ató la bolsa a un trozo de cuerda deshilachada que ciñó alrededor de su cintura. En cuanto a Lusine, señaló un rincón oscuro de la habitación.

—Escondeos allí. Encontraréis una espada y una daga en la cama. Hay guardias en la puerta. Vendrán hombres a mi solicitud para colocar el cuerpo en el ataúd. Una vez se hayan ido, y el guardia con ellos, debéis huir. Id a la izquierda por la puerta, seguid el pasaje hasta las escaleras. Os llevarán a un patio. Alguien os encontrará allí. Tenéis seis horas hasta el amanecer. No las malgastéis.

Felipe se escondió detrás de una cortina que ocultaba una cama estrecha y una mesa apenas lo suficientemente grande para sostener un plato y una jarra. Silenciosamente se ciñó la vaina desgastada alrededor de su cintura, deslizándose la sorprendentemente robusta hoja del estuche para inspeccionarla antes de colocarla en su lugar. Una túnica gris simple colgaba de un gancho, marcando el área como el espacio privado de Lusine, una visión de la vida solitaria que debía llevar. De pronto, se escucharon pasos en la parte exterior de la habitación. Risas masculinas toscas se entrecortaban entre palabras que Felipe no podía discernir. Una palabra aguda de Lusine los silenció y Felipe se alegró al ver que aparentemente gozaba de cierto respeto. Las tablas crujieron y Felipe imaginó a los hombres levantando el cuerpo del hombre muerto de la mesa y colocándolo en el ataúd. Esperaba que la luz tenue y las galas que adornaban el cuerpo del hombre mantuvieran su identidad a salvo. Recordó el brillo del oro en los accesorios del ataúd y se preguntó cuánto le dolía a Constantino pagar por tal tributo, y cuánto tiempo pasaría antes de que los mangos y adornos dorados desaparecieran en las arcas del barón.

La puerta se cerró de golpe y el silencio llenó la habitación. Felipe salió silenciosamente de detrás de la cortina y cruzó el suelo, con una mano en la empuñadura de su espada, notando la aspereza de la piedra a través de las suelas delgadas de sus botas. Sin escuchar sonidos más allá de la puerta cerrada, abrió el panel sorprendentemente pesado unos pocos centímetros. Una antorcha parpadeante iluminaba débilmente el pasaje, pero no veía otros signos de vida. Después de repetir un *Pater Noster*, pidió a Dios que velara por Isabella y le agradeció por liberarla de su unión.

«No fui una buena elección de esposo para ella, ni fui el rey que necesitaba a su lado. He sido declarado muerto por la Santa Iglesia, y por lo tanto Zabel es ahora viuda y libre para casarse de nuevo. Felipe de Antioquía, el difunto rey de Cilicia, ya no existe».

Capítulo 5

Castillo de Narnian

—¿Una isla? —La indignación de Dugal era evidente. Se levantó de un salto, haciendo que su silla se deslizara hacia atrás. Se detuvo, fijando una mirada beligerante en Maggie.

—Sí. Una isla. Tal vez debería ir a ver qué hay allí. Podría valer algo. —Se mantuvo firme.

—¡Ja! El conde no regalaría algo valioso. Dudo que el *pequeño ingreso* sea mucho. Me ha estafado una gran cantidad de dinero. —Dugal cruzó los brazos sobre su pecho y señaló a Maggie con un dedo—. Y ahora estáis sin dote.

—No sabía que deseabais exhibirme en el mercado de nuevo. —Las cejas de Maggie se alzaron.

—¿Qué creéis que será de vos? Como mi hija, tenéis alguna protección, pero como una esposa rechazada, atraeréis a todo tipo de hombres. Ninguno de ellos bueno.

—¿Todo tipo de hombres? —Maggie reflexionó sobre sus palabras, eligiendo ignorar su poco halagadora nota sobre su nuevo estado—. No soy atractiva como esposa si no puedo tener hijos.

—No esperéis que hable de tales cosas con mi propia hija. —Su rostro y sus orejas enrojecieron hasta casi la cima de su escasa cabellera luego de que su dedo se agitara en el aire frente a su nariz. Retrocedió y volvió a cruzar los brazos.

—Tal vez *deberíais* hablar de ellos, padre, si queréis advertirme de *tales malos hombres*. —Maggie estaba fascinada. Nunca había visto a su padre en tal estado.

La mandíbula del hombre se cerró con fuerza, evidenciado por brusco y repentino movimiento muscular a lo largo de su mejilla y el brillo de advertencia en sus ojos.

—Oh, esos hombres. No os preocupéis. No tengo deseo de convertirme en la amante de un hombre. Tales mujeres tienen un futuro incierto y, a decir verdad, los juegos de cama no son lo suficientemente atractivos como para entregar mi vida en manos de un hombre sin una compensación adecuada. —Los labios de Maggie formaron una «O» de comprensión al quedar claro su significado.

—¡Margaret Ellen MacLaren! —Los ojos de Dugal se abrieron desmesuradamente y sus mejillas delgadas palidieron.

—Padre, no deseo casarme de nuevo. No tiene sentido... —Maggie ocultó una pequeña sonrisa al provocarlo hasta su nombre completo.

—¿No tiene sentido? ¿Os quedaréis aquí y algún día seréis la niñera de los hijos de vuestro hermano? ¿Envejeceréis sola? Maggie, hija, necesitáis un hombre.

—*No necesito* un hombre, padre. Sólo necesito un techo sobre mi cabeza. El resto puedo ganármelo. Puedo cuidarme sola. —Maggie se atragantó.

Dugal se desplomó en su silla y por un momento Maggie temió haber ido demasiado lejos. Estaba claro que ni él ni su madre sabían qué hacer con ella. Rápidamente se haría de conocimiento público que había sido enviada a casa en desgracia y que también había desafiado a la iglesia. Las palabras del sacerdote del clan resonaban en su cabeza. «¡Vergüenza os dé, mujer, por negarte a obedecer a vuestro esposo! ¡Mujeres como vosotras están fuera del favor de Dios!»

Maggie no estaba segura de cómo soportaría las miradas de lástima, desprecio o

especulación calculada de *algunos hombres*.

—No seré una carga para vos. En primavera, encontraré mi camino hacia la Isla de Hola y la haré mi hogar. —Se levantó de un salto.

Su padre permaneció en silencio un momento, luego le hizo un gesto para que volviera a sentarse. Ella se colocó detrás de la silla, con las manos agarrando el borde superior.

—No negaré que la pérdida de vuestra dote me pone en una situación incómoda para encontraros otro marido. —Dugal levantó una mano, deteniendo su protesta—. No os obligaré a otro matrimonio, pero debéis ver la practicidad de ello. Tal vez haya un hombre que requiera una madre para sus hijos y podáis serle útil. Mantendré mis oídos abiertos. Los MacFarlane no están muy lejos, ni los MacNab. El lord MacGregor está casado, aunque aún no ha tenido hijos —inclinó la cabeza—, que sepamos...

Con un gesto abrupto, Maggie lo dejó con sus planes. Evitó el solar de su madre y agarró una capa de su habitación, luego bajó rápidamente las escaleras. Los copos de nieve caían con una despreocupada alegría, sólo para derretirse al aterrizar. Maggie inclinó su rostro hacia el cielo, sonriendo ante el ligero toque cristalino en sus mejillas. Ajustándose la capa, se dirigió al sendero hacia el lago. Bordeado de escarcha como el toque de un pincel de hada, los bordes del agua brillaban bajo el sol. «Pronto será pleno invierno y los caminos serán intransitables, nieve en cada árbol y valle». El invierno siempre había sido su época favorita del año, pero la idea de estar atrapada en el castillo durante los meses venideros la hizo detenerse. Entre los episodios de compasión de su madre y la preocupación de su padre por su futuro, y la falta de dote, sólo podía esperar que este invierno fuera corto.

* * *

Castillo de Sis

Felipe se deslizó por el oscuro pasadizo, siguiendo las indicaciones de Lusine. El aire fresco impactaba en su rostro como si le otorgasen una nueva vida al entrar en un pequeño patio abierto al cielo nocturno. Una escalera en la esquina conducía a la cima del muro. Subió con cautela y luego se orientó con la vista.

El castillo de Sis estaba lleno de túneles y pasadizos poco conocidos tallados en la roca bajo los ricos niveles superiores. Habitaciones para la reina y su corte llenas de tapices de seda, alfombras tejidas teñidas sobre suelos de madera lisa y baldosas. Mosaicos coloridos, pantallas intrincadamente talladas y doradas, mármol y piedras semipreciosas. Fuentes, abanicos de palma y bebidas heladas. Todas las cosas que había dado por sentadas y que ahora juraba no extrañar.

Un muchacho, de no más de ocho o nueve años, apareció detrás de una languideciente palmera. Agitó una delgada mano antes de desaparecer en una grieta sombreada. Con sólo la menor vacilación, Felipe lo siguió. El paso del muchacho no titubeó mientras conducía a Felipe a través de un laberinto de túneles. Aunque aún débil y un poco mareado, Felipe mantuvo el ritmo con el muchacho. Las voces y los pasos subían y se desvanecían, pero no encontraron a nadie. Las antorchas parpadeaban en candelabros desgastados, colocados lo suficientemente lejos unos de otros como para que las sombras que ocultaban el suelo irregular cayeran en amplias franjas entre ellos. La luz cesó abruptamente. Las paredes se cerraron en tres lados. El borde raído de la túnica del muchacho se balanceó hacia un lado mientras giraba alrededor de lo que parecía ser una gruesa columna de piedra. No llegaba luz aquí, y el instante de alarma de Felipe desapareció cuando una corriente de aire cálido le tocó la mejilla. Se deslizó por la grieta apenas lo suficientemente grande para el muchacho y encontró su primer sabor de libertad. El rugido

ondulante de las antorchas en la pared crujía con el viento que subía del mar. El ruido de los pies calzados con botas resonaba en la piedra, y un ocasional grito en tono bajo y una respuesta murmurada llegaban a sus oídos.

—El camino está allí, *sardar* —el muchacho levantó un brazo delgado para señalar a la izquierda.

—Que Dios os proteja. —Felipe sacó una gran moneda de su bolsa, la colocó en la mano de su joven guía y cerró los dedos del muchacho sobre la moneda.

—Y a vos.

Antes de que Felipe pudiera preguntarle más, el muchacho desapareció como un *djinni*. Fijando su vista en la costa, se encaminó por el tenue sendero adelante y se mezcló con las sombras entre las rocas. Se arriesgó a hacer una pausa en una pequeña aldea al sur de Sis, donde encontró un caballo robusto en un cercado de una sola barra, pacientemente esperando su alimento matutino. Dejando una moneda en el comedero de madera como compensación, Felipe envolvió un poco de cuerda alrededor del cuello del caballo y luego caminó tranquilamente con el animal hasta las afueras del grupo de cabañas antes de saltar sobre su lomo sin cepillar. Los cascos sin herraduras golpeaban suavemente la tierra compactada, pateando pequeñas piedras hacia los arbustos bajos que salpicaban el paisaje mientras Felipe instaba a la bestia a un ritmo mayor.

—Debemos darnos prisa, *harousse*. Debo estar lejos antes del amanecer.

Como si el animal comprendiese -o tal vez disfrutase de la libertad- sacudió la cabeza y redobló sus esfuerzos. Felipe se inclinó sobre el cuello musculoso y le murmuró palabras de ánimo en los peludos oídos.

—Os llamaré Beaudoin, lo cual significa «mi valiente amigo» —dijo Felipe algún tiempo después, mientras caminaba por las polvorientas calles del siguiente pueblo, masticando un rollo de carne para romper el ayuno. El caballo lo seguía, frotando su hocico contra el hombro de Felipe. Este se encogió para alejarse del suave mordisco de los gruesos labios—. Os conseguiré un poco de grano, pero no mucho. Tenemos muchos kilómetros hasta llegar a la costa. Pero por ahora, debemos parecer comunes. Mirad, aquí hay un establo donde podréis descansar un momento. —Pagó al encargado del establo por un lugar para Beaudoin en un corral vacío, un poco de puré y heno, y un bebedero con agua, luego se acomodó bajo un árbol desaliñado, envolviéndose en su capa. Los efectos persistentes del veneno todavía atormentaban su cuerpo. El viaje lo había agotado y, si su caballo necesitaba una hora de descanso, él más aún.

Llegaron a la costa al anochecer. Aunque la hora no era tardía, la aproximación del invierno había acortado el día. Felipe no se atrevía a emprender el viaje de dos semanas a Batroun solo, ni deseaba viajar en compañía de una gran caravana, ya que todos los caminos conducían a Antioquía. La decepción le dolía, pero había decidido que debía evitar a toda costa un enfrentamiento con su padre.

Después de un poco de regateo, logró obtener pasaje a bordo de un barco para él y el caballo hasta Trípoli, con la condición de abordar rápidamente y no causar que el capitán retrasase su horario. Condujo a su reacto animal por los tablones del muelle hasta el barco cargado, la madera crujía mientras el barco se balanceaba contra el muelle. Beaudoin se detuvo ante el sonido hueco de sus cascos sobre la madera, con las orejas hacia atrás y las fosas nasales dilatadas. Sacudió la cabeza contra el tirón de la cuerda y retrocedió mientras juntaba sus cuartos traseros bajo él.

—Tranquilo, Beaudoin. —Lo calmó Felipe. Pero el asustado caballo no prestaba atención a sus tranquilizadoras palabras. Con un relincho frenético, el animal se encabritó, levantando sus

patas delanteras en el aire. Felipe se aferró a la cuerda con desagradable determinación. Los hombres gritaban, agitando sus brazos como si quisieran conducir al caballo hacia el barco. — ¡No! —gritó Felipe, pero los hombres avanzaban, ansiosos por ayudar a cargar al caballo y alejarse del puerto. Enseguida, una pata trasera resbaló en el tablón. El caballo aterrizó sus patas delanteras con una fuerza que hizo temblar la madera, y, con un salto frenético, el animal pasó por el costado de Felipe hacia la bahía. El caballo salió rápidamente a la superficie. Miró a su alrededor y luego se dirigió hacia un banco de tierra no muy lejano que se inclinaba hacia el borde del agua. Felipe empujó a los sorprendidos marineros y corrió por el muelle. Se encontró con Beaudoin mientras surgía de la bahía y levantó los brazos para protegerse del rocío de gotas mientras el caballo se sacudía como un gran perro—. No me lo ponéis fácil, amigo mío — reprendió Felipe al caballo mientras capturaba la cuerda suelta—. Y no puedo esperar al próximo barco. Llevó a Beaudoin de vuelta al barco y envolvió su capa sobre la cabeza del caballo. La bestia resopló, pero se calmó con solo un golpe de casco contra los tablones. La mirada de Felipe mantuvo a los marineros a raya, y caminó con determinación por el tablón de madera, sin darle tiempo al caballo para reconsiderar. Con un traqueteo de cascos y un breve movimiento de cabeza, Beaudoin subió al barco. Felipe recuperó su capa y luego ató la cuerda a una cornamusa en la pared. Se aseguró de que el heno y el agua estuvieran al alcance del caballo, y luego se dirigió a la baranda mientras el barco zarpaba.

Las aguas oscuras pasaban rápidamente bajo el casco del barco. La luz de la luna centelleaba en las olas como si la mano de Dios hubiera esparcido diamantes por el mar. El barco había hecho escala dos veces, y a la mañana siguiente, Trípoli aparecería en el horizonte. A Felipe le irritaban los retrasos que las paradas habían ocasionado, pero cinco días a bordo del barco lo habían llevado a su destino mucho más rápido que el viaje por tierra. Desde la ciudad portuaria, Felipe conocía el camino a Batroun incluso con los ojos cerrados. Allí estaría seguro.

A media mañana, se despidió de Trípoli y apretó los talones contra los flancos de Beaudoin. Dos horas después, las imponentes murallas del castillo de Mseilha se alzaron a la vista. Sede del barón de Batroun y donde Felipe había pasado varios años en crianza, la antigua fortificación romana era más su hogar que cualquier otro lugar en el que hubiera vivido. El día en que se enteró de que el barón, Donal MacLean, y sus hijos Alejandro y Arbela, los amigos más cercanos de Felipe, se iban a Escocia, aún estaba claro en su mente. Apenas parecía que hubieran pasado tres años. Felipe agachó la cabeza al pasar por la puerta del castillo, no deseando que el guardia le reconociese. Solo había un hombre en quien confiaba para guardar su secreto, y esperaba que aún ocupara su puesto en el castillo. Tuvo que usar algunas monedas para convencer al guardia en la puerta del salón de que enviara un mensaje solicitando una audiencia con Amhal, el mayordomo del barón. Felipe esperó ansiosamente, paseándose bajo un naranjo en una zona sombreada del patio. Finalmente, un muchacho salió apresurado del salón, haciéndole señas para que le siguiera. Dejando a Beaudoin atado a la sombra, entró en el salón, recorriendo pasillos familiares hasta llegar a la sala sin ventanas donde Amhal atendía las cuentas de la casa. Se le ordenó dejar sus armas en la puerta, y un guardia lo revisó minuciosamente antes de permitirle la entrada. El castellano se levantó de la silla detrás del escritorio.

—El guardia dice que traéis noticias desde Antioquía. —La mirada de Amhal recorrió la ropa desgarrada de Felipe—. Os escucho.

—No soy una amenaza. ¿Puedo hablar en confianza, *sardar*? —Felipe miró por encima del hombro hacia la puerta abierta donde un guardia era claramente visible.

Amhal vaciló, luego asintió, y el guardia cerró la puerta. Entonces, Felipe se enderezó y se apartó el cabello enmarañado de la cara.

—Soy yo, Felipe.

—¿Mi príncipe? —Amhal dio un paso desde detrás de su escritorio, con los ojos muy abiertos—. Mil perdones, mi señor. —Se detuvo parpadeando, perplejo—. ¿Los informes de vuestra muerte?

—Solo ligeramente exagerados, me temo. —La risa de Felipe no contenía humor—. Nadie sabe de mi escape. ¿Puedo contar con vuestra discreción?

—Por supuesto. —Amhal retrocedió hacia su silla y se sentó pesadamente, señalando a Felipe otra silla—. ¿Cómo puedo servirlos?

Capítulo 6

—Os pido que guardéis mi secreto con vuestra vida. —Felipe mantuvo la atención absorta de Amhal, solo estropeada por un ligero estrechamiento de sus ojos—. Aprecio vuestra lealtad tanto a mi padre como al barón, pero ninguno de los dos debe saber que sigo vivo.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Mi muerte ya ha sido divulgada a mi señor padre. El propio obispo me administró los últimos ritos. Mi padre está bajo presión de los sarracenos en el poder en Egipto al sur, y de Kayqubad, el *sheik* turco selyúcida, al este. Ambos han sido sus aliados, pero perdería todo si los sarracenos se alían con Cilicia, lo cual está en peligro de suceder.

Amhal asintió sabiamente. Las alianzas a menudo cambiaban con poco o ningún aviso, y con resultados devastadores.

—Aparte de presentar una protesta formal, no hay nada que mi padre pueda hacer salvo asistir a mi funeral, y temo que se le negará esa oportunidad.

—¿No podéis presentaros ante él? ¿En secreto? Mi señor, considerad su dolor por vuestra pérdida.

—No veo qué se puede ganar con ello, incluso si pudiera conseguir una audiencia con él sin ser reconocido por otros. Incurriría en la ira del barón Constantino si se diera cuenta de que había sido engañado, y aquellos que me ayudaron a escapar morirían. Demasiados ya han sido sacrificados. —Felipe hizo una mueca—. Se libraría una gran guerra en mi nombre. Volvería a ser un peón en las maquinaciones de hombres que luchan por más tierras, más riquezas, más poder. —Negó con la cabeza—. No, mi viejo amigo. Me he librado bien de las intrigas de esta tierra. He decidido viajar a Escocia. Mi espada pagará mi camino. Nunca más volveré a comerciar con mi posición como rey de Cilicia o como Felipe, príncipe de Antioquía. El muchacho que conocisteis ya no existe.

—¿Hablaréis con el barón? —Amhal acarició una pluma que yacía sobre su escritorio.

La pregunta era simple, pero cargada de peligro. Felipe no deseaba involucrar a Donal MacLean en intrigas sobre las que no podía hacer nada, pero anhelaba el contacto con la familia que le era más cercana que la suya propia.

—Lo haré, una vez llegue a Escocia. Pero es muy importante que no enviéis ningún mensaje de ningún tipo, ni esperéis escuchar de mí una vez que haya partido de aquí. Un poco de pergamino puede extraviarse, una palabra ociosa repetida donde más daño pueda hacer. Esto debéis prometerme.

—*Très bien*. Será como deseáis. El Halcón Marino se encuentra en el puerto y solo espera mi orden para zarpar. Es el barco que llevó al barón de vuelta a Escocia, y su capitán conoce bien las aguas. Puedo hacer que salgáis de Levante para mañana a media mañana.

—¿Habéis tenido noticias de ellos? Me refiero a Alejandro. —La emoción creció en Felipe mientras finalmente se permitía tener esperanza.

—Recibí noticias de que lord Alejandro y su padre, junto con *lady* Arbela y su tía, llegaron a Escocia sanos y salvos y enviarían barcos de regreso, estableciendo una ruta comercial entre los dos países y con varios otros territorios intermedios. Desde entonces, dos de esos barcos han llegado y regresado a Escocia, trayendo lana fina y *whisky* para intercambiar. Estamos complacidos de enviar especias, sedas, dátiles y acero de Damasco a cambio. —Sonrió—. La

primera misiva relató una historia bastante divertida sobre piratas que encontraron cerca de Gibraltar. —Se recostó en su silla y comenzó a relatar la historia de memoria.

Felipe sonrió, sintiendo un calor de orgullo en su estómago al imaginar a Arbela y su papel en derrotar a los piratas. «Ah, *¡mon coeur!* Nada os asusta. Tenéis el corazón de un verdadero guerrero».

—¿Alguna noticia desde entonces? —Intentó preguntar con casualidad, aunque estaba desesperado por saber más de la muchacha que había admirado desde el día en que llegó, siendo solo un niño, al castillo de Mseilha. Él y Alejandro, su gemelo, habían sido más cercanos que verdaderos hermanos, pero la obstinada muchacha con un don para la estrategia y la narración ocupaba un lugar especial en su corazón. El hecho de que fuera una guerrera consumada solo añadía encanto a sus ojos.

—Sí. El barón continúa expandiendo su negocio de envío. —Amhal asintió y miró a Felipe —. *Lady* Arbela se ha casado con un escocés.

El aliento de Felipe salió en un suspiro. Parpadeó, tratando de poner en orden su mundo tambaleante. «No tenía derecho a esperar otra cosa. Siempre fue una amiga, una hermana. Nada más, excepto en mi corazón».

—Os agradezco por vuestro tiempo y vuestras historias. —Trató de sonreír—. Estoy seguro de que ella y Alejandro están disfrutando de sus nuevas vidas en Escocia. —Se levantó e inclinó la cabeza hacia el castellano—. Si tenéis una cama libre donde pueda descansar, me prepararé para mi viaje. ¿Podría molestaros para que cuidéis del caballo en el que llegué?

—Será como pedís. *Que Dieu soit avec vous*, mi señor. —Amhal se puso de pie e hizo una profunda reverencia.

—Que Dios esté con vos también. —Felipe devolvió la bendición.

* * *

Felipe se quedó mirando el techo. Las baldosas de mosaico azul y blanco brillaban a la pálida luz de la luna, frescas y tranquilizadoras. Pero el sueño le era esquivo. Imágenes de su juventud pasaban por su mente. La sabiduría de Donal MacLean, las sutiles bromas de Alejandro, la descarada confianza de Arbela.

Arbela se había casado con un escocés. ¿Se había enamorado? ¿O se había convertido en una peona como él? ¿Habría asegurado Donal que sería apreciada, que su marido no rompería su espíritu?

¡Maldita sea! *Debería* haber sido él quien la cuidara, quien la animara, quien se sintiera orgulloso de sus logros. Su último encuentro había sido agri dulce, una despedida de amigos que no tenían esperanzas de llegar a ser algo más.

«Seré coronado rey de Armenia por matrimonio con Zabel, la hija del hombre que una vez intentó apuñalar a mi señor por la espalda...»

La respuesta de Arbela pretendía ser alentadora. Ella no había entendido la profundidad de su desesperación.

«Felipe, esta podría ser una oportunidad para crear una mayor unidad en el norte... sé que no es el futuro que esperabais, pero es una tarea importante que vuestro padre pone ante vos... el destino de muchos pronto estará en vuestras manos».

«Pero, Arbela, es a vos a quien amo».

Sólo entonces se dio cuenta de su verdadera estima por ella. Él la besó, y luego la envió lejos para enfrentar la portentosa noticia de que su padre regresaba a Escocia para tomar su lugar como jefe de los MacLean. La había visto elegir la vida en Escocia entre su familia frente a la

vida que conocía en Tierra Santa. Y ni una sola vez había indicado que correspondía a su amor. A menos que considerara el hecho de que ella no le clavara una daga en el vientre por atreverse a besarla. Pero tal vez él la había tomado por sorpresa.

Ya su plan estaba cambiando. No creía poder soportar verla como esposa de otro hombre. Sin embargo, el barco del barón zarpaba hacia Escocia al día siguiente, y era tan buena opción como cualquier otra. La ruta estaba plagada de piratas y otros peligros, y una espada lista sería bienvenida en cualquier embarcación de tal índole.

¿Buscaría a Donal MacLean al llegar a Escocia? Felipe había cambiado de opinión sobre el asunto al menos una docena de veces en la última hora. ¿Cómo podría permitir que Alejandro creyese que había muerto, encarcelado en Cilicia por un crimen que no cometió? Y, aun así, si se permitía el contacto, ¿sería capaz de irse y establecer un hogar donde no tuviese expectativas de ver a Arbela -y a su esposo- nuevamente? ¿Qué tendría para ofrecer si ella no se hubiese casado? El filo de la desesperación se deslizaba dolorosamente a través de él. Había engañado a la iglesia. Había mentido, ofreciendo el cuerpo de otro a cambio del suyo. El obispo le había declarado muerto, había liberado a Zabel de sus votos matrimoniales. ¿Se estaba convirtiendo en su padre? Felipe no podía controlar la velocidad de su corazón. Bohemundo IV había apoyado a la iglesia, pero había esquivado el desagrado del Papa solo cambiando de alianzas según fuese necesario. El abuelo de Felipe había sido excomulgado después de su tercer matrimonio, aunque Sybil posiblemente lo había hechizado, ya que tenía fama de ser una hechicera... y ciertamente una espía de Saladino.

Felipe buscó la guía silenciosa de su antiguo padre adoptivo, un hombre que había sido un firme seguidor del código de caballería, un hombre que había defendido a la iglesia incluso a riesgo de su propia vida, guerreando contra el sarraceno, protegiendo su tierra en Batroun y el paso de peregrinos y mercaderes de todos los que se aprovechaban de ellos. Donal MacLean había sido generoso con su riqueza y había fomentado el trato amable a todos los que acudían a él en necesidad. Felipe no podía pensar en un hombre que hubiese triunfado sobre el mal de manera tan brillante. Y Felipe había sido, por un tiempo, como su hijo. Felipe le había fallado. Había utilizado los ritos de la iglesia para lograr su libertad. Mientras miraba la paja podrida en el suelo del calabozo, le había parecido justo luchar por su vida. Pero, ¿a qué costo?

Rayos de perla y oro pálido lentamente se filtraban por la ventana abierta, y la brisa del amanecer ondeaba los tapices. Con un gruñido de alivio, Felipe apartó la manta y se dirigió al lavabo donde le aguardaba una jarra de agua, apartando sus oscuros pensamientos. Se lavó la cara y las manos, se quitó la túnica de lino que Amhal le había dado después de su baño la noche anterior y se vistió con ropa más adecuada para los rigores del viaje. Amhal le había asegurado que sus nuevas ropas eran similares a las que el barón y Alejandro habían llevado cuando partieron hacia Escocia y que deberían causarle menos preocupación que su acento y su piel oscurecida por el sol. Aún más extraño de lo que había sido en Cilicia a pesar de su matrimonio con la reina, estaría fuera de lugar, un extranjero en Escocia.

La túnica y los estrechos y gruesos pantalones estaban desgastados en los lugares correctos y le quedaban bien. Amhal había insistido en reemplazar su espada por una de acero de Damasco, con la hoja recta al estilo europeo, no curva como era la preferencia local. Por primera vez en años, su cabeza estaba cubierta con un casco de metal útil, no atada bajo un turbante, y sus pies calzaban las robustas botas de cuero de un guerrero, no el calzado de brocado de un hombre que recorría los suelos alfombrados de los aposentos reales. Rompió el extremo de una hogaza de pan mientras atravesaba el salón principal y se detuvo el tiempo suficiente para tomar un profundo trago de vino caliente. Algunas personas estaban sentadas en las mesas de caballete,

pero Felipe rápidamente apartó el rostro para evitar ser reconocido. Salió al patio exterior. El viento se arremolinaba a su alrededor, trayendo una tormenta del norte que empañaba la mañana. Su capa aleteaba como las velas cargadas de un barco. El olor de la lluvia llenaba su nariz, aunque aún no había caído ninguna. Un trueno retumbó a solo segundos de un relámpago, y las nubes oscuras se arremolinaban sobre su cabeza, ocultando los rayos del amanecer.

—Mi señor, el clima retrasará el barco. El capitán no zarpará contra el viento que azota el puerto. —Amhal se apresuró a su lado, con su larga túnica ondeando alrededor de su esbelta figura.

—Sin mencionar el relámpago —añadió Felipe con un suspiro resignado. La fuerza del viento aumentaba, levantando granos de arena y dispersándolos por el patio. Felipe alzó el borde de su capa protegiéndose el cuello y la parte inferior del rostro, dejando solo sus ojos visibles bajo el casco y sin oportunidad de que la arena se acomodara bajo su ropa.

—Estad en los muelles tan pronto pase la tormenta, mi señor. El capitán Benicio os esperará, pero está impaciente por partir. Perdonadme, pero le he dicho que sois un pariente, deseoso de viajar.

—No me ofende que me reclaméis como pariente, Amhal. Os estaré eternamente en deuda.

—Que vuestra espera no sea larga, mi señor. *Que Dieu soit avec vous.*

—Que Dios os acompañe. —Felipe inclinó la cabeza.

Amhal hizo una reverencia y luego regresó al castillo, las marcas de sus sandalias en el polvo del patio fueron barridas de inmediato por el viento. Con un estallido de trueno, los cielos se abrieron, empapando a Felipe en un diluvio de lluvia. Corrió hacia el pueblo, sin desear arriesgarse a encontrarse con alguien en el castillo que pudiera recordarle. Se refugió en un portal hasta que pasó la tormenta, su paciencia se agotó mucho antes de que cesaran las lluvias. Llegó a los muelles cuando el sol se hundía en el horizonte occidental. Localizando el Halcón Marino, se presentó al capitán Benicio.

—Nunca es malo tener una espada extra a bordo. —El capitán entrecerró los ojos hacia arriba mientras las nubes oscuras se dispersaban sobre su cabeza—. Y esta maldita tormenta me ha costado dos de mis tripulantes habituales, quienes me dijeron que se embarcaron en otro navío esta mañana a pesar del clima. Afortunadamente, he podido reclutar a dos marineros que buscaban pasaje a través del Mediterráneo hasta Gibraltar, así que no deberíamos estar cortos de personal en esta parte del viaje. —El moreno italiano sonrió, con los ojos chispeantes y la piel oscura por los años en el mar—. Por supuesto, estoy inclinado a hacer lo que pueda para acomodar a Amhal, aunque *el Falcone* no transporta muchos pasajeros estos días. Podríais ser llamado a ayudar cuando sea necesario.

—Por supuesto —respondió Felipe—. Estoy listo para asistir en cualquier forma.

—Bienvenido a bordo. —El capitán Benicio asintió y se volvió hacia el hombre a su lado—. Preparad para zarpar.

Con un saludo enérgico, el hombre transmitió la orden a la tripulación con un grito que desmentía su esbelta figura. Felipe cruzó la cubierta hacia la proa que ya cortaba las olas. La vela mayor fue alimentada por el viento que había cambiado de dirección y se dirigió hacia el mar. Un gran peso se levantó de sus hombros mientras la costa se alejaba. Felipe observó las aguas cristalinas y azules correr bajo el casco y sonrió por primera vez en muchos días.

* * *

El marinero retiró su mano de las líneas enredadas con una maldición. La vela latina se agitaba en el viento mientras guiaba el barco a través del mar. Felipe resopló. Los dos hombres

que el capitán había sustituido por su tripulación perdida eran claramente inexpertos. Sus ropas podrían estar manchadas y desgastadas por el viaje, pero el corte y la tela eran caros. ¿Las habrían conseguido como desechos? ¿O habrían despojado a los anteriores dueños de su elegancia a punta de cuchillo?

«Dos marineros inexpertos son inconvenientes, y podría tener que intervenir antes de lo que pensaba. Pero trabajar es mejor que estar sentado todo el día».

Ahora que estaba lejos de Batroun, Cilicia y sus intrigas parecían un recuerdo lejano. Trabajar como un marinero común era una oportunidad para pagar su pasaje, aunque había esperado ganar monedas como mercenario. Lanzó un puñado de huesos de naranja por la borda y luego se limpió las palmas contra sus pantalones. Uno de los marineros lo miró de reojo y Felipe retrocedió ante la profundidad del odio en el rostro del hombre.

«¿Qué lo habrá alterado? No conozco al hombre».

Cambiando de opinión sobre ayudar a la pareja con sus torpes esfuerzos, se dirigió hacia la popa del barco y subió al castillo de popa para tener una mejor vista. El atardecer iluminaba todo el horizonte con un resplandor naranja. Las estrellas titilaban al este en un vasto cielo azul oscuro. A medida que el sol descendía y caía la noche, Felipe regresó a la cubierta principal, con la intención de reclamar su porción de la cena antes de buscar un lugar donde descansar. El espacio entre sus hombros se estremecía como anticipando la estocada de un puñal. Su ritmo cardíaco aumentó. Se giró bruscamente, bajando ligeramente su peso, escudriñando el barco a su alrededor. La guardia estaba cambiando, la cubierta llena de sombras. Una figura oscura apareció ante él y retrocedió un paso, con las manos a la altura de su cintura, al alcance tanto de la espada como del puñal.

—Por favor, ayudadme. —El hombre se sujetaba el antebrazo contra el pecho. Se tambaleó contra la esquina de la pared antes de desaparecer. Un ruido sordo y un gemido bajo llegaron a los oídos de Felipe.

«Idiota. El capitán tendrá suerte si esta pareja llega a Gibraltar». Sacudió la cabeza, esperando que lo que fuera que le hubiese sucedido al hombre y a su compañero no afectara al barco. Avanzando tras el hombre herido, dobló la esquina, sus ojos adaptándose a la oscuridad mientras veía al hombre acurrucado contra la pared.

—¿Qué habéis hecho? —demandó.

—Vuestro dinero, *sardar*.

—¿Dinero? ¿Qué es esto? ¿No estáis herido? —Felipe retrocedió, sorprendido por la claridad de la voz del hombre.

El hombre se puso de pie, con una mueca en el rostro.

—*La, sardar*. No estoy herido. Pero no puedo asegurar lo mismo para vos si no os desprendéis de las monedas en vuestra bolsa.

—No seáis ridículo. No vale la pena arriesgar vuestra vida por las pocas monedas que tengo. —Felipe resopló. ¿Cómo se atrevía ese hombre a obstaculizarlo con un robo tan mezquino?

—Es bien sabido que el Halcón Marino no lleva pasajeros comunes, *sardar*. Vuestras manos son suaves y os comportáis como un noble. Vuestra ropa no oculta el hecho de que estáis acostumbrado a mandar, no a ser mandado. —El hombre levantó una ceja.

—Partid. Os denunciaré al capitán y haré que os echen en el próximo puerto. Pero no os daré monedas. —Felipe hizo un gesto grosero, lleno de ira ante la audacia del hombre. De repente, unos pasos silenciosos sonaron detrás de él. Felipe giró, poniendo su espalda contra la pared mientras un segundo hombre emergía de la oscuridad.

—Os dije que sería arrogante —dijo el hombre. Una hoja delgada brillaba maliciosamente en su mano—. Tal vez necesite un poco de persuasión.

—Matadlo y tirad su cuerpo por la borda. —El primer hombre negó con la cabeza.

—Creo que una marca para arruinar su aspecto en la otra vida es necesaria. —El hombre se lanzó hacia adelante, su cimitarra viajó hacia el rostro de Felipe. Pero fue demasiado tarde para esquivar el ataque. Retrocedió, pero el dolor se abrió como una marca ardiente desde su sien hasta la esquina de su boca. Sus dedos volaron a su mejilla. La sangre caliente deslizó sobre su mano y la rabia eclipsó el dolor. Felipe fintó a su derecha y luego giró a la izquierda, pillando desprevenido al hombre con la hoja. Desenvainando su daga, la hundió hacia arriba a través de la base de la mandíbula del hombre. La punta alcanzó la parte superior de su cráneo, deteniéndose con un golpe brusco, y un hormigueo recorriendo el brazo de Felipe. El otro hombre se abalanzó desde atrás, el silbido de una hoja anunciando su ataque. Agachándose, Felipe giró y se abalanzó contra la carga, agarrando al asesino por la cintura y usando la fuerza del ataque para levantarlo sobre su hombro. Con un ligero tambaleo bajo el peso, Felipe corrió los pocos pasos hasta la barandilla y lanzó al hombre por encima para, finalmente, caer al mar con un chapoteo.

—¡Hombre al agua! —El grito del vigía en lo alto del mástil provocó un torbellino de excitación en la cubierta.

—¡Merde! —Felipe recogió su daga del suelo y la limpió en el manto del primer hombre. El contraamaestre se detuvo bruscamente frente a Felipe, con los ojos muy abiertos mientras miraba del hombre muerto a Felipe.

—¡Guardia!

Los ojos de Felipe se entrecerraron y apretó la mandíbula. Dos fornidos marineros con garrotes en sus robustas manos se apresuraron, con miradas cautelosas. El capitán Benicio avanzó a través de la multitud que se congregaba.

—Me encargaré de esto —aseguró, despidiendo al grupo. La guardia designada esperó a unos pasos de distancia.

—Amhal ha respondido por vos. —El capitán miró al hombre desplomado en la cubierta, un hilo de sangre manchando la madera.

—Me atacaron. No los conozco. Exigieron monedas.

—Habéis demostrado vuestro valor como luchador. El asunto está cerrado. Gill, el cocinero, atenderá vuestra herida. —El capitán Benicio frunció el ceño y luego asintió.

Un dolor palpitante, como si avispa residieran en el costado de su rostro, regresó con el recuerdo de la herida. Felipe luchó contra el mareo que lo acompañaba y siguió al capitán bajo cubierta, donde despertó al cocinero para otras tareas.

—Gill es hábil con la aguja e hilo y ha acomodado muchos huesos —dijo el capitán Benicio a modo de presentación. Felipe miró las gruesas manos del enorme hombre y no pudo imaginarlo manejando la aguja y el hilo con alguna forma de delicadeza.

—¿No podíais esperar hasta que tuviera una hora completa de sueño? —Se quejó Gill bajando las piernas por el costado de su hamaca y levantando una mano para rascarse la axila. Miró a Felipe y luego gruñó—. No quedará bonito ahora ni dentro de un año. Capitán, *whisky* para mí, vino para nuestro amigo, por favor.

Felipe bebió el trago ofrecido y se preparó.

Capítulo 7

Castillo de Narnain, Lago Lomond

Mediados de abril, año 1225

Maggie se echó hacia atrás el chal, dejando que el sol calentara su cabeza. Uilleam se mantenía a su lado mientras ella se apresuraba a poner distancia entre ella y la fortaleza.

—Evitando a madre de nuevo, ¿eh, Maggie? —Se rio—. Algunas cosas no cambian.

Maggie le asestó un sólido golpe con el puño en el hombro de su hermano y se preguntó cuándo los puntos óseos se habían llenado tanto de músculo. O, por cierto, cuándo había crecido más que ella.

—Es bueno teneros en casa, hermano.

—Tenéis una manera peculiar de mostrarlo. Aún dais un buen golpe, para ser una dama. —Uilleam se frotó el hombro, con la familiar sonrisa burlona en el rostro.

—Todavía puedo ponerlos de culo. —Maggie agitó un dedo en señal de advertencia. Le lanzó una mirada de reojo y se preguntó si realmente podría. O si él desafiaría su declaración. Su zancada larga estaba llena de fuerza y autoconfianza, ya no la juvenil delgadez de la última vez que lo había visto, casi un año y medio antes. Podría tener diecisiete años, tres menos que Maggie, pero rápidamente se estaba convirtiendo en un hombre.

—Es bueno saberlo. No me gustó la mirada que el hombre os dio en el salón.

—Podría elegir a cualquier hombre de la fortaleza o de fuera de ella. No estoy en tales apuros, empero. —Maggie contuvo una respuesta mordaz dirigida a la injusticia de los hombres arrogantes y dominantes y, en su lugar, sacudió la cabeza.

—¡Maggie! —La voz de Uilleam gruñó en tono bajo, y Maggie lo miró con sorpresa. Se detuvo y colocó una mano en su brazo.

—Lo siento, Willie. Olvido que acabáis de llegar. Me he acostumbrado a las miradas y a las invitaciones poco veladas. No os preocupéis. Nadie se atreve a más.

—No me gusta. Ninguno faltará al respeto a mi hermana y se jactará de ello al día siguiente. —El ceño de Uilleam se frunció, ocultando los brillantes ojos azules que hacían bailar a las muchachas a su ritmo en todas las Tierras Altas.

—Ay, Uilleam. Ya no sois mi pequeño *Willie*, ¿verdad? —Sonrió, empujando su sincera gratitud hacia la amplia curva de sus labios—. Sé que me lo tomo a la ligera, pero no sirve de nada prestar demasiada atención. La mayoría son hombres de paso, así que se van pronto. Los hombres de los MacLaren no me prestan mucha atención. Sus esposas no tolerarían semejante afrenta —añadió con una suave risa.

El rostro de Uilleam se relajó en una ligera mueca y se pasó los dedos por el cabello rojo oscuro. Maggie lo miró con cariño y se preguntó, por lo menos por centésima vez, por qué parecía justo que a su hermano le dieran largas pestañas oscuras y espesos cabellos ondulados mientras su propio cabello brillante colgaba en rizos apretados que se erguían por la mañana y desafiaban los mejores esfuerzos de su doncella para mantenerlo recogido en una trenza. Su robusto cuerpo y sus propias largas piernas parecían más adecuadas para un muchacho que para una muchacha, hasta que Willie había crecido.

—¿Qué vais a hacer, Maggie? Padre parece pensar que deberíais volver a casaros. Madre evitó responder a mi pregunta, con su habitual manera nerviosa. Los amo a ambos, pero...

—Yo también los amo. No olvidéis que han dirigido este clan con éxito durante más años de los que llevamos vivos. Yo... —se detuvo, con un nudo repentino en la garganta—, he causado un poco de problemas, aunque no fue intencional. —Levantó una mano, deteniendo las palabras de Uilleam. A pesar de sus mejores esfuerzos por encontrar un lugar donde pudiera hacer una diferencia, el creciente malestar frustraba su existencia en la fortaleza de los MacLaren. Después de haberse casado, otros habían asumido sus áreas de responsabilidad vacantes. El estatus de Maggie ahora era incierto. Las muchachas solteras susurraban y se reían a sus espaldas, fingiendo saber cosas más allá de su entendimiento. Las mujeres casadas hablaban de niños y de las rarezas de los hombres, y guardaban silencio cuando Maggie entraba en la habitación. Anhelaba algo que fuera puramente suyo, y la Isla de Hela ahora la llamaba como nada más lo hacía.

—Tengo un plan para crear un hogar para mí y ya no estar bajo los pies de nadie.

—Contadme. —Uilleam inclinó la cabeza, con los ojos abiertos de curiosidad.

Maggie le tomó la mano y lo llevó hasta una roca. Se sentó y luego palmeó la piedra junto a ella. Su hermano dobló sus largas piernas, estirando la tela de sus pantalones ajustados contra sus muslos, y se sentó a su lado.

—Tengo una isla.

—¿La ganasteis en una partida de cartas? —Las cejas de Uilleam se alzaron.

—Casi. El conde de Mar la ganó y me la dio en lugar del dinero de mi dote cuando volví a casa. —Maggie rio.

Las palabras de despedida del conde aún dolían, pero el tiempo las había suavizado un poco. Las dejó a un lado.

—Ha sido un invierno *terriblemente* frío, y no ha habido oportunidad de planear un viaje. La isla está cerca de la costa occidental, justo frente a la Península de Ardnamurchan. Pero es mía, Uilleam, y pienso vivir allí.

—¿Sabéis algo más que su ubicación? Hay un montón de rocas en esas aguas que no son más que lugares de anidación para gaviotas y frailecillos.

—¿Frailecillos? Me gustaría eso.

—Maggie, sed seria. ¿Y si llegáis allí y no encontráis nada?

—¿Pero y si la isla es perfecta?

—¿Perfecta? ¿Cómo?

—Sol. Hierba. Árboles. Un lugar para una granja, una pequeña. Quizás un pequeño puerto. Delfines y frailecillos. —Maggie suspiró, un gesto pensativo que hizo que todos sus sueños regresaran de golpe.

—Queréis esconderos. —Sus palabras evocaron sorpresa, consternación, simpatía. El cuello de Maggie se enrojeció.

—No necesito un gran clan y las dificultades que conlleva. Deseo vivir sencillamente y no ver mis fracasos en los ojos de todos cada día. —El nudo en su garganta regresó—. Tengo pocas expectativas respecto a mi vida.

—No podéis vivir sola, Maggie. Piratas y vikingos aún merodean por la zona. Necesitaréis protección.

—Todavía puedo ponerlos de rodillas —le recordó.

—Creo que podríais intentarlo, y quizá ganar. Pero no podéis confiar en luchar contra cada barco de noruegos que se cruce en vuestra isla.

—Puedo disparar una ballesta. —Su buen humor, que había quedado de lado antes, regresó.

—No lo bastante rápido como para abatir a toda una barcaza de guerreros —contestó

Uilleam, con una ligera sonrisa asomando en una comisura de su boca.

—Soy más rápida con un arco largo.

—¿Por qué no voy con vos?

—¿Ir conmigo? —Maggie parpadeó.

—¿No creéis que padre o yo os dejaremos ir sola?

—¿*Dejarne*? —Maggie se irritó, rechazando la restricción.

—Dejaros. Vigilaros. No importa si fuerais un muchacho o una muchacha. Viajar sola es pedir ser robada o algo peor. —La miró—. Y siendo una muchacha, mucho peor.

—Padre no querrá que os vayáis de nuevo tan pronto. —Maggie vaciló entre desear llevarlo consigo y querer estar libre de la interferencia masculina, sin importar cuán bien intencionada fuera.

—Oh, se desahogará, pero necesitáis ayuda. Es correcto que ayude a mi hermana favorita.

—Soy vuestra única hermana, pequeño *ramscallion*. Y gracias a Dios sólo hay uno de vos.

—Maggie le revolvió el cabello.

—Sí, eso es lo que os hace mi favorita. Iré a hablar con padre. ¿Cuándo querríais partir?

—Uilleam se apartó de su alcance y luego se puso de pie.

—El mes pasado, aunque los caminos entonces eran intransitables. Podría estar lista para irme dentro de una semana, y sería mejor no demorarnos y darle la oportunidad de cambiar de opinión.

—Buen punto, hermana. Siempre fuisteis la más lista.

—Y vos el bonito —replicó Maggie, repitiendo la letanía que compartían desde la primera vez que Uilleam, siendo un niño, desató su sonrisa que derrite corazones en su joven corazón. Su hermano le lanzó un saludo desenfadado y luego se dirigió de nuevo por el sendero, sus botas aplastando la hierba nueva, dejando huellas tenues en el suelo húmedo. Maggie se arropó más. A la primavera le costaba afianzarse sobre el frío del invierno, aunque los pájaros cantaban en los árboles y las flores florecían en profusión en el valle. El agua brotaba de las rocas, hinchadas por la nieve derretida que, incluso a finales de abril, todavía cubría los picos de las montañas.

Hombres a caballo habían comerciado por todas las tierras de MacLaren durante el último mes, aunque pasarían semanas antes de que los caminos se secasen lo suficiente como para que los carros pudieran hacer el recorrido alrededor del Lago Lomond hasta el castillo de Narnain. No importaba. Maggie no deseaba llevarse mucho con ella. El señor de los MacLean controlaba un pueblo sustancial en el lado norte del Estrecho de Mull, en su ruta hacia el oeste hacia las Islas, y podría comprar lo necesario allí. Sabía que viajar sola era peligroso, pero no había encontrado a nadie con quien quisiera viajar... hasta que apareció Uilleam. Alzó una mano sobre los ojos al notar un halcón que se elevaba muy arriba, una mancha oscura contra un cielo por lo demás despejado. De repente, se precipitó, ganando una velocidad que hizo que el corazón de Maggie se acelerase. Un ave que no había visto un momento antes entró en la trayectoria del halcón, que la golpeó con fuerza letal antes de que Maggie tuviera la oportunidad de tomar aire por la sorpresa. Las dos aves cayeron en picado hacia la tierra, presa y depredador entrelazados.

Con un grito de desafío, el halcón golpeó el aire con sus alas. Se desplegó sobre las rocas y viró hacia una pared de acantilado no muy lejos de Maggie. Observó cómo aterrizaba cerca de una plataforma casi indistinguible de los riscos que la rodeaban. Otro halcón estaba posado en lo que probablemente había sido un nido de águila en años pasados, un montón destartado que probablemente se aferraba a las rocas con poco más que antiguos excrementos de aves y tenacidad.

Maggie quería compartir su hallazgo con Uilleam, pero él estaba demasiado lejos en el

sendero para llamarlo. Guardó el conocimiento para sí, especulando sobre la cantidad de huevos en el nido y cuántos sobrevivirían para convertirse en adultos.

«Una pareja de halcones peregrinos anidando. No he criado un polluelo en años». El anhelo surgió en ella, pero sofocó el impulso. «Tengo preocupaciones más urgentes y me habré ido para cuando estos huevos eclosionen. No es cuestión trivial dedicar tiempo a entrenar un halcón». Con una última punzada de arrepentimiento, siguió las huellas de Uilleam hasta el castillo. Tarareando suavemente para sí misma, ajena a su entorno, un hombre que había salido de los árboles la tomó por sorpresa.

—¿Es aquí donde os encontráis con vuestros amantes, muchacha? —Se detuvo directamente frente a ella, con los ojos calculadores y los brazos sueltos a los costados.

—No hagáis esto. Buscad una mujer que desee jugar. No soy tal cosa. —Maggie negó con la cabeza.

—Creo que podéis ser persuadida. —Su sonrisa predecía su fácil rendición. Maggie apostó que había acosado a mujeres antes. Dio un paso hacia ella. Maggie contrarrestó su movimiento, manteniendo la distancia. El hombre frunció el ceño—. No retrocedáis, muchacha. Puedo ser complaciente. Ya habéis yacido con un hombre antes. ¿Cuál es la diferencia esta vez? Sabéis que no os dejaré con un niño del que preocuparos.

La ira atravesó a Maggie. Si él sabía que era estéril, también sabía que era la hija del señor. Era arrogante, un matón y estúpido. Había elegido a la mujer equivocada.

—Mi única respuesta para vos es que os mantengáis alejado. No os tendré. —Aquella fue su última advertencia.

La ira enrojeció su rostro. Frunció el ceño y dio dos pasos rápidos hacia ella. Sus manos subieron, agarraron su garganta. Maggie tensó su cuello, inclinó la cabeza y el cuerpo hacia adelante, y se deslizó bajo su brazo y hacia un lado, escapando suavemente de su agarre. Continuó, dando varios pasos antes de detenerse y enfrentar a su atacante. Una expresión de desconcierto cruzó el rostro del atacante, con las manos aún extendidas, sujetando nada más que aire.

—Os denunciaré, y seréis ahorcado por vuestra agresión. No volveréis a tocar a otra mujer, lo juro. —La respiración de Maggie se volvió rápida por la furia.

Enfurecido, el hombre rugió y saltó sobre ella. Su mano abierta atrapó su hombro, con el pulgar en su garganta, empujándola hacia atrás dos pasos hasta que su espalda golpeó el grueso tronco de un árbol. Maggie ignoró el dolor, desesperada por escapar antes de perder la capacidad de respirar. Su puño izquierdo se echó hacia atrás. Golpeó con la base de la palma de su mano el interior de su codo derecho, apretándolo contra ella. Maggie giró ligeramente, envolviendo su brazo sobre la parte posterior del cuello del hombre, tirando de este hacia abajo, inmovilizándolo a su costado. Apretó su agarre. Él balbuceó, agitando sus manos a ambos lados de ella, buscando un asidero. Con toda la fuerza que pudo reunir, Maggie golpeó su rodilla contra el rostro desprotegido de su atacante. Un crujido de huesos le recompensó. El hombre gruñó, esparciendo sangre sobre su vestido. Se soltó de su agarre y retrocedió un paso, cayendo en cuclillas. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Sangre y mocos corrían por su cara. Sacudió la cabeza y dio un paso tambaleante, pero en lugar de ceder a lo que Maggie había destinado a ser una lesión dolorosa, su nariz rota solo avivó su ira.

Entre rugidos, se tambaleó hacia adelante, brazos temblorosos, su paso inseguro. Maggie se apartó de su torpe embestida. Apartando su falda, levantó un pie y clavó su bota en el costado de su rodilla. Cayó al suelo, rodando para proteger su pierna herida. Maldiciones resonaron en el valle. Se apoyó en sus manos, reuniendo sus piernas debajo de él. Maggie se acercó, agarró sus

orejas, una en cada puño, y luego le golpeó la cara con la rodilla una vez más. El hombre aulló, ella lo empujó y este colapsó, cayendo de culo con un audible estruendo mientras el aire dejaba sus pulmones. De pronto, pasos resonaron en el sendero. Maggie miró hacia arriba, con el miedo de que tuviese un cómplice. Su corazón latía con fuerza, su respiración era agitada, pero relajó los hombros y levantó los puños en señal de protección. Uilleam apareció y se detuvo en seco. Miró de Maggie al hombre en el suelo y de vuelta. El hombre escupió un espeso chorro de sangre y saliva y sacó una daga de su bota. La espada de Uilleam destelló plata un instante antes de cortar el cuello del hombre, enviando sangre en un arco que salpicó los árboles y la hierba. Tras un estremecimiento, el hombre se desplomó en el suelo.

—Vine cuando escuché a un hombre... No importa. ¿Estáis herida? —Uilleam se volvió hacia Maggie.

Maggie negó con la cabeza, incapaz de hablar mientras el ardor en sus venas se convertía en un temblor incontrolable. Acababa de ser brutalmente atacada, y su hermano acababa de matar al hombre. Su garganta dolía y el suelo se balanceaba y ondulaba bajo sus pies.

—Tenéis un aspecto terrible —dijo Uilleam, limpiando y envainando su espada, con un tono que transmitía tanto sorpresa como orgullo.

—No es mi sangre —consiguió decir Maggie luego de mirar su falda, notando la amplia salpicadura de sangre en la parte delantera. Respiró hondo.

—No. Es suya. Bien hecho, hermana. No volverá a molestar a otra mujer. —Se acercó a Maggie y la rodeó con sus brazos—. Hicisteis bien en defenderos. Su muerte fue por mi mano. No permitáis que os atormente.

Maggie absorbió su calidez y su fuerza. Estaba a salvo y había luchado para protegerse. Su mundo se enderezó, aunque tragar seguía siendo difícil. Su hermano la sostuvo hasta que sus temblores cesaron, luego relajó sus brazos y la acarició bajo la barbilla.

—Estoy bastante seguro de que aún podríais hacerme caer de culo.

Capítulo 8

Enero de 1225
La Posada del Sol
Malagar, España

La mirada de Felipe recorrió el interior de la pequeña posada antes de decidirse a entrar. Las paredes encaladas coincidían con el exterior de otros edificios a lo largo de la bahía, y un alegre rayo de sol se filtraba por las ventanas abiertas, permitiendo que el aire fresco y el canto de un pájaro invadiesen el abarrotado comedor.

«Posada del Sol. Mi última parada en el Mediterráneo. Rezo para que mi pasado quede atrás». El aroma de comida fresca y cerveza derramada llegó a su nariz. Encontró un asiento vacío en una mesa, ignorando las miradas curiosas. Un extraño más en los muelles de Malagar no despertaba mucho interés. Por costumbre, mantuvo el rostro apartado.

Una sirvienta colocó un plato frente a él. El vapor se elevaba de un plato de gambas al vapor. Felipe levantó un trozo de lino desgastado y el aroma del pan fresco ascendió. Un pequeño cuenco contenía aceite de oliva con hierbas para mojar. Su boca se hizo agua, pero resistió la urgencia de devorar la comida, esperando impaciente mientras ella vertía una jarra de un líquido marrón de olor terroso.

Una mano tocó el antebrazo de la sirvienta, deteniéndola a mitad de vertido. Felipe agarró el mango de su daga bajo el borde de la mesa, alerta ante el peligro.

—Vino, por favor. Que sea blanco.

Felipe alzó la vista ante la instrucción insípida y el acento extravagante. Quienquiera que acababa de salvarlo de beber cerveza caliente solo había estado en España el tiempo suficiente para aprender a pedir vino, pero no para perfeccionar su acento. Un hombre de ojos azules, con un sorprendente cabello rojo y una barba del mismo tono se sentó frente a Felipe, haciendo un gesto con la mano para que la muchacha le trajese lo mismo.

—Me llamo Balgair —dijo el hombre, mostrando una sonrisa con dientes notablemente blancos y un aire encantador.

—Un nombre inusual —aventuró Felipe, todavía cauteloso. La confianza casual del hombre no cambiaba el hecho de que estaba bien armado.

—Es por mi barba —explicó Balgair, alborotando la impresionante melena con un movimiento de sus dedos—. Balgair significa «zorro» en Escocia, de donde vengo. No es el nombre con el que me bautizó mi madre, pero se quedó de todas formas.

—Soy Felipe. —Asintió hacia su plato tras reprimir una sonrisa ante la naturaleza afable del hombre—. Por favor, acompañadme.

—Oh, la muchacha volverá con mi propia comida en un momento. Sonáis francés.

Felipe reflexionó sobre esto. La suposición del hombre era bastante acertada. Sus raíces familiares estaban en la Casa de Poitiers, que gobernaba gran parte del oeste de Francia. Era de sangre francesa y genovesa, aunque a través de Antioquía, aunque eso no necesitaba ser mencionado. Asintió y luego se sumergió en su cena para evitar más explicaciones. La sirvienta depositó una porción de mariscos, pan, aceite y hierbas frente a Balgair, y luego añadió una botella con corcho entre ellos. Apoyó una mano en su generosa cadera y la otra la empujó bajo la nariz de Balgair. Sin vacilar, él sacó una pequeña moneda de debajo de su túnica y la dejó caer

en su palma. Ella la miró, la deslizó por el frente de su vestido y se alejó con paso tranquilo.

—El vino es excelente. Probadlo. —Balgair señaló la botella.

—Es muy dulce. —Felipe vertió un poco en su jarra y respiró suavemente, captando el aroma a jazmín. Un sorbo le arrancó un suspiro de placer al rodar el profundo sabor de las uvas sobre su lengua, dejando notas cítricas persistentes.

—Las uvas de esta región se secan al sol antes de pisarlas. —Me gusta. Balgair asintió y tragó rápidamente, agitando su cuchillo en el aire.

Felipe observó al hombre con curiosidad. Era de constitución maciza y probablemente pesaba más que Felipe por más de un par de piedras, y comía sus gambas con gusto, pero conocía bastante bien los vinos de la zona. ¿Un guerrero con conocimientos de vino y un gusto por lo dulce?

—¿Qué os trajo a España? —preguntó Felipe, rompiendo la regla que había seguido las últimas semanas de no invitar a conversaciones personales.

—Un cuarto hijo —murmuró Balgair con la boca llena—. Nada que hacer salvo vender mi espada, ¿y qué mejor lugar que en Tierra Santa, protegiendo Jerusalén de los sarracenos?

—En efecto. —Felipe consiguió otro bocado de gambas mantecosas y lo acompañó con un sorbo del dulce vino blanco.

—¿Igual que vos? ¿Un hijo menor sin perspectivas? —Balgair arrastró un trozo de pan por el aceite y las hierbas—. ¿Volviendo a Francia? —Mordió el pan haciendo que el aceite perlara su barba.

—Más o menos —contestó Felipe. Un instinto de advertencia le recorrió la nuca. Había permanecido demasiado tiempo, hablado demasiado. Aunque el Halcón Marino no partiría hasta dentro de una o dos horas y Felipe había esperado cenar en tierra, ya no parecía una buena idea.

Voces elevadas y airadas estallaron dos mesas más allá. El suelo se despejó alrededor de dos hombres como por arte de magia, los bancos rascando el suelo de madera. La cerámica cayó, derramando comida y cerveza. Los puños volaron, aterrizando con golpes sordos. La mirada de Felipe se deslizó hacia Balgair, cuya amplia sonrisa apareció en su rostro.

—¡Una pelea!

Felipe se levantó, sin intención alguna de unirse a la contienda. Un hombre tropezó contra él, casi enviándolo de rodillas. Agarró el borde de la mesa y se enderezó. Alguien saltó sobre él desde atrás, rodeándole el cuello con un brazo. Felipe se agachó y dio un paso al lado, trayendo al hombre parcialmente sobre su hombro. Dando un paso rápido hacia atrás, alcanzó las rodillas de su atacante y, con un tirón hacia adelante, lo barrió del suelo y lo dejó caer, siguiéndolo hasta el suelo con una rodilla en el pecho. La cabeza del hombre golpeó contra la piedra como un melón maduro y sus ojos se pusieron en blanco.

—¡Oh, sí! —gritó—. ¡Ya estáis listo, muchacho! —El puño de Balgair se levantó en el aire con aprobación.

Felipe encontró la mirada de Balgair, la feroz oleada de la batalla cubriendo sus venas. Sonriendo de forma temeraria, se levantó y, con Balgair a su espalda, se lanzó a la refriega. Junto a sus puños magullados y su bolso un poco más ligero para ayudar a pagar los daños a la posada, Felipe se inclinó sobre la barandilla e inhaló el aire salado del mar. Gaviotas, con sus cabezas negras en marcado contraste con sus cuerpos blancos y picos naranjas brillantes, deambulaban sin preocupación entre la gente en el muelle, picoteando cualquier cosa que pudiera llenar sus barrigas. Balgair se paró junto a él. El gran hombre estiró los brazos en el aire, luego hizo una mueca y se frotó el hombro izquierdo.

—El último muchacho tuvo un golpe de suerte —murmuró y miró a Felipe, sonriendo, sin

prestar más atención a su herida—. Somos una buena pareja, ¿no? ¡Resistimos seis a uno!

—Eran pendencieros. Vos y yo tenemos más experiencia. —Felipe se encogió de hombros.

—Ese corte sobre vuestro ojo podría necesitar un poco de atención. ¿Queréis que os lo cosa? —Balgair lo miró con preocupación.

—No. Ya he tenido suficientes heridas cosidas últimamente. Sanará por sí solo. —Felipe se tocó el corte con un dedo e hizo una mueca.

—Sois un buen muchacho —afirmó Balgair—. Vuestras cicatrices os darán un toque de peligrosidad. A las muchachas les gusta un hombre que pueda defenderse en una pelea.

La pelea en la posada le había dado a Felipe una liberación muy necesaria de la ira y la inquietud que se habían acumulado desde que había abordado el Halcón Marino. Sin embargo, no había restaurado su deseo de ser considerado atractivo para las mujeres, especialmente aquellas que probablemente encontraría en los muelles entre aquí y Escocia.

—Será mejor que nos apresuremos —agregó Balgair con un gesto hacia el barco—. Al capitán no le gusta que le hagan esperar.

—¿Viajáis en el Halcón? —Felipe miró al hombre con curiosidad.

—Oh, sí. Me dirijo de vuelta a la hermosa Escocia. —Su alegría se tornó reflexiva—. Si tenéis intención de vender vuestra espada y no deseáis quedaros en Francia, ser mercenario en Escocia no es una mala opción.

—No estoy seguro de dónde me llevará mi camino.

—Uníos a mí, muchacho. No os arrepentiréis. —Balgair le extendió su robusta mano a Felipe.

—Estoy feliz de unirme a vos en la medida en que nuestros caminos coincidan. —Felipe agarró el antebrazo del hombre.

—Lo haremos bien, muchacho. Una espada en una mano, una muchacha en la otra y unas monedas en nuestros bolsillos. ¿Qué más podría pedir un hombre?

* * *

Finales de abril de 1225

Fiordo de Lorn, cerca de Oban, Escocia

Felipe se agazapó sobre sus talones en la colina sobre el pequeño puerto. Las luces de dos barcos en la bahía y de seis pequeñas casas que bordeaban la costa titilaban en el crepúsculo. Al otro lado del fiordo, las montañas se elevaban en la lengua de tierra que protegía la Bahía de Oban, bloqueando su vista de la Isla de Mull y del castillo de MacLean en el lado norte del estrecho. El caballo que había comprado en Morvern, el bullicioso puerto que daba lugar a la impresionante fortaleza MacLean, mordisqueaba la hierba detrás de él. El magnífico animal mostraba su herencia de caballo turcomano en sus largas piernas y su brillante pelaje dorado pálido, aunque estaba claro por su grueso cuello y su temperamento apacible que no era una hija pura del desierto. Le había costado casi todo lo que había ganado en el viaje desde Levante, pero pensó que valía cada pieza de plata. Balgair se acercó, murmurando suavemente al caballo al pasar. Las líneas se extendían desde las comisuras de sus ojos, el puente de su nariz quemado por el sol después de semanas en el mar. Se agachó hacia el suelo, descansando cómodamente sobre sus talones.

—Todavía hay tiempo. Podemos volver a Morvern si lo deseas.

—No. Seguiré adelante. —Felipe negó con la cabeza.

«La sangre de inocentes está en mis manos. Sacrifiqué a otros para salvarme a mí mismo.

Incluso con la sabiduría y amabilidad que Donal MacLean me mostró cada día en mi juventud, no fui capaz de extender lo mismo a aquellos que me veían como rey».

Felipe echó un último vistazo al lugar donde él y Balgair habían desembarcado una hora antes. «Fuisteis más que un padre para mí, barón. Tal vez algún día regresaré. Cuando mis acciones no os avergüencen». Pasó el pulgar sobre la gruesa cicatriz que bisecaba el lado izquierdo de su rostro. No se había dado cuenta de su vena de vanidad hasta que la herida se convirtió en el foco de las miradas curiosas de las mujeres y la especulación de los hombres. Finalmente, se había dejado crecer la barba para ayudar a ocultar la cicatriz anudada.

—El sol se irá pronto, y hay suficiente nieve en el suelo para hacer que encontrar leña y refugio sea problemático. Recorramos unos kilómetros antes de detenernos. —Se levantó.

Balgair inclinó la cabeza en aceptación y siguió el movimiento de Felipe. Este último recogió las riendas de su caballo y comprobó la cincha de la silla antes de montar. Juntos, él y Balgair giraron sus caballos hacia el sendero que conducía a las colinas. La nieve derretida goteaba de las ramas que sombreaban el valle donde se detuvieron para pasar la noche, trazando un rastro frío bajo el manto de Felipe. Ajustó su abrigo para evitar la gélida brisa y se acercó al fuego.

—Cuesta un poco acostumbrarse —comentó Balgair—. No es nada parecido a las tierras abrasadas cerca de Jerusalén.

—Estoy más acostumbrado al calor —concedió Felipe—. Aunque la nieve es hermosa y parece que encuentras el frío lo suficientemente vigorizante.

—Nací para esto. En el último año, todo lo que soñaba era con la nieve en las montañas. —Balgair inhaló profundamente. Su mirada se desvió y Felipe no insistió. Ambos tenían secretos, y tal vez no valía la pena indagar demasiado en el pasado.

—Me encontraba con un hombre en Morvern mientras regateabais por vuestra bestia.

—Balgair asintió hacia el caballo, cuyo pelaje dorado pálido reflejaba la luz de la luna, con una raya oscura en la crin y la cola plateadas—. Admito que tenéis un buen caballo, claramente del establo de MacKern. Probablemente lo único bueno que ha venido de Tierra Santa, al menos en lo que a mí respecta. Su esposa trajo uno de esos caballos sarracenos que han dejado su huella en todos los potrillos de MacKern estos últimos años.

—Caballo turco, y sí, son animales magníficos. Aunque, habladme de vuestro encuentro.

—La espada de este hombre es bien conocida en esta parte de Escocia, y mencionó la necesidad de ayuda cerca de los Trossachs, una región montañosa al este de aquí —se interrumpió, en silencio por un momento mientras dirigía su mirada al cielo—, cerca de mi hogar. —Balgair le dirigió una mirada confusa y luego se encogió de hombros.

—¿No es una buena elección para vos?

—Es hora de que vuelva a la tierra de los Graham. —Una media sonrisa se dibujó fugazmente en el rostro de Balgair.

—¿El lord de Graham necesita ayuda?

—No. El MacLaren sí. Su tierra se encuentra al norte de los Graham. Un clan pequeño, fácilmente acosado por los Buchanan y los MacNairn —resopló—. Aunque pocos se llevan bien con los MacNairn.

—Es un plan sensato.

—Entonces nos pondremos en marcha al amanecer. —Balgair se levantó y se estiró, sus articulaciones crujieron—. Me alegra estar en tierra firme, muchacho. Y mucho.

Castillo de Narnain

Maggie avanzaba con determinación por el salón, encontrándose con las miradas furtivas de los reunidos con la barbilla en alto. En las dos semanas transcurridas desde el ataque, había notado el cambio en la reacción de la gente a su alrededor. Algunas mujeres le dirigían miradas de admiración sombría por enfrentarse al hombre, otras la miraban con desdén, como si hubiera sido culpa suya, quizás llevándolo a creer que sus atenciones serían bienvenidas. Los hombres la evaluaban como si fuera un premio que valiera la pena tomar, si alguno tuviera las agallas para intentarlo. Hasta ahora, ninguno lo había hecho, aunque no estaba segura si era porque había luchado o por la firme postura de Uilleam a su lado. Cualesquiera que fueran las razones, ya había tenido suficiente, y la reticencia de su padre a ayudarla a viajar a su isla había continuado demasiado tiempo. Era hora de hablar. Vaciló en la puerta del despacho de su padre, tomando una respiración profunda para contener las lágrimas de humillación que le picaban en los ojos. Aunque mostrara una cara valiente, las reacciones de la gente dolían. El guardia en la puerta miró hacia otro lado, con la barbilla en alto como si no hubiera notado nada. Las voces se filtraban por una grieta en la puerta. La antigua madera había envejecido mal, dejando un pequeño espacio entre la puerta y el marco.

—¿Quién está con él?

—Un hombre en nombre de lord Buchanan, *milady*. Tal vez sea mejor que no los molestéis.

—El guardia la miró de reojo y giró el cuello para volver a mirar hacia otro lado.

—¿Por qué? —Maggie no deseaba interrumpir una reunión importante, pero no podía imaginar qué avergonzaba al guardia. Al menos lord Buchanan no había enviado a su hombre a pedir su mano. El lord tenía casi el doble de su edad y ya estaba casado, aunque su esposa era una arpía que pasaba gran parte de su tiempo dando órdenes desde su cama, a la que se confinaba al menor indicio de mala conducta de su esposo. Maggie apoyó la oreja contra la grieta. La barbilla del guardia se alzó aún más. Sus orejas se enrojecieron. La voz nasal del mensajero sonó clara.

—Es una buena cantidad de monedas que os ofrezco, MacLaren. Y tendríais paz en nuestras fronteras mientras vuestra hija esté de acuerdo.

Las palabras del hombre la golpearon como un puñetazo en el estómago. ¿Qué ofrecía? Estaba claro que dependía de su aquiescencia, pero... su temperamento se encendió mientras llegaba a la única conclusión posible. El Buchanan la quería como su amante y estaba dispuesto a pagarle a su padre por el derecho.

—Es una lástima que sea estéril. Sin embargo, el conde me aseguró que ella estaba dispuesta y era experimentada, digna de las monedas de mi señor —continuó la voz del emisario.

«Hablabas de... mi... nosotros... ¡bastardo!» Telarañas oscuras se tejieron en el borde de su visión y el aire parecía demasiado espeso para respirar.

—¿*Milady*? —El guardia posó un dedo en su hombro. Maggie sacudió la cabeza, rechazando su preocupación. Se apretó contra la puerta.

—Os he recibido y escuchado las palabras de vuestro amo. —La voz de Dugal MacLaren gruñó con advertencia—. ¡Ahora, *fuera de aquí*!

Maggie sacó fuerzas de la ira en la voz de su padre y se giró mientras los pasos cruzaban el suelo. La puerta se abrió y un hombre delgado atravesó el umbral. La vio y se detuvo, arqueando las cejas mientras la observaba.

—Ella es una pieza justa y sin un solo hueso fuera de lugar. El conde fue preciso en su descripción, al menos.

—Sois un *canalla*, milord, y una plaga para la humanidad. Decidle a vuestro amo que no

me interesa su oferta. Ni ahora ni nunca. —Maggie echó los hombros hacia atrás, flexionando las manos al darse cuenta de que buscaba el agarre de su daga.

—Como deseéis. —El hombre de Buchanan inclinó la cabeza y, poco después, sus pasos se desvanecieron por el pasillo.

—Lo oísteis. —Dugal se acercó a la puerta e indicó a Maggie que entrara. Soltó un suspiro. El recuerdo de las palabras la consternaban, pero asintió—. No os venderé, muchacha. Era un emisario de Buchanan y pensé que estaba aquí por política fronteriza. No sabía...

—Ayudadme a ir a Hola, padre. Estoy cansada de las especulaciones y susurros aquí. Quiero empezar de nuevo. Narnain fue una vez mi hogar, pero ni siquiera el lago me llama ya.

—No puedo enviaros sola y necesito a Uilleam aquí. Los MacNairn avanzan en nuestra frontera norte y vuestro hermano lidera a los pocos hombres que tengo para mantener las granjas seguras, aunque perseguir a los MacNairn es como intentar atrapar un puñado de pececillos en el fondo del lago.

El corazón de Maggie dio un vuelco. Su padre había gastado más monedas de las que debía para verla casada con un conde. Se mordió el labio contra una oleada de culpa por lo que se había gastado y perdido en su nombre. No había deseado casarse con la nobleza. Pero recordarle a su padre que su exceso afectaba al clan no servía de nada. Eso estaba en el pasado.

—No quiero ser un objetivo para hombres con bolsas profundas y almas vacías. ¿Cuántas otras ofertas como esta habéis recibido?

—Encontraré a dos hombres para enviar a la isla y descubrir lo que hay allí. ¿Podéis esperar su respuesta? —Dugal se frotó la barbilla y esquivó la pregunta.

—Sí. Por ahora, eso servirá. —Aunque se impacientaba ante la demora, Maggie aceptó.

Capítulo 9

Mayo 1225
Castillo de Narnain, Escocia

—Gracias por tomaros el tiempo de pasear conmigo, Uilleam. Imagino que preferiríais estar tumbado en vuestra cama, descansando. —El ánimo de Maggie se elevó al tener de nuevo a su hermano a su lado. Tocó su hombro—. Me alegra que hayáis vuelto y sin un rasguño.

—Tener unos momentos sin estar constantemente vigilando mis espaldas ya es bastante relajante. Es bueno veros feliz, Maggie.

Su sonrisa se ensanchó, echando raíces firmes en el pequeño atisbo de libertad que la presencia de su hermano le daba. Aunque había aprendido que podía defenderse si era necesario -y con resultados sólidos- la idea de tener que estar continuamente alerta contra atenciones no deseadas le dejaba con pocas ganas de aventurarse fuera de los muros del castillo.

—Solíais desaparecer durante horas por estos senderos. —Uilleam señaló el sendero montañoso—. Observando los pájaros, recogiendo flores, inventando historias para entretener a vuestro hermanito. La tierra está llena de flores de primavera, y, sin embargo, os quedáis dentro del castillo. Madre está preocupada. ¿Queréis hablar de ello?

—¿Y arruinar un paseo perfectamente bueno? —Negó con la cabeza—. No. Madre siempre busca cosas por las que preocuparse. Encontraremos mejores cosas de las que hablar. —Un pensamiento capturó su atención—. Hay una pareja de halcones peregrinos anidando justo por el camino. Sus crías ya deberían ser lo suficientemente grandes para verlas. Están en el viejo nido del águila en el promontorio de adelante.

—Guiadme, hermana. Sé todo lo silenciosa que podáis para no molestarlos. La tormenta de anoche puede haberlos dejado inquietos. —Uilleam asintió con ánimo.

—¡Vaya! ¿Diciéndome a mí que camine en silencio por el bosque? Os enseñé a ser una sombra cuando no erais más que un niño.

—El silencio es más que vuestros pies, hermana. *Hauld yer wheesht*. Os oirán a cincuenta pasos.

Maggie puso los ojos en blanco ante la reprimenda de su hermano, pero se mantuvo en silencio mientras lo guiaba hasta el pie del acantilado donde había visto a los halcones una quincena antes. Uilleam se detuvo a su lado y siguió el movimiento de su brazo mientras señalaba el nido a mitad del acantilado. Pequeñas cabezas blancas se balanceaban por encima del nivel de las ramas que formaban el nido.

—Veo dos —susurró Uilleam—. ¿Pensáis que hay más?

—Acerquémonos un poco más. —Maggie recogió sus faldas y pasó alrededor de unos pequeños peñascos y a través de la maleza. Varias piedras grandes marcadas con excrementos de aves señalaban el lugar directamente debajo del nido. Se detuvo a unos pocos centímetros de distancia.

—¿Podéis ver mejor desde aquí? —Arriba, un halcón comenzó su canto de alarma.

—Nos han visto —advirtió Uilleam, colocando una mano sobre sus ojos mientras miraba hacia arriba.

—No os preocupéis —replicó Maggie—. Solo nos advierten que nos alejemos. Los peregrinos no son muy territoriales, pero sí protegen a sus crías.

Un sonido como el aleteo de una vela la sobresaltó. Algo pasó rápidamente y luego desapareció en el sol.

—¿Qué ha sido eso? —Volvió sus ojos abiertos hacia su hermano.

—Pensé que dijisteis que no eran territoriales. Tal vez deberíamos retirarnos.

—Pueden chillar de advertencia, pero no atacan a los humanos. A menos que... —Maggie echó una mirada alrededor, escaneando el suelo rocoso cerca de sus pies. El halcón volvió a pasar volando con un agudo ruido de alas. Maggie se agachó. Uilleam maldijo.

—Vámonos, Maggie. El pájaro está loco. Se está acercando y no quiero sentir sus garras o pico.

—Esperad. —Maggie movió las ramas de un pequeño arbusto—. Mirad. —Señaló una pila de plumas blancas y suaves. Ojos oscuros y brillantes la miraban.

—Un pequeño halcón. —Uilleam buscó la saliente rocosa sobre sus cabezas—. No puedo alcanzar el nido. Y está demasiado lejos por debajo del borde de arriba como para dejar caer al polluelo en él.

El pajarito, con sus plumas emergiendo a través del suave plumón, pareciendo un muñeco de trapo dejado bajo la lluvia demasiadas veces, inclinó la cabeza hacia un lado. El corazón de Maggie se compadeció por el pichón.

—Es demasiado joven para estar fuera del nido. Pronto caerá víctima de los depredadores.

—Ya criasteis uno una vez —mencionó Uilleam.

—Debería estar con sus padres. —Maggie negó con la cabeza, el deseo de viajar a la isla luchando con la dificultad de criar a un polluelo.

—Parece tener cuatro o cinco semanas. Sus plumas están creciendo bien. Serían un par de semanas antes de que estuviera listo para volar. Tal vez entonces vuelva a la naturaleza.

—Uilleam inclinó la cabeza.

—Es incorrecto dejarlo aquí. ¿Podéis ahuyentar a los halcones? —Maggie se agachó entre los arbustos, ajustando sus faldas para que no se levantaran con el suave viento y asustaran al pájaro. Se acercó lentamente, murmurando palabras suaves. El polluelo se encogió en el matorral. Con un movimiento de brazos, Maggie alcanzó al pichón. Este chilló alarmado y agitó sus alas para parecer más grande. Elevándose sobre sus ridículamente grandes patas amarillas, intentó saltar, pero no pudo despejar el matorral—. No os preocupéis, pequeñín —dijo Maggie mientras doblaba las alas del polluelo contra su cuerpo, deteniendo sus frenéticos movimientos—. Nada os hará daño.

—Oh, será mimado y gordo como una gallina en poco tiempo. —Uilleam se rio. Se agachó mientras el halcón padre angustiado pasaba por tercera vez—. Solo desearía que pudiéramos hacer que su padre lo entendiera.

* * *

Felipe miró al otro lado del lago. *Loch*, se recordó a sí mismo. Con la terminación que producía saliva en la palabra, tal como la pronunciaba Balgair.

—No creo que nunca me canse de la vista de tanta hierba y árboles —opinó, sin importarle si su amigo lo escuchaba o no—. Y agua que no sea el mar.

—Oh, Levante no tiene ni una décima parte de la belleza de Escocia —respondió Balgair—. Sentía como si hubiera muerto e ido al infierno con todo ese calor y arena.

—No siempre es así. Hay mucho en esa tierra que es hermoso. Pero haré de este lugar mi hogar, al menos por un tiempo. La Tierra Santa queda atrás.

—Habéis pasado muchos más años en esa tierra maldita que yo. —Balgair asintió

amablemente—. Supongo que habéis tenido una mejor oportunidad de ver lo bueno allí. Yo solo recuerdo la pérdida de seis de mis compañeros más cercanos luchando contra los sarracenos, y casi morí de sed antes de regresar a territorio cristiano. —Cerró la boca abruptamente, terminando su relato sobre su tiempo en Levante como siempre lo hacía.

—Es el Lago Lomond —dijo, cambiando de tema—. Las tierras de los MacLaren están al otro lado.

—¿La fortaleza de madera y piedra allí? —Felipe asintió hacia las piedras visibles a través de los árboles.

—Sí. Hay numerosas cabañas al pie de la colina sobre el que se construyó el castillo, todo protegido por la montaña a su espalda.

—¿El lord nos dará la bienvenida?

—Sí. Por cualquier moneda que gastemos en su aldea, y por nuestras espadas. —Balgair instó a su caballo hacia adelante con los talones.

Felipe sujetó las riendas de su yegua detrás de la montura segura de Balgair, el sendero no era lo suficientemente ancho para ir en paralelo.

—Esto no parece mucho un camino —comentó, apartando una rama colgante.

—Es un sendero de caza que nos ahorrará una hora más o menos de nuestro viaje.

—Conocéis bien esta tierra.

—Crecí aquí. —Balgair guardó silencio por un momento.

Felipe no respondió, dándole a Balgair la oportunidad de continuar o no.

—Uno de los amigos perdidos en Tierra Santa era el sobrino del lord. Se llamaba Alasdair Graham.

—Lo siento, amigo mío. Esto no será un buen regreso a casa para vos.

—Podría haber regresado a casa en cualquier momento en los últimos dos años. No ha sido una decisión fácil. Tal vez si las cosas van bien con los MacLaren, terminaré mi viaje y me asentará con los Graham una vez más.

—A menudo es difícil dejar ir el pasado. Llegará un momento en que aferrarse a él será menos importante que buscar el futuro.

— Oh, ahora sonáis como un erudito, no como un mercenario. —Balgair lanzó una mirada por encima del hombro, mostrando sus dientes a través de la barba—. A MacLaren no le importará cómo habláis, solo si podéis manejar una espada. —Se movió en su silla y levantó un brazo—. Ahí está el camino al castillo de Narnain. Las puertas están en esa colina.

Se unieron a la poca gente en el camino que pasaba por el diminuto pueblo, y luego continuaron por la carretera curva hacia la fortaleza. Felipe notó con satisfacción el aparente bienestar de la gente y sus hogares. Su atención se dirigió al castillo, deseando que la muralla alrededor de la fortaleza de piedra fuera más que antiguos maderos.

—Tenéis mucho bosque aquí. ¿Es por eso que las murallas son de madera?

—Sí. Han estado en pie durante muchos años. El lord MacLaren las mantiene en buen estado, aunque pensé que planeaba reconstruirlas con piedra. —Balgair se encogió de hombros.

Inmediatamente, un destello de rojo llamó la atención de Felipe. Una joven con un cabello como nunca había visto antes pasó, llevando algo que parecía un pollo blanco en sus brazos. Un joven alto y musculoso la acompañaba.

—Impresionante —comentó, preguntándose quién podría ser.

—Oh, no pueden haber dos muchachas con el mismo cabello en este clan. Debe ser la hija del lord, aunque por qué no está casada y lejos es una curiosidad. Prefiero mis muchachas un poco más delicadas, pero nadie puede decir que Maggie MacLaren no es una belleza. —Balgair

miró más allá de Felipe.

Felipe gruñó, esbozando una media sonrisa.

—Deberíais buscar compañía en otro lugar, muchacho. El MacLaren es ambicioso, un trepador de estatus de lo peor. No aceptará menos que un condado por su muchacha. —Las cejas tupidas de Balgair se alzaron.

¿Y qué hay de un depuesto rey? Felipe sacudió la cabeza, disipando el deseo de conocer más a la dama. Aunque sus lazos con Zabel habían sido disueltos por el obispo, no buscaba matrimonio. Y estaba seguro de que la hija del lord MacLaren no sería del tipo que se entretiene.

La joven se sobresaltó y se movió como si algo la hubiera asustado. La criatura en sus manos emitió un canto de angustia.

«¡Un halcón!» Su interés se avivó al instante, Felipe le entregó las riendas de su yegua a Balgair. Sus largas zancadas lo llevaron rápidamente al lado de la mujer. Un hilo de sangre corría por su brazo, pero su agarre sobre el halcón parecía firme. El joven a su lado levantó la mirada y se movió como si quisiera protegerla.

—Por favor, puedo ayudar. —Felipe extendió las manos.

—Dejadla. —El compañero de la joven movió la barbilla, con el ceño fruncido.

—No os preocupéis, Uilleam. Está bien —respondió la joven.

—¿Conocéis algo sobre los halcones? —El ceño de Uilleam se profundizó, pero se hizo a un lado. Los ojos de la joven se agrandaron con esperanza.

—He estado cerca de ellos, sí.

Sus manos sujetaban al joven pájaro alrededor de su cuerpo, inmovilizando sus alas, pero su pico aparentemente había causado una pequeña herida. El ave se agitó de nuevo, picoteando su mano. La mujer se mordió el labio, pero no soltó al pájaro ni cambió su agarre. Rasgando una tira del dobladillo de su túnica, Felipe la envolvió cuidadosamente sobre la cabeza del pájaro, cubriéndole los ojos. El polluelo se calmó de inmediato. La mirada azul brillante de la mujer se iluminó de gratitud.

—Me habéis salvado las manos y probablemente la vida de este bribón.

—Se llama *al burqa*, una cubierta para la cabeza, y sirve para calmar al pájaro.

—Nos olvidamos de una capucha, Maggie —dijo Uilleam, con un tono de exasperación en su voz—. Podríamos haberos evitado un brazo picoteado.

—Solo lo cogí porque no podía ser devuelto a su nido, y así es como me paga mi bondad. —Su sonrisa se tiñó de pesar.

—Es joven. Pasará un tiempo antes de que piense en vos como su dueña.

—Oh, no. No lo mantendré. Solo deseo alimentarlo hasta que pueda volar y regresar a los acantilados donde nació. Tengo... otras cosas que debo hacer. —Su voz se desvaneció torpemente y apartó la mirada.

—Como deseáis, mi señora, aunque hay mucho que decir a favor de un buen halcón de caza.

—Críe uno hace unos años, pero fue presa de un águila real.

—¿Tenéis un cetrero aquí?

—No. Era anciano y no sobrevivió a este último invierno. No hemos tenido halcones en los establos en tres o cuatro años. —El rostro de la mujer se ensombreció.

—Ahora sí. —Felipe sonrió.

La sonrisa en respuesta de la joven fue vacilante, pero llegó directo al corazón de Felipe.

—¿Podría visitaros más tarde? Me refiero al bienestar del pájaro.

Su mirada se volvió cautelosa y la mano de su hermano Uilleam descansó en la empuñadura

de su espada.

—No tengo intención de faltar al respeto, mi señora. —Felipe tomó el gesto protector por lo que era y simplemente dejó sus manos sueltas a sus lados.

—Podéis preguntar por el polluelo —dijo Maggie y junto con Uilleam intercambiaron miradas.

—No os retendré. Él necesita un nido y probablemente una comida.

—Recuerdo esa parte. Gracias por vuestra ayuda. —Su sonrisa volvió.

—Aseguraos de que vuestra curandera revise vuestra herida.

Maggie asintió y se alejó apresuradamente, con las faldas ondeando suavemente y el brillante cabello rojo rebotando sobre sus hombros. No obstante, todo lo que Felipe vio fue el recuerdo de su sonrisa.

—Recuerdo haberos dicho que es la hija del lord, ¿verdad? —Balgair apareció a su lado.

—Solo quiero ayudarla. —Felipe miró a su amigo, sorprendido por la sonrisa escéptica que se asomaba a través de su barba.

—La última vez que oí esas palabras, el muchacho pasó una semana a merced del lord Graham. —Le dio una palmada en el hombro—. Vamos. Veamos qué tiene que ofrecernos el capitán de MacLaren.

Capítulo 10

Felipe estaba de pie en lo alto de las almenas, apoyado contra la pared. Levantó una jarra de cerveza hasta sus labios. No podía sacudirse el recuerdo de la joven pelirroja. Hija del lord. No le convenía pensar en ella, pero desde que la había conocido, un calor había florecido en su pecho y se negaba a desaparecer.

«Maggie MacLaren».

¿Por qué no podía haber sido hija de un herrero o de un campesino? No es que tuviera la intención de asentarse aquí -tenía toda Escocia por explorar-, pero... sacudió la cabeza. No era digno del interés de ninguna mujer más allá de un momento de placer. Las cosas que había hecho le atarían para siempre. No le servía de nada desear lo contrario. Ráfagas de amatista y rosa oscurecían el cielo mientras el sol se escondía detrás de los árboles que rodeaban el Lago Lomond.

—No hay mucho en cuanto a dinero, pero el viaje no debería ser arduo. —Balgair recorrió el largo de los tablones y luego se detuvo, apoyando un codo entre las vigas puntiagudas.

Felipe se alejó de sus pensamientos. Balgair sostenía una moneda entre el índice y el pulgar. La lanzó a Felipe, quien atrapó la pieza de oro y la guardó en una bolsa en su cinturón.

—No pensé que deseaseis viajar más lejos. Vuestra familia no está tan lejos.

—Haré unos cuantos kilómetros más. El lord desea un informe sobre la Isla de Hola y está dispuesto a pagar. Quizás esto se vuelva rentable. —Balgair se encogió de hombros.

—¿Cuándo partimos?

—Mañana, al amanecer. El lord MacLaren ofreció enviar un carro de suministros, pero Gunn, su encargado, declinó. Estoy de acuerdo en que solo nos retrasaría. Podemos cargar nuestras bolsas y quizás uno o dos caballos de carga y así cazar por el camino.

—Tengo poco que preparar. Pero os deseo una buena noche y descansaré un poco.

—Felipe asintió y se apartó de la pared, aunque lamentaba no haber conocido mejor a Maggie. Quizás era lo mejor.

—Lo mejor es que busquéis a *lady* Maggie ahora. No habrá tiempo en la mañana. —Los ojos azules de Balgair danzaban alegremente.

—Lo tendré en cuenta —respondió Felipe, aunque no tenía tal intención. Hacerlo solo invitaría a más arrepentimiento. Descendió los escalones hacia el patio. Un pequeño edificio de piedra, con su techo de paja en evidente necesidad de reparación, se encontraba en el lado más alejado del terreno, rodeado por una pared casi tan alta como el edificio. Contra su mejor juicio, Felipe se encaminó por el sendero cubierto de maleza. Pasó por la apertura hacia el patio de las pajareras donde aún se mantenían en pie tres posaderos, recordatorios silenciosos del pasado. Cuerdas enrolladas, el cuero endurecido por el clima y la falta de cuidado, colgaban de las barras. Se dirigió a la puerta de las pajareras. Solo la oscuridad y el aroma a polvo y roedores le dieron la bienvenida. En un instante, una sombra se proyectó sobre su camino.

—Ella no está aquí.

Felipe se giró bruscamente. La voz no sugería amenaza, pero recordó la actitud protectora del joven con *lady* Maggie antes. El joven no era más amigable ahora, pero parecía relajado y claramente no veía a Felipe como un peligro.

—Las pajareras no se han usado en años. Como el polluelo necesita protección tanto como

alimentación, ella se lo ha llevado a sus habitaciones. La encontraréis en el salón por la mañana.

—Os lo agradezco, aunque no estaré aquí por la mañana.

—Ella se levanta temprano. —El joven asintió y giró sobre sus talones para marcharse.

* * *

Maggie se deslizó por el salón, deseando que los pajaritos no comieran tanto. Sus llantos la habían despertado antes del amanecer, y él había aceptado trozos de carne seca con hambre.

«El dónde pone el pequeño toda esa comida, está más allá de mi comprensión», pensó mientras entraba en la cocina, recogía una cesta de pan y una jarra de sidra, y volvía al salón. La sala estaba casi vacía; las pocas personas despiertas a esta hora antes del amanecer se acurrucaban en pequeños grupos silenciosos. Con un sobresalto, reconoció al hombre que destapaba una bandeja en la mesa central. El hombre que había ayudado con el polluelo. La curiosidad la alejó de su silla habitual y la llevó hacia el desconocido. Él eligió una pequeña hogaza de pan recién salida del horno, lanzándola de una mano a otra para ayudar a enfriarla. Una sirvienta le envió una sonrisa pícara. Sirvió sidra en una jarra, la colocó frente a él y se apresuró a marcharse. El hombre eligió un banco y se sentó a horcajadas, colocando su cuerpo de tal manera que pudiera ver fácilmente la sala. Captó la mirada de la joven y levantó la barbilla, enderezando su cuerpo mientras una ligera sonrisa curvaba las comisuras de sus labios. Sus ojos brillaban, causando que Maggie respirara más profundamente. «Qué respuesta tan ridícula hacia un desconocido. Probablemente desea preguntar sobre el pajarito. Sin duda, anoche parecía conocedor».

Maggie dio un paso más cerca y se detuvo cuando Uilleam entró en el salón. Vio al extraño y cruzó la sala para sentarse frente a él en la mesa de tablones. Frunció el ceño, insegura de si deseaba lidiar con *ambos* hombres tan temprano. Bebió un sorbo de su jarra, mirando a Uilleam por encima del borde.

—Soy Uilleam MacLaren. —Sus palabras llegaron claramente a Maggie mientras este cortaba una rebanada de queso de una rueda en un plato junto al pan—. ¿Estáis viajando a la Isla de Hola?

—Sí. —El hombre dirigió su mirada a Uilleam.

—Es la dote de mi hermana. —Uilleam frunció el ceño y agitó una mano—. No es importante. Deseamos saber qué hay allí, aunque estoy seguro de que mi padre ya os lo ha dicho. —Tomó un bocado de queso, bajándolo con un trago de su jarra.

—Sé poco de vuestra familia. Estoy aquí por el dinero. —El hombre se encogió de hombros. Lanzó una mirada por encima del hombro de Uilleam hacia Maggie, quien bebió otro sorbo.

—Vuestro acento es peculiar. He conocido a hombres que viajaron lejos de Escocia y regresaron sonando diferente. Pero también no parecéis mucho un escocés. —Uilleam ladeó la cabeza.

—Mi familia es de Francia, aunque yo nací en Tierra Santa. Mi padre estaba allí para defender Jerusalén. —El hombre devolvió la mirada al joven.

—Un cruzado. —Las palabras de Uilleam salieron reverentes, como una bendición—. ¿Cómo es? La Tierra Santa.

—Calurosa. —El hombre bajó la cabeza—. Me alegra ya no estar allí.

Uilleam pareció tomar la evasiva del hombre como una señal de que prefería no hablar de ello, y tras un momento de silencio, cambió de tema.

—No he retenido vuestro nombre.

—Soy Felipe.

—¿Deseáis volver a Francia?

Maggie se apartó de su posición cerca de la mesa principal. Dejó su cesta en medio del desayuno de Uilleam y se deslizó en el banco a su lado.

—Buenos días, Uilleam. Es bueno veros levantado. —Dirigió una sonrisa acogedora a Felipe—. Bienvenido al castillo de Narnain. Soy Maggie, la hermana de Uilleam. Siento oír que no vais a quedaros. Estoy segura de que tengo preguntas que podríais responder sobre mi pequeño halcón.

—Gracias, *milady*. He aceptado una misión para viajar. —Su mirada se deslizó de ella a Uilleam y de regreso, claramente conectando las palabras previas de Uilleam con ella—. Entiendo que la isla es vuestra dote. Sin duda, es tan encantadora como vos, y nuestro informe será todo lo que esperáis.

El rostro de Maggie se sonrojó. Aunque su padre la amaba, no la comprendía. Uilleam la molestaba, y el conde había oscilado entre la adulación vacía y el desprecio. La calidez de las palabras de Felipe fue inesperada. Tragó saliva y reunió una respuesta.

—Deseo vivir allí y estoy ansiosa por viajar. —Para su sorpresa, su voz tembló. Por su parte, Uilleam colocó una mano tranquilizadora en su hombro.

—¿Tendríais algún consejo sobre el pequeño halcón antes de iros? —Uilleam hábilmente devolvió la conversación al polluelo.

—Es un pájaro joven. Intentad no formar un vínculo cercano con él o podría volverse propenso a desafiaros. —Tras aceptar el cambio de tema sin cuestionarlo, Felipe asintió.

—Oh. No lo había pensado. —Maggie parpadeó, sorprendida.

—Haced varios capuchones a medida que crezca y haced que los lleve a menudo una vez que esté emplumado. Debe acostumbrarse al capuchón —continuó Felipe y miró hacia arriba, como si reuniera sus pensamientos—. Todo lo que deseáis que se acostumbre, ya sean perros, personas o caballos, hacedlo ahora. Y elegid un sonido para llamarlo cuando le deis de comer, un silbido es bueno. Eso ayudará con su entrenamiento más adelante.

—He comenzado a recordar algunas de las cosas que nuestro halconero me enseñó, aunque fue hace dos años y no esperaba tener que usar ese conocimiento de nuevo. Habéis dado buenas sugerencias, señor, y os lo agradezco. —Maggie suspiró.

Un hombre se acercó a la mesa, su barba roja y espesa lo identificaba como el compañero de Felipe de la noche anterior.

—Mi señora, *sir* Uilleam. —Les hizo una breve reverencia y luego se dirigió a Felipe—. Es hora de marcharnos. Los caballos esperan y la guardia está abriendo la puerta.

—Os acompañaremos. —Maggie se levantó.

Uilleam se puso en pie de un salto, dando un último bocado al queso antes de apresurarse para alcanzarlos. Salieron al patio, envueltos en una fría niebla. Maggie se ajustó el chal más cerca de los hombros.

Seis hombres, incluyendo a Gunn, el segundo comandante de su padre, ya estaban montados. Una yegua, cuyo pelaje relucía dorado a la luz de las antorchas, relinchó al acercarse Felipe. Él le permitió olfatear una mano mientras le acariciaba el cuello con la otra. Ella mordisqueó suavemente su palma con sus gruesos labios.

—Me olvidé de traeros un premio, Avril. —Sonrió.

—¿Avril? Es francés para el mes de abril, ¿no? —Maggie se quedó fascinada.

—Sí. El mes en que la adquirí. —Felipe levantó la vista.

—Es hermosa. No he visto un pelaje como el suyo. ¿De dónde la sacasteis? —Maggie se

acercó y tocó el brillante pelaje de la yegua.

—Proviene de los establos de MacKern. Han tenido un caballo turcomano en la yeguada durante varios años. Su nombre es Voski. Me han dicho que es la palabra armenia para «oro».

Las orejas de Avril se adelantaron y centró su atención en Maggie. El cálido aliento del caballo la alcanzó en ráfagas cortas mientras recogía el olor de Maggie.

—¿Armenio? Yo solo hablo escocés y un poco de francés. Y gaélico.

—No muchos eligen aprender otros idiomas. Sois una mujer rara, mi señora. —Felipe sonrió y el corazón de Maggie dio un vuelco—. *Hrazhesht*. Es la palabra armenia para despedida. —Recogió las riendas y subió a la silla.

—*Hrazhesht*. —La palabra cayó torpemente de su lengua, pero Felipe le dio una sonrisa complacida antes de empujar a su caballo hacia adelante.

Los caballos se movieron a través de la puerta acompañados por el suave chirrido del cuero y el delicado tintineo de los arneses. Maggie los siguió, ignorando la advertencia de Uilleam de quedarse dentro. Uno por uno, los caballos desaparecieron en la niebla al borde del bosque, tan completamente fuera de vista como si nunca hubieran existido. El cielo palideció ligeramente hacia el este, aunque el sol no superaría los árboles por otra hora o más. Maggie respiró profundamente el aire fresco, disipando la última de su inexplicable reacción hacia el misterioso Felipe de Francia y Levante.

Un grito desde la muralla se transformó en un grito de dolor. Un cuerpo cayó al suelo a los pies de Maggie, habiendo sido alcanzado por una gruesa flecha sobresaliendo hacia arriba. Los ojos de Maggie se abrieron de par en par mientras el miedo la recorría, robándole el sentido.

—¡Maggie! ¡Cerrad la puerta!

Las botas resonaban en la almena y el patio mientras los hombres se apresuraban a ocupar sus posiciones en la muralla.

—¡Maggie!

Formas oscuras pasaban rápidamente junto a ella, amontonándose a través de la puerta abierta. Se aplastó contra la pared, mezclándose con la sombra de la torre del baluarte. Las vigas gemían mientras los guardias luchaban por cerrar la puerta ante los hombres que salían del bosque para inundar el castillo. Un carro pasó a toda velocidad, cargado de piedras y tirado por un solo caballo extenuado.

—¡Maggie!

Una mano le agarró el hombro, elevándola del suelo. Un brazo la rodeó por la cintura y la levantó, rozando el hombro de un caballo. Pataleó y se retorció, pero el hombre la arrastró hasta colocarla firmemente en la cruz del caballo. El pomo de la silla le presionó dolorosamente el muslo. Se apartó del caballo, pero el agarre del hombre se estrechó.

—Soy yo, Felipe. No saltéis.

Las palabras resonaron en su oído. Parpadeó, incrédula. ¿Estaba él con los atacantes? La furia la recorrió. Echó la cabeza hacia atrás, golpeando de refilón la cabeza de Felipe. Él gruñó y apretó los brazos a ambos lados de ella. Para sorpresa de Maggie, se dio cuenta de que se dirigía hacia el patio interior. ¿Pretendía usarla para que su padre se rindiera?

—No me rescatarán —advirtió. Sin obtener respuesta del francés, agarró las riendas del caballo y tiró hacia atrás. Avril sacudió la cabeza ante el agarre punitivo y se detuvo en seco.

Felipe agarró el hombro de Maggie y la obligó a mirarlo.

—¡No soy el enemigo! —Le arrancó las riendas de las manos y espoleó al caballo hasta cruzar el patio hacia el terreno relativamente vacío cerca de las pajareras. Frenó el caballo y tiró a Maggie al suelo—. Escondeos allí. No puedo acercaros más al salón. No salgáis.

Liberada, Maggie se precipitó hacia la apertura del patio de las pajareras. Felipe giró su montura y se lanzó a la batalla. Entre tanto, la joven se echó hacia atrás hasta estar segura de estar oculta en las sombras y luego observó cautelosamente a través de las hojas de una enredadera que trepaba por la pared de piedra y se extendía por la apertura.

Los hombres gritaban, el metal resonaba. Las antorchas iluminaban la oscuridad con un rojo ardiente, dando a los hombres la apariencia de condenados. Las flechas llovían desde la almena, alcanzando objetivos y salpicando el suelo. Maggie miró hacia el lado del castillo hasta la puerta de la cocina. Entreabierta, derramaba luz dorada sobre el camino de losas. Esperando que los atacantes no hubieran atravesado aún la puerta del salón, Maggie recogió sus faldas y corrió la corta distancia hasta la cocina. Atravesando el castillo, ignoró las súplicas de tranquilidad de los que se acurrucaban dentro y subió corriendo las escaleras hasta su habitación. Agarró su ballesta y el carcaj y luego bajó corriendo la escalera.

«No me quedaré quieta». La idea de esconderse dócilmente donde Felipe la había dejado reforzó su determinación. «Pero, la puerta de las pajareras es un lugar donde puedo ser de ayuda».

La cocina estaba ahora vacía, los sirvientes habían huido. El fuego matutino ardía sin ser atendido en la chimenea. Maggie se acercó a la puerta y miró hacia el patio. Parpadeó, ajustando sus ojos al resplandor de las antorchas. Los hombres se mantenían en las murallas, disparando flechas más allá del castillo. Algunos cuerpos yacían en el suelo, pero no pudo determinar quiénes eran. Un carro volcado, con piedras derramándose de su lecho, sin caballos y dejado vacío en el suelo, obstruía la entrada, dificultando el intento de cerrar las puertas. Manteniéndose en las sombras, se apresuró hacia las pajareras, deslizándose más allá de las enredaderas que la ocultaban. Colocó el pie en el estribo en la parte delantera de la ballesta y tiró de la cuerda, luego colocó un virote en la ranura sobre la culata. El peso del arma le resultaba familiar y sus manos encontraron sus lugares habituales. Maggie entró en el patio, continuando con la espalda pegada a la pared, y el dedo listo para atacar.

La cabeza de un hombre apareció sobre la parte superior de la muralla. Blandiendo una espada, atacó a uno de los guardias de los MacLaren. Maggie levantó su ballesta hasta el hombro, su pulgar ligeramente sobre el virote para mantenerlo en su lugar, y apuntó al hombre que levantaba su espada para un golpe mortal. Su flecha le alcanzó de lleno en el pecho y, con un grito, cayó de la muralla.

Una lluvia de flechas silbó en el patio. Las flechas se fracturaron al golpear la piedra, enviando puntas y astillas de madera en una dispersión mortal. Maggie se giró, usando la entrada de las pajareras para protegerse de los fragmentos. Los gritos del patio le indicaron que otros no habían tenido tanta suerte. Miró alrededor del marco de la puerta. Hombres pasaban a través de las puertas parcialmente cerradas, tropezando con cuerpos caídos mientras las espadas y flechas de los MacLaren encontraban sus objetivos. Preparó otro virote cuando una figura oscura se deslizó más allá de la estrecha entrada, la cual cayó antes de dar otro paso. Tres hombres más pasaron rápidamente, perdiéndose en las sombras. Maggie retrocedió hacia las sombras de la entrada mientras volvía a tensar la cuerda de su ballesta.

Con un chirrido de madera, el carro fue levantado y luego retirado de la puerta. Las voces se alzaron en esfuerzo mientras finalmente se cerraban las puertas. Maggie respiró hondo y volvió a enfrentar el patio. «Ahora había que mantenerlos fuera». El acero resonaba contra el acero, intercalado con el ruido sordo del metal golpeando la madera. Los gritos de rabia y aliento se convirtieron en gruñidos bajos de combate cuerpo a cuerpo. Maggie disparaba sus virotes donde encontraba objetivos claros, reservando los dos últimos para su propia defensa.

El tono de la batalla cambió. La lucha disminuyó. Los hombres miraron hacia la puerta del castillo. Un hombre apareció en el escalón superior, sosteniendo a otro delante de él. El silencio se apoderó del patio. Las antorchas crepitaban en la brisa del amanecer.

—¡Tengo a vuestro lord! ¡Rendíos!

Capítulo 11

La espada de Felipe zumbó. Dos hombres cayeron. La luz de las antorchas se batía en duelo con los primeros rayos del amanecer, engañando su vista mientras las sombras se alargaban. Los atacantes fingían embestir las murallas, atrayendo las flechas de los MacLaren. El enemigo se deslizaba más allá del carro volcado, donde la lucha por mantener las puertas abiertas era más feroz. Felipe giró un hombro en un movimiento circular, aflojando los músculos. Trabajó su mandíbula, su lengua probando los dientes que Maggie MacLaren le había sacudido antes. Un virote de ballesta pasó silbando junto a él. Felipe se agachó, sorprendido al descubrir que venía desde detrás de él. Miró a su alrededor, buscando un enemigo que lo flanqueara. Un movimiento en la entrada de las pajareras hizo que su corazón se detuviera por un momento, seguro de que la hija del lord estaba en peligro.

«¡Maggie!»

Como si fuera invocada por su pensamiento, un leve movimiento en las sombras la reveló mientras salía de la puerta, con la ballesta en la mano. La sorpresa le arrancó una carcajada.

«¿La mujer tiene habilidades de guerrera?» Incluso a distancia podía leer la determinación en su postura. Inmediatamente recordó a otra joven con habilidades similares, y le dedicó a Maggie un saludo silencioso, más que complacido de que pudiera protegerse, para luego volver a la refriega.

Una lluvia de flechas golpeó los adoquines que llevaban al salón, rompiéndose al impactar y enviando astillas de pedernal y madera girando por el aire. Avril relinchó y aplanó las orejas, pero no cambió su paso, y Felipe esperó que solo se hubiera asustado y no herido. Despachó a otro hombre que apuntaba una daga a las patas traseras de la yegua y buscó su próximo objetivo. Enseguida, alguien saltó desde la muralla, cayendo con fuerza contra el pecho de Felipe y derribándolo al suelo. Aterrizó con un gruñido mientras el aire se escapaba de sus pulmones. Su visión se oscureció. Luchó por recuperar el aliento, viendo la daga que apuntaba a su garganta un segundo antes de que impactara. Agarrando la muñeca de su atacante, la torció hacia un lado. Alzó las caderas con un giro, lanzando a su atacante al suelo. Arañando sobre él, Felipe cambió su agarre en la muñeca del hombre, llevando la mano hacia arriba y luego barriendo el brazo hacia un lado para que aterrizara sobre la pierna de un soldado caído. Un chasquido audible y un grito de dolor le indicaron que el codo del hombre se había roto. Felipe lo empujó a un lado y se levantó. Esquivó una puñalada de daga de otro hombre que apuntaba a su vientre. Agarró los hombros del hombre mientras el golpe fallaba, y lo dobló mientras le clavaba la rodilla en el pecho. Apartándolo, recogió su espada del suelo donde había caído y buscó su caballo. Avril estaba a pocos metros, una rienda arrastrando mientras retrocedía del hombre vestido de lana que intentaba alcanzarla. Felipe agarró el hombro del hombre y lo hizo girar, luego le dio un puñetazo en la cara sorprendida. El hombre retrocedió tambaleándose y Felipe pasó de largo, con una melodía tranquilizadora en su voz para calmar al caballo asustado. Las orejas de la yegua se alzaron hacia adelante y relinchó suavemente. Felipe se subió a la silla y luego tiró de las riendas en un círculo cerrado, dispersando a los hombres que pensaban acercarse mientras él estaba distraído.

«Demasiados están entrando en el castillo».

Los arqueros de los MacLaren mantenían a la mayoría del enemigo fuera de las murallas.

La puerta principal era el obstáculo para asegurar el castillo. La mirada de Felipe cayó sobre el carro volcado. Alguien había conseguido una cuerda y la había atado al eje que corría a lo largo de este. Para sujetar la cuerda, los hombres tenían que enfundar sus espadas, dejándolos indefensos mientras luchaban por enderezar el carro.

—¡Dadme la cuerda! —Felipe espolé a Avril hacia la puerta.

Después de solo un momento de vacilación, la cuerda le fue lanzada y la enrolló alrededor del pomo de su silla. Avril avanzó hasta que la cuerda se tensó, luego se detuvo, sacudiendo la cabeza. Felipe la empujó hacia adelante y ella se asentó en sus cuartos traseros, aumentando su fuerza. La cuerda crujió y la madera gimió mientras Avril tiraba de esta y el carro se liberaba. Con un grito de triunfo, los hombres pusieron sus hombros en las enormes puertas y obligaron al enemigo a retroceder.

La batalla renovó su vigor y los MacLaren despejaron la casa de la puerta y cerraron la entrada. El patio se quedó en silencio, la falta de sonido era inquietante, amenazante. Las cabezas se giraron hacia el salón.

—¡Tengo a vuestro lord! ¡Rendíos y entregad el castillo!

Felipe parpadeó para alejar el escozor del sudor en sus ojos. Un hombre corpulento envuelto en una capa de lana avanzó por las puertas del salón y empujó a un hombre más delgado un escalón abajo, dejando su propia cabeza y parte superior del cuerpo sin protección tras su rehén. Poniendo los talones en los flancos de Avril, Felipe envió a la yegua galopando por el patio, inclinándose sobre su costado con la esperanza de confundir al enemigo el tiempo suficiente para ganar ventaja. Los cascos atronadores del caballo dejaron al hombre atónito, claramente no esperaba una respuesta a su desafío. Intentó agarrar al hombre frente a él, pero la espada de Felipe silbó en el aire, y el filo de la hoja impactó con un golpe aturridor la parte posterior del cráneo del hombre corpulento. Sus piernas se doblaron debajo de él y golpeó al lord de los MacLaren mientras caía, enviándolo tambaleándose por los últimos escalones hacia el patio. Felipe se agachó y levantó al hombre mayor hasta la silla delante de él. En segundos, se alejó a toda velocidad, tragado por las sombras. A continuación, se detuvo cerca de las pajareras. Avril pateó el suelo y resopló. Maggie apareció en la abertura de la puerta, junto a su ballesta lista para un ataque rápido. Felipe bajó al lord MacLaren con cuidado al suelo. Las piernas del hombre mayor temblaban, pero rápidamente se recuperó y se puso de pie.

—¡Apartaos, padre! —Maggie observó a Felipe por encima de su ballesta.

El capitán de los MacLaren corrió en ayuda de su lord, deteniéndose al ver la escena. Levantó las manos, con las palmas hacia afuera.

—¿Os amenaza, mi señora?

—Me preocupa un poco que el ataque ocurriera en la mañana en que nuestras puertas se abrieron más temprano de lo habitual. —Su ceño fruncido indicaba claramente que no estaba convencida de que Felipe no tuviera nada que ver con el ataque.

—Sí —admitió Felipe, con la voz firme para evitar ser disparado por la ballesta de Maggie—. Aunque no fue por mi mano.

—Puedo dar fe de este muchacho. —Balgair se acercó, con sangre seca pegada a su barba en un lado de la cara. Indicó a Felipe con un movimiento de barbilla.

—Balgair es conocido por mí —añadió Neacal, el comandante.

Maggie bajó lentamente su ballesta, aunque dirigió a Felipe una mirada cautelosa antes de centrar su atención en su padre.

—¿Estáis *skaithead*, padre? —Apoyó su arma contra la pared y se acercó a su padre. Tomando sus manos entre las suyas, lo recorrió con la mirada de arriba a abajo, como

desafiándolo a negar una lesión.

—Estoy un poco aturdido, hija, pero entero, gracias a este hombre. —Su mirada cayó sobre Felipe—. Le debo mi vida.

La aguda mirada de Maggie se deslizó hacia el francés, que estaba sentado tranquilamente sobre su caballo, sin reconocer ni negar la afirmación de su padre. La yegua dorada estaba salpicada de sudor y mordía el bocado, resoplando fuertemente tras la batalla. Con el reconocimiento de Neacal y la declaración de su padre, Maggie desarmó con cuidado su ballesta, aunque fue lenta en relajar su guardia por completo.

Los hombres la rodearon, más probablemente rodeaban al lord. Buscó entre sus rostros, notando con alivio a muchos que conocía.

—¿Dónde está Uilleam? —Se tensó, su mirada se posó en las formas cubiertas del patio que ya no se moverían más.

—Lo encontraré. —El francés desmontó y llevó a su yegua, deteniéndose a hablar con los hombres, echando una rápida mirada a cada forma caída. Maggie pronto perdió su figura alta y delgada entre la multitud. Su respiración se aceleró mientras el miedo amenazaba con consumirla.

«¿Dónde está Uilleam?»

Tres soldados más se acercaron a su grupo. Uno hizo una breve reverencia a su padre y luego habló en voz baja con el comandante. Neacal asintió.

—El hombre que os atacó ha sido llevado al salón bajo custodia —informó Neacal a su padre—. ¿Deseáis interrogarlo, o lo llevamos a la torre?

—Lo interrogaré. —Dugal miró a Maggie—. Venid conmigo.

Ante el asentimiento de su hija, hizo un gesto para que el comandante los acompañara. Seguidamente, Maggie recogió su ballesta y siguió a regañadientes al grupo fuertemente armado al salón.

Un hombre fornido estaba sentado en una silla en una esquina de la habitación, apenas visible a través de los soldados que lo rodeaban. Sostenía su cabeza con ambas manos, mirando al suelo. La guardia personal de Donal se acercó más, claramente tambaleándose por el secuestro de su lord minutos antes.

—¿Quién os envió? —La voz de Dugal sonó con autoridad.

El hombre gimió y se tambaleó. Un soldado le agarró el hombro y lo empujó hacia atrás en su silla.

—Responded a MacLaren.

La cabeza del hombre cayó a un lado, con las pupilas dilatadas. Parpadeó y luego entrecerró los ojos. Su boca se movía, abriéndose y cerrándose como un pez fuera del agua. La saliva le caía de un lado.

—Ma... Mac... M’Nair...

—¿MacNairn? —Las cejas de Dugal se juntaron en una mueca de disgusto—. Pensé que los habíamos mantenido en nuestra frontera.

El soldado empujó a su prisionero con la culata de su lanza, pero el hombre no dio más respuestas.

—He encontrado a vuestro hermano. —La voz baja de Felipe sobresaltó a Maggie. Ella se giró bruscamente, pero su actitud relajada calmó su corazón acelerado—. Está herido, pero creo que no muy gravemente. La curandera está con él ahora mismo.

—Llévame a él —exigió la joven.

Felipe asintió en señal de consentimiento y la condujo al patio.

El amanecer al fin había despuntado sobre los árboles, bañando el aire con una luz pacífica. Los que habían caído habían sido retirados del patio, dejando solo a aquellos que esperaban la atención de la curandera. Felipe se dirigió hacia un pequeño grupo de hombres que se apartaron para permitir que Maggie se acercara al hombre en el centro. Uilleam le dedicó una media sonrisa, pero su mandíbula estaba tensa y sus ojos demasiado brillantes. Su palidez y el brillo de sudor en su frente hablaban de la pérdida de sangre y del dolor.

—Nos ahorrasteis algunas bajas con esa ballesta vuestra, hermana —murmuró.

—Oh, harías lo mismo por mí. —Los ojos de Maggie se llenaron de lágrimas y buscó la mirada de la curandera, ansiosa de ánimo.

—El muchacho tiene un gran corte en el brazo. Afortunadamente, no fue su brazo bueno para la espada. Sanará con tiempo y cuidado. He cosido la herida. Aseguraos de que no lo use durante al menos una semana y avisadme de inmediato si tiene fiebre. —La mujer mayor asintió brevemente, recogió sus cosas y se dirigió a la siguiente persona que esperaba su atención.

—Haréis lo que ella dice —declaró Maggie, levantando las cejas para dar énfasis.

Uilleam agitó brevemente la otra mano para indicar que la había oído. Maggie sabía bien que el gesto no significaba que le haría caso.

—Ayudadle a llegar a su habitación. Lo cuidaré allí.

Dos hombres levantaron a Uilleam, con los brazos alrededor de su cintura, dándole un momento para ponerse de pie.

—Debéis tener cuidado. —Le hizo señas a su hermana para que se acercara.

—Siempre lo hago, Willie. —Maggie apartó un mechón de cabello de su frente y le acarició la cabeza como si tuviera seis años otra vez.

—No. No sabéis... el hombre que hizo esto, el que llevó a los MacNairn aquí... —Uilleam le agarró la mano, con una mirada feroz, su pecho jadeando.

—No os preocupéis, Willie. Lo que sea, puede esperar.

—No estaba simplemente saqueando.

—¿Qué estaba buscando, si no eran nuestras ovejas o ganado? —Maggie se detuvo.

—Os buscaba a vos, Maggie.

Su cabeza giró, de repente llena de los insultos que había soportado desde que había llegado a casa.

«Padre tenía razón. No hay ofertas de matrimonio, pero las propuestas para establecerme como amante, o peor, parecen abundar. La desesperación luchaba con la ira. No me quedaré sentada sin hacer nada, incapaz de caminar fuera de las murallas del castillo por miedo a ser secuestrada. Y no traeré otra batalla a las puertas del castillo de Narnain».

Alzó la vista, encontrando la mirada de Felipe. Él esperaba a varios metros de distancia, pero la expresión en sus ojos le dijo que había oído las palabras de Uilleam.

—¿Os marcharéis pronto a la isla? —preguntó la joven.

—Sí. A menos que vuestro padre cambie de opinión, no veo razón para quedarnos.

—Bien. Dadme unos minutos para empacar. Partiré con vos.

Capítulo 12

La lluvia goteaba desde el dosel de hojas sobre sus cabezas. Maggie se encogió más en su tartán. Las gotas se acumulaban en la gruesa lana y se unían en regueros que corrían por el tejido. El polluelo de halcón se acurrucaba en silencio bajo la cubierta de la jaula que Maggie había fabricado con palos atados. Su base de cuero se podía quitar fácilmente para limpiarla, y la estructura era lo suficientemente robusta como para proporcionar protección durante el viaje.

Satisfecha de que el pequeño pájaro estuviera lo más seco y cómodo posible, Maggie dirigió su mirada a sus compañeros de viaje. Gunn y cinco de los seis hombres originales que habían salido hacia Hala el día anterior formaban su guardia. El sexto había caído en la pelea en el castillo. Dawe, un amigo de la infancia, tranquilo y atento a su cuidado, era uno de los cinco. Su padre, Callan, uno de los guardaespaldas del propio MacLaren, había sido añadido por insistencia del lord cuando Maggie se negó a abandonar su decisión de viajar a Hala. Dudaba que mucho escapara a su mirada de águila y no se sorprendería si hubiera establecido algún medio de comunicación con su padre en el castillo de Narnain. Su doncella, Leana, apenas un año más joven que Maggie, había lanzado una bolsa con sus pertenencias con rapidez, ansiosa por pisar más allá de las orillas del Lago Lomond. Maggie sospechaba que había un corazón roto entre las razones de Leana para el viaje, pero no había indagado al respecto. Era suficiente tener a la mujer como acompañante. Maggie sabía que su reputación estaba en ruinas, no había necesidad de alardear del asunto viajando sola en el pequeño grupo, aunque era perfectamente capaz de cuidarse a sí misma y estaba segura de que cualquiera que le mostrara un interés indebido se encontraría con las espadas de los MacLaren y una invitación a acosar a la hija del lord bajo su propio riesgo. Balgair, había aprendido, era un Graham, y como tal era un aliado y podía confiar en él. Felipe, el francés, era un completo misterio, aunque había demostrado su valía al salvar la vida de su padre y ayudar a repeler el ataque de los odiados MacNairn.

Maggie se sentaba sola, los hombres dándole mucho espacio como lo habían hecho en los últimos dos días. Leana se acurrucaba bajo su tartán a solo unos metros de Maggie. El tamborileo de la lluvia y las sombras brumosas las separaban tanto como si hubieran estado sentadas en lados opuestos del fuego. Un fuego que humeaba y chisporroteaba bajo un refugio rudimentario de hojas que mantenía a raya parte de la lluvia. Aunque pobre, el refugio les permitía un poco de calor. Maggie esperaba que la lluvia cesara pronto, tanto por su propia comodidad como para evitar la perspectiva de languidecer en Oban hasta que pudieran contratar un barco que los llevara a Hala. Alcanzarían la bahía de Oban al día siguiente y, desde allí, en barco entrarían en el estrecho de Mull, y luego al mar abierto entre Mull y -esperemos- su nuevo hogar.

¿Qué encontraría? ¿Una gran roca desprovista de suelo o plantas, adecuada solo para anidar aves marinas? ¿O una tierra variada y fértil de montañas y valles, playas de arena y acantilados vertiginosos? Seguramente el título de propiedad de una roca estéril no valdría la apuesta de un noble. Quería imaginar un refugio adecuado para criar ovejas y arar un poco de tierra para un jardín, con marsopas en la bahía y aves marinas gritando en lo alto. Pero el nombre «Hala» era nórdico para «agujero en una roca», y por mucho que deseara, no podía dispersar la imagen de un monolito surgiendo de las olas, con espuma blanca golpeando la piedra imponente, implacable e inhóspita.

La lluvia cesó. Maggie suspiró y se apartó el tartán de la cabeza. Felipe se levantó y,

ajustando su capa más firmemente sobre los hombros, rodeó a los hombres sentados cerca del fuego y se detuvo junto a Maggie. Ella levantó la mirada, sorprendida de encontrarlo tan cerca. Su corta barba negra relucía, mojada por la lluvia, y sus oscuros ojos brillaban sobre una nariz casi aguileña.

—¿Puedo acompañaros? —Hizo un gesto con la mano hacia un lado, indicando el extremo del tronco caído donde ella estaba sentada. Maggie miró la corteza húmeda y desmoronada un momento y, recobrando el sentido, lanzó una rápida mirada a Leana, que parecía no prestarles atención.

—Sí.

Él asintió ligeramente y luego se sentó en el tronco, dejando un espacio entre ellos. Desplegó un pequeño trozo de tela para revelar tres trozos de carne.

—He cortado esto de las liebres antes de que las pusieran al fuego. Vuestro *eyas* no se beneficiará de la carne cocida.

—¿*Eyas*? —Maggie luchaba contra los temblores que recorrían su piel justo por debajo. Se sentó al borde del tronco, inclinándose un poco hacia adelante... y hacia Felipe. Metiendo las manos bajo su tartán para evitar la tentación de trazar la cicatriz parcialmente oculta bajo su barba, se acomodó, esperando que él no lo hubiera notado.

—Un *eyas* es un polluelo sacado de su nido para ser entrenado. —Felipe señaló la jaula cubierta, su atención en el ave—. ¿Le habéis dado de comer hoy?

—Atrapé un ratón temprano esta mañana. Le estoy enseñando a posarse en mi mano.

—Maggie descubrió la jaula, dejando una esquina del paño parcialmente cubriendo la caja. El polluelo esponjó sus plumas, las gotas de rocío reluciendo en su plumón, luego sacudió la humedad y fijó en Maggie una mirada penetrante.

—Muy bien —reconoció Felipe—. Cada cosa que le enseñéis debería llevar a otra.

Como si oliera los trozos de carne en la mano de Felipe, el joven halcón se animó, inclinando la cabeza como si quisiera captar el olor. Felipe le pasó un trozo de conejo a Maggie.

—Solamente de vuestra mano.

Maggie se puso un guante de cuero en la mano izquierda, desató la abertura de la jaula y cogió con cuidado el extremo de las correas de cuero atadas a las patas del pequeño pájaro. Después de trabajar las correas entre sus dedos para asegurarlas, colocó la carne en su puño, dejando solo una pequeña porción sobresaliendo entre sus dedos. Hizo un silbido bajo. El pájaro inclinó la cabeza en respuesta y emitió un grito demandante. Colocando su mano a través de la puerta abierta, Maggie sostuvo el bocado a unos centímetros del polluelo y silbó de nuevo. El pájaro movió la cabeza y levantó las alas, una colección irregular de plumón y plumas parciales. Sus grandes dedos naranjas se aferraron al posadero atado a lo ancho de la jaula, pero se inclinó hacia adelante, su cola demasiado corta para proporcionar un contrapeso adecuado. Batió sus alas y se enderezó, luego cuidadosamente pasó del palo al guante ofrecido por Maggie. Al ver la carne, la agarró con el pico, protegiendo su acción con las alas, una postura destinada a evitar que otros animales le roben su comida.

—Vais muy bien con su entrenamiento —dijo Felipe.

Maggie levantó la mirada, sin estar segura si el calor alrededor de su corazón comenzaba con la aceptación del pequeño pájaro o con las palabras de aliento de Felipe. Sus oscuros ojos brillaban.

—Hay... hay muchas cosas que no recuerdo, cosas que debo aprender.

—¿Pensáis quedároslo, entonces? No es una mala idea. Muchos polluelos mueren en su primer año porque no son buenos cazadores. Darle un año para prepararse podría salvarle la vida.

—Me gustaría que volara libre. Pero eso no será por algún tiempo. Quizás más adelante. Si la isla... —Maggie se mordió el labio inferior y bajó la mirada. Vaciló. Si la isla era hospitalaria. Si la isla no decepcionaba. Si... si... si...

—¿No habéis visto la isla?

Las palabras cayeron suaves, gentiles, apenas una pregunta. Maggie se atrevió a mirar al hombre a su lado. Sus oscuros ojos, redondos y sinceros, profundos pozos de calidez, sin una pizca de burla o impaciencia. Su corazón se aceleró, su respiración se acortó.

—Me dijeron que proporcionaba unos pequeños ingresos, pero no sé más. —Se apartó de las sensaciones desconocidas que la atravesaban.

Las cejas de Felipe se alzaron ligeramente. El bochorno la invadió por su falta de conocimiento. Aunque, ¿cómo podría saber más de la isla cuando el conde le había contado tan poco? Decirle esto al francés era algo que no podía hacer.

—Quizás algún día podríais contarme sobre Tierra Santa.

Felipe parpadeó y una expresión reservada apareció en su rostro. Antes de que Maggie tuviera la oportunidad de arrepentirse de haber cambiado el tema, sus labios se curvaron en una leve sonrisa.

—Quizás, si el tiempo lo permite, podamos intercambiar historias.

—Si el tiempo lo permite. —Maggie palideció. Las palabras la ahogaron, pero apenas pudo resistirse. Simplemente evitaría volver a sacar el tema.

—Ay, ha terminado con este trozo. ¿Debería darle más? —El halcón se movió pesadamente sobre su guante y emitió otro grito demandante. Maggie se estremeció y miró al pájaro.

Felipe le pasó otro pedazo, deslizándoselo con la palma hacia abajo para que los ojos agudos del polluelo no se dieran cuenta de dónde venía la comida. Ella rápidamente lo guardó en su puño, asomando un poco entre los dedos, y silbó la señal para la comida. El pájaro se lanzó como si estuviera hambriento.

—Dadle lo que quiera ahora. Cuando sea el momento de entrenarlo para volar y cazar, no le daréis tanto.

—Llamo al pájaro «él», aunque realmente no lo sé —mencionó Maggie, manteniendo su mirada en el halcón. La mirada del francés la estremecía demasiado.

—Probablemente tengáis razón. Los machos son considerablemente más pequeños que las hembras, y él es lo suficientemente mayor como para que su tamaño nos lo diga. ¿Le pondréis nombre?

—No lo he pensado. —Se encogió de hombros.

—Huir de casa y luchar una batalla ocupa tiempo.

—Sí, eso lo hace. Dadme un nombre armenio para él. —Maggie mostró una expresión de sorpresa y luego sonrió al ver el suave humor en su rostro.

Felipe pareció tan sorprendido como ella por su petición. Sabía que su pregunta provocaría una respuesta desfavorable de él. ¿Por qué *deseaba* saber más sobre él? No era razonable. Se separarían en cuestión de días, y no quería demostrar que los chismes eran ciertos y tener una aventura con un hombre con el que no estaba casada.

—*Hakan* es un nombre común en Oriente que significa «el que gobierna». —Felipe respondió como si su solicitud no le incomodara, pero ella vio que sus párpados se estrecharon justo antes de desviar la mirada. Se encogió de hombros—. Quizás consideraríais *Colyn*. Es francés y significa «el que trae el triunfo».

La vergüenza calentó las mejillas de Maggie. En el futuro evitaría hablar de su pasado en Tierra Santa. Aceptó la sugerencia de un nombre francés como si él le hubiera ofrecido una

cuerda a un nadador que se ahogaba.

—Por supuesto. Colyn es muy bonito. Gracias.

—Balgair ha construido dos pequeños refugios para vos y vuestra doncella. Que os mantengan la lluvia alejada de vuestro sueño. Descansad, mi señora. Nos espera un largo viaje. Felipe se dirigió a los caballos atados, con la mente en la joven pelirroja junto al fuego. Avril bajó el hocico en su palma ahuecada, su aliento cálido en la piel fría de Felipe. —Le dirigió una suave sonrisa y luego se levantó—. Nunca hizo tanto frío ni llovía así en Levante —le confió al caballo—. Y, sin embargo... me pregunto si encontraría este clima igual en Francia. Hay algo aquí que no he encontrado antes. ¿Qué es lo que me llama de este lugar?

Avril resopló y sacudió la cabeza, claramente desinteresada en su estado de ánimo retórico, y se alejó un paso para mordisquear la hierba bajo la línea de estacas. Satisfecho de que la yegua no estaba perturbada por la reciente lluvia, Felipe se adentró en el bosque, sus pasos apenas un susurro contra las hojas mojadas.

Se detuvo al borde de un acantilado bajo. Un arroyo burbujeante resplandecía en color plateado abajo. Las gotas de lluvia brillaban como diamantes costosos en cada hoja y piedra. Apoyó la espalda contra el tronco de un árbol ancho, ignorando la belleza ante él. Los ojos azul brillante de Maggie surgieron instantáneamente en su mente. Su sonrisa cautelosa, su rostro enmarcado por un cabello rebelde. Algo le atraía de ella, y no creía que fuera solo la oportunidad de enseñarle cetrería. El pensamiento lo puso serio. No tenía ningún derecho a pasar tiempo con la hija del lord MacLaren. Las mujeres, según su experiencia, solían interpretar mal tales acciones. Sus atenciones se verían como menos que honorables, ya que su futuro no incluía el matrimonio. De pronto, el crujido de una pequeña rama le alertó de otra presencia.

—Soy yo —dijo claramente Balgair.

La mano de Felipe se relajó, alejándose del pomo de su espada.

—¿Considerando la vista, o algo más? —Balgair se acercó al borde de las rocas y miró por el borde.

—Es probable que algo más —gruñó Felipe.

—¿Algo -o alguien- con el cabello rojo ardiente y la apariencia de un ángel herido?

Felipe levantó la vista bruscamente.

—No conocía la historia de la muchacha cuando llegamos por primera vez, y una vez que la supe, pensé que era mejor dejarlo estar. Ya que ahora viaja con nosotros, quizás debáis escucharla. —Balgair se encogió de hombros, colocó una bota sobre una roca baja y apoyó su antebrazo sobre su rodilla.

La simpatía tiró del corazón de Felipe y asintió.

—Su marido de un año, un conde nada menos, la envió a casa hace unos meses, disolviendo su matrimonio alegando que no le dio un hijo. —La mirada de Balgair se deslizó hacia un lado y suspiró.

La sangre hervía en las venas de Felipe y sus dientes rechinaban con fuerza en su mandíbula.

—Eso es todo lo que los hombres de aquí están interesados, además del hecho de que no es virgen y no es probable que reciba una propuesta de matrimonio seria, ya que el clan MacLaren es pequeño y de poca utilidad militar. Sus tierras son hermosas y moderadamente prósperas, pero no lo suficiente como para darle mucho a lo que aspirar. Parece que ha habido más de un bastardo lascivo dispuesto a llevarla a la cama -con su consentimiento o no- y una oferta seria para que sea su amante. El ataque de MacNairn fue lo que terminó por arruinarlo todo —continuó Balgair.

—¿Y cómo se interesó un conde en una joven de un clan tan pequeño e insignificante?

—Felipe respiró hondo, pero su enfado iba en aumento. Sus palabras salieron disparadas como las primeras gotas heladas de aguanieve antes de una tormenta.

—Era su tercera esposa. La primera murió en el parto, aunque se rumoreaba que el niño no era suyo, y su muerte no fue una desgracia sino quizás algo más siniestro. Su segunda esposa fue enviada a un convento sin haber dado a luz poco después de las nupcias. —Balgair levantó las manos con las palmas hacia arriba, como si ofreciera sus pensamientos—. Quizás pensó que una moza robusta como nuestra *lady* Maggie demostraría tener más resistencia que las delicadas jóvenes que su madre le presentaba. Pero solo repito lo que he oído. No tengo pruebas.

—Parece que el problema lo tiene el conde, no sus esposas. —Sus dedos se apretaron con fuerza—. Sería mejor que no llegara a conocer su nombre.

—Sí. Creo que perderíais la compostura en su presencia. Y no hay más que una horca que ganar con la muerte del hombre, sea merecida o no. —Los dientes de Balgair brillaron en su barba y se enderezó—. Os dejo con vuestros pensamientos, pero os recuerdo que tenemos que empezar temprano mañana, y no disfrutaríais de darme el placer de despertaros con la punta de mi bota.

—Volveré al campamento con vos. Por muy encantadora que sea la dama, no tengo nada que ofrecerle, y he aceptado dinero para mantenerla a salvo. —Felipe sonrió sombríamente ante la broma de su amigo.

—Sí, lo habéis hecho. Creo que tenéis la segunda guardia esta noche. Será mejor que durmáis lo que podáis. Tenemos un barco que tomar. —Balgair le dio una palmada en el hombro.

Felipe miró por encima del hombro, con el vello de la nuca erizado. No encontró más que oscuridad y el conocimiento de adónde los llevaría el viaje. El miedo se acumulaba en su vientre como el de un muchacho inexperto en la víspera de una batalla. Al otro lado del agua se encontraba el Lago Aline y el pueblo de Morvern, y el recuerdo de lo que había perdido.

Capítulo 13

—Es un poco peculiar, ¿no creéis? —Maggie levantó la vista mientras colocaba al polluelo de halcón, Colyn, en su jaula. Sus chirridos de tono bajo le indicaban que no estaba del todo contento con el traslado, pero se estaba acostumbrando a la rutina y permitía que lo pusiera dentro sin mucho alboroto.

Leana alisó sus faldas al sentarse en el árbol caído junto a Maggie. Se inclinó hacia ella, echando un vistazo a los hombres que se acomodaban cerca del fuego, con el tartán sobre los hombros.

—Le gustáis al francés.

—Está interesado en el halcón, nada más. —Maggie negó con la cabeza, negándose a ser provocada. Cerró la jaula y señaló los dos refugios de ramas atadas a unos pocos pasos de distancia—. Quiero dormir un poco, seco si es posible.

—¿Por qué creéis que sabe tanto sobre pájaros? Los halcones son el símbolo de la nobleza. —Leana se levantó y siguió a Maggie, luego se acomodó en el borde de las ramas de pino que mantenían la manta de Maggie fuera del suelo frío y húmedo.

—Y el símbolo de alguien que caza para alimentarse —replicó Maggie—. Quizás hacen las cosas de manera diferente en Tierra Santa. —Se sentó, probando con cuidado la suave elasticidad de las ramas de pino. No era una cama de plumas, pero lo suficientemente cómoda y, en su mayoría, seca.

—Pero no es un campesino —insistió Leana—. Sólo tenéis que ver cómo se para, escuchar su voz... —Leana suspiró—. Podría escucharle todo el día. No es ni fanfarrón ni grosero, sino refinado y seguro.

Maggie miró alrededor de Leana, vislumbrando a Felipe mientras se acercaba a la escasa luz del fuego. Su cota de malla brillaba en dorado y negro, reflejando las llamas, su piel de un tono oscuro. Los hombros anchos extendían el ancho de su capa, y ella sabía que su cabeza llegaría a su barbilla si se paraba junto a él. El recuerdo de sus brazos fuertes tirándola sobre su caballo esa mañana al regresar al castillo la encendía, sorprendiéndola con la inesperada sensación. Se echó hacia atrás en las sombras del pequeño refugio.

—Es un mercenario. No hay nada inusual en lo que decís. A menudo forman guardias de élite.

—No podéis engañarme con vuestra mirada adusta. Los mercenarios son atrevidos, quizás fanfarrones, pero rara vez se comportan como... como un príncipe. —Leana se mofó.

—Estáis siendo fantasiosa —respondió Maggie y volvió a mirar alrededor de Leana. La barba negra y bien recortada de Felipe se fundía en las sombras, una línea oscura a través de su mandíbula firme, ocultando parcialmente una cicatriz que le cruzaba un lado de la cara. ¿Cómo había recibido tal herida? Se estremeció al considerar su dolor. ¿Deseaba conocer la verdad sobre su pasado? ¿Importaba?

Felipe levantó la vista, captando su mirada. Maggie retiró la suya bruscamente, usando a su doncella como escudo contra su mirada inquisitiva. La vergüenza le revoloteó en el vientre, y más abajo. Maggie reprendió la traicionera respuesta de su cuerpo. No era una joven doncella que se encontraba nerviosa ante la mirada de un hombre apuesto. Tampoco era una doncella inexperta ansiosa por su toque. Al principio, el conde había despertado sus pasiones, pero largos

meses de decepción al no quedar embarazada dejaron que las atenciones de su marido se convirtieran en un mero deber... y disgusto.

—No importa. Él está aquí por el dinero, y no me convertiré en una forma de aliviar el aburrimiento del viaje.

—No sugiero convertirlos en su amante, mi señora. Aunque no veo cómo eso podría ser algo malo, o difícil. Solo digo que habéis estado demasiado callada, demasiado retraída desde que volvisteis con nosotros. ¿Cómo podríais ignorar una oportunidad de hablar con un hombre que claramente os gusta, y os respeta? —Leana se echó hacia atrás, con los ojos abiertos de par en par.

—¿No lo queréis para vos misma? —Maggie le lanzó a Leana una mirada escéptica.

—Ay, no me ha mirado más de dos veces desde que dejamos el castillo de Narnain. Si pensara que estaba interesado, dejaría que me calentara esta noche. Pero no se ha ofrecido, y sus ojos no se alejan mucho de vos. —Leana agitó los dedos.

—Él observa al pájaro —insistió Maggie, aunque sus mejillas se sonrojaron al pensar en la mirada fija de Felipe.

—Si es lo que creéis... —Leana se inclinó más cerca—. Desperdiciáis una oportunidad que no tendréis en vuestra isla, me temo. No puede haber mucha gente allí. —Miró por encima del hombro y luego volvió a mirar a Maggie—. Ni jóvenes como vuestro caballero.

—Mercenario.

—Llamadlo como queráis. Yo prefiero creer que es un miembro de una casa noble, perdido para su familia a causa de una misteriosa tragedia. —Rio Leana suavemente, poniéndose de pie—. ¿De qué importa su pasado cuando lo que sabéis de él ahora es bueno? —Se alejó unos pasos hacia su refugio y se arropó con su capa.

Maggie colocó la jaula de su pequeño halcón cerca de sus pies, donde podría protegerlo y estar alerta a sus llosos matutinos. Se envolvió con su tartán, dándole unas cuantas vueltas al dobladillo hasta que cubrió sus pies.

¿Quién era Felipe? ¿Había más en él que una espada en alquiler? Leana tenía razón, pues Maggie no había sido ni ciega ni sorda a sus acciones y su voz. Sus palabras hablaban de una vida de cortesía -había oído suficiente de la nobleza que visitaba al conde- y de una educación avanzada. Su habilidad con la espada superaba con creces cualquier otra que hubiera encontrado antes. Se movía con una gracia y seguridad masculinas y montaba su caballo como si hubiera nacido en la silla. Maggie suspiró, recordando la cadencia suave de la voz de Felipe. Hablaba francés, inglés, armenio, y cualquier otro idioma que su corazón anhelara.

Su curiosidad había sido despertada. Pero, ¿cuál sería el costo de sus preguntas?

* * *

El estrecho de Mull

Al día siguiente

La pequeña embarcación se deslizaba por el agua con poco esfuerzo. El viento llenaba su única vela y su proa golpeaba suavemente contra el leve oleaje. Las costas verdes bordeaban ambos lados del agua, brillando doradas bajo el sol de la tarde. Maggie y su doncella se inclinaban sobre la barandilla, pero la mirada de Felipe se dirigía a la lejana orilla norte.

La tierra se abría donde el Lago Aline desembocaba en el estrecho. Barcos de pesca y otros más grandes, de dos mástiles, se balanceaban suavemente en el puerto a poca distancia. Sintió las

tablas moverse bajo sus pies cuando el capitán del barco ordenó que la embarcación se dirigiera hacia el norte por el canal. Apretó los dientes. Querido Señor, ¿cómo se había metido en esto? Había hablado en contra de detenerse por la noche. Tenían poca necesidad de provisiones, pero los variados mercados de Morvern resultaban más atractivos que los de Oban, y Maggie había decidido comprar artículos para el hogar que consideraba necesarios en el bullicioso puerto antes de zarpar hacia Hola.

«Quizás nadie en el muelle me reconozca. Quizás me quede a bordo del barco».

Sin embargo, sabía que no lo haría. Maggie ya había solicitado su ayuda para transportar sus compras de vuelta al barco. Tendría solo unas pocas horas para comprar antes del anochecer, y el capitán insistía en partir al amanecer. Aunque había otros a quienes podría haber pedido, ella lo eligió a él, y él no había sabido cómo negar su petición. Aun cuando la idea de caminar por las calles donde vivía su amigo más cercano le revolvía el estómago.

«¿Es tan grande mi vergüenza? Me importaba poco más que librarme de un destino que no merecía del todo. Sin embargo, el honor dice que no todas las acusaciones en mi contra eran mentiras».

El barco se deslizó suavemente contra el muelle, balanceando a Felipe suavemente sobre sus talones, sus rodillas absorbiendo el movimiento. Maggie le saludó, emocionada. Ignoró la sonrisa de Balgair y siguió a Maggie y a su doncella a través de la plancha colocada apresuradamente hacia el muelle. Esquivando a los marineros cuyos pasos rápidos resonaban en las tablas de madera desde sus barcos hacia el pueblo, Maggie y Leana, con Felipe y Dawe a remolque, se apresuraron hacia las tiendas. Felipe y Dawe esperaron pacientemente mientras las dos mujeres acumulaban varias longitudes de tela de lana, dos sacos de avena en un barril forrado con tela impermeabilizada por un lado para proteger el grano del clima, numerosos utensilios de cocina amontonados en una gran olla y una caja de diversos bienes, incluyendo un paquete de una anciana sabia cuya pequeña tienda recordó violentamente a Felipe las hierbas que había tomado en prisión no hace mucho. Se quedó paralizado por los olores de la tienda, su estómago vacío y quejándose de manera embarazosa mientras Maggie pagaba a la curandera.

—No sé cuándo tendremos nuestra próxima comida caliente —dijo Maggie y luego se volvió hacia él con una sonrisa, entregándole una moneda de plata—. ¿Podríais encargarnos de conseguir un poco de comida esta noche para todos nosotros mientras Dawe empieza a transportar las compras al barco? Estoy casi segura de que Callan o un par de marineros pueden ayudar con el resto.

Felipe extendió la mano, aunque su mente dudaba en aceptar la tarea.

—No debería ser muy difícil. Vi una posada a solo dos calles de aquí, y probablemente haya otros vendedores si preferís buscar pinchos o trozos de carne dulce. No os preocupéis. Cualquier cosa que elijáis será bien recibida. —Maggie cerró sus dedos sobre la moneda de plata y le regaló una dulce sonrisa.

—Como deseéis, mi señora —ofreció Felipe una breve reverencia tras darse un sacudón mental para recomponerse, aceptando la moneda con una leve sonrisa. Sus mejillas se sonrojaron. Mientras Maggie recogía sus compras, Felipe se dirigió calle abajo en la dirección que ella había indicado.

Un cartel pulido con la imagen de un perro de caza, un conejo atrapado en sus mandíbulas, sobresalía sobre la calle. Tomando la opción más cercana, y por lo tanto más fácil, Felipe se adentró en el lugar.

—Bienvenido a El Sabueso, milord. —La voz alegre pertenecía a una mujer bastante corpulenta, sus atributos cubiertos modestamente por un delantal sujeto a su amplio pecho y

atado a su cintura. Su sonrisa le invitaba a acercarse a una barra de madera que brillaba cálidamente a la luz de una enorme chimenea en la esquina de la habitación—. ¿Cómo puedo ayudaros, señor? Si necesitáis una habitación para la noche, lo único que me queda es un lugar en una cámara para cuatro. Tres de los jergones ya están ocupados, pero son buenos muchachos y no os darán problemas.

—Os agradezco, señora, pero solo necesito comida para seis que pueda llevar conmigo. —Felipe agitó con la cabeza.

—Oh, señora, ¿eh? —Se inclinó sobre el mostrador y le dio un toque en el pecho de manera juguetona—. Tenéis los modales de un lord, y la voz de un ángel. ¿De dónde sois?

—Soy nuevo en estas costas, pero he viajado mucho. Mi familia es francesa.

—Eso pensaba. Escuchamos muchos acentos aquí. El interés marítimo del lord MacLean trae gente novedosa a nuestras puertas. —La mujer se enderezó, con una mano en la cadera, mientras asentía con satisfacción. Le indicó con un gesto hacia un taburete a unos pocos centímetros de distancia, en la esquina del hogar—. Sentaos. Haré que Coira os prepare una cesta con empanadas de carne y algunos de mis pasteles de bayas. —Sonrió, relevando sus hoyuelos—. Son famosos, ya sabéis.

—Muchas gracias, señora. Estoy seguro de que la comida será muy apreciada. —Felipe inclinó la cabeza, una sonrisa apareciendo sin ser llamada ante el encanto amistoso de la mujer.

—Soy Moibeal. Pedid por mí si necesitáis algo más. —Desapareció por una amplia puerta con un aplauso y un grito para Coira.

Felipe miró alrededor desde debajo de su ceño fruncido antes de tomar el asiento ofrecido. Los pelos de la nuca se le erizaron y sus músculos se tensaron.

La sala estaba repleta, dando crédito a la mención de Moibeal sobre las cámaras llenas para dormir. No obstante, en este próspero pueblo que atendía una activa línea de navegación, una posada probablemente se mantenía muy ocupada. Gritos y risas de buen humor estallaban en un punto al otro lado del hogar donde una multitud se reunía alrededor de tres hombres sentados en el suelo. Felipe podía ver la parte superior de sus cabezas inclinadas y supuso que jugaban a los dados. Las sirvientas se mezclaban entre las mesas, con bandejas en alto. Un par de ellas lanzaron miradas especulativas a Felipe, pero con un movimiento de cabeza las mantuvo alejadas. De pronto, algo golpeó su pierna y luego agarró el dobladillo de su capa. Sobresaltado, Felipe miró hacia abajo, apartando su prenda. Firmemente contrapesado, su capa se rasgó cuando un cuerpo rechoncho se desplomó en el suelo. El cachorro se deslizó hasta detenerse, su trasero peludo en el aire, el mentón en la piedra desgastada. Parpadeó sus ojos redondos y oscuros, luego dejó caer su trasero al suelo y levantó la cabeza hasta sentarse, con una expresión cómica en su rostro. Felipe se rio.

—Debéis tener más cuidado, *le chiot* —le reprendió—. Atacar capas extrañas no es la forma de ganar amigos. Se inclinó y le rascó las orejas al cachorro, lo que provocó una expresión de deleite en la criatura, con la lengua colgando de un lado de su hocico entre dientes de leche afilados. Enseguida, Felipe inspeccionó el daño en su capa.

—No tengo aguja ni hilo para cerrar el desgarró. Quizás debería ver si mi señora tiene algo así en sus compras.

El cachorro ladró como si respondiera. Una sombra cayó sobre ellos cuando Moibeal se acercó.

—¡Fuera de aquí, chiquillo! —Le regañó, agitando una mano hacia el cachorro—. No debéis molestar a los invitados. —Volvió una media sonrisa de disculpa hacia Felipe.

—Es el último en la camada de la perra de mi marido, y un pequeño terror por toda la

atención que recibe aquí. Estaría feliz de que encontrara un hogar donde no esté tropezando con él todo el día.

Felipe miró al cachorro. Su cuerpo regordete estaba cubierto por un denso pelaje de color marrón medio con una máscara oscura sobre sus ojos. Un hocico blanco, botas y la punta de su cola completaban el cuadro.

—¿Qué tipo de perro es?

—Oh, su madre es una perra *collie*, muy buena para pastorear ovejas. Su padre, en cambio, es lo que sea que el hijo del lord trajo consigo del extranjero. Algo útil para proteger ovejas y mantener a raya a los depredadores. Me atrevería a decir que este resultará ser un buen perro, pero por ahora es solo una pequeña plaga.

Felipe se quedó quieto. Un *aidi*. «Alejandro y Arbela trajeron sus perros con ellos». Su corazón se tambaleó al recordar lo cerca que estaba de la familia con la que había vivido más de la mitad de su vida. Poco después, la puerta de la posada se abrió y cerró y pasos con botas rozaron las juncias del suelo. Un brazo se envolvió familiarmente alrededor de los robustos hombros de Moibeal.

—¿Cómo está mi posadera favorita esta noche? ¿Alguna posibilidad de que pueda rogarte que os desprendáis de un par de pasteles? Veo que todavía tenéis uno de los cachorros. ¿Intentando convencer a este hombre de que se lo lleve a casa?

El aire se oscureció alrededor de Felipe, y luchó por respirar. No importaba que hubieran pasado casi tres años desde la última vez que vio a Alejandro MacLean. Reconocería su voz en cualquier parte.

Capítulo 14

La piel de Felipe hormigueaba, no podía decir si por anticipación o temor. Se había convencido a sí mismo de no conectar con los MacLean, pero el destino había intervenido. Forzó sus músculos a relajarse, recurriendo a años de preparación para la batalla para estabilizarse en este importante encuentro.

—¿Alejandro?

La mandíbula del hombre alto y delgado se cayó. Su brazo se deslizó de los hombros de Moibeal y dio un paso adelante, agarrando el brazo de Felipe con una fuerza de hierro.

—¿Felipe? —La voz de Alejandro, ronca de sorpresa, se fortaleció—. ¡Felipe! ¡Por Dios! ¡Que placer veros! ¿Por qué no enviasteis un mensaje? —Miró a su alrededor en la posada—. ¿Por qué esperáis aquí? ¡Venid al castillo! ¡Papá se alegrará muchísimo de veros!

—No puedo. —Felipe negó con la cabeza, resistiendo el entusiasta tirón de Alejandro hacia la puerta. Su mirada se encontró con la perplejidad del otro hombre—. Por favor. ¿Podemos hablar en privado? ¿Aquí?

—¿Sería posible conseguir una mesa donde mi amigo y yo podamos hablar? —La mirada de Alejandro se mantuvo un momento antes de volverse hacia Moibeal con una sonrisa.

—Claro, tomad la oficina del posadero por esa puerta. Me aseguraré de que no os molesten. —La mujer hizo un gesto con la mano.

Alejandro asintió en agradecimiento. Felipe se levantó, obstaculizado cuando el cachorro volvió a atacar el dobladillo de su capa que ondeaba. Felipe se agachó y levantó al cachorro, tirando del tejido de sus dientes. La puerta de la posada se abrió de nuevo.

—¡Ahí estáis! Estoy muerta de hambre y me preguntaba si necesitabais ayuda. ¡Vaya! ¡Mirad lo que habéis encontrado! —Maggie cruzó el suelo con los ojos fijos en el cachorro. Puso una mano en la manga de Felipe, aparentemente ajena a la mirada curiosa de Alejandro. El cachorro rebotaba en los brazos de Felipe, retorciéndose furiosamente en sus intentos de cubrir a Maggie de besos. Ella rio y apartó a la criatura que se retorció con las manos levantadas.

—No vendrá con vos, ¿verdad? —Su voz tenía un tono escéptico.

La mirada inquisitiva de Alejandro se mostró aterradora.

—No, el cachorro se queda aquí. —Felipe dejó al pequeño perro en el suelo y por un instante de infarto consideró presentar a Maggie a Alejandro. Cambiando de opinión, le sonrió—. Traeré la cena pronto. Me están preparando una caja. —Señaló hacia la puerta.

—¿Están Dawe o Callan con vos?

—Sí. Fue nuestro último viaje por provisiones. Nos dirigimos al barco ahora.

—Id, entonces. Estaré con vos pronto.

Maggie se agachó y acarició al cachorro como despedida, luego cruzó la sala hasta donde Dawe sostenía la puerta. Por su parte, Felipe tomó aire y se enfrentó a Alejandro.

* * *

Maggie miró por encima de su hombro desde la puerta de la posada. Algo estaba mal. Había visto el agarre del hombre extraño en el brazo de Felipe cuando entró. Por un momento temió que se avecinara una pelea, la postura del hombre era tan intensa. Pero él se había echado hacia atrás cuando ella se acercó y su corazón, que había empezado a latir con fuerza, volvió a su ritmo.

normal. Aun así, la insistencia de Felipe en que volviera al barco en lugar de sugerir que esperara con él, le pareció sospechosa.

«¿Cuánto tiempo lleva él en nuestras tierras? ¿Qué complicaciones lo envuelven?» No se había equivocado al ver la mirada sombría en los ojos de Felipe. Algo estaba mal.

—Id. Felipe espera nuestra comida y yo le ayudaré. No os preocupéis. Estaré bien —saludó a Dawe.

—Puedo esperar con vos. Nada de esto tiene prisa por llegar al barco. —Dawe la miró con incertidumbre.

—Como queráis. —Maggie se encogió de hombros. Miró al cielo que se oscurecía y luego asintió hacia las telas y otros suministros de costura envueltos y atados con cuerda en un banco al lado de la puerta—. Tened cuidado de mantener eso seco. Puede llover esta noche. Esperaré dentro con Felipe.

—¿Vendréis pronto? Papá me matará si os vais mucho tiempo. —Dawe suspiró y se echó el paquete al hombro.

—No tardaré nada. —Le sonrió—. Veo que Felipe me está esperando. Cuidaos, Dawe.

El joven equilibró mejor el paquete y se alejó. Maggie se deslizó por la puerta de la posada y entró. Su corazón se aceleró mientras miraba la concurrida sala. Los hombres levantaron la vista de sus comidas y conversaciones cuando ella entró sola. La curiosidad se convirtió en especulación. Sonrisas lascivas le provocaron un escalofrío. Su piel se erizó como si fuera un conejo cojo en una guarida de lobos.

Le había mentido a Dawe. No veía a Felipe por ninguna parte.

—Buenas noches, chiquilla. ¿En qué puedo ayudaros? —Una mujer robusta la interceptó.

—Busco a un hombre que es parte de mi grupo. Está esperando la cena. —Maggie sintió alivio.

—Oh, os vi hace unos momentos. Con el francés, ¿verdad? —Al asentir Maggie, la mujer la hizo un gesto para que la siguiera—. Él y milord pidieron una sala privada, pero sé que no querría que os quedarais aquí sola. No es un lugar adecuado para una muchacha tan bonita como vos. Aunque tenéis altura y determinación, algunos solo lo verían como un desafío.

—¿Milord? ¿Quién es él?

—Pues, el hijo del lord MacLean, lord Alejandro, por supuesto. Es un buen mozo y pocos mejores, en mi opinión. También desearía que estuvierais a salvo. —La mujer le mostró una sonrisa. Se detuvo ante una puerta cerrada—. Entrad ahí, chiquilla. Será un poco estrecho, con el desorden que deja el posadero. Buscad un asiento si podéis. Veré dónde están Coira y vuestra cena.

Maggie colocó su mano en el panel de madera. Levantó el anillo de hierro y tiró suavemente. El bajo murmullo de voces llegó a sus oídos. De repente, insegura de su bienvenida, detuvo el progreso de la puerta. Apretó el anillo de metal con firmeza y contuvo la respiración. Oh, definitivamente algo estaba mal.

* * *

—Estoy muy contento de veros, Felipe, aunque apenas os reconocí con la barba. Pero no parecéis estar feliz de estar aquí. ¿Por qué no vinisteis al castillo? Siempre seréis bienvenido allí. —Alejandro se sentó de un lado en la esquina del escritorio del posadero y entrelazó las manos delante de él.

—Sonáis diferente, Alejandro. Más como vuestro padre. —Felipe forzó una leve sonrisa.

—He escuchado su voz toda mi vida, y llevo casi tres años en Escocia. Era inevitable que se

me pegara. —Alejandro rio.

El silencio formó una barrera entre ellos mientras Felipe luchaba por encontrar las palabras adecuadas. Giró sobre su talón y recorrió la habitación, esquivando una caja de vino envuelta en paja y una silla con una pata rota, peligrosamente inclinada hacia un lado.

—¿Qué ha pasado, amigo mío? —preguntó Alejandro con suavidad—. Recuerdo nuestros últimos días en Antioquía. Ibais a casaros.

—Me casé, sí. Con la reina de Cilicia, que tenía seis años. —Felipe se detuvo a regañadientes. Levantó la mirada, encontrando la expresión preocupada de Alejandro—. Las cosas no fueron bien, y tramaron mi muerte.

—¿Querían mataros? —Alejandro se sobresaltó.

—Querían envenenarme. Con ayuda de aquellos que probablemente ahora estén muertos si el engaño ha sido descubierto, engañé al carcelero y recibí la extremaunción del obispo. Un hombre muerto tomó mi lugar y hui de Cilicia. —El recuerdo le robó la fuerza a sus palabras. Extendió las manos, con las palmas hacia arriba—. Ahora estoy aquí.

—¿Qué ocurrió? —El rostro de Alejandro palideció.

—No fui un buen rey. —Los labios de Felipe se torcieron.

—¡Bah! —Alejandro se levantó del escritorio—. Sois un buen hombre. Habríais sido un excelente rey.

—Fui un buen príncipe de Antioquía. Un mejor caballero en Batroun. Pero una vez que me convertí en rey y derroté a los turcos y ya no amenazaban Cilicia, la gente encontró razones para no agradecerles y desconfiar de mí.

—Contadme —invitó Alejandro.

Con el aire de un hombre condenado buscando absolución, Felipe lo hizo.

* * *

Agarrando el anillo, Maggie se apoyó en el portal. La inconfundible cadencia de la voz de Felipe llegó a sus oídos.

—Solo Amhal sabe que estoy aquí. No podía arriesgarme a causar una guerra por mi causa. Ni deseaba convertirme en una pieza de un juego diferente. —Suspiró—. Alejandro, debo pedirlos que no digáis nada sobre haberme visto. No estoy orgulloso de cómo ha resultado mi vida, y no puedo arriesgarme a que la noticia llegue a Constantino. Tal como están las cosas, Zabel es libre de casarse, de convertirse en la reina que nació para ser. Padre arriesgaría demasiado si pudiera usarme como un grito de guerra.

—Pero cuando Arbela lo sepa... se sentirá devastada.

—Entonces no se lo digáis. Que me recuerde como nos despedimos.

La habitación quedó en silencio. Maggie se acercó más.

—Veo la verdad en lo que decís, pero me duele mantener mi silencio. Mi hermana está... en una condición delicada. Hablasteis con Amhal, ¿sabéis que está casada? —Hubo un breve silencio y luego Alejandro continuó—. Por ahora, es mejor que no la alarme. Honraré vuestra petición en la medida de lo posible. No causaré una guerra, pero tampoco permitiré que mi familia os llore. Cuando llegue el momento, les tomaré en confianza. No os traicionarán.

El corazón de Maggie latía con fuerza en su pecho. ¿Qué había hecho Felipe? ¿Qué secreto guardaba?

Un empujón en su pierna hizo que Maggie tropezara contra la puerta. Esta se cerró de golpe, el sonido de la madera contra el marco como un trueno lejano. El cachorro que había visto antes estaba sentado a sus pies, moviendo la cola mientras la miraba con feliz anticipación.

—¡Pequeño diablillo! —susurró, ahuyentando al cachorro con un gesto.

Tomando sus movimientos como una invitación a jugar, el cachorro saltó hacia adelante con un ladrido y hundió sus dientes en su falda. Retrocedió, gruñendo y sacudiendo la cabeza mientras luchaba contra la tela que lo envolvía.

Maggie se arrodilló y agarró al cachorro, sosteniéndolo mientras intentaba liberar su falda. En ese momento, la puerta se abrió, golpeándola en el costado. Maggie cayó, aterrizando de espaldas, inclinándose peligrosamente hacia un lado antes de enderezarse. El cachorro la abandonó con un ladrido feliz al ver a Felipe. Los ojos de este último se entrecerraron al ver a Maggie. Las mejillas de la joven se calentaron, avergonzada de ser atrapada junto a la puerta. Se levantó de un salto, sacudiendo su falda una vez para evaluar el daño. Al mirar hacia arriba, vio a la mujer que la había ayudado abriéndose paso entre la multitud como un barco a toda vela.

—Creo que nuestra cena está lista. Os ayudaré a llevarla. —Maggie indicó a la mujer con un gesto de la cabeza.

—¿Estáis herida? —Felipe desvió la mirada hacia la sala principal de la posada y luego de vuelta a ella.

—Estoy bien. —Negó con la cabeza y se sacudió discretamente la parte trasera de la falda con un movimiento de la mano para deshacerse de cualquier polvo o suciedad del suelo.

—El cachorro es un incordio. Más tarde debo pedirlos aguja e hilo para arreglar un desgarró en mi capa. —Los ojos de Felipe siguieron sus movimientos y aclaró su garganta.

Maggie miró su prenda, sus ojos viajando desde sus hombros, deteniéndose un momento en el punto donde el cinturón ceñía su túnica a la cintura, y luego bajando por la longitud de sus piernas. Tragó saliva, sintiendo la boca de repente seca, y luego vio el desgarró en el borde de su capa.

—Oh, puedo arreglar eso. No os preocupéis. —Su mirada se elevó, encontrándose con la del hombre con quien Felipe había estado. Él la observaba como si evaluara su valía para captar la atención de Felipe.

—Lamento interrumpir —dijo, bajando la voz a un murmullo suave—, puedo esperar si lo deseáis.

—Un momento solamente, si no os importa —contestó él, indicando la puerta con un suave gesto de una mano.

—¿Queréis que me vaya? —masculló Maggie y miró a Felipe, notando las líneas severas en las comisuras de sus labios.

—Todo está bien. Estaré con vos en un momento. —Felipe asintió y le regaló una pequeña sonrisa e hizo un gesto a la mujer con la caja—. Atended a mi señora un momento más, por favor. —Le entregó una moneda y los ojos de la mujer se iluminaron.

—Oh, no os preocupéis, mi señor. Es una joven muy bonita y no causa ningún problema.

Felipe entró en la habitación y cerró la puerta.

—No quería interferir en vuestros asuntos. No me moveré de este sitio hasta que esté listo para irnos. —La mirada de Maggie se quedó en el portal un momento y luego se dirigió a la otra mujer.

—Oh, unos momentos fuera de mis pies son una bendición, muchacha. Venid. La multitud se está reduciendo y hay un banco debajo de la ventana donde podríamos descansar. —La mujer agitó una mano. Llamó al cachorro y cruzó la sala con determinación, los clientes apartándose con respetuosas inclinaciones a su paso. Colocó la caja debajo del banco y luego se sentó con un suspiro. El cachorro atravesó la sala a toda velocidad, esquivando pies y patas de mesa, persiguiendo algo que solo él conocía.

—¿Adónde vais, muchacha? Vuestro francés dijo que compró estas comidas para otros, ¿a bordo de un barco, quizás?

—Sí. No es un viaje largo. —Maggie sacudió su falda, evaluando el daño en el borde y reconsiderando su respuesta—. Tengo una isla un poco al oeste de aquí. Deseo... verla.

—¿Ah, sí? ¿Una muchacha inspeccionando un trozo de tierra? Bastante curioso. —Agitó una mano—. Oh, no me hagáis caso. Tengo mis dos pies firmemente plantados aquí y no tengo deseos de alejarme mucho de mi cama.

—Puede que viva allí si me gusta. Es algo que solo una mujer puede juzgar, ¿verdad?

—Maggie logró sonreír.

—Contadme de esta isla. Aquí escucho mucho con todos los marineros entrando y saliendo, y puede que sepa de ella. —La mujer se inclinó hacia ella.

—Se llama Hola. He oído que es un pedazo de tierra inútil, pero la información me llegó de alguien en quien no confío. —El corazón de Maggie se apretó. ¿Conocería esta mujer la isla? ¿Se desvanecerían sus sueños? ¿O habría algo bueno que decir de la tierra?

—He oído hablar de esta isla, y hay un poco de leyenda asociada a ella. Fue una tierra noruega antes de que los MacDonnell la reclamaran. Es pequeña y está cerca de la Isla de Eigg. O quizá Rum. —La mujer frunció los labios y se encogió de hombros—. No lo recuerdo. Sin embargo, ciertamente hay quienes sí. Un monasterio abandonado se encuentra en sus costas.

«Es real». Maggie se sorprendió al darse cuenta de que temía que el conde la hubiera engañado, dándole papeles de una isla que no existía.

—¿Sabéis más?

—Solo viven allí unas pocas personas. Se ganan la vida con ovejas, aunque su hidromiel de manzana es muy sabroso. Es muy demandado aquí, y no podemos disponer de tal manjar lo suficiente para satisfacer a nuestros clientes. Aprendieron a hacerlo de los monjes hace muchos años, y se vende a buen precio. —La mujerladeó la cabeza de un lado a otro.

—¿Qué hay de la leyenda? —La emoción aceleró el pulso de Maggie.

—La historia es digna de cualquier isla al oeste. No hablaría más alto porque hay demasiados oídos escuchando, y cabezas tontas que creerían mi relato, pero una o dos veces, hace mucho tiempo, los marineros hablaban de una isla protegida por hombres fieros de cabello amarillo. Un lugar rodeado de acantilados que se elevan hasta el cielo y acogen a todo tipo de aves. Las marsopas jugaban en las aguas y las focas se holgazaneaban en las orillas. Pero en un agujero en la roca bajo las olas, en una caverna que no se ha visto en más de cien años, yace un tesoro tan vasto que casi desafía la mente. Aunque, si la leyenda fuera cierta, la gente de Hola haría más que criar unas pocas ovejas y manzanas.

—Os agradezco vuestro relato. Espero poco más que un lugar agradable para vivir, donde pueda mantenerme. —Maggie parpadeó y luego sofocó una risa. La mujer parecía seria.

La mujer dio una palmadita en la rodilla de Maggie.

—Es bueno que no penséis mucho en esto. Hay poco más que ovejas e hidromiel para recomendar la isla. Y mencionaría que deberíais considerar a otros, incluyendo soldados, que puedan cuidaros y protegeros. No importa que estuviera en posesión de los MacDonnell antes que vos, si los piratas la reclamaron una vez, es probable que lo hagan de nuevo.

Capítulo 15

La puerta de la posada se cerró, silenciando instantáneamente el bullicio de las voces alzadas, la vajilla desordenada y las patas de los bancos que se tambaleaban. También apagó la luz de las velas y la chimenea como una nube oscura ante el sol. Maggie se ajustó la capa mientras un rastro de aire fresco de la noche se colaba alrededor de sus oídos y descendía por su cuello.

—Perdonad mi tardanza. La posada estaba ocupada y me encontré con alguien. —Felipe cargaba la caja de empanadas y pasteles. El aroma sabroso se escapaba de debajo del paño de lino que los cubría. Lanzó una mirada hacia ella, desviando rápidamente la vista.

Las preguntas volaban en la cabeza de Maggie.

«¿Cómo conoce al hijo del lord MacLean, aparentemente en términos muy cercanos? ¿Quién iría a la guerra en su nombre? ¿Es esta la razón por la que está en Escocia? ¿Quién es Zabel?»

Las posibles respuestas la abrumaban. Leana tenía razón. Felipe era más que un mercenario.

«¿Quién es él exactamente?»

—No sabía que fuerais amigos del hijo del lord MacLean. —Maggie lanzó la afirmación, mirando a Felipe con nada más que una rápida mirada de reojo.

—Vivieron un tiempo en Tierra Santa. Les conocí allí.

La respuesta de Felipe tenía perfecto sentido, pero su mentón alzado y su respuesta cortante desconcertaron a Maggie.

—No quería entrometerme.

—Tenéis curiosidad, ¿verdad? Soy un extraño con conexiones inesperadas. —Su sonrisa irónica no hizo nada para aliviar su incomodidad, pero al menos la miró.

—No. Quiero decir, sí, sois diferente, pero escuché... antes del cachorro... —Dudó, sin gustarle admitir que había escuchado detrás de la puerta.

—¿Qué escuchasteis, mi señora? —Felipe inclinó la cabeza.

—Que algunos librarían una guerra por lo que os sucedió. ¿Estuvisteis encarcelado injustamente?

—Quizás deberíamos hablar de esto más tarde. —Inclinó la cabeza, indicando el final de su paseo—. Hemos llegado a nuestro barco y estamos a punto de ser recibidos por varias personas muy hambrientas. Ahora no es momento para palabras que no deben ser interrumpidas. —Le hizo un gesto para que lo precediera.

Maggie levantó las faldas para apartarlas del camino y subió por la pasarela. Dawe y Leana se acercaron, manos extendidas, ofreciendo ayuda. Callan y Balgair permanecieron unos pasos atrás mientras Maggie y Felipe eran asistidos a bordo del barco. Los otros soldados MacLaren echaban miradas codiciosas a la caja que habían traído de la posada.

—No me preocupé. Estabais con milord. —Leana miró a Maggie desde debajo de sus cejas inclinadas. Extendió una manta sobre una tabla colocada encima de dos barriles y dispuso la comida.

—No le llaméis así —susurró Maggie, echando una mirada a Felipe por encima del hombro. Tras ello, chocó contra el brazo de su doncella.

—No importa. Vos y yo claramente lo vemos como hombres diferentes. O, quizás, no

queréis verlo como nada más que un mercenario. —Leana miró más allá de Maggie y luego terminó de desenvolver las empanadas.

«No es verdad. Quiero saber sobre Felipe de Francia. Quiero saber qué le llevó a nuestras costas, por qué vende su espada. Es una distracción, nada más. No hay razón para dejar que su historia conquiste mi corazón».

Maggie recogió una empanada y mordió la cálida corteza. Se apartó mientras los hombres se empujaban por su comida. Felipe eligió su empanada y luego se dirigió a una fila de cajas de madera apiladas contra la barandilla. Ella seleccionó una jarra y luego se movió para seguirle, su corazón latiendo con fuerza.

—¿Puedo acompañaros? —Ante su asentimiento, se sentó. Maggie logró dar otro mordisco y luego miró a su alrededor en busca de un trozo de lino para limpiarse los dedos. Al no encontrar ninguno, los frotó contra su falda, deseando preguntar sobre la conversación que había escuchado, pero sin saber por dónde ni cómo empezar.

—¿Habéis pensado en lo que haréis una vez lleguéis a vuestra isla? —Los ojos oscuros de Felipe la observaban por encima de su jarra de cerveza.

—No sé qué esperar. Nadie parece saber mucho de la isla. —Maggie se sacudió las migas de su regazo. Vaciló y luego sacudió la cabeza—. La mujer en la posada...

—¿La esposa del posadero? ¿Moibeal?

—No sé su nombre. La mujer que esperó conmigo en la posada. —Maggie se encogió de hombros.

—Pensó que quizás era una isla de la que había oído hablar, aunque es más probable que sea una mera leyenda —continuó Felipe ante el gesto.

—Contadme la leyenda.

—La isla, si es la misma de la historia que ella contó, es pequeña pero encantadora, con marsopas y pájaros. —Respiró hondo—. Y piratas.

—¿Piratas? —Felipe tragó rápidamente para así evitar atragantarse con su cerveza aguada—. Esperaremos que no sea más que una leyenda. Heredar una isla habitada por piratas no sería bueno.

Maggie sacudió la cabeza, los mechones de su cabello rojo atrapando la luz de las antorchas. El sol se había puesto hacía unos momentos en un estallido de gloria que no había sido ni la mitad de hermoso que la mujer a su lado. Sus ojos azules brillaban como el zafiro más profundo en el crepúsculo. Algo se agitó en el pecho de Felipe.

«Protección. Necesita protección». Sin embargo, el recuerdo de su decidida defensa contra los hombres que habían atacado el castillo dos días antes desmentía la idea de Felipe. «Pero no puede defenderse sola contra piratas». De eso, Felipe estaba seguro. La escalofriante historia de Balgair sobre Maggie defendiéndose de un solo asaltante le susurraba al oído que no necesita la protección de ningún hombre. Felipe frunció el ceño. «Quiero protegerla».

—Estamos aquí para protegeros en vuestro viaje. Pero, ¿quién cuidará de vos una vez lleguéis? Tenéis enseres para vuestra casa, pero no sabéis si existe un alojamiento adecuado. ¿Quién construirá una casa adecuada para vos si es lo que necesitáis? —Dejó su jarra a un lado.

—No necesito mucho. —La barbilla de Maggie se levantó ligeramente—. Los lujos y una demostración de riqueza no me interesan. Una pequeña cabaña, resguardada de las tormentas de invierno, es todo lo que requiero.

—No sois como otras mujeres de mi conocimiento —admitió Felipe, aunque estaba seguro de que ella vacilaría una vez descubriera que su isla no era más que una gran roca en medio de olas rompientes.

«¿O sí?»

—Contadme —dijo Maggie—. Contadme sobre esas mujeres. Su mirada se demoró.

¿Qué decirle? Ciertamente no la verdad. O, al menos, no toda. ¿Qué podía decirle que satisficiera su curiosidad?

—Las mujeres de la corte son blandas, cualquier corte, aunque no todas.

«Ni Arbela. Ni Zabel». Felipe frunció el ceño ante el susurro en su cabeza.

—Están acostumbradas a sirvientes y buena comida —la voz en su cabeza estaba en silencio, sin acusaciones por esta afirmación—, y ropa lujosa.

—¿Las mujeres de Levante se parecen a mí, como las mujeres de Escocia?

Felipe miró a Maggie, su cabello en llamas, su vestido de lana, funcional y cálido. Su mirada recorrió las curvas que redondeaban su corpiño. Los músculos se deslizaban bajo las ajustadas mangas de su vestido, capaces de tensar la cuerda de su ballesta y mantenerla firme.

—No —murmuró—. No os parecéis en nada a ellas. Y me alegro de ello.

—No soy ni delgada ni delicada. La madre del conde me recordaba a menudo mis defectos. —Sus mejillas se oscurecieron y agachó la cabeza.

—No tenéis defectos salvo aquellos que elegís creer que existen. No dejéis que las ideas de otros superen las vuestras.

—Sois la primera mujer que he conocido con el cabello del color de la llama más pura. La primera con la altura casi igual a la mía. Conozco a una sola más con habilidades de armas similares a las tuyas, aunque ella usaba un arco turco y una espada, no una ballesta. —Su mirada se encontró con la de Felipe y este se perdió en su incertidumbre. Sus labios se curvaron al recordarlo—. Había otras habilidades que no se le permitía demostrar. Su padre no aprobaba.

Los ojos de Maggie se abrieron de par en par. Una expresión de sorpresa se extendió por su rostro. Felipe rápidamente se dio cuenta de su error.

—No. No quiero escandalizaros. Ella aprendió sobre venenos y otras armas sutiles un verano cuando visitó el castillo de su tío. Él acogía a hombres de la Orden de los Asesinos y ella seguía su entrenamiento hasta que su padre se enteró.

—¿Qué es la Orden de los Asesinos? —El rostro de Maggie se aclaró.

—Hombres fanáticos y disciplinados que se dedican a la guerra sutil con resultados a menudo aterradores. Se dice que un hombre marcado por la orden puede ser convencido de hacer cualquier cosa simplemente encontrando un puñal y una nota amenazante en su almohada.

—No he oído hablar de eso. —Se estremeció—. Es bueno que su padre lo haya detenido.

—Poco podía detenerla. Seguía practicando el escalar muros y estudiando los efectos de los venenos siempre que pensaba que nadie la veía. Arbela perseguía sus objetivos casi tan fanáticamente como los Asesinos. —Felipe sonrió.

—¿Arbela? He oído su nombre. ¿Es la hermana de lord Alejandro MacLean?

—Sí. ¿La conocéis?

—Solo por rumores. Su matrimonio con el lord MacKern hace tres años formó una alianza entre los clanes. Fue poco después de que ella y su padre... ahora todo tiene sentido. —Maggie sacudió la cabeza.

—¿Qué tiene sentido?

—Lord MacLean había muerto —hizo un gesto impaciente con los dedos—, el viejo lord. Sus hijos también habían muerto, el último de la fiebre que se llevó a muchos en la zona. Demasiado lejos para afectarnos, pero esperábamos a ver quién ocuparía su lugar. Se rumoreaba que el hijo más joven había seguido al rey Ricardo en cruzada a Tierra Santa. Se convirtió en barón allí, pero regresó cuando su clan lo necesitó. Se decía que su hija era... eh, diferente.

—No sería mentira. —Felipe inhaló profundamente. La descripción calentó su corazón. Quizá podría aprender más sobre Arbela de Maggie—. Me pregunto por qué se casó tan pronto después de llegar a Escocia.

—Oí que fue una alianza, pero nada más. Dejé Narnain —su voz se apagó, luego levantó la barbilla—, me casé con el conde de Mar un año o algo después de que *lady* Arbela se casara con el lord MacKern. Solo sé que la suya fue una ceremonia de las que solo se escuchan en cuentos de hadas. Se decía que llevaba un fabuloso vestido rojo como la sangre de dragón, y un rubí del tamaño de un huevo de ganso colgaba de un collar repleto de diamantes y perlas.

—Distintamente oigo un poco de envidia, mi señora. —Felipe se atrevió a sonreír.

—Oh, he llevado vestidos en los que no se escatimó en gastos, y he estado adornada con joyas invaluables de herencia. Y se me consideraba de menor valor, pues cuando se determinó que ya no tenía utilidad, los diamantes y los terciopelos se devolvieron a sus cofres y fui yo quien fue descartada. —Los ojos de Maggie se abrieron.

—No tengo aprecio por los hombres que no valoran a sus esposas. —Felipe frunció el ceño.

—¿Os habéis casado?

¿Cómo, por todos los santos, había perdido el control de esta conversación? Solo deseaba saber de Arbela, quizá obtener algo de aceptación por los caminos que ambos habían recorrido. No tenía deseo de revivir su pasado, había sentido alivio de que Alejandro le permitiera marcharse sin satisfacer cada aspecto de su historia.

La mirada de Maggie se detuvo en él. Al parecer, había escuchado más en la posada de lo que había admitido hasta ahora. Estaba claro que obtendría la información de él a menos que respondiera con cuidado.

—Sí, estuve casado. La muerte nos separó. —Lamentó la elección de palabras. Permitía una mentira, aunque el resultado era necesario. Felipe, rey de Cilicia, estaba muerto, con ritos pronunciados por el propio obispo. Felipe, príncipe de Antioquía, era la única parte de sí mismo a la que se aferraba, aunque incluso esa persona poco se parecía al mercenario en que se había convertido. También lamentó la angustia en el rostro de Maggie. No merecía la culpa que se reflejaba en sus hermosos ojos, el triste redondeo de sus exquisitos labios. Pero no podía compartir algunos secretos, y no merecía su simpatía ni su confianza.

—Lo siento mucho. No pretendía traer recuerdos tan dolorosos.

—No podíais saberlo. Pero la herida aún está abierta.

«La traición es una herida tanto como la infligida por un golpe físico».

—No hablaré más de vuestro pasado.

—Hay cosas de las que no puedo hablar. Agradezco vuestra comprensión. —Felipe eligió sus palabras con cuidado.

Maggie apartó la mirada, luego inclinó su jarra hacia sus labios, drenando las últimas gotas. Cuando bajó la taza, su sonrisa hizo poco por ocultar su persistente incomodidad.

—Os agradezco la compañía. Y por los pensamientos sobre cómo proceder en Hola. Me alegrará llegar y poner en práctica esta idea que tengo.

—Sí. Es el no saber lo que presenta el mayor obstáculo. Podéis contar conmigo para ayudaros en lo que necesitéis.

La joven se levantó con una pequeña inclinación de cabeza, luego llevó su jarra al barreño y la enjuagó antes de colocarla con sus pertenencias. Felipe siguió sus movimientos hasta que se desvaneció en las sombras.

—Es mucho mejor pasar la noche con una bonita muchacha que con un soldado ruidoso como yo. —Balgair apareció de la penumbra y apoyó una bota en la caja que Maggie había

dejado vacía—. Ella es curiosa. Habéis despertado su interés. —Inclinó su cuerpo de modo que sus palabras llegaran solo a los oídos de Felipe.

—Hace apenas dos días pensabais que debía perseguirla. —Felipe levantó una ceja ante el tono solemne de su amigo.

—No conozco vuestro pasado y no pido saber más. Está claro que habéis dado la espalda a Levante tan completamente como yo. Y no sois un mercenario común. —Su mirada se estrechó—. Vuestra forma de hablar, la manera en que os lleváis, delatan a un hombre de cierta alcurnia. No me importa qué os llevó a abandonar vuestro hogar, porque he encontrado en vos a un hombre honorable y me complace haberos conocido en España.

—¿Cuál es vuestra precaución, Balgair?

La barba roja del escocés se erizó, con puntas doradas a la luz de las antorchas.

—Mi precaución es esta, Felipe. Ya no estáis en Levante. Empezad una nueva vida. No miréis atrás.

—¿Pensáis que debería casarme con la dama y establecerme? Su rango está muy por encima de lo que un mercenario podría aspirar. —El impacto de las palabras de Balgair lo envolvió.

—Sí, pero ¿qué pasará cuando se sepa que la antigua condesa de Mar se ha instalado en una pequeña isla con posiblemente poca o ninguna fortificación? Era buscada mientras estaba bajo la protección de su padre. No hay nadie que la salve en la isla.

Capítulo 16

El cielo se teñía de púrpura, rosa y dorado pálido sobre la oscura piedra. Las olas salpicaban blanco y plata sobre mares de amatista en la base de la Isla de Hola. Maggie se aferró a la barandilla como si pudiera hacer aparecer un puerto con su voluntad. Los acantilados rocosos se alzaban imponentes por encima de su cabeza, sin ofrecer lugar para atracar.

—Tenemos luz suficiente para llegar a tierra, mi señora —aseguró el capitán. El *birlinn* viró a estribor, siguiendo la costa lo más cerca posible. La empinada pared rocosa descendió al rodear un saliente, desembocando finalmente en un amplio y majestuoso puerto. Las olas espumosas se deslizaban sobre la arena, retrocediendo para convertirse en pequeñas olas que rompían nuevamente en la orilla. Grandes rocas estaban esparcidas cerca de la entrada del puerto, protegiéndola. Un par de pequeños botes estaban varados en la playa, con redes extendidas en marcos para secarse.

Algunas de las rocas se movieron y levantaron la cabeza. Maggie se quedó sin aliento.

—¡Focas!

Leana se inclinó sobre la barandilla, con los labios formando una «O» de sorpresa. El barco se deslizó por el canal mientras un marinero lanzaba una sonda al agua.

—Casi cuatro metros y acercándonos. El fondo es arenoso —anunció el hombre.

—Acercadnos más —respondió el capitán.

Mariposas danzaban en el vientre de Maggie. Su isla tenía un puerto, y pronto pondría pie en su orilla. Las olas se calmaron al adentrarse en la ensenada, y el barco avanzó suavemente. Su corazón latía con fuerza.

—Tres metros —cantó el marinero.

La punta de la bota de Maggie golpeaba impacientemente contra la cubierta de madera. En la luz menguante, apareció una amplia extensión de tierra, extendida entre dos grandes acantilados. Un muelle corto de roca bordeaba un lado del puerto. Una casa comunal se asentaba en una pequeña elevación a poca distancia de la playa. Humo salía por el techo de paja. La luz del fuego brillaba en la orilla. De pronto, un grito resonó y figuras oscuras salieron de la puerta.

Gente. ¿Hostiles o acogedores? Al menos, algo suspicaces, ya que las islas vivían y respiraban cuentos de conquistas vikingas y piratas. Maggie no podía esperar para conocerlos, tranquilizarlos.

«Quiero que me acepten».

Inmediatamente luego de detenerse, el barco se asentó contra los defensas colgando del borde del muelle. Una foca ladró al otro lado del agua. Una brisa, nacida del anochecer, levantó un rizo de cabello contra el cuello de Maggie.

—¿Mi señora?

La voz inquisitiva de Gunn desvió la atención de Maggie de la orilla. Giró la cabeza, con las cejas alzadas.

—¿Sí?

—No creo que sea prudente enviaros a tierra hasta que comprobemos la disposición de nuestra bienvenida. ¿Cómo deseáis organizar el grupo de desembarco?

—Iré con vos, Balgair, Felipe y otros dos. El resto puede seguir más tarde. —Maggie ignoró su advertencia.

—Como mi señora desee. —El hombre hizo una reverencia, apartando el brazo. Luego se dirigió a Callan—. Vos y el resto de los soldados seguidnos de inmediato, pero permaneced en el muelle hasta mi orden.

Maggie se colocó la capa sobre los hombros con un encogimiento de hombros, manteniéndola alejada del suelo con un cinturón a la cintura. Su pequeña ballesta descansaba en su eslinga sobre un hombro, con una provisión de virotes guardada en un carcaj. Colyn descansaba tranquilamente en su jaula, con la cubierta ajustada para protegerlo de la fría brisa nocturna proveniente del agua.

—Lo llevaré a tierra tan pronto como sea prudente. —Leana cogió el asa. Sonrió a pesar de un escalofrío que le recorrió los hombros—. No puedo creer que finalmente hayamos llegado.

—Sí —susurró Maggie, la anticipación tensando sus músculos—. Estamos a punto de empezar de nuevo.

—¿Está mi señora lista? —Felipe se acercó a la barandilla.

Ante el asentimiento de Maggie, él la ayudó a pasar por la barandilla y la entregó al cuidado de Gunn. Recorrió el muelle con la mirada fija en la vista ante sí. Había rocas negras por todas partes. La hierba ondeaba suavemente en la brisa. La casa comunal a la derecha parecía una mezcla de piedra negra y gris oscuro y césped. El techo se alzaba en una alta pendiente y se asemejaba a la quilla invertida de un barco. La luz de la puerta abierta se derramaba sobre el suelo. No había señales de una muralla o fortificación. Una hoguera ardía en la arena. Seis hombres estaban en fila entre la cabaña y la playa. El corazón de Maggie latía con fuerza.

Llegaron al final del muelle. Gunn pisó la arena. Balgair se unió a él, colocándose entre Maggie y los que estaban en la playa.

—Esperad aquí. —Gunn miró a Maggie de reojo. Su ceño fruncido no admitía réplica y Maggie suspiró. Mientras tanto, los seis hombres en la hoguera no parecían armados ni dispuestos a acercarse.

—No asustéis a la gente, Gunn. Quiero tener la oportunidad de hablar con ellos. Somos amistosos, ¿verdad?

—Esperaré vuestra señal. —Felipe se acercó. Apartó el borde de su capa, revelando la empuñadura de su espada en un gesto conocido por los soldados de todo el mundo. Maggie entendió, aunque le molestaba la implicación de que necesitaba protección, y odiaba la idea de ser mimada simplemente por ser mujer. Sacó la ballesta de su hombro y la dejó junto con el carcaj en la piedra a sus pies.

—Yo también esperaré.

Felipe reprimió su expresión de sorpresa. No había superado el asombro de que Gunn hubiera permitido a Maggie bajar del barco antes de asegurarse de la paz. El pequeño grupo en la orilla no parecía amenazante, pero con la charla de Maggie sobre piratas y tesoros, no daría nada por sentado. Estaba listo para protegerla a toda costa. Su aquiescencia para esperar la señal fue inesperada. La miró, pero su mirada seguía a Gunn a lo largo de la playa. Los seis hombres en la hoguera no avanzaron. Poco después, la tarde se oscureció. Las llamas se intensificaron, revelando rostros tensos de preocupación.

—Hablo en nombre de mi señora, la condesa de Mar. —Gunn, flanqueado por dos soldados armados, se detuvo.

Los seis hombres intercambiaron miradas. Después de un momento, uno dio un paso adelante.

—Soy Asatrus. Somos pacíficos. No estamos preparados para luchar.

Maggie se desplazó hacia adelante. Sus botas se hundieron en la arena suave y un tobillo se

le torció. Felipe le agarró el brazo.

—No es prudente saltar sobre terreno blando —le advirtió en voz baja—. Tampoco es sabio cargar hacia la orilla antes de que vuestro capitán haya terminado su discurso y evaluado el peligro.

—No soy la condesa. —Lo miró de forma torcida, pero mantuvo su posición al tiempo que fruncía el ceño.

—Lo fuisteis. Es importante que la gente sepa por qué reclamáis sus tierras.

—No lo pienso de esa manera. No deseo echarlos de sus hogares. —La joven parpadeó.

—Entonces dejad que Gunn los tranquilice.

Maggie inclinó la barbilla en un corto gesto afirmativo. Los hombres de Hola volvieron su atención a Gunn.

—La condesa ha recibido el título de esta isla. Le debéis vuestra lealtad.

El mentón de Maggie se alzó. La nobleza fluía a través de su postura, pero Felipe aún veía la amabilidad en su rostro. La gente de Hola no sufriría bajo la protección de Maggie. En cuanto a Felipe, miró la granja. No había protección aquí. El edificio era de piedra y césped cortado, el techo de paja seca. No había muralla alrededor, ni fortaleza en la ladera. ¿Realmente visitaban los piratas esta isla? ¿Qué los atraería aquí? Seguidamente, Maggie avanzó. Gunn la miró expectante. Los soldados de MacLaren se agruparon a su alrededor. Balgair aterrizó junto a Felipe y le dio un codazo en el brazo.

—Esperaré aquí ante acciones imprevistas si deseáis ir con ella.

Felipe se movió al lado de Maggie, luego se deslizó medio paso atrás donde su vista de los hombres y la isla no estaba restringida. Confiaba en que Gunn se hubiera asegurado de que los hombres no estuvieran armados, pero no podía dejar de estar atento a posibles sorpresas. De repente, una mujer salió de la casa comunal y se colocó al lado de Asatrus, con la mirada fija en Maggie.

—Soy Maggie MacLaren. Tengo el título de la Isla de Hola. —Maggie se detuvo junto a Gunn.

—Soy Ingrida, esposa de Asatrus. Hemos vivido aquí por generaciones, mi señora. Nos sentimos honrados de teneros en nuestras costas. —La mujer inclinó la cabeza.

—Gracias, Ingrida. Me complace estar aquí. —Maggie recurrió a su conocimiento del protocolo aprendido de su padre y del conde mientras hablaba con la gente de Hola. Después de un tiempo, ella y los demás fueron invitados a entrar en la casa comunal, la vivienda compartida por todos los que vivían en la isla.

El olor a ovejas, humo y pescado recibió a Maggie. Tragó saliva contra la pesada embestida de aromas. Rostros expresando diferentes grados de interés, expectación y aprensión la siguieron al entrar en el espacio abarrotado. Un perro ladró. Las ovejas balaron. Maggie notó que el corral al fondo de la casa contenía varios animales lanudos. Un perro blanco y negro se deslizó entre la multitud y olfateó las botas de Maggie.

—*Steðja*, Gerdur —Ingrida apartó al perro con un gesto—. Kleppr, devolved a Gerdur al corral con las ovejas. —Señaló un banco cubierto de pieles—. Por favor, sentaos aquí, mi señora.

Maggie se sentó. El asiento estaba caliente, como si hubiera sido desocupado recientemente. Echó un vistazo alrededor. Pequeñas hogueras brillaban a intervalos a lo largo de la sala. Bancos similares al que ocupaba se alineaban en el pasillo central. A ambos lados se encontraban las áreas de descanso, camas elevadas cubiertas de pieles envueltas en una oscuridad relativa. Pequeños estantes con cuencos y otras piezas de cerámica dividían los espacios. Una anciana, con su silla junto a un poste cerca del fuego, estaba inclinada sobre un trozo de tela, manejando

una aguja. Su escaso cabello blanco colgaba a su alrededor. Un gato se acurrucaba sobre sus pies.

—Bienvenida a Eyrrhús. Todo lo que tenemos es vuestro. —Ingrida hizo un gesto con la mano abarcando la sala.

—Gracias, Ingrida. Deseo conoceros y conocer vuestras costumbres. Qué hacéis aquí. Cómo os ganáis la vida. Es de gran importancia para mí que viváis bien.

Los ojos de Ingrida brillaron, pero mantuvo una expresión serena.

—Como veis, somos pocos en número y pobres en la riqueza del mundo. —Colocó una mano sobre la cabeza de una niña que apareció detrás de sus faldas para mirar a Maggie—. Pero estamos muy bendecidos de otras maneras.

El corazón de Maggie se ensanchó. Haría de este lugar su hogar.

—El capitán mantendrá la vigilancia a bordo del barco. Nosotros también estableceremos una guardia aquí. —Felipe sacudió una manta de lana y la extendió cerca del fuego en la playa.

—Esta isla no es la roca inhóspita que imaginé. Incluso a la luz de la luna, es un lugar hermoso. —Balgair pasó cerca, su hombro rozando el de Felipe. Se detuvo, respirando hondo mientras inspeccionaba el área.

—Creo que hay una leyenda asociada a la isla.

—¿Una leyenda? ¿Sobre qué?

—Piratas. —Los labios de Felipe se torcieron en una mueca.

—Venid conmigo. —Las cejas de Balgair se elevaron. Miró a los dos soldados MacLaren que preparaban sus jergones y luego movió la cabeza hacia un lado.

Felipe echó otro vistazo a la casa comunal donde Maggie, Leana, Gunn y tres otros soldados MacLaren pasarían la noche. No sintió ningún escalofrío en la nuca. Nada parecía estar mal. Tras una ligera vacilación, se puso en marcha junto a Balgair. Caminaron en la oscuridad, sus botas susurrando suavemente sobre la arena húmeda. Avanzaron a través de la hierba que les llegaba a las rodillas mientras su camino los llevaba tierra adentro, sus ojos ajustándose a la luz de la luna que los guiaba más allá de las rocas y hacia la extensión de la montaña más allá de las cabañas. A continuación, subieron la pendiente constante, el viento aumentando a medida que ascendían a un promontorio que dominaba la costa norte. Muy abajo, su barco se mecía anclado, lucía como una mancha oscura contra el agua. La luz de la luna iluminaba los picos cubiertos de blanco mientras las olas se sumergían en profundidades de ébano.

—¿Existe una leyenda pirata de este lugar? —Balgair se detuvo.

—¿Os parecería menos habitual saber que no hay una leyenda pirata asociada a esta isla? —Felipe se encogió de hombros.

—¿Cuándo oísteis esto? —El gruñido de Balgair reconoció la probabilidad.

—Maggie lo mencionó anoche. La esposa del posadero en El Sabueso en Morvern se lo comentó, aunque no recordaba si la historia era de esta isla u otra.

—Los nórdicos reclaman muchas de estas islas, aunque la mayoría deben lealtad al señor de las islas o al propio rey de Noruega. Asatrus y su clan parecen estar indefensos y dejados a su suerte. Sin embargo, sus nombres y hogar sugieren al menos una herencia nórdica.

—No sé nada de los nórdicos. —Felipe arqueó una ceja.

—Si no me falla la memoria, Asatrus significa «fiel a Dios».

—Estas tierras pueden tener un vínculo con Noruega, pero el último esposo de Maggie ganó la posesión de Hóla en un juego de azar. Ahora es una posesión escocesa.

—¿Último esposo? —Balgair sonrió—. Suena como si hubiera pasado al más allá.

—No sería un acontecimiento indeseable. Me abstendré de matarlo yo mismo, pero solo

mientras no lo conozca.

—¿Planeáis quedaros aquí mucho tiempo?

—No tengo una idea demasiado clara sobre quedarme. Solo sé que no puedo dejarla desprotegida. —Felipe se encogió de hombros.

—Tiene ocho soldados MacLaren. —Balgair lo miró de soslayo.

—Ocho soldados que su padre apenas podía permitirse enviar. ¿Cuánto tiempo pasará antes de que los reclame?

—No lo sé. Tenéis un punto válido. Vos y yo somos los únicos que no estamos atados a MacLaren. Sin embargo, tengo poco deseo de permanecer en una isla diminuta en una casa comunal llena de gente, esperando a ver si los piratas desembarcan. —Balgair se encogió de hombros.

—Os pediría que os quedarais solo hasta que tengamos algún tipo de fortificación construida.

—¿Una fortificación? Eso serían meses, sino años de trabajo, chaval. No tengo las habilidades para eso.

—Algo debe hacerse. Ella no puede quedarse aquí desprotegida. —Felipe frunció el ceño.

—¿Por qué creéis que su padre le permitió venir?

—¿Permitió? —La pregunta pilló a Felipe desprevenido. Se rio suavemente y miró hacia el océano—. Aunque no creo que mi señora sea excesivamente imprudente, soy muy consciente de que es testaruda. Después de lo que ha pasado en las últimas semanas, quizás tenía razón al alejarse por un tiempo.

—Si los hombres la consideraban un premio después de que su matrimonio se disolviera, tenía razón en estar preocupada. —Balgair asintió y cambió de posición, dándole la espalda a la brisa fuerte.

—¿Preocupada? —La voz de Felipe se elevó con indignación—. ¿Ofendida, quizás? ¿Enfadada? Ha sobrevivido a acciones de hombres que habrían dejado a otra mujer tambaleándose. —Examinó la marea de furia que lo cubría. ¿Qué contemplaría si tal cosa le hubiera ocurrido a Arbela o a Zabel?

¿Asesinato? ¿Guerra?

La culpa le pellizcó. ¿Disfrutaba Zabel de la protección de Constantino y de su rango? ¿O le había caído alguna calamidad? Probablemente nunca lo sabría, y no había nada que pudiera haber hecho para protegerla una vez que su muerte fue exigida. Ahora estaba en manos de Dios.

—Ayudaré por un tiempo. —Balgair suspiró—. Quizás mañana deberíamos revisar la longitud y amplitud de la isla. Quizás haya más en esta isla que una casa comunal, unas pocas barcas de pesca y un pequeño rebaño de ovejas.

Capítulo 17

El viento azotaba el promontorio que dominaba el puerto, desgarrando las brumas matutinas. Un pálido rayo de sol atravesaba las nubes. Una pequeña multitud, que incluía a dos hombres de Hola, dos soldados MacLaren, Felipe y Maggie, se agrupaba al borde del acantilado. Las faldas de Maggie se arremolinaban alrededor de sus piernas. Mechones de su cabello se soltaron de la trenza y danzaban salvajemente alrededor de su cabeza. Ignorando el desorden, contuvo el aliento mientras se revelaban los misterios de Hola.

Muy por debajo, focas gordas se revolcaban en las rocas, sus ladridos se alzaban con el viento. Se lanzaban torpemente al mar con un chapoteo. Pájaros giraban contra el cielo azul, sus gritos resonaban sobre la cabeza de Maggie. Borrosas manchas blancas y grises descansaban en nidos precariamente situados a lo largo de los bordes de los acantilados. Las olas rompían en blanco, salpicando espuma contra la roca negra. Pequeñas flores rosas, azules y amarillas florecían a sus pies.

—¡Es precioso!

—Tenemos poco uso para este acantilado, ya que el suelo es muy delgado y el viento azota todo sin descanso. Sin embargo, es un buen puesto de observación y se puede ver la cala de las focas desde aquí. Las cazamos cuando es necesario, pero el mar rara vez nos da fácil acceso a la colonia. Las aguas son peligrosas en ese lado de la isla, con las rocas emergiendo del mar. Las corrientes son fuertes también. Aunque las focas no parecen preocuparse y su cala está bien protegida de los depredadores. —Asatrus agachó la cabeza contra el viento.

Maggie no podía imaginar cazar a esos animales tan divertidos, pero recordó las pieles de foca en la casa comunal. En los meses fríos, las pieles -y la carne de las focas- podrían significar la diferencia entre la vida y la muerte para la gente de la isla. Al mismo tiempo, Asatrus se dio la vuelta y comenzó a descender por la pendiente. Los demás lo siguieron. Maggie vio a varios niños riendo mientras correteaban delante.

—¡Volved a vuestras tareas! —gritó Asatrus, aunque sin demasiada severidad en sus palabras—. Sin cebo para la pesca, no tendremos cena.

Los niños se dispersaron hacia la orilla cerca de la casa comunal, sus risas desvaneciéndose en el aire.

—¿Qué buscan? —preguntó Maggie.

—*Peelies*, mi señora. Los peces no pueden resistirse a ellos, y los lenguados se pescan fácilmente cerca de la orilla.

—¿*Peelies*? —Maggie parpadeó y miró a Felipe. Este se encogió de hombros.

—Cangrejos que comienzan a mudar su caparazón y a crecer uno nuevo se llaman *peelies*. Son blandos y atraen a los peces. Si el caparazón está duro, los peces no se molestan. —Asatrus se detuvo.

—¿Y lenguados?

—Peces planos. No conozco otro nombre. Viven cerca de la playa y los niños los pescan. Los hombres usan redes más lejos en el mar para pescar *saithe* y abadejo.

—Gracias. Tengo mucho que aprender.

Asatrus le dirigió una mirada curiosa y luego continuó por el camino.

Recorrieron toda la isla. Focas y acantilados en la costa norte, marismas al sur. El hermoso

puerto se extendía a lo largo de la playa occidental, enmarcado por acantilados. Algunos árboles salpicaban el paisaje. Cortos y retorcidos por el viento, se agrupaban cerca del pie de los acantilados. Un árbol se aferraba a un saliente en un ángulo aparentemente imposible, su semilla cayó allí hace muchos años con la cantidad justa de suelo para echar raíces. Las ovejas pastaban en las laderas al norte y al sur. Las ovejas preñadas se mantenían cerca de la casa comunal, algunas incluso habían compartido el espacio interior la noche anterior, y el rebaño probablemente volvería al refugio de un cobertizo cercano o incluso a la casa comunal cuando llegaran las tormentas de invierno. Los corderos retozaban en la hierba ondulante, saltando pequeñas piedras con torpeza graciosa.

—¿Qué hay allí? —Maggie señaló un sendero que serpenteaba hacia el este más allá de la casa comunal. Un terreno elevado ocultaba la costa oriental.

—La Abadía de San Martín, mi señora. Los monjes ya no están allí, pero cultivaron manzanos y hacían hidromiel. Aún usamos sus árboles y receta.

—Mostrádmelo.

El sendero serpenteaba sobre una colina, luego bajaba a una zona amplia y barrida por el viento. Las ruinas de la abadía yacían a un lado, a pocos metros del borde de los acantilados que caían a una corta distancia al mar. Sus antiguas paredes de piedra rodeaban un huerto de quizás treinta árboles, protegiéndolos de los vientos que parecían nunca cesar. En el lado protegido de las paredes de la abadía, crecía un jardín bien diseñado. Grandes coles rojas y verdes bordeaban el rectángulo largo y enredaderas trepaban por la pared. Manchones de lo que probablemente eran zanahorias y nabos brotaban del suelo. A un lado, crecía un jardín de hierbas. Resguardados contra un afloramiento de roca había media docena de colmenas. Aisladas del viento y la lluvia con una mezcla de zarzo y barro, parecían altos cestos embarrados y volteados.

—¿Tenéis un apicultor?

—Sí, mi señora —respondió Asatrus—. Para elaborar hidromiel.

—Conozco el hidromiel. ¿Podemos probarlo? —Felipe apareció a su lado.

—Venid conmigo. —Asatrus inclinó la cabeza.

Entraron en las ruinas de la abadía a través de una amplia abertura en la pared del patio. La altura del muro bloqueaba la mayor parte del viento. Maggie notó instantáneamente un cambio en el aire. La paz caía en suave luz solar en el jardín protegido. Los manzanos se balanceaban suavemente, sus ramas superiores se extendían por encima del muro mientras atrapaban el viento. Flores blancas brillaban entre las hojas verdes y alfombraban el suelo bajo los árboles con pétalos caídos. En ese lugar, anchos cuencos de cerámica poco profundos se alineaban a lo largo de la pared. Maggie se acercó, deteniéndose ante el grito de advertencia de Asatrus.

—La miel fue cosechada recientemente, mi señora. Permanecerá aquí hasta que sea bendecida y debe permanecer intacta.

—¿Bendecida? —Maggie miró a Felipe, que llegó a su lado.

—Cuando la miel comienza a fermentar, lo cual es necesario para producir hidromiel —respondió Felipe.

—Cada cuenco se remueve una vez con el báculo de bendición, luego debe dejarse reposar sin ser molestado hasta que comience la fermentación. Si se interrumpe, el sabor se estropeará —explicó Asatrus.

—¿Báculo de bendición?

—Se ha usado durante generaciones y no se podría preparar hidromiel sin él. —Asatrus señaló una vara nudosa apoyada contra la pared.

—¿Cuánto tiempo lleva esto?

—Una noche o dos, quizás más. Cosechamos la miel tres veces al año, pero solo creamos hidromiel dos veces al año. Las manzanas se recogen antes de Samhain y se almacenan durante el invierno para madurar el sabor. Algunas se prensan a finales del invierno y otra tanda a finales de la primavera.

—Ya veo. Gracias. —Maggie se apartó con cuidado de los cuencos abiertos de miel dorada, y toda la abadía pareció suspirar de alivio. Siguió a Asatrus dentro del edificio.

La luz del sol entraba por el techo y las ventanas abiertas a los elementos, creando patrones en el suelo barrido. Continuaron a través del salón principal abovedado y hacia una serie de habitaciones separadas. La sala de almacenamiento era oscura, pero no terriblemente fría. Las gruesas paredes protegían la multitud de vasijas que cubrían el suelo, una al lado de la otra, de los cambios en el clima.

—Las jarras son hermosas. —Maggie tocó suavemente con la punta de los dedos los surcos decorativos. Cada jarra, de fondo plano y más ancha en la parte superior que en la inferior, tenía un patrón diferente. La mayoría parecía ser muy antigua, con surcos y partes elevadas casi lisas en algunos lugares.

Asatrus quitó una tapa y la dejó a un lado. Un estrecho borde justo dentro del cuello de la jarra mantenía la tapa en su lugar cuando estaba cerrada. Usando un cucharón de madera, retiró cuidadosamente una medida de líquido claro y dorado de la jarra y se lo ofreció a Maggie.

—Está listo para embotellar. Ha dejado de burbujear y cualquier impureza se ha asentado en el fondo del ánfora.

Maggie aceptó el cucharón e inhaló suavemente los aromas que emanaban del líquido. Manzanas. Frescas. Dulces. Su boca se hizo agua en anticipación. Bebió un cauteloso sorbo. El hidromiel rodó por su lengua con un toque de dulzura a miel mezclado con un amplio rango de sabor brillante a manzana. El calor floreció en su vientre cuando tragó, y la calidez se extendió por sus brazos, dedos y pies. Tomó nota de no excederse en el consumo para no perder la razón. Era una bebida potente. Felipe arqueó una ceja. La joven le pasó el cucharón. Sus fosas nasales se ensancharon al oler el aroma. Sus ojos se abrieron con aprecio al probarlo. Luego se abrieron más cuando el impacto del alcohol llegó a su estómago.

—Es asombroso. Mi padre ha ofrecido hidromiel en su mesa, pero nada comparado con esto.

Maggie lo miró, sorprendida. ¿Quién era su padre? Felipe parecía no darse cuenta. Bebió otro sorbo y luego le pasó el cucharón a Asatrus.

—¿Qué hacéis con vuestro hidromiel? —Felipe echó un vistazo por la sala. Un cálculo rápido estimó el suministro en treinta o cuarenta ánforas de distintos tamaños. Quizás de ocho a treinta y ocho litros cada una.

—Un barco de Morvern llegará en algunas semanas y comprará todo nuestro suministro. —Asatrus agitó una mano sobre las vasijas—. Dios ha sido bueno con nosotros.

«Morvern». Felipe miró rápidamente a Maggie, quien respondió con una mirada interrogativa. Volvió su atención a Asatrus.

—¿Así pagáis vuestro diezmo a vuestro señor?

—Sí. Algunos años son mejores que otros. Hace dos años, solo un tercio de los árboles dieron fruto. Muchos fueron plantados por los monjes hace más de un siglo. Nos llevó varios años criar árboles para comenzar a reemplazar los antiguos. Este otoño, los jóvenes dieron fruto. —Las mejillas del hombre se sonrojaron.

—El conde no habría apreciado solo unos pocos litros de hidromiel —murmuró Maggie.

Felipe apretó los dientes. Podía asegurarse de que la gente de Hola recibiera un pago justo

por el hidromiel, pero se vería obligado a comerciar con Donal MacLean, el padre de Alejandro, el barón de Batroun y su antiguo señor de crianza. Su autoimpuesto exilio corría el riesgo de ser expuesto. Podía ayudar a Maggie y a la gente de Hola. Pero se vería obligado a desnudar su alma ante las pocas personas en este mundo que le importaban. Personas a las que no deseaba revelar su conducta pasada. Quería decir las palabras, asegurar a Maggie que su isla con su antiguo monasterio y huerto era definitivamente valiosa, y con una cuidadosa gestión, podría aumentar su valor. Entonces, ya que las palabras no se formaban, forzó una sonrisa.

—Me alegra que hayáis replantado vuestros árboles. Mi señora, os irá bien aquí.

«Cobarde. Ocultar servicios a ella impugna el honor. Honor que abandoné hace más de un año».

Giró sobre sus talones y salió de la sala. Al entrar en el salón abovedado, se detuvo, con las manos en las caderas, respirando profundamente para despejar su mente. De pronto, los pasos de Maggie sonaron detrás de él, quien se adelantó rápidamente, forzando su paso a un ritmo uniforme. En ese instante, Maggie le cogió del brazo.

—¿Qué ocurre?

—Nada está mal, mi señora. Tengo asuntos que debo atender. —Felipe le permitió detenerlo, la preocupación en su rostro lo avergonzaba aún más. Inhaló profundamente y miró por encima de su hombro, sin encontrarse con su mirada—. Volveré al puerto y ayudaré a Balgair a descargar los suministros restantes. Asatrus terminará su recorrido. —Realizó una breve inclinación. Entonces, la mano de la joven se apartó. La confusión frunció sus cejas y un gesto de desaprobación asomó a sus labios, pero no respondió.

Las botas de Felipe resonaron rápidamente sobre el terreno irregular. Siguió el camino entre los acantilados, notando distraídamente que el estrecho pasaje creaba una zona fácilmente defendible contra ataques. Al menos hasta que se encontrara una forma de superar los acantilados. ¿Era esa la razón por la que los monjes habían construido su abadía en el borde oriental de la isla en lugar de más cerca del puerto? Sus pasos se ralentizaron. Tal vez esta era otra forma de ayudar a Maggie. Necesitaba un refugio al que se pudiera defender. Como dijo Balgair, llevaría meses, quizá más tiempo, construir una muralla alrededor de la casa comunal y colocar defensas alrededor del puerto. Pero la abadía ya estaba en pie, al menos la mayor parte. ¿Cuánto tiempo llevaría reparar la muralla y el techo?

«Hombres y herramientas de Morvern facilitarían la tarea».

Felipe se detuvo, cerrando los ojos ante la certeza de que tenía la clave para la seguridad y la prosperidad de Maggie y su gente. El único coste, sería su orgullo.

Capítulo 18

Felipe se subió las mangas de la túnica por encima de los antebrazos, permitiendo que el aire le enfriara tras sus esfuerzos. Un montón de suministros se amontonaba en la playa. Las mujeres los revisaban con gritos de alegría.

—¿Quién habría pensado que una nueva olla sería un premio tan grande? Podríais haber dejado que los marineros descargaran el barco, Felipe. O algunos de los soldados MacLaren. No era vuestro trabajo. —Balgair se rio.

—No importa. Está terminado y el capitán zarpará con la marea de la mañana. —Felipe miró a su amigo—. ¿Zarparéis con él?

—Sí. Aunque me alegro de no estar luchando más en Tierra Santa, esto no es lo que imaginaba. —Balgair se sentó contra una roca y cruzó los brazos. Miró al agua, en silencio un momento antes de continuar—. Es tranquilo aquí. Demasiado tranquilo para mi gusto. Veré a dónde me lleva el próximo trabajo.

—¿Y si hubiera trabajo aquí? Por un tiempo.

—No sé nada de ovejas más allá de cómo asarlas, y morir cuando un *langskip* de piratas desembarque en esta costa desprotegida no es el futuro que planeaba. —Balgair sonrió, levantando una ceja.

—Podemos ayudarles a proteger la isla.

—Sabéis que llevará meses construir una estructura defendible, y nos faltan hombres para hacer el trabajo.

—No necesitamos construir desde cero. La abadía necesita reparaciones, pero mayormente un nuevo techo y refuerzos en la muralla. Un lado está protegido por acantilados que caen al mar, y los otros dos lados por numerosas rocas y salientes.

—¿Y el cuarto lado?

—Un camino entre los acantilados. Proporciona el único acceso fácil a la abadía.

—Quizá podría echar un vistazo a vuestra abadía y ver si vuestro plan es viable. —La mirada de Balgair se volvió pensativa.

—Venid conmigo. —Felipe hizo un gesto sobre su hombro mientras paseaba por la playa. Pasaron la casa comunal y continuaron por el sendero que subía una pequeña colina y hacia la meseta más allá. En la oscuridad de la noche anterior, no habían notado nada más que los acantilados, no sabían que debían mirar hacia arriba desde el barco para ver la abadía recortada contra el cielo.

Felipe se detuvo donde el camino se abría a los terrenos de la abadía. Balgair observó las ruinas, su barba se erizó mientras sus labios se fruncían en pensamiento. Paseó de izquierda a derecha, observando la escena ante él.

—Podríamos quizá colocar una puerta aquí, aunque sería mejor si tuviéramos algún tipo de matorral, quizá cadalsos en un puente protegido que se extienda de un lado del camino al otro. No espero que esta gente se convierta en guerreros, pero dado un área amurallada desde la que disparar flechas o arrojar piedras —se giró, su mirada abarcando los acantilados rocosos—, piedras de las cuales tenemos en abundancia.

—Con algunas reparaciones, la abadía debería ser defendible, ¿no os parece? Y remodelada en una mansión adecuada para la dama Maggie.

—Querría recorrerlo antes de hablar, pero por ahora estoy de acuerdo. Las murallas deberían aumentarse, tanto en altura como en anchura. Un techo de pizarra para la abadía sería lo mejor, pero quizá por ahora uno de paja. Y no sé cómo es el interior, ni lo que la señora desearía. —Balgair se frotó la barba y se volvió hacia Felipe—. Puedo daros sugerencias sobre la defensa, quizá apilar algunas piedras. Pero el trabajo no se hará solo con nosotros dos. Necesitaremos más hombres, y suministros que no veo en la isla. Hierro y madera para la puerta, por ejemplo. Los árboles aquí no os darán las tablas, y no hay herrería para barras y bisagras.

Felipe respiró hondo. Balgair tenía razón. Necesitarían ayuda. Pedir ayuda a los MacLean era casi más de lo que estaba dispuesto a soportar.

¡Maldita sea! Había más que el conocimiento de su fracaso en Cilicia que deseaba mantener oculto. Su propia vida dependía de que su escape nunca se conociera. La oscuridad le había parecido un refugio razonable. ¿Se había convertido en su prisión?

Alejandro, heredero de la baronía MacLean, le había presionado para que regresara tras su servicio a Maggie, asegurándole que podía pedir cualquier cosa a él y a su familia. Alejandro no le negaría hombres ni suministros. No obstante, Felipe no iría a espaldas de Donal MacLean. Si elegía pedir ayuda, lo haría de manera franca. Y enredaría a su antiguo señor de crianza en el engaño que le había salvado la vida.

¿Valía Maggie el coste?

Las voces llamaron su atención. Maggie, entre el grupo de MacLaren y hombres de Hola, salió del huerto, su cabello rojo brillando al sol. Su cabeza inclinada en un ángulo de escucha mientras Asatrus hablaba, echando un vistazo de reojo cuando Gils, el apicultor, añadía a la conversación. Ya la gente de Hola se estaba acercando a ella. Veían su amabilidad, su interés por su tierra, sus vidas, sus necesidades. ¿Cuál sería su destino si él no hacía nada? ¿Cuánto tiempo antes de que llegaran piratas o hombres buscando a la ex condesa de Mar? Maggie levantó la mirada. Lo vio. Una leve sonrisa se dibujó en sus labios y la sangre de Felipe se calentó. Su padre la había utilizado para reclamar estatus social, solo para ser abandonada por su marido que debería haberla protegido. Él no sería el hombre que fallara esta vez.

—Debo ir a Morvern.

Firme. Decidido. Un peso se levantó de sus hombros.

—Podríamos pedir trabajadores al barón. Pero ¿cómo los pagaréis? Os arruinaría usar lo que recibisteis de MacLare —señaló Balgair.

—No importa. Lo haré.

—La muchacha os tiene hechizado para ser su campeón. Vuestro tiempo como mercenario ha terminado.

—Todo es según la voluntad de Dios. Pero no permitiré que la dañen de nuevo. —Felipe esbozó una leve sonrisa.

La visión de Felipe y Balgair detuvo los pasos de Maggie. Hizo un gesto a Asatrus y Gils para que continuaran. Los soldados y los hombres de Hola dudaron solo un momento ante su orden y luego desaparecieron por el sendero entre los acantilados. La joven fijó la mirada en Felipe. Balgair se apartó de su postura contra una roca y le envió un respetuoso saludo con la cabeza.

—Mi señora.

Balgair le dio una palmada en el hombro a Felipe y luego siguió a los demás por el sendero. La mirada de Felipe se detuvo en Balgair un momento antes de volverse hacia Maggie.

—¿Ocurre algo? —El corazón de Maggie se aceleró.

—En absoluto. Balgair y yo hemos evaluado las defensas de la isla y quisiera ofreceros una

propuesta. ¿Camináis conmigo? —Felipe negó con la cabeza y esbozó una breve sonrisa que no llegó a sus ojos.

No era la primera vez que Maggie notaba la tristeza en sus ojos, en desacuerdo con la seguridad que ofrecía. Se mordió el labio, deteniendo el impulso de pasar los dedos por la corta barba que cubría la larga cicatriz a lo largo de su rostro. Para suavizar las líneas de preocupación en su frente.

—Sí. —Le envió una mirada alentadora y caminó a su lado hasta la apertura en el muro de la abadía donde él se detuvo.

—Debéis tener una manera de defenderos y de defender a la gente de Hola. La gente de la isla no son guerreros, y no deseo cambiarlos. Pero quiero que estéis a salvo. —Levantó una mano, indicando el sendero por el que acababan de caminar—. Es el único acceso fácil a la abadía. Aunque serpentea entre dos acantilados que no son muy altos, el paso estrecho no permite más de dos hombres pasar a la vez.

—Eso es útil. —Maggie miró el sendero, enmarcado por las altas piedras.

—Si tuvierais arqueros para abatir al enemigo mientras pasan por la brecha, sería suficiente. Pero no los tenéis. Sugerimos construir una puerta que se pueda cerrar y bloquear. Es posible atornillarla en la roca. Además, podría colocarse una estructura de puente que permitiera arrojar piedras o incluso agua caliente o arena caliente sobre el enemigo.

—¿Qué tenemos que pueda atraer a tales hombres? ¿Manzanas? —Un escalofrío recorrió la columna de Maggie. Sus labios se torcieron con desdén—. ¿Es el *cyser* hecho con ellas tal objetivo?

—Sé por qué huisteis de Narnain. —Los labios de Felipe se tensaron.

—Eso está en el pasado. Nadie me seguirá hasta esta isla. —El calor invadió a Maggie. La ira y la vergüenza la cubrieron. Levantó las manos como si quisiera rechazar sus palabras—. Ya no podrían tener interés en mí.

—Desearía estar equivocado, pero pronto se correrá la voz de que la antigua condesa de Mar ha tomado residencia en la Isla de Hola. —Felipe le tomó la mano, su pulgar dibujando un movimiento suavizador sobre su piel.

—No soy la condesa —susurró Maggie, el dolor fresco deslizándose por ella—. Ese título ya no me pertenece.

—Desearía poder evitaros esto, pero ciertamente hombres sin escrúpulos, hombres que os ven como un desafío, vendrán. —Frunció el ceño.

—¿Mi pasado me seguirá hasta aquí? —Su piel se puso fría de la conmoción y luego ardió de ira—. ¡No soy un *desafío*! No cruzarán el mar por un capricho masculino.

—Sí, *ma belle*, lo harán. —Felipe recorrió su rostro con la mirada. Su elección de palabras la sorprendió casi tanto como su certeza de que su presencia atraerá a hombres disolutos a Hola.

¿Él la encontraba hermosa? ¿Qué haría la presencia de tales hombres a su isla?

—Podría reconstruir el monasterio. Crear un convento. Estaría a salvo allí. —El pánico la envolvió.

—¿No deseáis volver a casaros? Un hombre con un nombre poderoso podría protegeros. —Algo cruzó por su rostro. ¿Se trataba de tristeza?

—*Tuve* un nombre poderoso. *Tuve* un marido. Ninguno de ellos me protegió. —El desprecio barrió sus miedos.

—Por favor, aceptad mis disculpas, mi señora. Sabía esto, pero pensé que... —suspiró y se alejó, levantando un brazo hacia las paredes de la abadía—, podríamos fortalecer las paredes, aumentar su altura, también. Reemplazar el techo. Las tejas serían lo mejor, aunque quizá un

trabajo para el próximo verano. —Su voz adoptó un tono impersonal—. Os pediría que inspeccionéis el interior, que creéis un plan para las habitaciones. Nuevos edificios o ampliaciones también deberían abordarse el próximo año. No quedan suficientes semanas antes de la cosecha para hacer más que fortificar lo que ya está aquí.

Maggie inhaló bruscamente. Le gustaba Felipe cuando le hablaba como a una igual, pero no en ese tono distante que levantaba un muro entre ellos.

—Gracias. Habéis pensado mucho en esto. Está claro que necesitamos una forma de protegernos. No seguiré huyendo. Este será mi hogar.

—No pensé que huiríais. Esa no haría la mujer que he llegado a conocer. —Los músculos de Felipe se relajaron. Sus ojos se suavizaron.

—Vuestras sugerencias son acertadas. Pero no tengo medios para pagar los suministros. No sé cuál será el ingreso del hidromiel. Dudo que haya lana excedente de las ovejas para vender. Hay menos de diez hombres en la isla. Cada uno parece tener su propia responsabilidad. Dudo que puedan dedicar mucho tiempo a reconstruir la abadía. Necesitaría contratar trabajadores. — Los labios de Maggie se curvaron.

—Hablaré con el barón MacLean y su hijo. Ciertamente se puede arreglar algo. ¿Puedo hablar en vuestro nombre? —Felipe se quedó quieto. Un músculo se contrajo en su mandíbula, como si luchara con sus siguientes palabras.

Maggie estudió al hombre frente a ella. Confiaba en que arreglaría buenos términos con el barón en su nombre, pero algo la hacía dudar.

—*¡Freya! ¡Freya!* —Tres niños subieron corriendo emocionados por el sendero.

La mezcla de idiomas de los niños divertía a Maggie. La habían llamado señora la mayor parte de su vida, pero el equivalente nórdico le sonaba extraño, aunque no desagradable. Río mientras los tres críos danzaban a su alrededor.

—*Freya*, mamá dice que os llevemos a casa. ¡Tendremos un festín esta noche en vuestro honor!

La más pequeña, con su cabello dorado flotando alrededor de sus hombros, hebras sedosas escapando de dos largas trenzas, metió una mano en la de Maggie y se acercó. Maggie inclinó la cabeza hacia la niña.

—Narfi ha atrapado un ratón —balbuceó la niña, con sus ojos marrones muy abiertos. Se llevó un pulgar a la boca.

—¿Un ratón? ¿Para qué?

—¡Para alimentar a vuestro halcón! —La niña se plantó con los puños en las caderas—. A Svala no le gustan los ratones. Sacudió la cabeza violentamente y más hebras de cabello escaparon de las trenzas deshechas.

—Dejadla en paz. Mamá dijo que no debemos pelear delante de *Freya*. —La otra niña se interpuso entre Narfi y Svala.

Narfi la miró con desaprobación y luego se encogió de hombros.

—Es muy amable de vuestra parte, Narfi. —La tranquilizó Maggie—. Pero molestar a las niñas no es la manera de demostrar vuestra valía como cazador. Ven conmigo y os dejaré mirar mientras Colyn come.

—Narfi no es su verdadero nombre —dijo la niña mayor—. Narfi significa «flaco».

—Entonces supongo que le va bien. Pero yo lo veo como ágil y astuto. Ha sido de gran ayuda para mí. —Maggie inclinó la cabeza pensativamente.

—¿Puedo darle de comer esta vez? —Las mejillas de Narfi se sonrojaron. La emoción iluminó los ojos del niño.

—No. Colyn es mi ave, y solo yo puedo alimentarle. Aunque puedes mirar, aprender, y tal vez algún día un halcón vendrá a vos y sabréis cómo cuidarlo.

—Puedo conseguir más ratones. —Narfi aceptó la decisión de Maggie con un suspiro reticente.

—Pronto será el momento de enseñarle a cazar, y vuestra ayuda mientras tanto es muy apreciada. En cambio, no queremos hacer esperar a vuestra mamá y a los demás.

Charlando emocionadas, las niñas agarraron las manos de Maggie y la condujeron tras ellas. La joven lanzó una mirada de auxilio a Felipe.

—¿Podemos hablar más tarde?

—Por supuesto, mi señora. Estoy siempre a vuestro servicio. —Una mirada pensativa se dibujó su rostro y sonrió.

Capítulo 19

Iluminada por la luz del fuego en la casa comunal, el cabello de Maggie caía sobre ella en una brillante cascada. Sus ojos brillaban, la delicada piel se arrugaba en los bordes de sus ojos y labios mientras reía. Felipe imaginó que últimamente había tenido pocas razones para reír. Bebió un trago de hidromiel caliente de manzana, sintiendo el calor que recorría sus venas no solo por la bebida. Colocó la jarra en el suelo junto a su asiento, fuera del alcance tentador. Había bebido suficiente de ese embriagador elixir.

—Es un buen cyser el que preparan. —Balgair le dio un codazo a Felipe—. Vuestra dama puede estar en lo cierto.

—*Milady* no es mi prometida, pero puede que tengáis razón sobre el hidromiel —Felipe movió el codo fuera del alcance de Balgair y alcanzó su jarra. Bebió un sorbo, pensativo—. Es algo seco, pero los sabores chispean en la lengua y perduran en la nariz. Las manzanas son audaces pero efímeras. Un vino de miel muy imaginativo.

Balgair vació su taza en tres ruidosos tragos.

—Se bebe igual que un buen vino. No como una cerveza barata en una taberna pública. —Felipe arqueó una ceja.

—Está bueno. —Balgair eructó y luego se limpió la barba con el dorso de su puño carnoso—. Quiero otro.

—Será el último, amigo mío. —Felipe sonrió.

Balgair levantó su taza vacía en un saludo mientras cruzaba el suelo de la casa comunal hacia las mesas llenas de comida y bebida. Los hombres le daban palmadas en el hombro, llenándolo de más hidromiel.

La mirada de Felipe volvió a Maggie. Tres mujeres y dos hombres la llamaron al centro de la sala, donde habían apartado los bancos para crear espacio. Un hombre canoso, con el cabello largo recogido en una trenza intrincada, entrelazado con cuentas de arcilla y plata, soplaba en una gaita, y una joven esbelta deslizaba sus delgados dedos sobre las cuerdas de una pequeña arpa. El sonido salvaje de la gaita acompañaba el suave y dulce murmullo de las cuerdas. Un rugido de aprobación se elevó cuando Maggie levantó el borde de su falda y se unió a los bailarines. Las palmadas, tan rápidas como el latido de su corazón, impulsaron los pies de Maggie a un ritmo acelerado. Se inclinaba y se balanceaba, girando mientras las manos la pasaban de un bailarín a otro. No era un baile cortesano, adecuado para el salón del conde, sino uno lleno del alma indomable de la isla. La risa, tan brillante como el murmullo del agua sobre la roca negra, salía de ella. Sus faldas y su cabello se agitaban a su alrededor, tan salvajes como los mares azotados por la tormenta.

La música resonaba en el aire, devastadora como la ausencia de aliento cuando se detenía. Se quedó en medio de la casa comunal, jadeante, acalorada, viva y despreocupada por primera vez en meses. Entre sonrisas, sacudió la cabeza cuando la música comenzó de nuevo. Aceptó una jarra de hidromiel fría, deleitándose con su fresco sabor. Al vaciar la jarra, la dejó a un lado, aún sobrecalentada por el esfuerzo. Asimismo, una brisa fresca la llamaba desde la puerta abierta, y siguió el deseo de sentir su toque. Con un movimiento de cabeza, rechazó la oferta silenciosa de Callan para acompañarla. Él había colocado un guardia entre los juerguistas en la playa y el barco permanecía en el muelle. Aunque los marineros habían sido invitados al festín, el capitán

mantenía una vigilancia sobre el puerto. No había nada que temer.

La niebla se posaba baja sobre las pozas de marea, como vapor que se alzaba de calderos dispersos. Las olas en el puerto reflejaban mil lunas. La espuma subía por la playa formando una línea ondulante en la arena, se retiraba y volvía a formarse. Maggie inhaló el aire salado. Aflojó los cordones a los lados de su vestido, permitiendo que la frescura de la noche accediera bajo la tela. Dedos de brisa levantaban su cabello y recorrían el escote de su túnica. El calor de la casa comunal desapareció. Caminó con cuidado por la arena, consciente de un curioso zumbido en su cabeza, un cosquilleo en sus brazos y dedos. Como las burbujas del hidromiel, la sensación corría justo bajo su piel y por ellos, sonrió.

«El hidromiel es aún más potente de lo que pensaba».

El agua se filtraba en sus huellas y luego desaparecía en un remolino de espuma. Eligiendo una roca suavemente redondeada, Maggie se encaramó en la cima, recogiendo sus faldas para mantenerlas alejadas de las olas juguetonas. Dobló las piernas, descansando la mejilla sobre las rodillas, con los hombros redondeados y los dedos rozando el agua acumulada en la base de la roca. Su mirada se movió desde la extensión de arena hasta las cimas de los acantilados que se elevaban sobre el puerto. Las estrellas parpadeaban en el cielo azul oscuro, mezclando su luz blanca con la de la luna sobre las hierbas ondulantes, las piedras relucientes y el agua ondulante.

«Mío. Esto me fue dado por un hombre que no tiene idea de lo que son las verdaderas riquezas. Apenas llevo un día aquí y ya siento vínculos con este pedazo de tierra y agua. Nada podría tentarme a irme». El calor la invadió. «Y la gente me acepta. Les caigo bien». Abrazó el pensamiento, sintiendo brotar la alegría. Risas y música llegaban desde la casa comunal. El mar llamaba desde más allá del puerto.

—¿Puedo acompañaros?

Un chispazo de molestia atravesó a Maggie al ser interrumpida, pero la voz de Felipe suavizó el desagrado. Estaba demasiado contenta para enojarse, y descubrió que quería compartir esta perfección con el francés.

—Sí. Escoged un lugar para sentaros.

Los ojos de Felipe, como los de un halcón, brillaban, su barba era una sombra a la luz de la luna, ocultando la mitad inferior de su rostro. Apoyó una bota sobre una roca a pocos centímetros de distancia para luego encontrar su mirada.

—Os estáis divirtiendo.

—Sí. Esto me vendrá bien. —Una afirmación simple. Ni censura ni incredulidad mancharon las palabras. Una sonrisa de deleite se deslizó por la cara de Maggie. Alzando la cabeza, se desenrolló y apoyó las manos a ambos lados. Arqueó la espalda, mirando hacia las estrellas.

—¿Habéis pensado en las sugerencias de las que hablé antes? —Felipe aclaró su garganta, un bajo rumor de sonido que encendió un agradable escalofrío sobre su piel.

—Sí. O, no, aunque no sé qué más decir que agradeceros. —Admiró las estrellas y luego dejó caer su mirada sobre el hombre a su lado, viendo mucho que admirar allí también. Una leve burbuja de risa surgió junto con una sensación de bienestar absoluto.

«El hidromiel. Bebí demasiado hidromiel». El pensamiento la horrorizó y la divirtió a la vez. Su mirada siguió las líneas de su túnica estirada sobre sus hombros, luego a los puños arremangados que revelaban unos antebrazos fuertes. Felipe Se había quitado la cota de malla, y se dio cuenta de que nunca lo había visto sin ella antes.

«Me gustáis más sin la malla». Sus ojos se abrieron de par en par. ¿Lo había dicho en voz alta?

—Veo el mérito en vuestro plan, y aunque no sé de dónde saldrán los fondos, haré todo lo

posible para pagar a tiempo. —Tomó una suave y temblorosa respiración y apartó la mirada. Con esfuerzo, obligó su atención de vuelta a su pregunta. Enseguida, lanzó una mirada furtiva hacia él por debajo de las pestañas bajas. Los labios de Felipe se torcieron.

«¡Maldita sea!» Se mordió los labios para retener las palabras. «¡Por todos los santos! No volveré a beber hidromiel».

—No deseaba añadir agua salada a la lista de agravios cuando limpie y engrase mi armadura la próxima vez.

—Por supuesto. —Mariposas hacían volteretas en su vientre. *Había* hablado en voz alta.

—No puedo imaginar que la salmuera mejore la calidad del acero.

—No lo hace —coincidió solemnemente. Estudió sus manos un momento y luego alzó la vista—. Me gustáis más con el cabello revuelto y una sonrisa en los labios.

—Me gusta bailar. —Maggie se quedó sin aliento. Las palabras danzaban fuera de su alcance. Por ello, tragó saliva.

—Siempre deberíais bailar, *milady*. Os queda bien.

—Yo... yo creo que hemos pasado de *milady*. Soy simplemente Maggie.

—Nunca es simple... Maggie.

El suelo pareció desaparecer bajo los pies de la joven. Su nombre nunca había sonado tan hermoso, tan elegante, tan sensual.

«El hidromiel. Es sin duda el hidromiel».

El calor subió, extendiéndose por su cuello y mejillas. Vergüenza. Anheló.

«Es un mercenario. Se irá pronto, y yo tengo mucho que hacer aquí. Pasar tiempo en los brazos de un hombre que no es mi marido sería un error». Su corazón se retorció contra las palabras. Cerró los ojos y luchó contra su atracción por él.

Felipe permaneció inmóvil, sin pedirle nada. ¿Había imaginado la caída en su voz al pronunciar su nombre? Tragó saliva. No se avergonzaría más actuando como una muchacha enamorada.

—¿Cuándo hablaréis con el lord MacLean?

La voz de Maggie chirrió. Tembló ligeramente como si la hubiera tocado una brisa fresca. La sangre fluía espesa por las venas de Felipe, profundizando su voz, engrosando su miembro. No se atrevía a moverse por miedo a llamar la atención de ella sobre su estado de excitación. ¿Cómo se habían desviado tanto sus intenciones?

«Me gustáis más sin la malla». ¡Dulce Jesús! ¿Realmente había dicho eso? ¿O la visión de ella afectaba su capacidad de pensar? Gracias a Dios que no había dicho las primeras palabras que surgieron en su lengua.

«Me gustaríais más sin ropa, ruborizada bajo mis besos». Dominó sus pensamientos de vuelta a la conversación original.

—Navegaré con el *birlinn* mañana y desembarcaré en Morvern al anochecer.

¿Frunció el ceño? ¿Qué destello había en sus ojos?

—No sé cuándo esperar una audiencia.

«Salvo inmediatamente cuando el barón reciba mi solicitud». No pensaba que lo harían esperar. Su relación había sido demasiado profunda para posturas políticas entre ellos. Cualquiera que fuera la situación en el castillo de MacLean, Felipe no imaginaba que el barón lo dejaría al final de la fila.

—¿Confíaís en mí para formar una alianza con el Barón MacLean?

Con el asentimiento pensativo de Maggie, sus reservas sobre la tarea se desvanecieron, reemplazadas por la visión de la mujer ante él. Era casi imposible mirarla y no sentirse abrumado

por el deseo de cuidarla, de tomarla en sus brazos y presionar sus labios contra su cabello. Pero había renunciado al privilegio de cuidar de otra persona, de ofrecerse sin reservas. La expiación no era algo que encontrara a su alcance. No la arrastraría a los pecados de su pasado. Se aseguraría de que tuviera un futuro tan brillante como él pudiera arreglarle. Eso tendría que ser suficiente.

Un dolor profundo se anidaba en su bajo vientre, tallando un lugar vacío que solo Maggie podía llenar. Sus manos se movían, contenidas de tocarla solo por la fuerza de su voluntad. Su cuerpo se inclinaba hacia adelante como si fuera balanceado por el viento. Un poco más cerca y podría olerla, besarla.

«No».

—Gracias por permitirme ayudaros. —Se echó hacia atrás, resistiendo sus músculos, por lo que logró una pequeña sonrisa.

Maggie parpadeó como una lechuza. Sus labios se abrieron y se cerraron. Él desvió la mirada, reuniendo fuerzas para tratarla como una socia de negocios, no como la mujer que deseaba más que a ninguna otra antes. Una vez había estado enamorado de una mujer que no podía tener, luego se casó en contra de su voluntad con una niña a la que había protegido y cuidado en lugar de amar. Maggie... la encantadora Maggie era completamente diferente y lo tocaba como ninguna otra mujer lo había hecho.

—Por ahora, deberíais tener algunos fondos disponibles tras la venta del cyser. Deberíais considerar ampliar el huerto e incrementar la producción de las colmenas para más hidromiel en los próximos años. Es una buena bebida y creo que podéis crear una demanda para ella más allá de las costas de Morvern.

Maggie se aferró a su falda, sus dedos amasando la tela áspera. ¿Cómo se vería envuelta en finas sedas con joyas que combinaran con el fuego de su cabello? Una vez, él podría haberle dado tales cosas.

—Hablaré con Asatrus y Gils mañana y veré qué se debe hacer. —Lo miró, con anhelo en su rostro, desnudado por la luz de la luna—. ¿Volveréis? —La duda impregnaba su voz.

—Sí, mi señora. Tenéis mi palabra.

—No deseo que me llaméis así. —Frunció el ceño.

—Los niños os llaman *Freya*, señora.

—Son niños —levantó la barbilla—, y no sois uno.

—No, dulce Maggie. No he sido un niño desde hace muchos años. —Sonrió ante el desafío que ella ofrecía. ¿Sabía ella cuán poco autocontrol le quedaba?— Por mi honor, regresaré.

Capítulo 20

Felipe buscó profundamente en su interior, tratando de encontrar la calma enterrada bajo una masa confusa de miedo, expectativas destruidas y enfado. Cada golpe de una ola contra el casco del barco le recordaba su huida de Cilicia y la vida que dejó atrás.

«Todo sea como Dios quiera». Se lo había dicho a Balgair como si fuera la verdad más sagrada. Sin embargo, había vivido su vida como le convenía, no siempre al servicio de los demás como le habían enseñado. Sus votos como caballero y como rey habían jurado sacrificio personal para aquellos que lo necesitaban. Si su encarcelamiento en el castillo de Sis había sido un castigo por descuidar el bienestar del pueblo de Cilicia, entonces era culpa suya, no de Dios. Dudaba mucho que El Todopoderoso tuviera algo que ver en la demanda de Constantino por su muerte. Ayudar a Maggie podría ser un paso hacia la expiación. Un paso en cualquier tiempo que se le concediera para hacer algo bueno con su vida. Su estrecha escapada de la muerte tenía que ser por algún propósito mayor. Para lograr este objetivo, se vería obligado a enfrentar algo que le perturbaba más que Constantino y su complot de asesinato. Tendría que revelar sus insuficiencias y fracasos al hombre que siempre había sido como un padre para él. Felipe no estaba seguro de poder sobrevivir a la tristeza y decepción en los ojos del barón MacLean.

Mil maneras de hablar con el barón sobre los últimos tres años desfilaban por la mente de Felipe. Empezando. Deteniéndose. Tentándolo a abandonar la tarea. Diciéndole lo mucho más fácil que sería viajar al norte. Al sur. A cualquier lugar excepto Morvern. Se acercó a la barandilla, agarrando la madera hasta que sus nudillos se pusieron blancos.

«Lo haré». Ayudaba recordar que ya había hablado con Alejandro, quien le había animado a regresar a Morvern. «Sois más un hermano para mí, Alejandro, que cualquiera de los que engendró mi padre». Por un momento, sus pensamientos volvieron a Maggie. Ella había estado algo achispada por el hidromiel la noche anterior, su restricción habitual deliciosamente ausente. Sonrió. Había llevado a una conversación interesante.

«Le gusto sin mi cota de malla». Su sonrisa se amplió. Su desliz se mostró claramente en su rostro, sus mejillas enrojecidas de vergüenza cuando se dio cuenta de que había hablado en voz alta. Él había luchado por no responder, manteniendo las palabras para sí mismo casi imposible.

«Me encantaría verla desnuda. La declaración no habría sido una mentira. Sin embargo, no es algo que se diga a una mujer como ella. Tales palabras no me hacen mejor que los hombres que la persiguen».

Ella era completamente inesperada, su dulzura se mezclaba con una fortaleza de espíritu que capturó su corazón. Si la vida hubiera sido diferente, si no hubiera seguido el decreto de su padre y se hubiera casado con Zabel, si no hubiera entregado una vez su corazón a Arbela... si no hubiera hecho esas cosas, no habría dejado Tierra Santa. No habría viajado a Escocia. No habría conocido a Maggie.

El viento vespertino barría el estrecho, empujando al *birlinn* más rápido. Surcaba las crestas de las olas, acortando la distancia a Morvern. Los altos mástiles aparecieron cuando el barco dobló el cabo, cada uno arraigado en las entrañas de los barcos que descansaban en el muelle. Las aves giraban en el cielo, peleando por los restos de pescado de las embarcaciones que habían regresado con las redes llenas.

El *birlinn* se abrió paso entre dos barcos más grandes y golpeó suavemente contra los

barriles vacíos que protegían el muelle. Los marineros se apresuraron a asegurar la embarcación. Sin esperar a que se colocara la pasarela, Felipe saltó el estrecho espacio y avanzó por el muelle. Recuperó su caballo del establo cerca de los muelles, encantado con los suaves relinchos de bienvenida y el suave empujón de su hocico en busca de un premio. Sacó un trozo de zanahoria de la bolsa en su cintura y ella lo tomó con delicadeza. Su pelaje dorado brillaba a la luz del atardecer, un indicio del cuidado que había recibido en su ausencia. Tras comprobar la cincha de la silla, montó y cabalgó por el camino sinuoso hacia el castillo.

Las antorchas parpadeaban en las paredes del castillo de MacLean mientras se acercaba. La oscuridad caería pronto. La gente se apresuraba, el final del día llamándoles a casa. Los guardias en la puerta le dejaron pasar, pero su escrutinio le siguió como la punta de una espada contra la nuca. Entregó a Avril a un mozo de cuadra, dándole dos monedas de cobre para asegurarse de que recibiera avena extra, y luego se dirigió a las imponentes puertas dobles del gran salón.

El rostro de Maggie apareció en su mente, dándole seguridad para los siguientes pasos. De pronto, una de las puertas se abrió, expulsando a varias personas que le lanzaron miradas curiosas mientras pasaban. Aromas de carnes asadas, el especiado de canela y comino ascendían de los platos en las mesas del salón y escapaban por la puerta aún abierta. Instantáneamente, Felipe se sintió en casa. Entró por la puerta, escaneando la habitación, su mirada posándose en las personas sentadas en la mesa principal. Alejandro y una mujer que Felipe no conocía, su rostro demacrado y delgado. Dos niños pequeños, uno de quizás dos años de edad, el otro unos años mayor, sentados entre la mujer y un hombre sentado en una silla tallada de madera, en medio de la mesa. El barón MacLean. Su cabello oscuro estaba entremezclado con hilos de plata, la barba que una vez fue roja perdiendo su batalla contra los años. Se reía de algo que una mujer a su izquierda había dicho, el sonido creando una oleada de recuerdos.

«¿Cuántos años disfruté en la mesa del barón MacLean? ¿Cuántos años escuché su voz mientras crecía de un joven inexperto a un caballero?»

Felipe apretó los puños, apartando el dolor de la pérdida, preparándose para lo que estaba por venir. Avanzó, con la barbilla en alto y los hombros cuadrados, hacia la mesa principal. El barón se levantó a medias de su asiento, las patas de su silla raspando contra la piedra. El silencio se impuso.

—Bienvenido, Felipe. Es bueno veros. —Alejandro se levantó, su sonrisa amplia.

—¿Felipe? —El barón apoyó las manos en la mesa. Su mirada cuestionaba, vacilaba.

—Os ruego vuestra bendición, mi padre. —Felipe se arrodilló.

Un fuego ardía alegremente en la chimenea. La luz dorada danzaba en las paredes del solar del barón, iluminando estanterías llenas de libros. Cuadros colgaban en marcos tallados con esmero. Por otro lado, una costosa alfombra de un diseño que Felipe reconocía suavizaba y calentaba el suelo de piedra. Además, una bandeja con comida y bebida reposaba en una pequeña mesa ornamentada a un lado de la habitación, el nivel del *whisky* en la petaca había bajado a un nivel cómodo. Donal MacLean, Alejandro y Felipe estaban sentados en sillas acolchadas frente al fuego. La confesión de Felipe le dejó vacío, agotado. Exhausto.

—La única pena es que no vinierais a mí antes, Felipe. Y que no estuviera allí para ayudaros. Cuestiono vuestra decisión de no hablar con vuestro padre, pero... —el bajo rumor de Donal rompió el silencio. Luego levantó una mano, acallando el intento de protesta de Felipe—, entiendo lo cerca de la muerte a manos del regente que estuvisteis, y no sé si yo habría actuado de manera diferente.

—Debería haber hecho más para evitar su odio. —Felipe miraba las brasas al pie del fuego.

—Es una lección importante, muchacho. La gente reacciona cuando sus familias y su

religión se ven amenazadas. La iglesia se dividió hace ciento setenta años y nunca se reconcilió. ¿Deberíais cambiar vuestras creencias para complacer a otros? Ese es el pecado mayor, creo yo. No diré que estéis sin culpa, pero es pasado, y aprenderéis de ello. Venid. —Donal levantó una ceja, se levantó y se dirigió a su escritorio, luego hizo una señal a Felipe para que lo siguiera.

Curioso y con el corazón un poco más ligero, Felipe se levantó y se acercó al barón. Por su parte, Donal buscó rápidamente entre un montón de pergaminos. Con un gruñido, colocó uno en el centro de su escritorio. Desenrollándolo con cuidado, puso pesos en las esquinas para mantenerlo abierto. Felipe estudió el mapa por encima del hombro del barón, pero era de un lugar que no conocía. ¿Escocia?

Donal señaló un punto en un área marcada como el Mar de las Hébridas. Una masa terrestre yacía al este, un grupo de islas al oeste y al sur.

—La isla de *lady* Maggie está aquí —señaló un punto apenas discernible en el mapa—. Está justo al sur de Eigg —su dedo se deslizó hacia la derecha—, y al oeste de la península. —Permaneció en silencio un momento, con una inclinación pensativa de la cabeza, imitó un arco a lo largo del borde norte de la masa terrestre que sobresalía en el mar y luego se detuvo.

—¿Por qué os unisteis a su séquito, Felipe? Por lo que dicen, es una muchacha encantadora. Pero reclamar una isla, especialmente una como Hola que es poco más que un bulto incómodo en el mar, ¿y tratar de mantenerla por su cuenta? —Su ceño se frunció—. Unos pocos guerreros y una abadía en ruinas no son suficientes para protegerla. Habría estado más segura bajo la mirada de su padre, rodeada de altos muros y decenas de guerreros.

—Se irritaba bajo las miradas inquisidoras y los susurros de su clan y deseaba reclamar su dote, la única cosa sobre la que cree tener control. La isla es en gran parte inútil, señor. Aparte de la notoriedad de lanzar por la antigua condesa de Mar, ¿qué atraería a los hombres a ese lugar?

—Solo sé que toda la región está plagada de piratas. Los hemos expulsado de nuestras costas, pero es como ahuyentar ratas de la despensa. Hay escaramuzas de vez en cuando, y si se atreven a desafiar mi ira, ¿qué les impide ir a Hola? —Donal se encogió de hombros.

—Por eso pedí vuestra ayuda para restaurar la abadía...

—Pasará algún tiempo antes de que la abadía sea adecuada, Felipe. Incluso entonces, necesitaréis más soldados para defenderla. —Alejandro se levantó, se unió a ellos e inclinó la cabeza—. ¿Es Hola capaz de mantener una fuerza así? ¿Cuánto tiempo permaneceréis en la isla?

—Mientras Maggie... —Felipe vaciló.

—Otra dama en apuros, ¿eh? —La voz de Alejandro era burlona y, junto con su padre, intercambiaron miradas.

—¿Qué queréis decir? He visto su habilidad con la ballesta y sé que es fría en la batalla. *Lady* Maggie es capaz de cuidarse sola. —El cuello de Felipe se calentó.

—Siempre habéis tenido un corazón para aquellos que necesitan vuestra ayuda. ¿Recordáis a la hija del zapatero? Tenía, ¿qué? ¿Doce veranos cuando vos diecisiete? —resopló Alejandro.

—Su padre estaba listo para venderla para poner comida en su mesa. —La mirada de Felipe se estrechó—. Toda su familia estaba muriéndose de hambre.

—Y también vos hasta que nos dimos cuenta de que tomabais vuestra propia comida de la mesa y lo que podíais sonsacar de la cocinera cuando oía vuestro estómago rugir y se lo dabais a la muchacha. —Alejandro miró a su padre—. A padre le alegraba ayudar una vez que hizo entender al hombre sobre su hija. ¿Y qué hay de Zabel? Habéis dicho que hicisteis todo lo posible para aseguraros de que estuviera protegida antes de escapar. —Se encogió de hombros—. *Lady* Maggie puede ser mayor, pero necesita desesperadamente protección, lo quiera admitir o no.

Felipe miró entre los dos hombres. Su corazón latía con fuerza en su pecho. ¿Qué le atraía de Maggie? ¿Era solo simpatía? No. Era algo más. Algo que no se había atrevido a pensar demasiado, y mucho menos a decir en voz alta.

—Yo... es más que eso. Sin embargo, no puedo ofrecer más que mi amistad y protección. No tengo nombre que darle, ni medios para cuidar de ella. Es seguro que la iglesia no apoyará un matrimonio en mi nombre. —Enderezó los hombros—. Antes de dejarla, aseguraré que esté bien protegida. Encontraré una solución.

—Muchacho —la suave voz de Donal oscilaba entre la admonición y el acuerdo—, la iglesia no es probable que apoye a ninguno de los dos. ¿Un segundo matrimonio cuando ambos cónyuges aún viven?

—No es justo. Ella merece más. No merecía ser dejada de lado después de solo un año de matrimonio. —El dolor atravesó el pecho de Felipe.

—En cambio, ninguno le dará justicia. Hasta que esté bajo el cuidado de un hombre fuerte, seguirá siendo vulnerable, presa de hombres que verían en tomar a una antigua condesa una prueba de su fuerza. —Donal miró a Felipe—. Siempre seréis el hijo de mi corazón, Felipe de Antioquía. Os has desprendido de vuestra vida pasada con justa causa. Me gustaría ayudar a aseguraros un futuro si tenéis la disposición de complacer a un viejo.

—¿Qué estáis considerando, mi señor? —Felipe inclinó la cabeza.

—Me aliviaría la mente. —Estudió el mapa un momento—. ¡Ajá! Necesitamos a alguien en quien podamos confiar en nuestra costa norte. MacDonnell no ha demostrado ser leal. —Alejandro se apoyó en la mesa, con una expresión ansiosa en el rostro.

—Sí. Tierras, hombres y suministros son vuestros si brindáis este servicio, Felipe. Os serán adjudicados a vos y a vuestros herederos, vinculándoos a los MacLean como familia en verdad, haciéndoos a vos y a los vuestros como si fuerais de sangre —aceptó Donal.

—No merezco esto. Ahora estoy, y estaré para siempre, fuera de la iglesia, el verdadero centro de mi honor. He perdido mi camino. No tengo lugar en vuestra casa. Hay mucho que debo hacer antes de estar reconciliado, si es que alguna vez lo estoy. —Felipe exhaló bruscamente.

—Yo reclamo a quien deseo, Felipe. Siempre habéis sido como un hijo para mí. Me complacería reconocerlos ahora. Conozco vuestro corazón, os he conocido desde vuestro tiempo como un muchacho en Batroun, a través de vuestra caballería y más. Soy un hombre viejo, pero no estoy aún en mi senilidad.

—Lo que ofrecéis está más allá... me conformo con vuestra bendición ya que estoy más allá de la de mi padre. Esto es demasiado. —Felipe se apoyó pesadamente en el robusto escritorio.

—Determinaré la justicia de mi oferta, muchacho —advirtió Donal. Clavó la mirada en Felipe—. ¿Aceptaréis mi oferta, tomareis mi nombre como propio y os convertiréis en mi hijo?

* * *

La lluvia resbalaba sobre las piedras y se acumulaba en charcos en el suelo de la abadía. Maggie se envolvió los brazos alrededor de la cintura, abrazando su capa. El techo del almacén se había mantenido con un espeso techado para proteger el hidromiel, y desde su punto de vista en la entrada del gran salón, estaba lo suficientemente seca. Colyn se posaba en un posadero que Narfi había ensamblado para que pudiera llevar al halcón con ella cuando estuviera en la abadía. Añadir dos patas adicionales al poste permitía que se mantuviera casi en cualquier lugar, y Maggie estaba complacida con su consideración. Narfi se había sonrojado cuando ella lo había abrazado.

El olor a barro flotaba pesadamente en el aire, sobrepasando el delicado aroma de la miel y

las manzanas. Detrás de ella, los hombres de Hola revisaban el último lote, preparándolo para ser trasladado junto con el resto a un edificio de piedra cerca del puerto, donde aguardaría su envío a Morvern. Se esperaba que el barco llegara en dos o tres días, y aunque la lluvia dificultaba su capacidad de transportar el hidromiel al puerto, dudaba que el *dreicht* causara retraso en la llegada del barco. En una esquina de la abadía, opuesta al lugar donde una losa caída creaba refugio de la lluvia, Dawe y Gunn mantenían guardia. En el promontorio, otros dos hombres habían construido un pequeño cobertizo, su vista de las aguas que rodeaban la isla era espectacular, y un punto fácil desde el cual mantener vigilancia. La otra pareja probablemente estaba durmiendo, o quizás comiendo. Se esperaba que vigilaran la mayor parte de la noche. Estaban tan seguros como seis hombres de armas podían hacerlos. Pronto, gracias a los esfuerzos de Felipe, sus trabajos serían más fáciles.

Leana se dejó caer en un antiguo banco que probablemente había estado en una mesa de comedor cuando la abadía estaba en uso. En algún momento, los enseres del salón habían sido dismantelados, llevados a la casa principal para ser usados o, en el caso del banco, apartados y olvidados. Recogió sus faldas del suelo húmedo y polvoriento y las envolvió alrededor de sus pies.

—¿Le echáis de menos?

Maggie quiso decirle que no fuera presuntuosa, pero había luchado las últimas dos semanas para avanzar siquiera un poco en ser llamada condesa, y ser aceptada como una de las personas de la isla. ¿Era justo usar su estatus solo cuando Leana la provocaba?

—¿A quién? —En cambio, fingió no entender.

Leana miró hacia otro lado, pero Maggie aún imaginaba que la joven mujer ponía los ojos en blanco.

—Él os aprecia. —Leana no se molestó en perseguir las tácticas dilatorias de Maggie—. Lo he dicho antes, y ahora se ha ido a producir mágicamente suministros y hombres para convertir este montón de piedras... —hizo un gesto para indicar la abadía en ruinas—, en un hogar digno de vos.

—En un hogar capaz de protegernos a todos si es necesario —corrigió Maggie—. Y es dinero, no magia, lo que los traerá aquí.

—El conde no os hizo favores, ni al casaros con vos, ni al mandaros a casa con nada más que una isla a cambio de un año llenando su cama. —Leana inclinó la cabeza.

—¡Basta ya, Leana! —El rostro de Maggie se encendió, aunque la ira se dividía a partes iguales entre Leana por mencionar el pasado de esa manera, y el conde por hacer que sus palabras no fueran más que la verdad.

—Felipe arriesga mucho por vos.

La curiosidad -y una pequeña medida de temor- superaron su enfado.

—¿Cómo es eso?

—Fue algo que dijo Balgair. —El tono de Leana era despreocupado, desafiando a Maggie a pedir más información.

—Decidme. ¿Qué os dijo?

—Se encontraron en España. En una pelea, en realidad. —Le lanzó a Maggie una mirada desde debajo de sus cejas, con los ojos brillando—. Es un hombre fuerte, Balgair lo es. Habla mucho cuando está relajado.

—¡Leana! —Demasiado tarde, Maggie se dio cuenta de cómo Leana había adquirido su conocimiento.

—Os dije que Felipe no tenía ojos para mí, pero Balgair sí. —Leana se rio y se echó la

trenza sobre el hombro—. Es una pena que se haya ido. Los hombres aquí... —encogió un hombro—, no son guerreros.

—A veces eso es algo bueno. No todos los hombres... —Maggie detuvo su reprimenda. ¿Por qué debería reprocharle a Leana que quisiera un hombre que ella sentía podía protegerla?

—Felipe fue atacado a bordo del barco de camino a España. Ahí fue donde consiguió su cicatriz. Un golpe afortunado de un luchador mediocre. —Su voz bajó para imitar el retumbar de Balgair y luego volvió a su tono normal—. Dice que hay más en Felipe de lo que parece. Es un guerrero bien entrenado, como atestigua Balgair.

—Eso ya lo sabía. Hemos hablado de esto antes.

—Pero algo hizo que Felipe dejara Levante, de eso Balgair está seguro. No dirá qué, pero Balgair dijo que hay algo en su pasado reciente que le ha causado mucho dolor.

«Algo iba mal en la posada. No estaba feliz cuando lo encontré hablando con Alejandro MacLean. Su corazón se le subió a la garganta. Ha vuelto a reunirse con él, por mí».

—Os apuesto un día de descanso a que este lugar se convertirá en un sitio de belleza y servicio dedicado a su nueva dueña. —Leana se giró para mirar a Maggie, con una ceja levantada.

—Tal vez planeo que esto sea un convento. En ese caso, su dueño sigue siendo Dios.

—Maggie frunció el ceño.

—No le gustará si tomáis votos. —Leana encogió un hombro, sacudió la cabeza y se acomodó de nuevo en el banco—. Es vuestra vida, pero sigo creyendo que el francés la compartiría con vos si se lo ofrecierais.

—Es mucho en lo que pensar. Cuando regrese... —Maggie sacudió la cabeza. Había rechazado una vida en un convento con el apoyo del conde. Apenas tomaría votos ahora.

«¿Regresará?» Un dolor agudo le cortó la respiración. «Lo prometió». Levantó el rostro hacia el cielo y murmuró una oración silenciosa por la seguridad de Felipe.

La lluvia cesó, convirtiéndose en poco más que una densa neblina. El oscuro naranja del atardecer palpitaba justo detrás del velo plateado. Maggie colocó su antebrazo en el pecho de Colyn y él pasó de su posadero al brazalete de cuero. Se apartó del marco de la puerta y pisó un charco que se volvió dorado por los últimos rayos de la tarde. Los hombres se afanaban, arrastrando las pesadas ánforas en trineos bajos que se deslizaban fácilmente sobre el suelo de piedra, dejándolas amontonadas en la entrada del patio.

—Dejaremos estas aquí esta noche y esperaremos que el mañana traiga buen tiempo. Arrastrar estas grandes tinajas por el barro es difícil, además de peligroso. Es mucho más probable que se nos caigan una o dos cuando el terreno está tan mal. —Gils se detuvo, inclinando ligeramente la cabeza con aire de disculpa. Su mirada se encontró con la de ella y luego se desvió hacia un lado. ¿Qué no deseaba contarle?

—Así sea. La mitad ya está en el puerto. Todavía tenemos uno o dos días hasta que se espera el barco de Morvern. —Al no escuchar nada más de él, Maggie asintió e ignoró el revoloteo en su pecho al pensar en el regreso de Felipe—. Quizás se podría construir un mejor camino que sea más fácil de transitar en cualquier clima.

Gils le sonrió alentadoramente acompañado de una inclinación de cabeza.

—Vamos a ver qué ha preparado Ingrida para nuestra cena. —Reconociendo la solicitud silenciosa de permiso para retirarse, Maggie agitó los dedos en señal de despedida. Enseguida, ató la capucha alrededor de la cabeza de Colyn y luego entrelazó su brazo con el de Leana. Juntas siguieron a los hombres por el camino que pasaba entre los acantilados. El humo se elevaba, espeso y pesado en el aire cargado de agua. No era un fuego de cocina. Solo olía a

madera y turba, no al aroma sabroso de carne o pescado. Soltó el brazo de Leana y miró frenéticamente a su alrededor buscando un lugar adecuado para el halcón. De pronto, una figura desaliñada se perfiló más adelante, con brazos delgados agitándose mientras huía por el camino.

—¡Alto! —Las lágrimas de Gils se mezclaban con la niebla, creando regueros que le corrían por la cara.

—¡Narfi! ¿Qué ha pasado? —El corazón de Maggie triplicó sus latidos. Colyn graznó y le agarró el brazo, con las alas extendidas para contrarrestar sus movimientos. El muchacho la miró mientras los hombres de Hola corrían hacia la casa comunal. Dawe y Gunn extendieron las manos hacia Maggie, pero ella se acercó a Narfi y le puso una mano en el hombro.

—Se acerca un barco, *Freya*. —Los ojos de Narfi estaban abiertos de par en par con preocupación y miedo.

—¿Un barco? El barco no debe llegar hasta dentro de tres días.

—No es el de Morvern. —Narfi le entregó la ballesta y el carcaj de Maggie desde su delgado hombro y su voz bajó—. Es un barco pirata.

Capítulo 21

Gunn maldijo. Las manos de Dawe flotaban sobre sus armas. Maggie depositó inmediatamente a Colyn en un peñasco erguido. El halcón graznó en protesta mientras sus garras resbalaban sobre la superficie rugosa. Ella se quitó el brazalete de cuero y lo deslizó sobre el antebrazo de Narfi. Como había visto a Maggie hacer muchas veces en las últimas dos semanas, el muchacho lo utilizó rápidamente para recuperar al halcón. Maggie agarró su ballesta y se colocó la correa del carcaj sobre el hombro.

—Mi señora —ladró Gunn—, iréis con Dawe a la abadía. Podemos asegurarnos allí.

—No me *aseguraréis*. Podéis, no obstante, ayudarme a garantizar la seguridad de la gente de Hola. —La joven le lanzó a Gunn una mirada severa.

Gunn volvió a maldecir.

—Hay una mujer y un niño presentes. Cuidado con vuestra lengua. —Los ojos de Maggie se entrecerraron.

Gunn miró a Leana y Narfi. Un músculo en su mandíbula se contrajo.

—Os agradezco vuestra advertencia. Llevad a Colyn y marchad a las cuevas con los demás. Estaréis a salvo allí. —La mirada de Maggie se deslizó hacia el muchacho.

—Puedo ir con vos. Necesitaréis mi ayuda.

—No. Necesito que cuidéis del halcón. No me falléis. —Maggie palideció. No permitiría que este niño resultase herido.

Narfi frunció el ceño. Colyn batió sus alas. Plumas blancas se alzaron con el movimiento, mezclándose con las largas plumas grises de vuelo que pronto cubrirían sus alas. La determinación se dibujó en el gesto de Narfi.

—Mi señora, no tenemos tiempo. —Gunn hizo un gesto hacia el muchacho.

—Debo contar con vos para cuidar de Colyn si algo me sucede. —Maggie endureció la mirada, impaciente ante la insistencia del hombre, y luego habló al muchacho—. Id a las cuevas. Llevad a Leana con vos. —Narfi asintió con reluctancia, pero Maggie no perdió tiempo en obtener más garantías. Enseguida, dio media vuelta y corrió por el camino, con Leana pisando sus talones.

—¿Vamos? —Maggie miró a los soldados de MacLaren con seguridad.

Apresuraron el paso por el sendero, deteniéndose solo lo suficiente en la entrada del campo cerca del puerto para asegurarse de que ningún barco hubiese entrado en las aguas protegidas. Una gran hoguera iluminaba la playa, crepitando en el crepúsculo, con chispas elevándose alto. Tres hombres de Hola estaban cerca del fuego, con los ojos fijos en el puerto. Dos soldados de MacLaren se encontraban más lejos, sus miradas cubriendo los acantilados. Gunn y Dawe se acercaron a uno de los soldados de MacLaren que había estado de guardia en el promontorio.

—¿Qué noticias hay, Gawan? —Maggie se unió a ellos.

Los tres soldados se lanzaron miradas interrogativas entre sí, pero no cuestionaron su derecho a estar allí. Callan llegó con una inclinación de cabeza, disculpándose por su tardanza, con la respiración ligeramente acelerada.

—Baen y yo avistamos un barco a cierta distancia de la costa, al sur. —Gawan resopló—. No hay más que MacDonalds y piratas en esa dirección. Este barco tiene una proa alta y una vela rayada. En cuanto Igor lo vio, corrió a la casa comunal y dio la alarma. Evan y Paden siguen en

el punto con uno de los muchachos mayores. Lo enviarán con más noticias si hay novedades.

—¿Dónde están las mujeres y los niños? —Maggie apretó los puños, utilizando el dolor cuando sus uñas se clavaron en la carne blanda para calmar su corazón acelerado.

—Se han ido a las cuevas. —Callan inclinó la cabeza hacia un lado. Miró rápidamente a su alrededor y luego bajó la voz—. Hay algo raro. No se molestaron en huir cuando se acercó nuestro barco. ¿Por qué ahora?

—Vinimos del norte —murmuró Maggie—, y nuestro *birlinn* llevaba una vela blanca.

—Sí, pero, aun así, hay algo raro —opinó Callan.

El sol se derretía en el horizonte, convirtiendo el mar en oro fundido bordeado de negro. La hoguera en la playa ardía más brillante. Los MacLaren se mantenían alejados de las llamas, con la vista fija en el puerto. La tensión flotaba en el aire. Maggie observó a cada hombre, notando sus rostros severos. Las manos colgaban sueltas, flexionándose ligeramente a los lados. Si sus oídos pudieran moverse, se habrían girado para captar los sonidos de la noche, distinguiendo el balido de las ovejas en la colina lejana y el susurro del viento sobre los acantilados del golpe del agua contra las rocas y el casco del barco deslizándose en el puerto. Callan se colocó delante de ella, protegiéndola de la vista de los que estaban a bordo del *birlinn* mientras este se deslizaba hacia la orilla con un suave crujido de madera contra piedra. Maggie dio un paso al lado, pero permaneció en la sombra de Callan.

Una vela roja y blanca se extendía por el mástil del barco, proyectando una sombra sobre el agua ondulante. Un hombre estaba en la proa, con las piernas abiertas para contrarrestar el balanceo del barco. Dos hombres saltaron por el costado, sus botas repiqueteando en el muelle, luego se separaron cuando el primer hombre, posiblemente su líder, se unió a ellos.

—No. Si ellos guardan secretos, descubramos cuáles son. Demos tiempo a que esto se desarrolle. —Los tres hombres de Hola se movieron hacia atrás. Callan se tensó. Maggie lo detuvo con un toque en el brazo.

—Calculo que hay diez o doce hombres a bordo —masculló Dawe.

Los hombros de Callan se relajaron. Las probabilidades eran justas. Maggie retiró su mano y la apoyó ligeramente en la culata de su ballesta, reconfortada por su forma sólida y familiar. Respiró hondo, adoptando un estado vigilante, cada músculo vivo, la vista agudizada. Flanqueado por sus dos compañeros, el primer hombre llegó a la orilla.

* * *

Felipe echó un vistazo a las cajas de madera apiladas a un lado del barco mercante, atadas firmemente con cuerda resistente para crear un puesto improvisado para Avril. Esta sacudió la cabeza, su melena plateada fluyendo como seda sobre su cuello dorado, y Felipe sintió un golpe de orgullo.

«Un hermoso recordatorio de una amistad renovada». El barón MacLean se había sorprendido gratamente al descubrir que Felipe había comprado el caballo y retirado su oferta de elegir una bestia de los establos de los MacLean. El ganado andaluz del barón era de primera calidad, pero el caballo medio sangre turcomano le recordaba su vida en Levante. Y a Arbela.

«Me alegra que haya encontrado un marido que la ame». Sonrió. Alejandro le había asegurado que, si era necesario recordarle a Caelen MacKern cómo tratar a su esposa, Felipe sería invitado a asistir a la lección. «Tal vez sea mejor que no visite Arbela hasta que haya pasado más tiempo».

Sus pensamientos se dirigieron a la generosidad del barón. Tierra. «Los medios para mantener a una familia. ¿Incluiría eso a Maggie?» En Escocia, según Alejandro, simplemente

declarar que uno era esposo o esposa se consideraba vinculante. Parecía inapropiado unirse a una mujer sin la bendición de la iglesia. ¿Aceptaría Maggie un matrimonio tan irregular? La satisfacción lo envolvió, disipando el leve arrepentimiento que había estado cociéndose desde la última cena. Su última comida con los MacLean y sus últimas palabras con el barón.

«Cuidad de la isla, Felipe. Cuento con el envío de hidromiel». La sonrisa de Donal MacLean atestiguaba en qué mesa al menos una parte del hidromiel encontraría su lugar. «Tomaos el tiempo que necesitéis. La tierra os estará esperando». Tenía la oportunidad de una nueva vida con gente que amaba. ¿Qué más podría pedir?

El sonido hueco de cascos sobre las tablas de madera llamó la atención de Felipe. Un destello de barba roja y erizada pasó junto a un murmullo de aliento suave al robusto caballo que cruzaba hacia la cubierta del barco.

—¿Balgair?

—¿Sí? —El hombre asomó la cabeza por encima del cuello del caballo. Una sonrisa le iluminó la cara.

—Os dirigíais de vuelta a Oban, tal vez a vuestro hogar. —Felipe se puso a caminar al ritmo de su amigo mientras este guiaba a su caballo hacia un segundo puesto improvisado. No formuló la declaración como una pregunta, simplemente dejó la pregunta implícita en el aire.

—Oh, ¿por qué quedarse semanas en busca de un trabajo que puede o no ser adecuado? Tengo un amigo que necesita mi ayuda. —Balgair tiró del nudo que aseguraba a su caballo dentro del puesto y luego agitó una mano en el aire con gesto despreocupado. Por ello, su sonrisa volvió—. No os preocupéis. Me iré antes de que os canséis de mí.

Encantado de saber que el robusto escocés lo acompañaría de regreso a la isla, Felipe le echó un brazo por los hombros y lo abrazó fuerte antes de soltarlo.

—No puedo dejaros que estropeéis lo que promete ser una nueva fortificación impresionante o un nuevo romance cautivador. —Balgair dio dos pasos tambaleantes por la cubierta, con los dedos extendidos en señal de rendición fingida o advertencia a medias.

—¿Qué queréis decir? —Felipe se detuvo en seco. Seguidamente, parpadeó. Un pensamiento le asaltó—. ¿Vos y Leana?

—¡Oh, sois un cabeza de chorlito! Leana sabe que no tiene ninguna atadura conmigo.

—Balgair miró fijamente a Felipe—. Hablo de vos y la encantadora condesa.

—No presionaré a *lady* Maggie. —Miró con franquesa a su amigo. El asombro lo invadió, animado por el aluvión de verdad y el nuevo propósito en su vida. Se frotó la mandíbula—. Sin embargo, deberíais saber algo con certeza.

—¿Qué cosa?

—Ya no es la condesa, y os agradecería que lo recordéis.

—¡Oh, sólo bromeo! Ella posee la isla y a su gente que le han dado su corazón. Es una dama y una bella joven, sin duda. No podríais encontrar mejor pareja, aunque no tengáis su rango. Aun así, seríais un tonto si no la persigueríais.

Felipe reflexionó sobre las palabras de su amigo. Su mente se detuvo en el recuerdo de ella antes de que él dejara la isla. Su cabello rojo brillante despeinado por la brisa y su esfuerzo en la danza. Sentada en una pequeña roca, las olas lamiendo sus pies. Sus labios se entreabrieron mientras lo estudiaba. «Me gustáis más sin vuestra armadura». El placer creció dentro de él y no pudo evitar la sonrisa que se extendió por su rostro.

La plancha de embarque chirrió y luego retumbó cuando un marinero la empujó hacia la cubierta. Un par de velas aletearon arriba, estirándose para atrapar el viento. El barco mercante crujió al balancearse contra las olas que empujaban la nave. Felipe dobló ligeramente las rodillas

para absorber el suave vaivén bajo sus pies. Él y Balgair se dirigieron a la proa.

El *Saorsa* salió del puerto y se adentró en el estrecho de Mull, aprovechando la corriente. Las olas crecieron, empujando el barco entre la isla y el continente como si hubiera echado alas.

Las voces de los marineros se elevaron en un canto, una voz solitaria a la que se unieron otras en el coro.

*Un día, cuando estaba en la montaña brumosa, un espectáculo maravilloso vi.
Far al a leò ro ho bhi ò
Hoireann is ò ho rò bhi o ho
Hi rì ho ro ho bha ò hug ò ro*

*El barco del clan MacNeill pasó, alejándose del país de MacLean,
Far al a leò ro ho bhi ò...*

*Hacia la alegre Kisimul donde se celebra el banquete,
Far al a leò ro ho bhi ò...*

Bebiendo vino hasta el amanecer...

—¿MacLean aprobó vuestra empresa? —Balgair se apoyó en la barandilla y luego asintió hacia los suministros y los ocho hombres sentados sobre las cajas.

—Sí. —El recuerdo del entusiasmo del barón ante la solicitud de Felipe le alegró aún más el corazón—. Por un momento temí que él mismo encabezaría el proyecto.

—¿Cómo podría ser eso algo malo? El barón es influyente y tiene grandes recursos.

—Cierto. Sin embargo, necesito despejar mi mente y lograr esto por mi cuenta, o tan cerca de eso como pueda, usando los materiales y trabajadores de MacLean.

—Es justo. —La voz de Balgair se desvaneció, invitando a más explicaciones.

—Me crie con el barón cuando era joven. Cuando él y su familia regresaron a Escocia, mi vida tomó una forma que temí no aprobaría. Aunque he dejado esa vida atrás y busqué esta tierra como consuelo, me mantuve alejado de su hogar como una forma de penitencia.

—¿Os criasteis con él? Muchacho, nunca os he tomado por un campesino, pero criarse con un barón os marcaría como hijo de un noble. —Las cejas de Balgair se alzaron hasta su línea de cabello.

—Mi padre es, o era, de cierta importancia —admitió Felipe e hizo una mueca. No tenía intención de revelar tanto. Elegir situar a su padre en el pasado se alineaba con el hecho de que nunca volvería a tener una conversación con él. En todos los aspectos, su padre estaba muerto para él, y él para su padre. La amistad del barón MacLean ahora era mucho más valiosa.

—Muchos franceses han viajado a Tierra Santa para defender Jerusalén de los sarracenos. —Los labios de Balgair se torcieron pensativamente.

—Sí. Con variados grados de éxito. Algunos hicieron sus hogares allí. Yo elegí marcharme y seguir a los MacLean aquí. Su hijo y yo fuimos grandes amigos.

—He oído que el barón es un hombre justo.

—Así es. Mi temor por su recepción estaba infundado.

—Me alegro por ti, amigo mío. Estoy deseando trabajar al lado de un hombre que ya no lleva esa cara larga. —Balgair le dio una palmada en el hombro. Posteriormente, apoyó los antebrazos en la barandilla—. Sois un buen luchador, pero bastante taciturno cuando os quedáis callado.

—Eso es lo que más me gusta de vos: decís lo que pensáis. Es una buena cualidad en un amigo. —Felipe rio y sintió como un poco más de peso se quitaba de sus hombros.

—Todo saldrá bien, ahora que tenéis un poco de humor. —Balgair le lanzó una sonrisa.

—Las nubes pesadas pueden indicar un poco de mal tiempo por delante. Espero que no sea suficiente para molestar a los caballos. —Felipe señaló hacia el horizonte.

—Oh, no os preocupéis por el tiempo. Es un buen barco y no nos echará al mar. Estaremos en Hala en unas pocas horas. Lo único de lo que el capitán debe preocuparse es de los piratas.

—¿Quién se atrevería a desafiar a un barco de MacLean? —Balgair encogió sus hombros.

Capítulo 22

El crepúsculo cubrió la playa. Asatrus se mantuvo firme mientras los tres piratas bajaban del tosco muelle. Igor se acercó, alineándose con su líder. Maggie y los MacLaren permanecieron en las sombras detrás de los hombres de Hola, más allá del resplandor del fuego. Maggie bajó su ballesta del hombro y tensó la cuerda, el suave crujido de la madera se perdió en el leve crujido de la arena bajo las botas de los hombres. Colocó un virote en la ranura superior de su arma y encajó el extremo de este contra la cuerda, manteniendo los dedos bien alejados del gatillo. Acarició las plumas del virote y esperó el inminente conflicto.

Los extraños se detuvieron bajo la luz de la hoguera. La luz naranja los rozaba, proyectando sombras oscuras a lo largo de las crestas de sus cejas y narices. El del medio, con el cabello enredado en largas hebras oscuras decoradas con diminutas cuentas que brillaban a la luz del fuego, cruzó los brazos sobre el pecho, plantando los pies en la arena con un aire de confianza.

—¿Dónde están los barriles, viejo?

La mirada de Maggie se dirigió a Asatrus, que movió los pies en un momento de aparente indecisión. Miró de un lado a otro, pero el resplandor del fuego le habría robado la visión nocturna, y no dio ninguna señal de que pudiera ver a los MacLaren. Lentamente, se encogió de hombros.

—Ha sido un mal año, Arrick.

«¿Año pobre?» La ira de Maggie aumentó. ¿Qué estaba pasando? ¿Cómo conocía el nombre del hombre? ¿Con qué frecuencia llegaban los piratas a estas costas?

—¡Bah! No me importa cómo haya sido vuestra cosecha. Estamos aquí para recoger nuestro diezmo. ¿Un tonel de hidromiel, o preferís que nos hagamos con vuestra otra propiedad para compensar la pérdida? —Arrick agitó una mano.

«¿Un tonel?» ¡Sería la mitad de su producción de esta temporada! No es de extrañar que Hola se considerase insignificante desde un punto de vista monetario.

Sin oro ni piedras preciosas -que ella supiera, y comenzaba a preguntarse qué secretos quedaban por descubrir- Maggie no esperó a que el hombre explicara más. Sabía que, incluso con las mujeres y los niños escondidos en las cuevas, se convertirían en el diezmo que estos hombres buscaban. La esclavitud no era desconocida y no tardarían en descubrir su escondite.

Esquivando el agarre de Callan, Maggie se adentró en el borde de la luz del fuego, con la punta de su ballesta inclinada hacia el suelo.

—La propiedad de aquí... es mía.

Callan y Dawe se movieron para flanquearla, atrayendo la atención de los desconocidos. El líder de los piratas lanzó una mirada por encima de su hombro y luego volvió a mirar a los MacLaren. ¿Sopesando las probabilidades?

Las probabilidades estaban en su contra. Aunque no conocía a los soldados MacLaren que aún estaban fuera del alcance de la luz del fuego, sus propios hombres estaban a varios segundos a bordo de su barco. Segundos en los que él y sus dos camaradas probablemente morirían. Claramente no esperaban ningún impedimento a su plan.

—¿Quién sois? —preguntó con arrogancia.

—Soy la mujer con una ballesta apuntando a vuestro pecho. Esto no está abierto a discusión. —Maggie levantó su arma, con agarre firme.

Se intercambiaron más miradas. Las botas se arrastraron contra la arena. Las manos se mantuvieron cerca de las armas, no listas para atacar, pero tampoco dispuestas a ceder ante el desafío de una simple mujer.

—MacDonnell posee esta isla. —El líder, Arrick, frunció el ceño.

—Además, la perdió en un juego de azar ante el conde de Mar hace más de un año —replicó Maggie, con tono seco—. Apartad las manos de vuestras armas, u os clavaré a ese barco.

Callan y Dawe se acercaron, añadiendo su apoyo a la orden de Maggie. La luz del fuego bailaba sobre las espadas medio desenvainadas. Otros dos soldados MacLaren se movieron detrás de ellos, dibujando siluetas en la oscuridad. Los piratas volvieron a intercambiar miradas.

—No hemos venido a hacer daño a nadie. —Arrick sacudió la barbilla hacia los hombres en las sombras. Las cuentas doradas en su cabello brillaron al tiempo que abrió los brazos de manera expansiva, mostrando las manos vacías—. La buena gente de la isla nos guarda un poco de hidromiel cada año, eso es todo. Hemos venido a recogerla.

—No habrá más recogida —gruñó Callan y asintió hacia el barco, cuyo casco era una mancha en la oscuridad, su sombra un borrón contra el agua que brillaba con la luz creciente de la luna—. No sois bienvenidos en este puerto.

—Es un día triste cuando un hombre no puede visitar una isla amiga —dijo el pirata—. Quizás el cambio de propiedad no fue una buena idea.

—Quizás no es asunto vuestro —respondió Maggie—. Esta no es una pelea que podáis ganar. Soy responsable de esta isla y de su gente —inclinó la cabeza hacia Callan—, como él dijo, no sois bienvenidos aquí. Encontrad refugio en otro lugar.

—Como deseáis, *milady*. Hasta tiempos mejores. —El pirata hizo una profunda reverencia. Seguidamente, los tres levantaron las manos a la altura de la cintura y caminaron pesadamente de vuelta a su barco. Sus botas resonaron en la cubierta mientras unas manos se extendían sobre la barandilla para ayudarles a subir a bordo. Momentos después, los remos se soltaron y golpearon el agua, alejando el barco del muelle. De repente, un grito resonó desde el barco pirata. Un muchacho corrió alrededor de la esquina de la casa comunal, deteniéndose bruscamente con un jadeo ante la amenaza de la espada de Gawan. La atención de Maggie pasó del puerto al muchacho. Gawan bajó su arma y empujó al muchacho hacia el grupo de Callan.

—Evan y Paden han avistado otro barco.

Felipe se impacientaba por la hora tardía. El sol se sumergía en los mares occidentales, dejando la isla de Hola silueteada contra el cielo dorado y amatista. Estaba de pie en la proa, ansioso por ver a Maggie. ¿Había pensado en él? ¿Podría ser que le hubiera echado de menos? ¿Seguiría despierta? El sol demoraba en aparecer en esta época del año, y la mayoría de la gente probablemente ya estaría en la cama. ¿La alerta del promontorio la avisaría o la dejaría dormir?

—Preguntándoos cómo se las ha apañado sin vos, ¿eh? —Balgair se unió a él en la barandilla.

—Es seguro que está bien. Está protegida por sus propios soldados. —Felipe no estaba seguro si el escocés se burlaba de él o si era tan evidente lo que tenía en mente. Se encogió de hombros.

—¿Cuánto tiempo pasará antes de que se sepa que la antigua condesa está en residencia? —Su amigo se giró para apoyarse en la barandilla. El murmullo bajo de Balgair podía ser cualquier cosa, desde un acuerdo hasta una especulación. Felipe no preguntó.

—Nos aseguraremos de que los rumores y cualquier acción tonta se apaguen rápidamente. —Felipe frunció el ceño.

—Me gusta vuestra confianza, muchacho. —Balgair contrajo un solo hombro. Acto seguido, asintió hacia los hombres de MacLean dispersos por el barco—. Pondremos a trabajar a estos hombres al amanecer mañana. No tardará mucho en que tengamos a mi señora una nueva casa señorial y mejor protección.

—¡Barco en el puerto! —Una voz sonó desde lo alto.

—Se ha avistado un barco, en rumbo hacia mar abierto. Esperaremos hasta que despejen la boca del puerto. El muchacho en lo alto tiene ojos agudos para avistarlo en el crepúsculo. —El capitán del *Saorsa* se unió a Felipe y Balgair un momento después. Luego, asintió con la satisfacción de un trabajo bien hecho.

—¿Reconocéis el barco? —La preocupación empujaba la mente de Felipe, creando un torbellino de alarma en su estómago.

—Con esta luz y a esta distancia, no reconocería ni a mi propia madre. Cuando el barco se acerque, echaré un vistazo —gruñó el capitán.

Felipe entendió, pero se impacientaba por la falta de información. El barco extraño se inclinaba a través de la boca del puerto, su vela se giraba para revelar rayas rojas y blancas. Su casco largo y bajo surcaba las olas. El ritmo de los tambores que marcaban el paso de los remos resonaba en el agua, acelerando su tempo. Un hombre alto, con largos mechones de cabello levantados por la brisa, estaba en medio del barco.

—¡Malditos piratas! —El capitán se apartó de la barandilla, gritando a los hombres del *Saorsa*—. ¡Daos prisa, muchachos! ¡No seremos presa fácil para ellos!

Felipe miró a Avril, asegurándose de que seguía a salvo en su improvisado estable. Llevaba su cota de malla bajo la capa y tenía todas sus armas a mano, pero las rozó rápidamente, tocando ligeramente cada una para asegurar sus posiciones adecuadas y que ninguna se hubiera asentado demasiado en sus vainas. Por el rabillo del ojo, vio a Balgair siguiendo el mismo ritual. Los soldados de MacLean se movían rápidamente por la cubierta, sacando arcos y carcajes de flechas de cofres profundos guardados a popa. Los marineros ocupaban sus puestos, subiendo a la jarcia con la gracia de una larga práctica. El *Saorsa* viraba con fuerza a babor mientras la otra nave rodeaba la punta del puerto a la derecha. La tensión flotaba en el aire salado. Felipe apartó la mirada del barco pirata y se adentró en la oscuridad, esforzándose por ver alrededor de las rocas que protegían el puerto. Un resplandor dorado calentaba la noche.

«Fuego».

—Puede que solo sea una hoguera. —Balgair le dio un codazo.

—No es... —Felipe tragó con dificultad el nudo en su garganta.

—Dadle un momento. Lo sabremos con certeza en un momento o dos. —Balgair sacudió la cabeza.

Un sudor frío brotó en la frente de Felipe. Acarició el pomo de su espada, golpeando ligeramente la empuñadura. Su mandíbula se tensó y le costó relajarse y estabilizar su respiración. El barco pirata había despejado el puerto. El *Saorsa* estaba justo más allá de la entrada, esperando fuera de las aguas cerradas. La impaciencia atravesó a Felipe, aunque sabía que el capitán era cauteloso, probablemente preocupado por una trampa.

—La casa comunal no parece estar en llamas —gruñó Balgair—. Tienen una buena hoguera en la orilla.

Felipe aceptó bruscamente, el alivio lo inundaba, provocando un ligero temblor en sus músculos.

¿Qué había pasado? ¿Los habitantes de Hola se aliaron con los piratas? ¿Los habían recibido o tenían motivos para temerles? ¿Cuánto tiempo habían permanecido los piratas en la

isla? ¿Qué les había hecho marcharse? Golpeó la barandilla con el puño, necesitando el dolor para distraerse de las cosas que no podía controlar. No podía poner al *Saorsa* y su tripulación en peligro potencial para llegar a la costa más rápido. No podía cambiar lo que ya había ocurrido entre los piratas y los isleños. Pero si Maggie estaba herida y perdía un solo momento...

—Estaréis en tierra pronto. No os preocupéis. Dejasteis buenos hombres aquí para protegerla y un plan para su seguridad si surgiera la necesidad. —Balgair posó una mano en el hombro de Felipe, sacándolo de sus oscuros pensamientos.

—¿Creéis que se fue a las cuevas con las mujeres y los niños cuando avistaron a los piratas? —gruñó Felipe.

—No. Al menos, no voluntariamente. Es una muchacha fuerte, no cabe duda. Sin embargo, también tiene una buena cabeza sobre sus hombros. Creed en lo mejor, muchacho. No desperdiciéis vuestra energía preocupándoos por lo peor. —Balgair, su amigo, suspiró.

—Sé que es mejor no desesperar por algo que no puedo cambiar.

—Sí. Cuando os importa alguien, las cosas son diferentes.

La cubierta se movía bajo sus pies. Las tablas crujían mientras el barco entraba en el puerto, algo ladeado por las olas mientras se acercaban al pequeño muelle. Las gaviotas se lanzaban al aire, chillando sus habituales demandas. El fuego en la playa se hacía más brillante. Dos hombres que Felipe reconoció de *Hola* estaban más cerca de las llamas. Cuatro robustos MacLaren formaban una línea imponente en la arena. En medio de ellos, con la ballesta ligeramente inclinada hacia abajo y hacia su izquierda, estaba Maggie. Alta, fuerte, claramente ilesa, pero... Felipe apretó los dientes. No tenía autoridad sobre ella. No tenía derecho a decirle que debería haber ido a las cuevas con las mujeres y los niños. Sin embargo, quería gritarle que no fuera tan idiota como para enfrentarse a los piratas con una ballesta. La respiración del francés se escapó en un bufido de rabia. Una rabia que no tenía otro desahogo conveniente. Estaba ansioso por una pelea. Apretó los puños y se balanceó con el movimiento del barco mientras golpeaba contra el muelle. Los hombres se apresuraban con sus tareas. A continuación, Felipe se dirigió al establo de Avril. Esta resopló y giró los ojos, así como también sus orejas que se movían de un lado a otro. Esperó hasta que se calmó, consciente de que su enfado había alterado al caballo.

—No es vuestra culpa, Avril —murmuró, acariciando la nariz del animal mientras se tranquilizaba—. Salgamos de este barco y pongamos nuestros pies en tierra firme. —Tiró suavemente de la cuerda de guía. Con solo una resistencia simbólica, la yegua lo siguió. Poco después, los hombres encendieron antorchas a lo largo del camino, empujando la oscuridad.

—¿Puedo cuidarla? Tengo buena mano con los animales. —Hylnur lo encontró al final del muelle, su rostro ansioso brillaba.

Tras un asentimiento de acuerdo, Felipe le entregó Avril a Hylnur y luego cruzó la arena, acortando la distancia entre él y Maggie con pasos firmes y seguros.

—Es bueno veros, Felipe —murmuró ella, sacó el virote de su ballesta y lo guardó en su carcaj antes de soltar la cuerda.

Felipe miró el arma, recordando otro tiempo, lugar... y otra mujer que habría hecho exactamente lo mismo. Los piratas tampoco habrían intimidado a Arbela.

—*Milady*. El barón MacLean fue muy generoso en cuanto a hombres y suministros para reconstruir la abadía. —Realizó un gesto hacia las cajas mientras los hombres las llevaban al almacén más allá del muelle—. Provisiones también para alimentar las bocas extras. Además, madera para los suelos y vigas de soporte. Herramientas. Descargaremos lo que podamos esta noche y terminaremos por la mañana.

Las palabras cayeron rígidas y formales. No podía evitarlo. Si cedía un solo centímetro,

temía que la aplastaría en sus brazos, diciéndole con su cuerpo cuánto había temido por ella, y lo agradecido que estaba de que viviera -o regañándola como un padre a un niño especialmente rebelde- o ambas cosas. Posteriormente, tras un gesto brusco de su barbilla, ella lo llevó lejos de los demás, donde no serían vistos ni escuchados.

—Estáis enfadado.

—No esperaba veros desafiando a piratas.

—¿Por qué no? Hola es mi responsabilidad. —Maggie parpadeó.

—No sois mía para mandar. —Felipe frunció el ceño. Miró hacia abajo, solo para volver a clavar su mirada en la de la joven, para luego respirar hondo y suspirar—. Y si lo fuerais, me preocuparía por vuestra seguridad mientras os observaba con orgullo marchar hacia la batalla.

—¿No estáis enfadado conmigo?

—Estoy enfadado por no estar aquí o por no tener fortificaciones en su lugar, dejándoos desprotegida. Sin embargo, aunque mi corazón casi se detuvo al pensar en vos amenazada por piratas, y casi salté del barco cuando os vi en la playa -en lugar de refugiarnos con las mujeres y los niños- admiro vuestro honor y coraje. —Levantó una mano, sus dedos enredándose suavemente en los mechones de cabello que curvaban sobre su barbilla.

—Os agradezco que lo comprendáis. —No es mi intención que otros luchen mis batallas. Una sonrisa suavizó la boca de Maggie, relajando sus hombros.

—No lo querría de otra manera, *mon coeur*. Aunque no deseo veros enfrentando de nuevo a una banda de piratas. Esperemos que no regresen.

—No creo que vayáis a tener vuestro deseo. Por lo que he oído, los piratas han hecho de HOLA una parada regular durante años. Si tuviera que hacer una predicción, diría que *volverán...* y pronto. —Su ceño se frunció y su sonrisa desapareció.

Capítulo 23

Finísimos mechones de nubes rozaban el cielo, desvaneciéndose del rosa al blanco a medida que el sol ascendía. Rocas salpicaban la ladera que formaba uno de los bordes del campo. La hierba, cortada corta por las ovejas que pastaban, crujía bajo los pies de Maggie. La yegua de Felipe y el caballo castrado de Balgair se mantenían apartados de las lanudas ovejas. El barco de los MacLean se balanceaba suavemente en el puerto. Delgadas estelas de humo acre de turba se elevaban del tejado de paja de la casa comunal, el aroma débil en la brisa cargada de sal. El chillido de Colyn resonaba alto en el aire claro.

—Tened un poco de paciencia, muchacho —le reprendió, luchando por mantener su mente en su tarea. Los hombres seguían el camino desde el barco hasta la orilla, donde una creciente pila de suministros desfiguraba el paisaje. La luz del sol destellaba en un trozo de metal antes de que la capa de Felipe, movida por la brisa, cubriera su cota de malla, recordándole a Maggie la visita de los piratas la noche anterior. Llevar la protección acorazada significaba que no creía que el peligro hubiera pasado. Consideró los tres puñales ocultos en las vainas de su cintura, antebrazo y muslo. Ella tampoco lo creía.

«¿Qué sucederá si vuelven antes de que nuestras defensas estén listas?»

Colyn chilló de nuevo. La joven trasladó al pájaro a la rama retorcida de un árbol bajo, cuidando de atar sus pihuelas antes de quitarle la capucha. La delgada cuerda de cuero se arrastraba desde una pata, aunque pronto se quitaría el lazo de entrenamiento y se dejaría volar libre al ave. Su corazón se aceleró al pensarlo.

—Habéis crecido mucho, mi pequeño pájaro. Sois una belleza, incluso si aún no tenéis todas vuestras plumas. Pronto las tendréis, muchacho, pronto. —Sacó un trozo de carne cruda preparado con una torcedura de plumas marrones del bolsillo de su cintura y lo ató hábilmente al señuelo, dándole la espalda al halcón para que no viera sus acciones. Rápidamente escondió un segundo trozo, sin plumas, en su mano enguantada y lanzó el señuelo al suelo. Colynladeó la cabeza y agitó sus alas, con la mirada fija en su presa. Maggie tiró de la cuerda unida al señuelo, haciéndolo moverse. Colyn se agazapó. Maggie arrastró el señuelo, haciéndolo saltar por el suelo, invitándolo a perseguirlo. Con un batir de alas, el halcón saltó del posadero bajo, tambaleándose un poco mientras barría el aire. Golpeó el señuelo con un chasquido, curvando sus alas hacia adelante para mantener el equilibrio y ocultar la comida que acababa de atrapar. Su pico desgarró la carne y se la tragó.

Maggie se arrodilló junto al pájaro y emitió un silbido bajo, ofreciéndole su guante. Colyn se posó en su brazo como había hecho tantas veces en las últimas semanas. Rápidamente buscó la carne escondida en su puño y ella enrolló los extremos sueltos de sus pihuelas entre sus dedos para evitar que saltara de su mano una vez que hubiera terminado. En ese momento, unos pasos advirtieron de una aproximación. Maggie levantó la vista. Felipe se detuvo a unos pasos de distancia, una pregunta reflejada en la inclinación de su cabeza. Ella lo miró con ansias. Su camisa era de lana tan fina que caía elegantemente sobre sus anchos hombros y se movía con cada respiración. Los pantalones envolvían sus musculosas piernas, desapareciendo en botas que se alzaban hasta sus pantorrillas. El recuerdo de su regreso la noche anterior la inundó. La razón por la que apenas había dormido. Él la había llamado *mi corazón*.

—Habéis hecho un buen trabajo con el halcón —su voz retumbó, cálida como terciopelo.

—Gracias. —Acarició las suaves plumas en el pecho del ave, buscando desesperadamente algo más que decir.

«Estoy muy contenta de que hayáis regresado. Conté los días. Por favor, decidme que no os iréis otra vez».

—Está casi listo para que le quitemos la cuerda. —Tocó la flexible cuerda de cuero que colgaba de la pata del ave.

«Cobarde».

—Sí. La primera vez será la más difícil. No saber qué sucederá. ¿Volverá a vos o descubrirá su libertad? —Algo brilló en los ojos de Felipe. Asintió y se acercó más. Tocó la mejilla de Maggie como lo había hecho la noche anterior. El calor floreció en su piel. Su mano cayó y dio un paso atrás—. Venid. Mostradme las cuevas. No esperaba necesitarlas tan pronto y quiero saber si son defendibles.

—Dadme un momento para colocar a Colyn en el redil de las ovejas y pedirle a Narfi que le eche un ojo. Estoy usando el cobertizo como pajarera mientras las ovejas están en el pasto. —Maggie se apresuró por el sendero, mientras Felipe ajustando su paso al de ella—. No es que tengamos muchos depredadores en la isla, pero la compañía ocasional lo mantiene atento a la gente. Narfi ha sido de gran ayuda. —Se mordió el labio para frenar su parloteo. Su paso vaciló y miró a Felipe—. Os he echado de menos.

«Mucho mejor».

—Yo también os he echado de menos. —Sus labios se curvaron hacia arriba y la piel se arrugó en las comisuras de sus ojos.

La felicidad la envolvió y agachó la cabeza para ocultar su sonrisa. No debería afectarle tanto. Era un mercenario, aunque uno bien hablado, ofreciendo su espada donde quisiera. Ella era una esposa rechazada que había fallado en darle un hijo a su marido. Un dolor se le alojó en el pecho. Tragó saliva y echó un vistazo a Felipe. Él sabía por qué estaba allí; probablemente conocía toda la historia, ya que no era un secreto. La iglesia la condenaba. Incluso otras mujeres la encontraban inútil. Sin embargo, cuando él la miraba, sonreía.

El nudo en su pecho se deshizo y luego desapareció. El sol brillaba un poco más, el aire salado se sentía más agudo. Una suave brisa le besó el cuello y le acarició un mechón suelto de cabello. Un peso se levantó de su corazón y acomodó a Colyn en la improvisada pajarera con una sonrisa que no podía controlar. A continuación, se cubrió los ojos al salir del interior oscuro del cobertizo y enseguida vio a Felipe charlando con Narfi.

—Vigilaré al pajarillo, *Freya*. No os preocupéis. —El muchacho asintió con amabilidad.

—Os lo agradezco, Narfi. Vamos a echar un vistazo a las cuevas.

La atención de Maggie no podía quedarse en el muchacho ya que Felipe tiraba de su conciencia, desterrando la presencia de todos los demás. Sus ojos oscuros y entornados, sus mejillas delgadas y barba corta, su nariz ligeramente ganchuda, la llamaban. Era misterioso y emocionante. Y había dejado de lado el dolor de su pasado para ayudarla.

Siguieron el camino que las mujeres y los niños habían recorrido el día anterior en busca de seguridad. El olor terroso de la descomposición subía del barro. Maggie resbaló en la hierba aplastada y mojada por la lluvia. Felipe le cogió del codo, estabilizándola mientras recuperaba el equilibrio.

—Gracias. —Miró al hombre silencioso a su lado, quien le hizo un breve gesto con la cabeza y la puso de nuevo en pie. Seguidamente, Maggie señaló los acantilados a poca distancia—. He estado en las cuevas solo una vez, para saber dónde están por si surgiera la necesidad. —Frunció el ceño—. No esperaba... piratas.

—La gente no los había mencionado. La explicación de Asatrus anoche no fue satisfactoria. Entiendo que no estuve en la isla el tiempo suficiente para aprender todo, pero sentí que habíamos ganado su confianza, o no os habría dejado aquí. —La mano de Felipe permaneció en su codo.

—Aparentemente, los piratas les han obligado a obedecer durante varios años, sin compensación. Nadie más allá de la isla se preocupó por su seguridad, solo por su capacidad de diezmar a quien reclamara la propiedad. Aunque admito que me preocupa darme cuenta de que, después de una quincena aquí, no me lo habían confiado.

—Quizá esperaban que les proporcionáramos protección antes de que llegaran los piratas este año. Asatrus y sus hombres parecen saber poco de defensa, y el hecho de que dependan de retirarse a una cueva para protegerse... —Felipe soltó su brazo y sacudió la cabeza—, no son guerreros.

Rodearon la punta sin más contratiempos. El mar lamía ruidosamente la orilla, golpeando contra las rocas antes de deslizarse sobre la arena pedregosa en una espuma ligera. Las focas los observaban desde el dedo de la costa a poca distancia, bien resguardadas en su colonia. Los abrigos grises salpicados de blanco se mezclaban con los oscuros acantilados manchados de excrementos de aves. Su coloración los habría hecho poco destacables en la costa rocosa, pero sus ladridos de advertencia y sus movimientos torpes llamaron la atención de Maggie.

—Deberían parir el próximo mes o así —dijo ella—. Luego empezará la temporada de apareamiento y me han dicho que oiremos a los machos pelearse incluso al otro lado de la isla.

—Las peleas entre machos por las hembras nunca son silenciosas. —Felipe se rio.

—Hay un buen montón de focas haciendo bastante ruido sin necesidad de que haya machos peleándose —bromeó Maggie, mas su alegría se desvaneció—. Narfi dijo que esperarán hasta que las crías sean destetadas antes de cazar a las focas por su carne y pieles.

—¿Esto os preocupa?

—Un poco —admitió—. Entiendo la necesidad y siempre lo han hecho, pero mi simpatía está con las focas.

—Quizás podáis ofrecer una solución diferente. Traer telares para ayudar a tejer la lana que proporcionan las ovejas. Importar lana si es necesario. Simplemente porque siempre hayan cazado las focas no significa que sea la única manera. —Gesticuló hacia las rocas—. También es peligroso para los cazadores.

—Me había centrado en el huerto y la producción de hidromiel. Hay mucho que necesito aprender. Tantas cosas por lograr.

—Me complace ofreceros cualquier ayuda que necesitéis.

—¿Cuánto tiempo falta para que se complete la abadía? —Maggie suspiró y se apoyó en una roca.

—Debemos hablar de esto. —Los pasos de Felipe se ralentizaron. La miró. Se detuvo.

—¿Por qué? ¿Qué ha cambiado? —Inclinó la cabeza, una sensación de alarma recorriéndole la espalda.

—Mi señora, cuando dejé la isla, mi único objetivo era ver la reconstrucción de la abadía, daros un lugar para vivir y asegurarme de que estuvierais protegida cuando llegara el momento de irme. —Él se acercó, le tomó las manos, y las levantó. Apretó suavemente sus dedos.

El corazón de Maggie dio un vuelco. No quería escuchar sus preocupaciones, sus dudas. Que algún día se iría. Sus dedos se curvaron, agarrando los de él. El pulgar de Felipe se movió suavemente sobre el dorso de sus manos, calmándola. La joven suspiró, aflojando su agarre. Felipe atrapó su mirada, la sostuvo mientras levantaba sus manos. Besó el dorso de sus manos,

su aliento cálido sobre su piel. Su corazón palpitó con sorpresa. Con deliberada lentitud, las bajó, sin soltar su agarre.

—Me mentí a mí mismo. Y, por lo tanto, a vos. Deseo que haya verdad entre nosotros. ¿Estáis dispuesta a escuchar? —Felipe giró las manos de Maggie, abriendo sus palmas a su mirada. Callos se alineaban en la suave piel en la base de sus dedos. Otro protegía el grueso músculo debajo de su pulgar. Ella creía en trabajar duro por sus sueños. Él amaba esto de ella.

El pulso de Maggie se aceleró en su garganta, la línea azul claramente visible bajo su piel pálida. Sus labios se separaron. Se cerraron. Y, entonces, levantó la barbilla.

—Sí. Quiero escuchar lo que tenéis que decir.

—Cuando llegué a Escocia, la perspectiva de explicar mi presencia al barón MacLean me abrumaba. Fue cobarde, pero elegí no acercarme a él ni a su familia, aunque ellos habían sido más que mi propia familia durante muchos años.

—Os acercaste a ellos por mí —su voz irradiaba calidez y gratitud.

—Sí. Aunque gané mucho más que ayuda para vos. —Felipe esbozó una sonrisa que se ensanchó, recordando la bienvenida del barón. ¿La inesperada paz? ¿Y la esperanza?

—Contadme —le instó Maggie.

—No recibí la censura que merezco. El barón escuchó y ofreció la sabiduría que siempre ha mostrado. Cuando hablé de vuestras necesidades, se mostró más que dispuesto a ayudaros. —Felipe tomó aire profundamente. Estaba casi seguro de que a Maggie no le iba a gustar lo que iba a decir a continuación—. Pero no cree que este sea un buen plan.

—No volveré con mi padre. —Su ceño no era tan profundo como él había temido, y no se apartó de él. Su mirada, empero, amenazaba con rebelión.

—Deberíais tener muros y guerreros para protegeros —dijo él, viendo inesperadamente esas palabras desde su punto de vista. «Muros para enjaularos. Guerreros para asegurarse de que nada os toque de nuevo. Ni el miedo ni la esperanza. Ni el odio ni el amor». Esa no era la vida que él quería para ella. Enseguida, colocó ambas manos de ella en una de las suyas. Pasó las yemas de los dedos de su mano libre por su mejilla, recorriendo lentamente el rubor que se extendía desde su cuello hasta sus orejas. Tocó un mechón de su cabello rojo fuego, sorprendido al ver que el rizo no quemaba—. Toda mi vida he estudiado la guerra, y estoy de acuerdo con el barón. Si diseño un castillo fuertemente fortificado, necesitaríais más de una veintena de hombres para defenderlo. Por un tiempo, las defensas exteriores serían suficientes. En cambio, tarde o temprano, alguien decidiría que romper los muros es un desafío que no puede resistir. Y no podríais sobrevivir al asedio, pues no hay suficientes alimentos y agua para alimentar a los guerreros necesarios. —Estudió su rostro, realizando un leve gesto con la cabeza—. Maggie, *mon coeur*, sin vos aquí, es probable que los piratas sean la única amenaza. Un problema que un puñado de guerreros puede manejar. Vuestra presencia es otra cuestión. No podéis quedaros en Hola.

—Me pedís que renuncie a mi libertad, a mi oportunidad de empezar una nueva vida.

—Sus labios se tensaron, la amargura surcó su frente.

—No, os pido que cambiéis vuestro plan, que protejáis a la gente de Hola, que intercambiéis vuestro sueño por otro.

—Sin Hola, no hay nada para mí. —Su desesperación desgarraba su corazón. Que no se enfureciera contra sus palabras le demostraba que sabía que él decía la verdad.

—Sé que daríais vuestra vida por la gente de Hola, aunque sabéis poco de ellos.

—¿Pero si me quedo, les pido que den sus vidas por mí? —La ira chispeó en sus ojos—. ¿Adónde voy, Felipe? ¿Qué debo hacer para escapar de la maldición que me lanzó el conde

cuando me rechazó?

—Casaos conmigo, Maggie. Convertíos en mi esposa. Os protegeré y os daré nuevos sueños.

Capítulo 24

—¿Casarme con vos? —Las palabras salieron en un suspiro de incredulidad antes de que pudiera detenerlas.

—No sería la dificultad que parecéis imaginar. —Felipe levantó una ceja.

—No sé qué decir. —Maggie tragó saliva, soltó sus manos. Las aplanó contra la fría piedra a su espalda.

—¿Podría aventurarme a pensar que me tenéis un poco de cariño? Dijisteis que me habíais echado de menos.

—No lo niego. —Un brillo burlón iluminó sus ojos y miró hacia abajo, luego de nuevo a él desde debajo de sus pestañas—. Hay algo entre nosotros que acelera mi corazón. Me obliga a escuchar vuestros pasos.

—¿Y qué más, *mon coeur*? —Felipe se acercó hasta que el borde del vestido de Maggie se agitó íntimamente sobre sus pies.

La piel de Maggie hormigueaba. Sus labios se entreabrieron, dejando palabras silenciosas fluir.

«Me atrae hacia vuestra presencia, la vuestra y la de nadie más, me suplica por vuestro toque, por vuestro beso». Como si hubiera escuchado todo lo que ella no había dicho, la cabeza de Felipe se inclinó hasta que sus labios rozaron los suyos. Seda áspera. Los pelos rudos de su barba le cosquilleaban ligeramente la piel. La sensación era embriagadora, e insatisfactoria. Maggie se acercó más, necesitando la plenitud de su toque, el calor de su boca. Sus labios se afianzaron bajo los de ella, entreabriéndose ligeramente. Sus lenguas se tocaron, una pregunta cortés, luego se entrelazaron en una ráfaga de pasión. Maggie se apretó contra él y sus brazos rodearon su cintura, atrayéndola con fuerza. Un momento después, él la soltó.

—Esto... esto requerirá más honestidad, Maggie. Hay una historia que debéis conocer antes de que me respondáis sí o no.

—Debo deciros, Felipe, estoy segura de que la iglesia no nos bendecirá si acepto vuestra oferta. La iglesia se puso firmemente del lado del conde cuando se me dijo que debía retirarme a un convento y vivir mi vida en penitencia por mi fracaso como mujer. Porque me negué, se me aseguró que estoy fuera del favor de Dios. —La realidad cubrió a Maggie como una ola helada.

La mandíbula de Felipe se tensó. ¡Maldita sea! Maldito el conde y maldita la gente que había convencido a Maggie de que cualquier fracaso era solo suyo. Las sonrisas y risas que había presenciado de ella desde que llegaron a Hola eran más preciosas de lo que jamás había conocido. Tocó su barbilla con un dedo curvado y la levantó con suave insistencia. Rozó sus labios con los suyos, demorándose hasta que ella exhaló un suspiro tembloroso antes de soltarla.

—*Mon coeur*, no dudéis de vuestra valía basándoos únicamente en vuestra capacidad para tener un hijo. Es mucho más probable que el conde tenga la culpa de la falta de hijos que vos. A pesar de lo que os dijeron, tener el hijo del conde habría sido más un milagro que cumplir con vuestro deber. No siempre es culpa de la mujer que no haya hijos, aunque el hombre lo crea.

—Eso es herejía decirlo. —El rostro de Maggie palideció, la leve tonalidad rosada que el viento había dejado en sus mejillas, desapareció.

—¿No creéis que los hombres son de alguna manera infalibles, que las mujeres son solo tan honorables como sus maridos? —Felipe levantó una ceja. Se sintió gratificado al ver que el rubor

volvía a su piel. Apoyó un codo contra una roca, dejando un pequeño espacio entre ellos.

—No. Pero... —se encogió de hombros, una sonrisa irónica tirando de sus labios, añadiendo ironía a sus palabras—, es el destino de toda mujer obedecer.

—Me alegra ver que no apoyáis a esa visión en particular. De lo contrario, nuestros caminos no se habrían cruzado, y no habría besado a una mujer que hace que mi corazón salte de alegría.

—En Escocia, si uno declara que está casado, y el otro está de acuerdo, es vinculante. En cambio, no puedo casarme con vos sin que conozcáis mi pasado. No traería nada a la unión más que esta pequeña isla. Ni poder ni dinero. Y ciertamente ningún estatus social. La alianza con los MacLaren es una buena cosa, aunque ya conocéis el estado de las propiedades de mi padre. —Su sonrisa se ensanchó.

—Maggie, no me importan esas cosas, y menos aún el postureo social. El barón MacLean me ha asegurado un sustento a cambio de mi ayuda para proteger su frontera norte. Sin embargo, debéis saber que la iglesia no sancionará este matrimonio, por mi causa.

—No hay ninguna prohibición contra volver a casarse tras la muerte de un cónyuge. —El ceño de Maggie se frunció.

—No, *mon coeur*, aunque debo deciros, mi joven esposa está muy viva.

—Me dijisteis que había muerto. —Maggie parpadeó. Su estómago se contrajo. La ira la atravesó, afilada con traición. No estaba segura si quería golpearlo o simplemente alejarse. Flexionó sus manos.

—No. Dije que la muerte rompió nuestra unión, lo que os llevó a creer que había muerto. Lamento la decepción, aunque parecía la forma correcta de decirlo en ese momento. Es una larga historia. ¿La escucharéis? —Felipe negó con la cabeza.

Con los músculos rígidos por la conmoción, Maggie asintió con la cabeza.

—Creo que estaríamos más cómodos allí. —Él señaló una roca plana cercana, protegida por los acantilados.

Se sentaron uno al lado del otro, lo suficientemente cerca para tocarse, su falda ondeando suavemente en la brisa, rozando ligeramente su pierna. Maggie miró al agua, queriendo llegar al final de lo que él tenía que decir y huir a cualquier refugio que pudiera protegerla del pasado y del futuro incierto que él proponía.

—Nací príncipe de Antioquía y me crié en el hogar del barón Donal MacLean. —Felipe comenzó su historia, luego dudó.

—Continuad. —La joven se sobresaltó, captando su mirada.

—La defensa de la iglesia, de los peregrinos, el comercio y Jerusalén fue mi vida. Proteger a los inocentes. Honrar a aquellos que tenían autoridad sobre mí. Pasé diez años en el hogar del barón MacLean, que permaneció en Levante después de que el rey Ricardo regresara a Inglaterra, y entré al servicio de mi padre. Su valentía, lealtad, dedicación a Dios y a la iglesia, y su astuto don para la estrategia le ganaron el favor de mi padre y la baronía de Batroun. Me trató como a su hijo y yo, tonto, entregué mi corazón a su hija.

—¿Arbela?

—Era como una hermana para mí, y yo un joven insensato, pero esperaba que pudiera haber algo más entre nosotros. Ella no correspondió mi afecto, y aunque nos despedimos en buenos términos, nunca volví a verla. Tanto ella como su familia se fueron a Escocia, y, como tercer hijo de mi padre, fui requerido para que me casara con la reina de Cilicia poco tiempo después.

—¿Requerido? —La oleada de ira y desconfianza se desvaneció. Maggie entendía lo que significaba enfrentar un futuro no elegido.

—Cilicia, conocida por algunos como Pequeña Armenia, nuestra a veces aliada al norte,

estaba siendo atacada por los turcos selyúcidas por un lado. Por otro, se enfrentaban a mi primo hermano, Raimundo Rubén, que reclamaba el trono de Cilicia tras la muerte del padre de Zabel. Creo que se me consideró joven y maleable, una amenaza menor para el barón Constantino, que era el regente de la joven reina. Cilicia necesitaba desesperadamente el apoyo de mi padre. No había duda de si me casaría con Zabel. Solo era un peón político. —La miró con arrepentimiento.

—Lamento que las cosas no resultaran como esperabais. —Maggie asintió. Un impulso de tocarle y tranquilizarle recorrió sus dedos. Chocó su rodilla contra la de él.

—Me casé con Zabel, tenía seis años en ese momento, y combatí a los turcos. Durante un tiempo, fui alabado tanto por mi joven esposa como por el pueblo de Cilicia. —Sonrió.

—¿Qué pasó?

—Se me exigió abandonar la autoridad papal y unirme a la Iglesia Armenia. —Frunció el ceño y luego su mirada se desvió por un momento, pensativo—. Fue una promesa que hice en el momento de mi coronación y que no cumplí.

—¿Qué os dividió? No entiendo las diferencias.

—Hay muchos puntos en los que Roma y la Iglesia Armenia no están de acuerdo. Tras una profunda reflexión, no creo que sean suficientes para condenar a ninguno, pero el cisma nunca se ha reparado, aunque han acordado discrepar.

—También hubo muchas decisiones mal tomadas por mi parte -o al menos con malos resultados- durante mi tiempo en Cilicia. Individualmente, fueron suficientes para alejar a la gente que una vez me aclamó. Juntas con las insinuaciones y subterfugios del barón Constantino, fueron suficientes para firmar mi sentencia de muerte.

—En mis peores días -y hubo *bastantes* hacia el final de mi matrimonio- nunca creí que mi vida estuviera realmente en peligro. Él amenazó con atarme a una roca y dejarme a mi suerte, pero no creo que se molestara en hacerme daño de verdad. —Maggie resopló. La conmoción le robó el aliento.

—¿Os amenazó? —La cabeza de Felipe se giró, sus ojos brillando.

—No le tomé en serio. Ni vos deberíais hacerlo.

La mirada del francés prometía venganza, y Maggie se alegró de que fuera poco probable que Felipe encontrara al conde de Mar.

—Decidme cómo escapasteis.

Felipe se relajó un poco y reanudó su relato. El horror burbujeaba en el estómago de Maggie mientras él terminaba su historia, reconociendo lo cerca que estuvo de la muerte.

—Esto ha sido difícil. No deseaba morir, luché contra la conspiración de Constantino con todas mis fuerzas. Al falsificar mi muerte, abandoné todo lo que valoraba, decidido a empezar de nuevo, aunque no sabía a dónde me llevaría mi camino. Luego os descubrí a vos, y luché contra formar una relación con vos también, pues no podía ofreceros nada. El barón MacLean me ha dado la oportunidad de convertirme en alguien nuevo, alguien -rezo- mejor de lo que era, y la oportunidad de casarme con vos. —Las yemas de los dedos de Felipe golpeaban su rodilla.

—No puedo creer... no puedo comprender lo que habéis soportado —murmuró—. A pesar de rebelarme contra el matrimonio con el conde simplemente por reconocimiento social, los primeros días fueron sorprendentemente idílicos. Se me concedieron todos los privilegios de mi rango y me trataron bien. —Dudó mientras un escalofrío recorría su cuerpo—. Una vez que ya no fui útil, eso cambió.

—Somos una buena pareja. Rechazados tan pronto como nuestra utilidad terminó. Ahora estamos fuera del pacto de la iglesia y eclipsados por cónyuges cuyas promesas hacia nosotros han sido rotas, aunque ambos aún viven. —Maggie inhaló una refrescante bocanada de aire

marino, cargado con los aromas más terrenales de barro y focas. Después, sonrió.

—Hice lo que pude para asegurar que Zabel fuera libre de seguir su vida en la forma que eligiera. Lamento el dolor que le causé. Ella me amaba lo suficiente como para enviar a mi sirviente a advertirme, arriesgando su vida para hacerlo. Creo que Constantino es lo suficientemente astuto como para mantenerla con vida, incluso si solo es para manipular el trono a través de ella. Zabel es amada por el pueblo, así que no se arriesgará a hacerle daño. Es joven y con el tiempo dejará de estar de luto.

—Leana insistió en que erais un príncipe. —Maggie se rio suavemente.

—¿De verdad? ¿Por qué? —Felipe parpadeó.

—Por vuestros modales, vuestra voz... y ella es una muchacha fantasiosa. Quería creer que veníais de una casa noble.

—¿Qué creéis vos?

—Creo que lo que *fuisteis* no importa tanto como quién sois.

—¿Eso significa que os casaréis conmigo? Ya no soy un príncipe, pues eso está para siempre en mi pasado y nunca debe mencionarse. Tomaré el nombre de MacLean y me convertiré en alguien nuevo. Dedicado a mi nuevo país... y a mi nueva esposa, si aceptáis.

—Quería... quería tanto ser libre. ¿Cómo sabré si tengo éxito...? —Maggie miró a lo lejos. Pájaros blancos giraban contra un cielo azul. Aguas color esmeralda se precipitaban en las profundidades del mar.

—¿Si estoy ahí para ayudaros? ¿Por qué esto debería disminuir vuestro éxito? ¿Por qué no puedo ayudar a alguien a quien amo?

—¿Amor? —La mirada de Maggie se fijó en la suya—. Habláis de protección y alianza... y atracción. —Inclinó la cabeza—. ¿Amor?

—*Mon coeur*, os respeto, os admiro y, sí, os amo. Aunque eso pueda mostrar muchas transformaciones con el tiempo. No espero que un amor bien cuidado sea algo pasivo. ¿Estaríais de acuerdo?

—No entiendo el amor. Lo deseo, mi corazón anhela el sueño esquivo. Pero no sé cómo reconocerlo o nutrirlo. —La luz del sol caía de lleno en el rostro de Maggie.

—Así, Maggie, amor. —Felipe colocó sus palmas a ambos lados de su cara, tan suave como la brisa matutina. Tocó su frente con la suya. Besó su sien, dejó un rastro de besos por su mejilla. Sus dedos se entrelazaron con el enredo de su cabello, el leve tirón contra las hebras enviando chispas corriendo bajo la piel de Maggie—. Prometo honraros, poner vuestras necesidades por encima de las mías y daros cada centímetro de mi corazón.

Lágrimas se deslizaron bajo los párpados cerrados de Maggie y se acumularon bajo los pulgares de Felipe. Este dudó, sin estar seguro de sus pensamientos, luego la atrajo hacia su regazo, acurrucando su cabeza bajo su barbilla. La joven levantó las rodillas como una niña y descansó contra él mientras sus respiraciones entrecortadas se calmaban.

—¿Podéis decirme qué os hizo llorar, *mon coeur*? No deseo causaros eso de nuevo.

—No sois vos, Felipe. Nadie me ha deseado antes por lo que soy. Todo lo que tengo es a mí misma y una pequeña isla que produce buen hidromiel.

—Excelente hidromiel, si mal no recuerdo. —Rio y el corazón de Felipe suspiró.

—Son lágrimas de felicidad —dijo—. Me dijisteis que soy preciosa para vos sin preguntar por una dote o cualquier otra compensación. No sé qué hacer con esto más que decir que sí, me casaré con vos.

—Seríais una tonta si me rechazarais, ¿no es así?

Maggie se estremeció y una carcajada estalló de sus labios. Satisfecho con el conocimiento

de que ella se había comprometido voluntariamente con él y de que él la había hecho reír, Felipe sonrió. Maggie se llevó una mano a la boca, con los ojos abiertos de alegría. Él besó sus dedos. Ella apartó la mano y sus labios tocaron los suyos. Sus dedos se deslizaron por su barba, subiendo por el lado de su cara. La respiración de él se volvió trabajosa.

—Quizás deberíamos echar un vistazo a las cuevas antes de que alguien nos busque —susurró Maggie.

—Dadme un momento para calmarme —gruñó.

Las mejillas de Maggie se sonrojaron y saltó de su regazo. Otra risita se le escapó al observarlo, así que él profundizó su ceño y gruñó de nuevo. Ella bajó por el sendero danzando, sin preocuparse por la hierba mojada.

—Las cuevas están por aquí, creo. —Se detuvo, con las manos en las caderas, mirando los acantilados. Con una sacudida de la cabeza, se movió hacia la derecha, inclinando la cabeza en concentración.

Felipe inhaló profundamente, tratando de calmar su cuerpo. La deseaba, y se alegraba de que ella no pareciera angustiada por futuros encuentros, pero los efectos de tenerla acurrucada contra él y de su beso dispuesto en sus labios tardaban en desaparecer.

—No veo... —Maggie se alejó más, deteniéndose entre dos grandes rocas. De pronto, tras un grito, desapareció.

Capítulo 25

—¡Maggie! —Felipe se sobresaltó.

Las aves revolotearon en el aire en una vorágine de plumas y graznidos desde las rocas donde Maggie había estado un instante antes. El corazón de Felipe latía desbocado. La náusea le revolvía el estómago. Cruzó el césped de un salto, esquivando las rocas en su camino. Al llegar al sitio, miró dentro de un agujero estrecho a sus pies.

—¡Maggie!

—Sí. Estoy... ¡ay! Estoy ilesa... casi. ¡Oh, deberíais ver esto!

Su corazón aleteó y luego desaceleró su frenético ritmo. Tragó el amargo sabor de la bilis en la parte posterior de su garganta. «Ella está a salvo». Se inclinó y miró dentro de la abertura. Para su sorpresa, pudo ver a Maggie. Aunque las sombras moteaban su forma, había luz detrás de ella y se dio cuenta de que el pozo debía tener también una abertura hacia el mar en los acantilados de abajo.

—Voy para allá. —Se sentó y, empujando los pies más allá de la hierba enmarañada alrededor del borde, se deslizó en el agujero. Enseguida, sus botas aterrizaron suavemente sobre arena húmeda, deslizándose sobre piedras del tamaño de sus puños o más grandes. Se levantó lentamente para asegurarse de no golpearse la cabeza con el techo sorprendentemente bajo y buscó a Maggie. Allí, la joven se frotaba distraídamente una cadera mientras miraba una columna en una cueva que continuaba más allá del alcance de la luz. Una mancha oscura ensuciaba la tela de su vestido.

—¿Qué pasó?

—Oh, el lugar donde estaba de pie simplemente cedió. Me torcí el tobillo en esas pequeñas rocas cuando aterricé y caí de culo en una piedra más grande. Nada de qué preocuparse, aunque puede que necesite ayuda para volver a la casa comunal. —Maggie lo miró y luego bajó la vista. Movié una mano, apartando su preocupación y llamándolo con un gesto—. ¡Mirad! ¡Runas!

Satisfecho de que no había sufrido una gran herida, Felipe se acercó a su lado, inclinando los hombros para no bloquear la luz que entraba en la cueva. La piedra pálida que ella señalaba era diferente de la roca negra del resto de la isla. Líneas sombreadas que parecían rastros de aves recorrían la columna. Tocó la superficie con un dedo, siguiendo los tallados.

—¿Qué creéis que son?

—No lo sé, pero deben ser algún tipo de escritura. Sospecharía que son runas nórdicas, aunque ahora os he dicho todo lo que sé sobre ellas. ¿Creéis que Asatrus o alguno de los otros podría saber? —Maggie se encogió de hombros.

—Puede ser. Aunque no me gusta que los niños sepan de esto. Es un lugar potencialmente peligroso. —Felipe miró alrededor de la pequeña cámara. El agua golpeaba sus botas—. Hay acceso al mar. —Su mirada recorrió las paredes—. Mirad donde cambia el color de la piedra. Con la marea alta, la cámara se inunda casi hasta el techo.

—Deberíamos tener cuidado. Quiero explorar más. —El jadeo de Maggie le indicó que reconocía el peligro y miró hacia abajo.

—No sé cuán rápido sube el agua. Quizá deberíamos salir y luego volver con una cuerda resistente para facilitar nuestra escapada la próxima vez. —Felipe se rio suavemente.

Maggie frunció el ceño, mirando desde el fondo de la cueva hasta la luz que se reflejaba en

la superficie de un charco poco profundo que no había estado allí unos minutos antes. Felipe estaba seguro de ello.

—No sé si puedo sacaros del agujero, y no os dejaría una vez que el agua comience a subir de verdad. —Suspiró. Su mandíbula se tensó con una leve inclinación hacia adelante que Felipe había llegado a reconocer como el máximo nivel de terquedad de su amada—. Deberíamos irnos mientras podamos, aunque volveré. ¿Vendríais conmigo?

—Si prometéis no volver aquí sola, regresaré con vos dentro del próximo día completo, siempre que sea seguro hacerlo. ¿Os parece bien?

Maggie asintió, pero él vio la mirada de anhelo que lanzó una vez más a los rincones oscuros de la cueva.

—Venid. Colocad vuestro pie en mis manos y os levantaré por el agujero. —Felipe plantó los pies y se inclinó ligeramente hacia adelante.

Maggie miró desde sus manos ahuecadas al agujero como si estuviera calculando la distancia. Él sonrió.

—Prometo hacer todo lo posible para no golpearos la cabeza contra el techo. Creo que sois lo suficientemente ágil para hacerlo.

—Adelante. —Aceptó su desafío con una ceja levantada. Tras recoger su falda, colocó una bota baja en sus manos y luego apoyó las palmas contra sus hombros.

—Aseguraos de que el borde esté firme antes de poner vuestro peso sobre él. —Felipe la levantó y su cabeza además de sus hombros pasaron fácilmente por el agujero.

Maggie dudó, luego se impulsó hacia arriba mientras él la sostenía. Un momento después, estaba libre y su cara apareció sobre él.

—No creo que pueda levantaros.

—Si puedo empujar esta roca bajo el agujero, creo que puedo usarla para salir. —Miró alrededor de la cueva. Dos o tres piedras grandes yacían dispersas en la arena. Empujó contra la más grande y cedió ligeramente bajo su mano. Empujó con más fuerza, poniendo todo su peso contra la piedra. Se movió un poco más antes de asentarse de nuevo en su posición original.

—Tened cuidado, Felipe. —Su tono suave lo tomó por sorpresa. Había escuchado demasiadas pocas palabras amables últimamente. Su ánimo se alivió. Su decisión de casarse con Maggie había sido una buena.

Volvió a balancear la roca. El agua del mar giraba alrededor de sus botas, llevándose la arena. Miró al suelo, que ahora tenía más de dos centímetros de agua. La ola retrocedió y luego regresó, llenando la cámara un poco más. Seguidamente, Felipe puso el hombro contra la roca, sincronizando su empuje con el momento en que la marea volvía a entrar. La piedra se movió y luego se asentó de nuevo en la arena con un pequeño chapoteo. Tomó aire y afirmó su postura. Y empujó una vez más. Esta vez, la roca osciló hacia un lado durante un largo momento antes de resbalar de las manos de Felipe. Dio un salto hacia atrás, manteniendo los pies alejados de la piedra mientras ésta volvía a caer en su lugar con un ruido sordo.

—¿Está funcionando? —La preocupada voz de Maggie se escuchó desde arriba.

—Sí. Un empujón más debería bastar. —Miró el agua, captando el ritmo de las olas que ahora danzaban hasta los tobillos sobre sus botas. Cerrando brevemente los ojos, murmuró una oración. La marea se retiró de la cámara, dejando algas y pedacitos de conchas a su paso. Esta volvió a subir y Felipe empujó contra la piedra con todas sus fuerzas. El agua golpeó la roca, subiendo en una ráfaga de espuma. Su mano resbaló sobre la piedra mojada y cayó, raspándose la muñeca y la mejilla contra la roca áspera. Esta última rodó hacia un lado con un chapoteo. Felipe se apoyó en una mano y una rodilla, y luego se incorporó. El agua se precipitó hacia la

pequeña cavidad dejada por la base de la roca, girando en remolinos antes de deslizarse de nuevo hacia el mar.

—¿Felipe?

—Creo que lo logré. Dadme un momento para ver si esto me da suficiente altura. —Se limpió las manos con un movimiento hacia abajo contra sus pantalones. A continuación, colocó un pie sobre la superficie superior de la roca, luego probó con su peso. Su bota resbaló un poco y ajustó su posición. De repente, más agua entró en la cueva, llenando esta vez el pequeño acceso al mar y bloqueando la luz. Solo el agujero arriba permitía que los rayos del sol entraran en la cámara.

Algo brilló, llamando su atención. Parpadeó y giró la cabeza lentamente para encontrar de nuevo el resplandor. ¿El brillo del agua en las piedras más oscuras de la cueva? ¿O algo más? Las olas retrocedieron, perezosas ahora que la marea aparentemente había alcanzado un nivel similar fuera. Al retroceder, la luz desde arriba volvió a reflejarse en el brillo. Felipe se bajó de la piedra y se acuclilló junto a la depresión que había dejado la piedra que había volcado en el suelo de la cueva. Un trozo de madera, plateado y picado por la edad y la descomposición, sobresalía de la arena. Además, junto a este, había un pedazo de oro.

Felipe rápidamente apartó la arena y sacó el trozo plano y redondo de oro de su nido acuoso. Lo levantó hacia la luz, girándolo lentamente de un lado a otro. La escritura cúfica fluía alrededor de los márgenes y cinco líneas se centraban en cada lado de la moneda. «¿Un dirham de oro? ¿Aquí?» Rápidamente buscó en la hendidura mientras la arena y el agua giraban para cubrir el agujero. El trozo de madera resultó ser la tapa de una pequeña caja, una de seis losas una vez clavadas juntas y atadas con bandas de metal que habían caído a un lado. Esparcidos en la arena, Felipe descubrió seis monedas de oro más y un pequeño alijo de objetos oscuros, planos y redondos. ¿Monedas de plata? Enseguida, cavó más profundo, su mano golpeando otros objetos mientras las olas se adentraban más. El agua rozó el asiento de sus pantalones, recordándole el peligro de la marea creciente. Entonces, se puso de pie, se quitó la túnica y la extendió sobre la roca, luego agarró las monedas, lavándolas brevemente en el agua para quitarles la mayor cantidad de arena posible. Cuando colocó un gran número de ellas en su camisa, la enrolló en una bola y ató las mangas juntas para asegurar el paquete. Se subió a la roca, la parte superior de su cabeza asomando por la abertura de la cueva lo suficiente como para ver fuera. Por su parte, Maggie lo miraba ansiosa. Sonrió y le entregó el paño enrollado.

—Había más en la cueva que runas antiguas. —Agarrándose del césped, se levantó del agujero y rodó de lado antes de ponerse de pie. Maggie le entregó el paño, sus ojos recorriendo su pecho desnudo, los labios atrapados entre la apreciación y la preocupación.

—Vuestra mejilla. ¿os duele?

—No es más que un rasguño. Aquí. —Felipe sacudió la cabeza. Desenrolló su túnica—. Extendió las manos.

—Por Dios, ¿qué es esto? —La joven lo hizo, y él lentamente vertió las monedas. En ese momento, su boca se abrió de sorpresa.

Maggie miró a Felipe, esta vez a los ojos, aunque con gusto se hubiera quedado un momento más -o dos- mirando sus bien musculados hombros y su vientre firme. Y acababa de aceptar su propuesta de matrimonio... Oh, Dios. El conde había sido mucho mayor. Maggie tragó saliva y contuvo sus pensamientos.

—Esto, *mon coeur*, es parte de lo que parece ser el rescate de un conde en monedas de oro y plata. —Felipe colocó sus manos debajo de las de ella, sosteniendo el peso de las monedas. El calor fluía de sus palmas.

Sorprendida, estudió los trozos negros y plateados en sus manos. Y oro. El oro brillaba entre el resto.

—¡Vaya! —se desplomó contra una roca, con los ojos en la pequeña fortuna. Le dedicó a Felipe una breve mirada—. ¿Estas son monedas de plata? ¿Y de oro?

—Sí. Estos dírham son una moneda que se encuentra desde España hasta el Lejano Oriente, aunque las de oro son bastante raras y muy valiosas. Se habrían intercambiado en todo el norte por artículos tales como pieles finas y marfil. —Escogió una moneda de oro y la levantó—. ¿Veis? Mirad estas marcas —la punta de su dedo siguió el texto alrededor del borde—, está inscrita en árabe, escritura cúfica: «*En el Nombre de Dios, este dinar fue acuñado en Nishapur en el año 444*».

—¿Es una moneda sarracena? —Maggie miraba fijamente la plata y el oro en sus manos, asombrada de lo lejos que habían viajado las monedas.

—Sí. Será necesario limpiar un poco las de plata, aunque parecen poco afectadas por el entierro en agua salada durante todos estos años.

—¿Cuánto tiempo suponéis que han estado allí? —Maggie miró el agujero en el suelo.

—No creo que la gente de Hola hubiera dejado esta fortuna aquí si la hubieran conocido. Tuvo que haber sido enterrada aquí mucho antes de que llegaran los monjes. —Se encogió de hombros.

—¿Dijisteis que había más?

—Sí. Pero debemos encontrar una mejor manera de explorar sin correr el riesgo de ser atrapados por la marea. Una vez que esta baje, volveremos a mirar.

Maggie apenas notó el dolor en su tobillo o el pinchazo en su cadera mientras ella y Felipe volvían sobre sus pasos hacia la casa comunal. Intentó controlar su emoción por las monedas, pero la anticipación de anunciar que ella y Felipe se iban a casar mantenía una sonrisa en su rostro que no podía ocultar. En cuanto a Felipe, había enterrado las monedas bajo una roca cerca del agujero, una decisión que Maggie aprobaba, y luego se volvió a poner la túnica, algo con lo que ella no estaba tan contenta. Como si su propuesta le hubiera dado nuevos ojos, descubrió que apenas podía apartar la mirada de él, y le encantaba todo lo que veía: fuerza casual en la longitud esbelta de su paso. Una sonrisa rápida con un toque de intimidad brillando en sus ojos marrones oscuros. Manos hábiles que le sujetaban el codo y le daban ayuda inmediata si tropezaba. La baja y dulce cadencia de su voz mientras le contaba su encuentro con el barón MacLean.

—Una vez que hayamos completado las defensas aquí, veremos qué hay que hacer en la frontera norte de MacLean. ¿Estáis dispuesta a hacer esto?

—Dejar Hola. —Maggie forzó las palabras más allá del dolor en su pecho—. He llegado a apreciar a la gente de aquí, pero solo les traeré penas con mi presencia. —Suspiró mientras se detenía—. Se han gobernado a sí mismos durante estos muchos años. Dudo que mi ausencia se note de una manera u otra. Al menos, no por mucho tiempo.

—Seréis diferente de los demás que les han gobernado, *mon coeur*. Os conocerán por la forma en que os preocupáis por ellos y hacéis lo posible para que no solo sobrevivan, sino que prosperen. Navegaremos aquí un par de veces al año y nos aseguraremos de que las cosas estén a vuestro gusto. —Sonrió—. Y para visitar a los amigos que habéis hecho aquí. Les ayudaremos a expandir su huerto y la producción de hidromiel, nos aseguraremos de que no les falte nada durante el invierno y dejaremos de ser acosados por piratas. —Su entusiasmo era contagioso, y Maggie pensó que podría vivir con la versión de su sueño de Felipe. Luego, este apoyó su frente contra la suya—. Y lo que sea necesario. Esto os lo prometo.

—Nunca había considerado casarme de nuevo, aparte de decidir que no quería, no lo había

vuelto a pensar. Ojalá os hubiera conocido antes que al conde. —La felicidad burbujeaba en su interior.

—Lo entiendo. A pesar de ello, las experiencias en nuestras vidas antes de este momento nos han hecho quienes somos, nos han hecho perfectos el uno para el otro. Me alegra que mi futuro os tenga en él.

Todo el cuerpo de Maggie se calentó, vibraba de deseo. Sus rodillas amenazaban con fallar en su cometido, y se apoyó en Felipe, aceptando el apoyo que él ofrecía. Puso su mejilla contra su pecho, sin prestar atención a la fría y húmeda tela contra su piel. El latido de su corazón resonaba bajo su oído. La mano de su amado descansaba en su cintura, los dedos cálidos y firmes. Ella se acercó más y sus brazos la envolvieron, una barrera sólida contra las dudas que se filtraban desde las sombras.

«Sé tan poco de él. Es tan diferente de mí, de lo que he conocido. ¿Cumplirá sus promesas?» Lo desconocido se fusionaba con las burlas del pasado. «Me poseerá. Seré suya para hacer lo que le plazca, me perderé en su casa y me olvidaré de mí misma». Aspiró bruscamente.

—¿Qué os preocupa? Os sostendré hasta que os sintáis consolada, pero haría más si me lo permitís. —Los labios de Felipe se presionaron contra la parte superior de su cabeza.

—Es un gran paso. Será un matrimonio de nuestro propio consentimiento, sin contrato vinculante, sin raíces en la ceremonia. ¿Durará? ¿Somos lo suficientemente parecidos o encontraremos nuestras expectativas demasiado diferentes?

—Creo que somos más parecidos que diferentes. Pero, sí, nuestras opiniones a veces diferirán. Es de esperar. Sugiero que tomemos las próximas semanas mientras terminamos los asuntos aquí y nos conozcamos y entendamos más —murmuró, ya sea en reconocimiento o acuerdo.

—¿Haríais esto? ¿Esperaríais? —Se apartó un poco para poder ver su rostro.

—Maggie, para asegurarme de que entráis voluntariamente en este matrimonio, haría muchas cosas. No deseo entrar en un matrimonio entre dos personas que no son compatibles. Vos y yo hemos estado casados antes, y no resultó bien. —Apoyó una palma en su hombro y luego lentamente deslizó sus dedos por su brazo.

—No creo que esperemos mucho. —De pronto, un fuego se encendió bajo la piel de Maggie y tensó su vientre, agitándole la respiración.

Capítulo 26

Maggie se aferró la mano de Felipe y él disfrutó del toque reconfortante. Su ceño se frunció ligeramente con un atisbo de pesar, pero las comisuras de sus labios se inclinaban hacia arriba, sus labios aún suaves e hinchados del beso que había terminado solo unos momentos atrás.

—Si anunciamos nuestro compromiso, nos vigilarán, nos mantendrán separados para evitar que nos adelantemos a los acontecimientos. —Un rubor tiñó sus mejillas y suspiró—. Si realmente deseamos conocernos, no creo que nos favorezca estar constantemente mirando por encima del hombro, preocupados por lo que piensen los demás. —Sonrió—. ¿Esperáis mantener a todos en la oscuridad cuando no puedo hacer otra cosa que permanecer en vuestra presencia, miraros como si fuerais la razón de mi próximo aliento?

El rubor de Maggie se intensificó, extendiéndose más allá de la línea de su cabello y bajando hasta las áreas ocultas bajo el escote de su vestido. A él le encantaba la intensidad de su respuesta.

—No sé qué pensar, Felipe. Esa es la verdad. Habéis puesto mi vida patas arriba y apenas os conozco.

—Vamos, *mon ange*, ahora sabéis mucho más de mí que hace unas pocas horas, y aun así aceptasteis mi propuesta.

—Decís las cosas más simples con tanta... —lo estudió, los ojos entrecerrados con curiosidad. Poco después, agitó una mano, buscando una palabra que se le escapaba—. No es precisamente una historia de dulzura y luz, pero no puedo evitar encontraros agradable, intrigante y... digno de confianza.

—¿Digno de confianza? Si es así, sois la primera en comentarlo en mucho tiempo. —La culpa barrió a Felipe, recuerdos oscuros que atenuaron la luz de la mañana. Su sonrisa gentil lo tranquilizó, le recordó por qué deseaba unirse a ella por el resto de su vida—. Me animáis a ser un hombre mejor de lo que he sido estos últimos años, Maggie.

—Eso espero —bromeó ella—. Tenemos muchos años por delante, si Dios quiere. —El agarre en su mano se tensó—. Felipe, ¿os importará si no tenemos hijos?

—No os preocupéis demasiado. Espero tener una vida satisfactoria con vos, ya sea que recibamos a un niño en nuestros corazones o no. Y ahora, por mucho que desearía lo contrario, debo hacer tiempo para los hombres que están descargando nuestros suministros. Una vez que haya asignado las tareas, volveremos a la cueva, si la marea lo permite. ¿Estáis de acuerdo en avanzar con la renovación de la abadía con el propósito de expandir el huerto y el proceso de fabricación de hidromiel en lugar de usarla como una casa señorial? —Besó la punta de su nariz.

—Sí, aunque tengo una sugerencia para una parte de las monedas, y tal vez un uso algo diferente para el monasterio, si me escucháis. —Maggie se detuvo, con una expresión pensativa en su rostro.

—Sí. ¿Qué opináis?

—Fui reprendida por mi falta de compromiso con la iglesia cuando me negué a retirarme al convento por insistencia del conde. —La tranquila aceptación de sus posibles cambios de planes reconfortó su corazón y la animó.

—La abadesa vio una bolsa llena del conde y no le agradó perderla.

—Exactamente. Acabamos de descubrir suficientes monedas para enviarle a la abadesa y compensar su pérdida. —Maggie asintió ante la observación irónica de Felipe.

—¿Queréis compraros el camino de vuelta a las buenas gracias de la mujer y, por ende, del Todopoderoso?

—Quiero allanar el camino para una aceptación más fácil de nuestro matrimonio. Vuestra vida ha cambiado por vuestros lazos con el barón MacLean. Yo no tengo tal patrocinador y no deseo ser la única con una mancha en mi nombre. —Exhaló con disgusto.

—Es vuestra decisión, mi amor. No me importa si la abadesa nos acepta. Entiendo cómo sus palabras os hirieron. No tenía derecho a hacerlo.

—Dejaremos esto para considerarlo más adelante. La abadía, si no voy a vivir aquí, podría ser mejor utilizada como alojamiento para los guardias. Ampliar una o dos habitaciones para el almacenamiento de hidromiel, pero usar el resto como estaba previsto: cocina, vivienda y alojamiento que no interferiría con la vida de los isleños.

—Creo que habéis dado con la solución. Es vuestra decisión por completo y me siento honrado de ayudar en lo que pueda. —Felipe le regaló una sonrisa brillante.

—Tal vez debería preguntar a Asatrus e Ingrida cómo esto les afectaría. —Maggie casi zumbaba de emoción ante las posibilidades que tenía ante ella.

—Parece que ambos tenemos trabajo por hacer hoy. Encontrémonos en la comida del mediodía y discutiremos lo que hemos aprendido.

Maggie le dio un rápido beso en la mejilla, todavía asombrada por el giro abrupto que había tomado su relación y consciente de que un beso más largo era inevitable si apuntaba a sus labios...

Felipe se alejó, ignorando la brisa que atravesaba su túnica húmeda, pues los pensamientos de Maggie mantenían su cuerpo bien calentado. Pasó por alto la mirada estrecha y cuestionadora de Balgair, agachando la cabeza para que el hombre no viera la sonrisa que su mirada provocaba. Quizá más tarde confiara en el escocés. Con la bendición de Maggie, por supuesto.

—¿Qué queda a bordo del barco?

—Están casi terminando. —Balgair se frotó la barba, inclinó la cabeza hacia el montón de cofres y barriles que alineaban el muelle—. Solo esperamos vuestro juicio sobre dónde deben ir estos objetos.

—Nuestros planes han cambiado un poco. Os contaré por qué más tarde, pero la abadía será restaurada a su forma original, no como una casa señorial. La renovación, por tanto, debería ser más fácil, o al menos más rápida, de lo que pensábamos. El trabajo en las defensas de la casa comunal seguirá como se planeó.

—¿No deberíais cambiaros de ropa, muchacho? A *lady* Maggie no le gustará que os pongáis enfermo por llevar una túnica mojada. —Las cejas tupidas y levantadas de Balgair invitaban a una explicación del estado desaliñado de Felipe, pero este desechó su curiosidad y volvió su atención a los contenedores en el muelle.

—Ah, quería deciros —continuó Balgair—, hay una caja etiquetada para mi señora, que está a un lado. No sé qué hay dentro. El capitán dijo que venía por orden del mismísimo barón.

Felipe se acercó al cofre de madera tallada, ligeramente apartado de las cajas toscamente labradas. Dos bandas de metal ligeramente deslustrado lo mantenían cerrado, el fondo elevado casi a un palmo del suelo. «No era una caja de carpintero, sino un cofre de dama».

—La llevaré a la casa comunal y me pondré una túnica seca mientras estoy allí —señaló las herramientas empaquetadas en cajas de madera—. Llevad estas a la abadía. Trasladaremos las tablas una vez que hayamos fabricado un pequeño trineo. —Volvió al muelle mientras cuatro

hombres se dirigían a la abadía con cajas en los hombros. Al ver al maestro carpintero, Munro, avanzando hacia él, Felipe esperó la llegada del corpulento hombre.

—Gracias de nuevo por venir, Munro.

—Sí, sí. ¿Estáis listo para empezar? —El carpintero asintió impacientemente.

—Venid. Os mostraré el camino a la abadía.

* * *

Maggie miró a su alrededor. Todo parecía normal, aunque ocupado, cerca del puerto, una aparente imposibilidad después de las decisiones que acababa de tomar. La idea de la propuesta de Felipe había cambiado por completo su mundo. ¿Cómo podían continuar las tareas mundanas ante un cambio tan enorme?

A esta distancia, los hombres eran apenas siluetas oscuras contra la roca y la arena gris, moviéndose del barco al muelle, apilando una gran cantidad de cajas cerca de la orilla. Formas más pequeñas se deslizaban entre las suaves olas que lamían las arenas del lado sur del puerto mientras los niños pescaban platijas. Una delgada línea de humo se elevaba desde los restos de la hoguera de la noche anterior, donde las mujeres aprovechaban las brasas bajas para ahumar los peces que los hombres habían pescado anteriormente.

«¿Cómo será el invierno aquí? ¿Llegan a ver la nieve? ¿Las tormentas barren la isla desde el mar para atormentarla? ¿Se prohibirá el acceso a los barcos al puerto debido al viento y al hielo? ¿Cómo afrontan las personas la soledad de las largas y amargas noches?» Ya no estaba segura de que alguna vez conocería las respuestas. Maggie sacudió esos pensamientos de su mente y cubrió la distancia restante hasta la casa comunal. Vio a la esposa de Asatrus entre las mujeres que ahumaban pescado.

—Ingrida, ¿puedo hablar con vos un momento?

Los ojos de la mujer brillaron -¿de irritación o alivio?- un instante antes de que asintiera y guiara a Maggie unos pasos más allá, donde la brisa que alimentaba las brasas del fuego barrería sus palabras lejos de oídos curiosos.

—¿Qué puedo hacer por vos, *Freya*? —Los ojos cuidadosamente velados de Ingrida no revelaban nada.

—¿No les agrado? —soltó Maggie, para nada lo que quería decir.

—No os conozco lo suficiente, *Freya*. Dadnos tiempo. —La vacilación de Ingrida fue breve, pero trajo una punzada al corazón de Maggie.

—Aunque llevo aquí una quincena, no os he convencido de que deseo lo mejor para la gente de Hola. ¿Soy igual que los otros que han reclamado la isla en el pasado?

—No. No sois como los demás. Pero no sois una de nosotros. —La mujer parpadeó, su compostura tambaleándose un poco.

—¿Por qué?

—Estáis acostumbrada a cosas más finas, *Freya*. Somos gente sencilla, agradecida por lo que la isla nos da cada año. Vuestros modos tientan a los niños a cambiar, a desear más de lo que es su derecho de nacimiento. Les encantan vuestras historias, pero no es justo hablarles de cosas que nunca conocerán. —Ingrida suspiró.

—Ya veo. —Maggie se mordió el labio. A pesar de las horas dedicadas a aprender las tareas y necesidades de todos los que vivían aquí, apenas era tolerada, tal vez cautelosamente bienvenida. ¿Cuántos suspirarían aliviados cuando se fuera? —Ha habido algunos cambios. Hablé con Felipe esta mañana y trae noticias del barón MacLean.

La curiosidad ensanchó los ojos de Ingrida.

—Estoy comprometida a ver prosperar a Hola. Y a su defensa. Pero ya no viviré aquí, aunque regresaré de vez en cuando. —Maggie se giró con un movimiento de sus faldas, paseando mientras sus pensamientos se convertían en palabras y se enfrentaba a Ingrida—. ¿Qué veis como la mayor necesidad de Hola?

—Protección —la respuesta de Ingrida fue inmediata—, aunque no deseamos alojar una horda de guerreros que no harán más que comer y ocupar espacio.

—Hasta que sean necesarios.

—Sí. Hasta que sean necesarios. —Ingrida extendió las manos—. Ahí radica nuestro problema. No tenemos a nadie que enseñe a nuestros hombres a ser guerreros, y dudo que haya muchas mujeres aquí que deseen ver a sus maridos e hijos abrazar la violencia. Habéis notado que nuestros números son pocos, y agregar hombres de combate afectará nuestras provisiones.

—¿Y si se pudieran enviar hombres aquí que acordarían ayudar con el funcionamiento diario de la isla, que pudieran tomar las armas cuando fuera necesario? Y cuyo alojamiento no interferiría con vuestras vidas.

—¿No necesitarían también tiempo y espacio para perfeccionar sus habilidades? —Ingrida negó con la cabeza—. Esto solo expondría a nuestros niños a la violencia, nos cambiaría. Cambiaría nuestra forma de vida.

—Podría evitar que os masacrasen los piratas enfurecidos.

—Tenemos todo lo que necesitamos para vivir aquí como siempre, criando ovejas y haciendo hidromiel. El cambio no es bienvenido. Si los piratas nos dejaran en paz, no necesitaríamos nada más. —Ingrida se mordió el labio.

—¿Cuántos años llevan viniendo aquí?

—Han venido cada año durante al menos los últimos diez o quince veranos, aunque con menos frecuencia antes de eso. Recuerdo, de niña, escuchar a mis abuelos susurrar que venían por el tesoro de Hola. —Ingrida se encogió de hombros, con la mirada perdida mientras consideraba la pregunta. Sonrió—. Nuestro hidromiel ya era bien considerado entonces.

—¿El tesoro de Hola? ¿Así llamaban al hidromiel? —Maggie se sorprendió.

—Por supuesto. ¿Qué otra cosa podría ser?

* * *

Maggie y Felipe coronaron la colina, dejando atrás la casa comunal, y la presión de las miradas que se habían posado en ella durante la comida desapareció. Nada perturbaba la paz más allá de los ladridos distantes de las focas y el suave choque de las olas contra las rocas mientras la marea bajaba. La hierba fibrosa agitaba sus copas esponjosas con la brisa. La luz del sol se inclinaba contra los peñascos dispersos, proyectando sombras hacia el este. Buscó los dedos de Felipe y su mano se cerró sobre la suya. Él se detuvo, deteniéndola a ella también mientras la atraía hacia él, su boca descendiendo hambrienta sobre la suya. Todo su cuerpo se inflamó tan brillantemente como una antorcha recién empapada en brea. Su cuerpo respondió al de ella, el deseo aumentando mientras el beso la consumía. Por ello, olvidó lo que quería decirle.

Sus dedos se deslizaron por las pesadas ondas de su cabello, tirando suavemente mientras exigía más. Felipe accedió, presionándola contra sí, apretando su dura erección contra su muslo. Su respiración se agitaba, su vientre se tensaba, y ni cien piratas enfurecidos podrían haberla alejado.

«Piratas». La claridad chisporroteó. Maggie parpadeó y la memoria resurgió. «Piratas». Rompió el beso, presionando su frente contra el cuello de él mientras se relajaba contra su pecho.

El corazón de él latía salvajemente, su respiración entrecortada casi ocultando el acelerado ritmo.

—Piratas.

—¿Qué?

—Ingrida dijo que estaban buscando el tesoro de Hola, pero siempre pensó que era el hidromiel.

—¿Los piratas pensaban que el hidromiel era el tesoro? ¿Y qué hay de las monedas en la cueva?

—No. Ingrida me dijo que los piratas han estado acosando a la gente de Hola desde antes de que ella naciera. Recordaba a su abuela diciendo que los piratas habían exigido una vez el tesoro de Hola. Obviamente, nadie aquí sabe de lo que descubristeis, y han estado enviando a los piratas con una parte del hidromiel desde entonces. —Maggie suspiró y se apartó.

—¿Por qué aceptarían los piratas hidromiel en lugar de plata? —Felipe se frotó la barbilla.

—Quizá era una vieja historia y nadie conocía la naturaleza exacta del tesoro. Ciertamente, el hidromiel es superior a cualquier otro que haya bebido. Y el color es como el del oro puro. —Se encogió de hombros.

—Supongo que esa es una explicación tan buena como cualquier otra. *Astvats giti*.

—¿Perdón?

—Lo siento, mi amor. Es una frase armenia que cubre cualquier cosa que no se puede explicar. Simplemente significa «*Dios sabe*».

—Entonces, es apropiada. Es probable que aquí no haya nadie que recuerde exactamente lo que sucedió cuando los piratas llegaron por primera vez. O por qué aceptaron el hidromiel.

—El Tesoro de Hola. Tengo muchas ganas de ver lo que encontramos. La marea está bajando y debemos salir de la cueva antes del anochecer. ¿Estáis lista?

—Sí. Veamos qué hay en la cueva. —Maggie sonrió, haciendo que florezca la emoción.

Felipe negó con la cabeza. Los dírhamhs claramente habían sido acuñados hace cientos de años, pero no podía imaginar un tesoro tan antiguo que los piratas de hace más de cincuenta años no supieran qué buscaban.

Rumores. Recuerdos fragmentados. Pistas ocultas en palabras cotidianas para disminuir la posibilidad de que otros descubrieran dónde se había escondido el tesoro. Posteriormente, Felipe y Maggie se acercaron al agujero por el que ella había caído antes. Tomando una cuerda resistente de una bolsa colgada sobre su hombro, Felipe la ató firmemente a una roca cercana al agujero, repitiendo el proceso con una segunda cuerda y roca.

—Las piedras parecen bastante resistentes, pero es mejor asegurarse de que al menos una se mantenga firme cuando sea necesario.

—El agua no es muy profunda. ¿Deberíamos esperar? —Maggie se sentó en el borde desmoronado, claramente despreocupada por volver a caer en el agujero.

—A menos que queráis competir con la marea que arrastra arena de vuelta al interior del agujero que cavéis, entonces sí. —Sonrió al ver el frustrado levantamiento y caída de los hombros de la joven—. Podríamos, sin embargo, llevar una antorcha y explorar un poco más la cueva mientras esperamos que la marea baje completamente.

—¡Sí! Me gustaría eso —dijo ella mientras se deslizaba por el agujero, aterrizando con un chapoteo.

—¿Un poco más profundo de lo que pensabais? —La risa de Felipe estaba teñida de preocupación.

—Oh, tal vez un poquito. —Permaneció en silencio por un momento, luego su voz resonó con ecos—. Muy oscuro. Pasadme una antorcha, ¿sí?

Felipe se la pasó, junto con otra para sí mismo y una bolsa impermeable con una pequeña piedra hueca que permitía llevar un poco de turba incandescente en su interior. Con una última mirada para asegurarse de que no eran observados, se deslizó más allá de la hierba marina hacia la cueva del tesoro. Mientras tanto, Maggie colocó la piedra calentada por la brasa sobre una roca, fuera del alcance del agua. Sacando trozos de hierba seca y paja de la bolsa, utilizó cuidadosamente la brasa para encender un pequeño fuego. Las hierbas secas empapadas en aceite, sujetas alrededor del extremo de la antorcha, se encendieron rápidamente cuando las tocó con las llamas, bañando la cámara en una luz pálida y humo. Felipe agarró los bordes del agujero sobre su cabeza y tiró, ensanchando la abertura mientras trozos de barro, piedra y hierba caían en la cueva.

—Gracias. —Maggie tosió. El humo buscó ávidamente el agujero más grande.

—Adelante. —Felipe aceptó la segunda antorcha.

Avanzaron a través del agua que les llegaba a los tobillos. Felipe notó que Maggie había recogido su falda entre las piernas y la había pasado por su cinturón, manteniéndola fuera del agua y exponiendo sus piernas casi hasta las rodillas.

—¿Jugando a ser una la mujer de un pescador? —dijo con tono burlón.

—Me habría puesto unos pantalones, pero temí que llamara más la atención.

Felipe imaginó en su mente la forma de su trasero envuelto en cuero ajustado y flexible, recordó cómo había extendido los dedos sobre el redondeado trasero de Maggie anteriormente, y de inmediato se golpeó la cabeza con la entrada baja de un túnel que se ramificaba de la caverna principal. Reprimió una maldición.

—¡Mirad! —Maggie jadeó.

Felipe se apresuró a su lado. Maggie se detuvo en medio de una pequeña cámara, quizás el doble de ancho que sus brazos extendidos. La luz de la antorcha brillaba dorada sobre la roca negra y húmeda. Enseguida, Felipe levantó su antorcha, pero la luz no penetró hasta el techo. Maggie se apartó.

—¡Ay! —La punta de la antorcha de Maggie se inclinó hacia abajo.

—No lo vi. —Felipe se giró, alarmado. En cuanto a Maggie, señaló al suelo.

Trozos de madera descansaban torcidos en la arena a lo largo de un borde de la habitación, encajados entre tres piedras que se levantaban casi a la altura de las rodillas del suelo.

—Esto parece ser los restos de un cofre bastante grande. —Le pasó su antorcha a Maggie.

La última marea lamía la entrada. Felipe se acuclilló y tiró suavemente de la madera desde la arena. Maggie clavó los extremos de las antorchas en la arena.

—No sé a quién perteneció esto, Maggie, pero es espectacular. —A continuación, Felipe silbó bajo y se sentó sobre sus talones, antebrazos apoyados en las rodillas, con un broche dorado en la mano.

—¿De dónde crees que proviene? —La boca de Maggie se abrió de par en par. Piedras preciosas azules y rojas centelleaban en la luz incierta, con cruces pálidas brillando en la superficie de cada piedra lisa. El engaste de oro batido resplandecía con calidez a la luz de las antorchas, los ricos colores palpitando con vida. La joven lo giró en su mano, notando el peculiar grosor del oro y el peso resultante.

—Me atrevería a decir que fue robado de un señor adinerado -tal vez botín de un naufragio- o posiblemente tesoros de un soldado que regresaba de Tierra Santa hace muchos años.

—¿Tesoros? ¿Quién lleva algo así en su bolsa? —añadió Maggie. Inclinó la cabeza ante el movimiento de Felipe y casi dejó caer el broche. Sus manos, juntas en forma de copa, brillaban con oro y piedras de colores.

—No lo sé, *mon coeur*, pero parece que este es el Tesoro de Hola.

Capítulo 27

Maggie se sentó entre los hierbajos del mirador y contempló el montón de joyas en sus manos. La luz del sol poniente calentaba el oro, creando la ilusión de calor contra su piel. Los rubíes brillaban del rojo de la sangre del corazón, simbolizando amor puro y lealtad. Los zafiros azules, tan misteriosos como el cielo nocturno, hablaban el lenguaje del poder y la fuerza. Las perlas resplandecían en tonos rosados y crema, presumiendo en la luz, posiblemente por primera vez en cientos de años.

—Increíble —murmuró, atrapada por el hechizo de aquella maravillosa visión.

Felipe se dejó caer al suelo a su lado. Maggie levantó la vista, instantáneamente distraída del tesoro en sus manos. La camisa de amado, abierta en el cuello, ondeaba con la brisa, revelando un vello negro esparcido. Seguidamente, asintió hacia las gemas.

—Una adición bastante agradable a vuestro joyero.

—No llevo joyas. Son cosas altamente poco prácticas. —Apartó la mirada de su pecho.

—Las llevaréis. Como mi señora, tendréis el privilegio de llevarlas o no, según os plazca. Estas son una mezcla de culturas muy antiguas. —Pasó un dedo por el montón—. Este colgante de filigrana de oro está adornado con una cuenta de vidrio y me recuerda a lo que las damas en Levante llevaban todos los días. Al igual que este anillo, que se parece lo suficiente al colgante como para haber sido parte de un conjunto. Esto... —levantó un anillo, su parte superior plana con curiosas marcas oscuras en la superficie. Escupió en él, luego frotó la parte plana vigorosamente contra el borde de su túnica antes de inclinarlo hacia la luz—, ¿veis la inscripción? Es griego. «*Señor, protege a vuestro siervo Juan, el caballero imperial... Amén*».

—¿Quién fue Juan?

—Emperador de Roma en Constantinopla hace más de mil años.

—Es de una gran antigüedad, entonces. —Maggie parpadeó.

—Sí. Hombres conocidos como *spatharios*, una palabra que significa «Portador de la Espada», un honor reservado para la guardia imperial, recibían este anillo.

—Deberíais llevarlo vos.

—Gracias, *mon coeur*. Es una pieza significativa. —Felipe lo estudió un momento, luego lo lanzó al aire. Lo atrapó con la facilidad de un truco de un mago y deslizó el pedazo de plata en una bolsa en su cinturón.

—Todo esto es tanto vuestro como mío —le recordó Maggie con una sonrisa, feliz de haber podido darle algo que le agradara—, no sé cómo encontrar al dueño original de las piezas.

—Es una mezcla que puede no tener un verdadero dueño. Tal vez un cruzado trajo premios a casa y colocó el cofre aquí, temiendo ser capturado o preparándose para un largo y peligroso viaje, y no pudo regresar para recuperarlo. Es posible que todo esto sea botín de piratas, aunque creo que estas joyas son de una fuente, y las monedas de otra. —Señaló un tercer montón de objetos de plata, algunos de los cuales parecían rotos. Algunos estaban empañados, luciendo desgastados y poco atractivos—. Eso puede rendir un tesoro de otro tipo.

—¿Qué suponéis que es esto? —preguntó Maggie.

—Tendrán que ser limpiados para saberlo con certeza, aunque su inmersión en esta agua fría no parece haberles hecho mucho daño. Esa pieza más grande puede ser una jarra, tal vez para vino. Estas piezas más pequeñas pueden ser copas de plata pequeñas —respondió Felipe.

—Son demasiado pequeñas para beber —opinó ella.

—¿Para un ritual? —Sacó una pieza plana de metal del montón, trabajada con diseños fluidos y cruzada con una pieza más corta un poco más arriba de la mitad—. Esto parece ser una cruz con una base de madera pesada -o lo que queda de ella- para permitirle mantenerse en pie. ¿Sabéis si la abadía aquí fue abandonada por acuerdo o por la fuerza?

El calor del sol desapareció. Un aliento frío sopló en la nuca de Maggie. Miró la jarra y su escolta de pequeñas copas dispuestas a su base con un sentido de desasosiego.

—No lo sé... esperad. Ellos -Asatrus y los demás, al menos una o dos generaciones atrás- fueron entrenados por los monjes para hacer hidromiel. —Levantó la mirada hacia Felipe—. ¿No significa esto que los monjes se fueron pacíficamente?

—Probablemente. Hay muchos otros lugares, otras islas con abadías abandonadas de donde esto podría haber venido. Y no recuerdo haber visto daños por humo en la abadía aquí. Negligencia general, pero no destrucción intencionada.

Maggie cerró una mano sobre el pesado broche de oro con las gemas cabujón y la paz la invadió. Felipe tenía razón. Las decoraciones del altar probablemente venían de una abadía en otra isla o tal vez de la capilla privada de un señor. La idea de que la Abadía de San Martín -su abadía- fuera destruida, los monjes asesinados, la violencia en Hola -su isla- la conmocionó profundamente. Las abadías no eran inmunes al derramamiento de sangre, sus preciosos artículos de fe no eran la única tentación para los codiciosos. En cambio, se sintió aliviada al darse cuenta de que probablemente ese no había sido el destino de la Abadía de San Martín.

—¿Qué vamos a hacer con este... botín? —preguntó Maggie.

—Es vuestro para hacer con él lo que queráis, *mon coeur*. Sin embargo, sugiero que mantengamos el descubrimiento en secreto. La búsqueda del Tesoro de Hola se ha desvanecido en un tributo de hidromiel, y la isla no sobreviviría si se supiera que se ha encontrado oro aquí. Como propietaria titular de la isla, todo esto... —movió la mano sobre los montones de plata y oro—, es vuestro. Incluso si los niños lo hubieran encontrado mientras jugaban, sería vuestro.

—Yo soy dueña de Hola. —La enormidad de las palabras de Felipe la envolvió.

—La isla, su gente, los pájaros, las focas... y cada trocito de oro y plata.

—No soy dueña de las personas.

—Entonces, ellas dependen de lo que les proporcionéis. Quizás sean libres de irse, pero mientras vivan aquí, controláis sus destinos.

—¿Es esto lo que significa gobernar? No se siente igual en el castillo de Narnain.

—Maggie suspiró.

—Eso es porque no teníais un tesoro del que deshaceros.

—Quizás. —Maggie miró los montones, descontenta al pensar que se iría con la plata y el oro que habían estado bajo las narices de los isleños y los dejaría sin nada. Sin embargo, tal era la ley. La isla era suya, y todo lo que había en ella. No obstante, podría usar el tesoro para el bien de Hola. Era un pensamiento reconfortante—. Al menos, el conde no se lleva nada. —El humor asomó a las comisuras de sus labios.

—Sí. Aunque no tendréis la satisfacción de decírselo. No debéis hacer nada que llame la atención sobre la isla.

—Otros destruirían Hola, esperando encontrar un tesoro olvidado —suspiró.

—No podemos defender esta isla contra tal embate —agregó Felipe.

—Empaquemos esto. Aunque no sé cómo lo esconderemos.

—El barón MacLean os envió un cofre. No sé qué hay en él, porque está atado y cerrado. Tengo unos cuantos sacos de cuero conmigo. Guardaremos el tesoro en los sacos y lo

almacenaremos en el cofre. Sugiero que ambos partamos hacia Morvern mañana.

—¿Nos ayudará el barón?

—Sí. Y cuanto antes saquemos esto de la isla, mejor.

* * *

El barón MacLean no era la persona más imponente que Maggie había esperado. Era un poco más alto que ella, pero su hijo, Alejandro, y Felipe lo superaban en varios centímetros. Había sido un hombre de constitución poderosa, pero la edad lo había suavizado algo, si la redondez gentil de sus mejillas y su panza eran indicios. Su espalda estaba recta, aunque una ligera cojera en su andar delataba su edad y, quizás, una herida de su juventud. Su cabello rojo oscuro se mantenía fuerte contra un ligero salpicado de plata, aunque su barba estaba salpicada liberalmente, y sus ojos brillaban con buen humor e inteligencia.

—Bienvenida al castillo de MacLean, *lady* Maggie. Es un placer teneros aquí. Mi senescal Grizel la llevará a vuestra habitación y se encargará de vuestra comodidad.

—Si no os importa, preferiría hablar con vos primero. —Maggie lo miró de forma audaz y declinó su oferta.

El barón intercambió miradas con Felipe. Maggie ocultó su irritación al ser pasada por alto para la consideración de Felipe. Estaba cansada del viaje y del subterfugio de esconder el tesoro. Quería un baño y una siesta, pero no una palmadita en la cabeza de un barón bienintencionado. Su comodidad podía esperar un poco más.

—Mi señora tiene información para vos, así como una petición. Sin embargo, creo que ambos podríamos usar un poco de tiempo para refrescarnos antes de abordar los temas pendientes. ¿Podemos unirnos a vos en vuestro solar en una hora? —Felipe colocó un brazo alrededor de la cintura de Maggie.

El sentido de la diplomacia de Felipe ganó la aquiescencia mientras de su amada mientras el barón inclinaba la cabeza, con la mirada posada en el gesto posesivo de Felipe.

—Por supuesto. Haré que traigan comida y bebida, y os esperaré allí. —Dirigió una mirada astuta a Maggie—. Estoy intrigado, mi señora, y espero con interés nuestra reunión. —Permitió que Grizel la condujera a una habitación en el tercer piso, sus piernas protestando el último tramo de escaleras. Felipe presionó un beso en su sien, luego continuó hacia una puerta más abajo en el pasillo.

—La ropa de mi señora será lavada tan pronto como traigan vuestras pertenencias. Por ahora, tengo en mente un vestido que debería ajustarse a vos. Subid a la bañera y enviaré a Mòrag para que os ayude. —Grizel señaló una bañera de madera junto al hogar. Vapor se elevaba de forma seductora de la superficie.

Maggie desató su vestido y lo dejó caer al suelo, luego se metió en la bañera. Se deslizó bajo el agua caliente con un suspiro, sus músculos tensos relajándose con el calor. Sus ojos se cerraron mientras el rocío salino en su piel se enjuagaba y el aroma de rosas llenaba el aire. «No habría soñado que adquirir un tesoro fuera una carga tan pesada. Una bendición, ciertamente, pero aun así una carga. Es difícil pensar que tengo tal poder sobre la gente de Hola. No es mi tesoro para disponer de manera frívola, sino mi deber asegurarme de que se gaste bien para su beneficio». Exhaló, recordando la hora furtiva que habían pasado colocando las bolsas de tesoro dentro del fabuloso cofre que el barón le había enviado. Los pies estaban tallados para parecerse a patas, tal vez de un león, historias con las que Felipe la había entretenido durante el viaje de Hola a Morvern. El resto del cofre estaba tallado con figuras bebiendo vino y haciendo música. Decorando el borde exterior de la tapa había una escritura desconocida para ella, que Felipe le

dijo que eran buenos deseos para el dueño del cofre. Estaba intrigada con el cofre, y complacida con la suave capa de lana forrada con piel que había sido el resto del regalo del barón.

El tesoro había encajado perfectamente en el cofre, con la capa doblada sobre las bolsas. Una pequeña llave encajaba en la cerradura, y anchas bandas de metal, bloqueadas juntas con una barra transversal, habían protegido aún más el cofre contra intrusiones casuales. En ese momento, un golpe en la puerta reveló a una joven de aproximadamente la edad de Maggie. Esta entró apresuradamente cuando Maggie le dio permiso para entrar.

—Soy Mòrag. No tenemos mucho tiempo, *milady*, pero creo que os sentiríais mejor lavándoos el cabello también. —Una vez que la criada estuvo satisfecha con sus esfuerzos, extendió los mechones de Maggie sobre el borde de la bañera, angulados para atrapar el calor del fuego en la chimenea.

Maggie se relajó, sus músculos se aflojaron mientras los dedos de Mòrag aliviaban la tensión en su cuero cabelludo y cuello. Cerró los ojos, robando un momento de descanso.

«Yo era la hija de un simple lord, con el dinero de mi dote gastado, y ahora tengo más monedas de oro y plata de las que puedo gastar en una vida. Solo ayer estaba decidida a dedicar mi vida a ayudar a la gente de Hola, sola». La alegría burbujeó en su pecho. «Ahora, voy a ser la esposa de Felipe... *lady MacLean*». Se acurrucó más en el agua, una sonrisa jugando en sus labios. «¿Debería decirle que le he admirado desde la primera vez que nos conocimos? Aparte de la idea equivocada de que nos había traicionado a los MacNairn». Maggie se rio al recordar. En ese instante, estaba enfadada y desconfiada. «No. No se lo diré ahora. Quizás más tarde». A continuación, la puerta se abrió y se cerró. Maggie abrió los ojos y se incorporó. El agua se movía suavemente a su alrededor. Sus cejas se alzaron al ver el vestido rosa y burdeos en manos de Grizel.

—*Sabéis* que tengo el cabello rojo. Muy rojo.

—El burdeos oscuro profundizará los ricos matices de vuestros mechones. —Grizel levantó el vestido y miró a Maggie con astucia—. Pocas con vuestro color de cabello pueden llevar esto. La mayoría de las muchachas con el color de vuestro cabello se conforman con verde o, con demasiada frecuencia, marrón. Creo que os quedará bien para una ocasión especial. —Las palabras de la mujer sonaron como un desafío, y Maggie sonrió mientras salía de la bañera—. ¿Esperáis que cause una impresión? —Agarró un trozo de lino de manos de Mòrag y frotó sus extremidades energicamente antes de ponerse un suave albornoz de lana.

—Espero que vuestro joven hombre no pueda apartar la vista de vos —dijo Grizel encogiéndose de hombros—. Parece bastante amable, aunque hay una reticencia en él, no hacia vos, muchacha, sino hacia algo de su pasado que aún le afecta.

—¿Y voy a cambiar eso con este vestido?

—Al menos le distraeréis por un tiempo. Con las palabras adecuadas, un toque, pronto decidirá que sus esfuerzos deben centrarse en vos, no en lo que ocurrió antes de conoceros.

—Mòrag sentó a Maggie en una silla y le peinó cuidadosamente el cabello. Los mechones se secaron rápidamente frente al fuego y pronto chisporrotearon en las manos de la muchacha. Ella y Grizel ayudaron a Maggie a ponerse el fino vestido de lana, cuyo corpiño de terciopelo se deslizaba lujosamente sobre la fina túnica de lino de la joven. Amplias bandas de encaje con hilos metálicos adornaban el escote y los puños, y en los codos, donde mangas de seda transparente caían en puntas hasta casi tocar el suelo. Bajo la mirada crítica de Grizel, Mòrag creó una trenza a cada lado del rostro de Maggie, que unió detrás de su cabeza y luego dejó caer para que se mezclara con el resto de los rizos rojizos. Por su parte, Grizel sacó una filigrana de plata con piedras azul claro que colocó sobre la trenza.

—Ahora soy una princesa de las hadas. — Maggie rio, se apartó un mechón de cabello detrás de una oreja, encantada con el puro placer de las mangas de seda—. Os estoy en deuda, a ambas.

—Tengo otros asuntos que atender, así que os deseo lo mejor. Mi señor barón está encantado de teneros aquí y espera veros pronto. No me apresuraría a ir al salón si fuera vos — Grizel miró a Mòrag—. Hacer esperar a los hombres un momento o dos no les hará daño. Se olvidarán de protestar en cuanto os vean.

—Estoy más acostumbrada a una ballesta como arma de elección —comentó Maggie—. Aunque, un bonito vestido puede ser la mejor opción en este caso. —Cruzó las manos delante de ella en un gesto de piedad e inclinó la cabeza—. Estoy lista para hablar con el barón.

Capítulo 28

El trino de las palomas se filtraba por la ventana abierta en el salón del barón MacLean. La luz del sol se prolongaba en este día de verano, encontrando su camino hasta el patio de altos muros justo más allá de la cámara del barón. El delicado aroma a limones atrajo a Felipe a la ventana, donde encontró un trío de árboles con frutos madurando entre las hojas.

—Los árboles están en macetas para que puedan ser llevados adentro cuando lleguen los vientos de invierno. —El barón MacLean se acercó a su lado.

—¿El aroma os recuerda a Levante? —Felipe sonrió.

—Arbela tuvo la previsión de traer muchas cosas con nosotros que me recuerdan a nuestro tiempo allí. Nuestro cocinero ha aprendido a usar especias y vegetales del este. Zora tuvo que luchar con el cocinero por los nuevos alimentos. Mi cuñada dejó todo lo que conocía para venir aquí con nosotros. Se la echa de menos. —Donal hizo una pausa mientras el dolor se deslizaba por su rostro.

—Zora ha dirigido vuestro hogar bien y amaba tanto a Alejandro y a Arbela como si fueran suyos. —Felipe permitió una pequeña sonrisa—. Ella también me acogió bajo su ala. Me corrigió en más de una ocasión, aunque nunca cometí el mismo error dos veces en su presencia. Siento mucho escuchar sobre su fallecimiento.

—Ella plantó estos árboles para mí. —Donal vaciló de nuevo, y luego pareció tomar una decisión. Se enfrentó a Felipe.

—Te inclinabais por Arbela. Lo sabía. Sin embargo, vuestro padre tenía otras visiones, visiones con las que no necesariamente estaba de acuerdo. Aunque, no veía que Arbela os devolviera más que una amistad casual, a pesar de que habíais crecido juntos. Quizás por eso ella os veía solo como un hermano. Quizás, dado más tiempo, habría llegado a sentir de manera diferente hacia vos. Pero, Bohemundo recibió una oferta que crearía una alianza, aunque os ataba a la niña-reina de Cilicia.

—Por todo lo que es sagrado, nunca pensé que enfrentaríais los desafíos que tuvisteis. Sabía que habíais triunfado sobre los selyúcidas y ganado los corazones de los cilicios. No me di cuenta de lo rápido que cambiaría la marea. —Sacudió la cabeza.

El pinchazo en el corazón de Felipe no le inquietó como lo habría hecho hace un mes o más. Sin embargo, encontró su orgullo todavía herido.

—No os preocupéis, padre. Todo ha sucedido como estaba destinado, hacia un futuro que está en manos de Dios. Estoy contento y he aprendido de los errores de mi pasado.

—No cometisteis errores, hijo mío. Hicisteis lo que el honor dictaba y obedecisteis a vuestro padre. Mi opinión es que el barón Constantino tiene mucha más culpa que vos.

—Agarró el brazo de Felipe—. Sé que me alegra que estéis aquí, y espero veros feliz en vuestro próximo matrimonio.

—¿Matrimonio? Lo habéis notado, ¿verdad? —Felipe rio.

—No tocaríais a una mujer sin su pleno consentimiento, y nunca de manera tan posesiva a menos que vuestro corazón estuviera involucrado. Maggie MacLaren ha pasado por una mala racha que no es culpa suya, pero es una muchacha hermosa y posee un corazón bondadoso. Al igual que vos, siguió donde el honor lo dictaba, accediendo a casarse con el conde porque era el deseo de su padre. El conde no se preocupa por nadie más que por sí mismo. Si ella hubiera

tenido un hijo, lo más probable es que él hubiera continuado divirtiéndose tratándola lo suficientemente bien, aunque dudo que alguna vez le hubiera mostrado una décima parte del amor que lleváis dentro. Ambos tenéis suerte de haberos encontrado. —Donal MacLean resopló. En ese momento, un golpe en la puerta llamó su atención—. Adelante. —Un guardia en el portal admitió a un joven sirviente cargado con una bandeja de comida y a otro que llevaba una variedad de bebidas. Colocaron las bandejas en una mesa cerca de un trío de sillas y se retiraron.

Felipe ajustó el paño de lino extendido sobre una bandeja de plata. Aromas de canela, nuez moscada y pimentón flotaron en el aire. Se le hizo agua la boca.

—¿Falafel? ¿Zanahorias especiadas? ¿Qué debo ofrecer a vuestro cocinero para que deje el castillo de MacLean y venga conmigo? —Metió la mano debajo del paño y cogió una pequeña bola oscura y le dio un mordisco para luego cerrar los ojos.

—Por Dios. —Sumergió otra bola en una salsa cremosa sazonada con eneldo—. Increíble. —Levantó el paño un poco más, respirando profundamente los aromas familiares, y luego agarró un pedazo de carne finamente cortada sobre un pequeño pan plano redondo.

—Esperaremos a *lady* Maggie, si os place. —La firme reprimenda del barón detuvo la incursión de Felipe. Con la boca llena, este giró sobre un talón mientras Donal asentía hacia la puerta.

Maggie, con el cabello encendido y rizado hasta la cintura, vestida de terciopelo burdeos adornado con seda rosa, le dedicó una sonrisa vacilante. Enseguida, Phillpe tragó y se dirigió a la puerta, con las manos extendidas en bienvenida.

—Os he visto como la joven pelirroja que valientemente sostenía a un polluelo de halcón angustiado, con las manos sangrando, obstinada y amable. Y como la mujer guerrera que, con su ballesta, repelió a los invasores que rompieron las puertas de su castillo. Ahora, os veo, *lady* Maggie, vestida como corresponde a la realeza, superando los mejores esfuerzos de costurera y doncella.

—¿Cuál preferís? —Sus mejillas se sonrojaron, pero no bajó la mirada.

—Prefiero a la Maggie que es feroz en sus pasiones, ya sea protegiendo a los indefensos, determinada a enfrentar la vida en sus propios términos... —Felipe se detuvo ante ella y le tomó las manos. Inclínó la cabeza, acercando la boca a su oído—, o la disposición a encontrarse conmigo en todos los propósitos de nuestras vidas juntos. —Los dedos de la joven se apretaron alrededor de los suyos, tensándose mientras su pecho se alzaba con una profunda inhalación. Felipe puso el espacio adecuado entre ellos, luego levantó sus manos y besó sus dedos. Su mirada se encontró con la de él, intercambiando una promesa silenciosa. Entonces, Felipe giró a su lado y se enfrentó al barón MacLean—. Mi señor, ¿puedo presentaros a *lady* Maggie MacLaren, la mujer que ha consentido en ser mi esposa?

Un escalofrío recorrió la espalda de Maggie, disipando un poco del calor y la pasión de las palabras y el toque de Felipe. Él la hacía sentirse hermosa. Deseada. Anhelada. Respiró hondo para despejar su mente y dirigió su atención al barón MacLean. Su sonrisa se ensanchó en la mitad inferior de su rostro, arrugando sus ojos y frunciendo sus cejas. Claramente, la presentación le complacía.

—*Lady* Maggie, me complace conoceros. Es una gran alegría conocer a la mujer que ha vuelto loco a mi Felipe. Sois muy bienvenida aquí. —El barón MacLean colocó sus manos en las caderas.

—Gracias, mi señor. —Maggie hizo una reverencia.

—Oh, nada de formalidades, muchacha. Estamos a punto de convertirnos en familia. Podéis llamarme Donal si lo deseáis.

—Entonces vos debéis llamarme Maggie.

—Soy Alejandro... —la voz de un hombre desde la puerta fue interrumpida por el ladrido de un perro—, ¡maldito cachorro! ¡Pasad! —Una mancha de pelaje oscuro atravesó la habitación, golpeando la parte trasera de las rodillas de Maggie mientras pasaba a toda velocidad. Felipe la atrapó antes de que hiciera más que tambalearse, tirando de ella de forma protectora contra sí.

—¡Serkan! ¡Sentaos! —El hombre de cabello oscuro en la puerta y el cachorro peludo cruzaron miradas. El joven perro inclinó la cabeza hacia un lado, con la lengua fuera de la boca mientras jadeaba suavemente. Una oreja se inclinaba hacia adelante, la otra se erguía recta en el aire. Su rico pelaje color sable superpuesto con negro contrastaba con sus tres patas blancas, y un mechón pálido de pelaje brillaba como una estrella en su pecho. Ni el hombre ni el perro se movieron durante varios momentos. A continuación, con un pequeño gemido, Serkan cerró la boca, desvió la mirada y se sentó.

—Buen muchacho. —El hombre emitió un gruñido de satisfacción. Levantó una sonrisa apenada hacia los demás en la habitación—. Es un poco testarudo, pero muy inteligente.

—¿No pertenecía a la esposa del posadero? —Maggie miró al cachorro y, tras ello, algo tiró de su memoria.

—Sí, Moibeal me pidió que me lo llevara la última vez que estuve allí. No tengo tiempo para entrenarlo, no mucho, de todos modos. Pero nos las arreglaremos. Tiene excelentes linajes: mitad *aidi*, ya que su padre vino con nosotros desde Levante. Excelente protector de ganado.

—Grandes patas que llenar —comentó Felipe—. Recuerdo a Toros.

—Tanto Toros como Garen residen con Arbela. He colocado uno o dos cachorros con nuestros pastores y son trabajadores arduos. Este muchacho es lo suficientemente grande como para ser parte lobo y tiene un poco de travesura en él, ¿verdad, muchacho? Mientras tanto, la cola del cachorro golpeaba el suelo rápidamente, retirando sus labios en una sonrisa canina.

—Solíais ser bueno con los perros, Felipe. Deberíais llevároslo.

—Lo pensaremos. No obstante, tenemos cosas de mayor importancia de las que hablar en este momento. —Gesticuló con una mirada de soslayo hacia Maggie y una silla junto a la mesa—. Por favor, tomad asiento.

Maggie tomó el asiento que le ofrecían. Serkan se levantó de un salto y se acercó a ella. Colocando su barbilla sobre sus rodillas, la miró fijamente, y Maggie no sabía si sentirse intrigada o molesta.

—Mordisteis el dobladillo de mi capa, pícaro. No tocareis este vestido.

Con un suspiro exagerado, Serkan se desplomó contra ella, su cuerpo deslizándose por su pierna hasta acurrucarse a sus pies. Alejandro le lanzó una sonrisa triunfante. Ella entrecerró los ojos mirándolo.

—No os librareis de vuestro ruidoso muchacho tan fácilmente. —Le rascó las orejas a Serkan y el cachorro gruñó de placer. Entre tanta, Alejandro rio.

Felipe llenó un plato para Maggie. Esta aceptó su oferta, curiosa y ligeramente ansiosa por la comida inusual. Las explicaciones de Felipe hicieron poco por iluminarla, ya que no tenía idea de cómo sabrían los garbanzos fritos, ni tenía conocimiento de la berenjena o la carne de *shawarma*. Pero olía maravilloso, aunque extraño, y sabía mejor de lo que había imaginado. En cuanto a Donal, rellenó las copas con un vino tinto oscuro que inundó la boca de Maggie con notas de cereza, higo seco y vainilla, y le recordó al barril en el que debió haber envejecido.

—Un buen vino español —dijo Felipe, alzando su copa en brindis—. Y mis cumplidos a vuestro excelente cocinero.

—Apuntado. Ahora que estamos alimentados y relajados, ¿por qué no me contáis qué os trae aquí?

—Os agradezco vuestra hospitalidad, mi señor... Donal. ¿Puedo empezar desde el principio? —Maggie dejó su cuchillo a un lado y se limpió los dedos en un trozo de lino húmedo.

—Por supuesto. —Donal se acomodó en su silla—. Adelante, por favor.

Maggie describió la propiedad de la isla, pero omitió el hecho de que el conde probablemente había engañado a su padre con una gran cantidad de dinero. Razonó que el barón ya habría -al menos a estas alturas- oído hablar de su matrimonio y anulación, y no perdió tiempo dando detalles.

—Conozco Hola —afirmó Donal—. Excelente hidromiel. Yo impulsaría aumentar la producción si fuera vos, Maggie.

—Sí. Eso está primero en mis planes para la isla. Fue una tarea pesada ya que no tenía recursos cuando llegué a la isla. Sin embargo... —replicó Maggie.

—Felipe pidió hombres y materiales para proporcionar una defensa para vuestra isla, mi señora, que proporcioné con gusto. Confieso que sé poco sobre el cultivo de manzanos. —El barón estiró sus piernas delante de sí.

—No estoy aquí para solicitar ayuda para cultivar el huerto, mi señor —añadió Maggie, encontrándose en terreno formal con el barón mientras formulaba su petición—. Me encuentro inesperadamente en posesión de suficiente dinero para hacerlo, y estoy dispuesta a saldar mi cuenta con vos por lo que ya habéis proporcionado generosamente.

—Entonces, ¿qué pedís?

—Necesito ayuda para almacenar un tesoro bastante grande.

Felipe desató una bolsa de cuero de su cinturón y la colocó sobre la mesa, el tintineo de las monedas audible.

—¿Qué es esto? —Las cejas de Donal se alzaron y se enderezó.

—Felipe y yo descubrimos esto en una cueva en Hola. Unos piratas llegaron a la isla hace unos días, exigiendo un tributo de hidromiel.

Los ojos del barón se entrecerraron.

—¡Malditos! —Alejandro dio una palmada contra el brazo de su silla. Por su parte, Donal le lanzó una mirada de reproche.

—Parece que los piratas han estado haciendo esto durante bastantes años, recibiendo hasta la mitad del hidromiel de cada temporada. Sin embargo, hace años, cuando los piratas llegaron por primera vez, simplemente exigieron el Tesoro de Hola, que la gente interpretó como lo único que tenían de valor. —Maggie los ignoró a ambos.

—El hidromiel —Donal frunció el ceño—, ¿no sabían de este tesoro? —Señaló la bolsa.

Maggie desató las cuerdas que cerraban la bolsa y vertió lentamente el contenido sobre la mesa. La luz de las velas brillaba sobre las monedas de oro y destellaba en las superficies de los broches, colgantes y anillos con joyas.

—Estas son de Levante. No tienen diseño celta. —Donal miró el montón y luego a Felipe e hizo un gesto hacia el tesoro—. ¿Puedo?

—Por supuesto. También hay trozos de plata rotos, Felipe sospecha que, en pedazos, se usaban como pago por servicios o bienes. Y algunas piezas muy antiguas que podrían haber pertenecido a un monasterio o capilla.

—Podemos pedirle al padre Sachairi que las revise más tarde. Tiene un vasto conocimiento de la historia de la zona, aunque sus traducciones del latín son un poco dudosas. —El barón

gruñó, extendió suavemente las monedas y las joyas sobre la mesa para así estudiarlas pieza por pieza—. Este dirham de oro fue acuñado en Nishapur. El oro es una mercancía muy preciosa, pero de muy baja demanda en Levante. Demasiado puro, y se desgasta fácilmente. ¿Veis cómo están gastados los bordes? Si resiste mucho uso, no vale mucho. —Tocó una moneda plateada, una sonrisa asomando a sus labios—. Una moneda cruzada. Prácticamente sin valor. Es un denier hecho de cobre con un poco de plata. Cinco de estas os comprarían un pollo gordo. —Inhaló profundamente—. Oh, pero estas son un hallazgo.

Maggie se inclinó hacia adelante, notando la moneda de oro que sostenía en alto.

—Un dinar del Califato Fatimí, probablemente casi de oro puro. —Trazó con la punta del dedo el guion en el círculo exterior—. «*En el nombre de Dios, este dinar fue acuñado en Misr, en el año trescientos cincuenta y ocho*». —Colocó la moneda de nuevo sobre la mesa y se recostó en su silla—. Tenéis un gran número de monedas de plata que podrían haber venido de cualquier lugar de Escocia, Inglaterra o Francia, para el caso. Estas monedas de oro no son algo que se encuentre todos los días. —Se inclinó hacia adelante de nuevo—. Y eso no aborda ni siquiera la cuestión de las joyas. La mayoría parecen ser piezas menores de la caja de una mujer rica, porque las piedras están sin imperfecciones, y el peso de las piezas es considerable, pero sin la ostentosa pieza central de rubí o esmeralda del tamaño de un huevo de ganso, como he visto en otros lugares.

—Las joyas de boda de Arbela —se rio Alejandro.

—¿Todavía tiene el collar de rubí sangre de dragón que heredó de su madre? —preguntó Felipe.

—¿Una piedra tan grande como un huevo de ganso? —Maggie estaba escéptica.

—Oh, sí —respondió Alejandro con facilidad—. Eso y otros.

—¿Quién lleva algo así?

—Como dijo Felipe, lo heredó de nuestra madre. Ella era una princesa de Armenia.

Maggie se quedó en silencio. Parecía increíble, pero los hombres no mostraban ninguna preocupación con la discusión de cosas que ella nunca había soñado. Ni la madre del conde sabría qué hacer con un rubí tan grande. Y nunca he conocido a un verdadero príncipe antes.

—Entonces, ¿sois un príncipe, Alejandro?

—Tal vez. Aunque no me sirve de mucho. Preguntad a Felipe. Las líneas de sangre y las sucesiones son cosas complicadas. Su padre, Bohemundo IV, se convirtió en príncipe de Antioquía porque era el único hijo vivo de su padre, aunque su primo Raimundo Rubén era el heredero del tercer Bohemundo por primogenitura, siendo el hijo del hijo mayor fallecido de Bohemundo. —Se encogió de hombros y sonrió—. En cuanto a mí, la baronía de Batroun -la baronía de papá- está en las manos capaces de Amhal, donde permanecerá mientras la región esté en manos de la iglesia romana. Soy feliz en Escocia. A pesar de los lazos familiares de mamá, no reclamo ningún derecho al trono de Cilicia.

—¿Recordáis lo que os dije, *mon coeur*? No tengo ningún deseo de resucitar mis títulos pasados. No significan nada para mí, y tengo un futuro más brillante sin su carga. —Felipe le tocó la mano con suavidad.

—¿Es todo el tesoro? —Donal tosió.

—No, mi señor. Esto es solo una muestra de las monedas y las joyas. El resto está en un cofre cerrado en mi habitación. Sin embargo, casi se me olvida —Maggie deslizó una mano a través de una pequeña hendidura en su vestido hacia una bolsa oculta bajo la tela y sacó el obelisco adornado con joyas del que tenía una peculiar reticencia a separarse—, es una pieza incómoda. Bastante gruesa y torpe, pensaría, para un broche. —Las cruces relucientes brillaban

claramente en los rubíes y zafiros suavemente pulidos. Donal extendió la mano y ella dudó solo un instante antes de entregarle la pieza.

—Es pesada, pero no creo que sea por el oro. —El barón la sopesó en su palma. Giró el broche y estudió una pequeña flor tallada en su parte posterior. La golpeó y luego la chasqueó con una uña. El broche emitió un sonido en respuesta y se desplazó sobre bisagras ocultas para revelar una grieta que recorría su perímetro. Donal abrió el relicario. Una piedra clara, más bien opaca, descansaba en su interior y brillaba a la luz de las velas. Fue entonces cuando el barón la miró boquiabierto—. ¡Por los santos! ¡Es un relicario!

Capítulo 29

—¿Estáis seguro? —Felipe se levantó de un salto, su silla raspando el suelo de madera.

Con los dedos visiblemente temblorosos, Donal sacó con cuidado la piedra del centro del broche y la sostuvo contra la luz de la vela. Algo largo y delgado reposaba en su interior.

—¿Qué suponéis que es? —murmuró Maggie.

Felipe miró al barón, quien lentamente y con cuidado, colocó la astilla de nuevo dentro del broche y lo cerró con un sonido.

—Hace muchos años hubo un rumor sobre una reliquia de la cruz, una astilla de madera con el poder curativo de nuestro Señor. Para evitar que se desgastara por el contacto de muchas manos, se incrustó en un trozo de cristal, un proceso que desconozco. —Donal negó con la cabeza, con los ojos fijos en el broche—. Como muchas leyendas, los detalles cambiaron con el tiempo y la reliquia se escondió por miedo a que se perdiera o fuera robada, colocada en un contenedor de gran belleza, aunque de poco valor excepto por el tesoropreciado en su interior.

—¿Esto contiene una pieza de la cruz? —Maggie tocó el broche con reverencia.

—Parece que de alguna manera llegó a vuestra isla y ahora os pertenece.

—Me... me alivia. —Miró a Felipe—. Me molestaba pensar que la abadía de Hola había sido atacada en el pasado, y cuando cerré mi mano sobre el broche, mis preocupaciones desaparecieron.

—Tenéis el verdadero tesoro, *mon coeur*. El resto son solo monedas bonitas y baratijas. El relicario es una gran responsabilidad. —Sonrió.

—¿No debería entregarse esto a la iglesia?

Felipe vaciló. Era una buena pregunta, pero...

—El broche ha llegado a vos, aunque no sabemos con qué propósito. Es una pieza destinada a ser llevada, a estar accesible para cualquiera que lo necesite, incluso cuando no se haya hecho la solicitud. No debe ser escondida o usada solo para aquellos considerados dignos por simples hombres. Tenemos otras piezas que hemos prometido devolver a la iglesia. Si estáis de acuerdo, esto se convertirá en una reliquia de nuestra casa.

—Sí. No sé cómo permitir que otros se beneficien de esto, pero haré todo lo que esté a mi alcance. —Maggie miró el broche y luego cerró los dedos sobre este.

—¿Saben otros del tesoro? —Alejandro se movió en su silla.

—Realmente no lo sé. Hicimos lo posible por colocar las bolsas dentro del cofre sin ser vistos. Sin embargo, no fue un trabajo sencillo, a pesar de todos los cuidados que tomamos.

—Es una de las razones por las que vinimos directamente aquí. Solo hay una casa comunal en la isla y todos comparten su espacio. No me gustaba la idea de dejar el cofre solo durante el día. Es bien sabido que una caja cerrada con llave invita a la curiosidad. —Felipe frunció el ceño.

—¿Descubristeis el tesoro ayer y vinisteis directamente a Morvern hoy? —La mirada de Donal viajó de Felipe a Maggie. Ambos asintieron—. ¿Qué razón disteis para vuestra partida repentina? ¿Y con el cofre?

Maggie se sonrojó. A Felipe le pareció que el color le sentaba bien y se deleitó con la vista un momento antes de responder. Colocó su mano sobre la de su amada, apretando suavemente.

—Les dijimos que viajábamos a Morvern para casarnos.

Maggie devolvió el apretón tranquilizador de Felipe. Tragó saliva, sintiendo la garganta

repentinamente seca. El barón sonreía, radiante. Alejandro empujó su silla hacia atrás y se levantó para darle una palmada en el hombro a Felipe.

—¡Enhorabuena! Estoy muy contento de oírlo. —Alejandro miró entre ellos, con una sonrisa tan amplia como si él mismo los hubiera juntado—. ¿Llamo al padre Sachairi?

Maggie contuvo un suspiro. «¿Tan pronto?» A sus pies, Serkan se movió con un gemido. Ella bajó la mano libre a la cabeza del cachorro, dándole una caricia tranquilizadora. El animal le lamió los dedos y luego metió la cabeza en su regazo.

—Depende de Maggie. ¿Confiáis en este sacerdote? Ni Maggie ni yo somos muy aficionados al brazo santurrón de la iglesia en este momento. —Felipe inclinó la cabeza. En cuanto a la joven, sus ojos se abrieron de par en par al sentir un escalofrío recorrer su cuerpo.

—Habéis escandalizado a vuestra futura esposa, muchacho. —El barón se rio.

—No. —Sacudió la cabeza—. Hemos explicado nuestros pasados. Lo que ha dicho no es mentira, aunque yo no lo habría dicho en voz alta.

—No os preocupéis. A pesar de su propensión a conjugar incorrectamente los verbos latinos, el padre Sachairi se toma sus votos en serio. Es un hombre justo y no hablará de nada que le digáis en confianza. Enseguida, Donal se levantó y cruzó hacia la puerta. Abriendo el portal, habló con un guardia fuera y luego volvió al grupo en la mesa.

—He enviado a por él. Aunque no deseéis comenzar el proceso matrimonial hoy, tal vez nos dé una idea de dónde provienen vuestros artefactos sagrados.

—Iré a buscarlos. —Felipe se levantó y, tras colocar un beso en la cabeza de Maggie, salió de la habitación. Por su lado, Alejandro apuró el último sorbo de su vino y salió disparado detrás de Felipe.

—Comed, bebed. Mi hogar es vuestro. —Donal hizo un gesto hacia la mesa.

—Gracias, milord —respondió Maggie—. Me doy cuenta de que mi apetito ha sido reemplazado por un enjambre de *mariposas* que han llenado mi estómago. —Su sonrisa solo consiguió levantar una esquina de su boca—. Este día ha traído muchas sorpresas. Perdonadme.

—Oh, no es todos los días que uno encuentra un tesoro escondido y acepta una propuesta de matrimonio de un hombre apenas conocido. —El barón desestimó su preocupación con un gesto.

—Lo he conocido mucho más tiempo que a mi último marido antes de que nos casáramos. —Intentó otra sonrisa con un poco más de éxito—. Estoy un poco sin aliento por contraer matrimonio, pero solo porque no pensaba hacerlo nunca más. —Maggie se acomodó en su silla, rascando las orejas de Serkan. El cachorro gimió—. Encuentro que mi decisión de casarme con Felipe es buena. Me ha mostrado cortesía y apoyo, y es muy receptivo a mis opiniones.

—Se necesita mucho más que respeto mutuo para crear algo mejor que un matrimonio educado. Espero que Felipe sea cortés con cualquier mujer, independientemente de su edad o relación. —Donal tomó una cereza roja oscura de la bandeja casi vacía. Sostuvo la fruta como si la inspeccionara en busca de imperfecciones para luego mirar hacia Maggie. El calor invadió su piel. El barón sonrió—. Por supuesto, también esperaría que Felipe eligiera a una esposa basándose en algo más que una cara bonita. —Se metió la cereza en la boca, escupiendo el hueso en su mano antes de dejarlo caer en su bandeja donde yacían otros—. No confiéis en que el conde os haya preparado para el matrimonio con Felipe.

—¿No debería estar teniendo esta conversación con mi madre? —Maggie levantó una ceja.

—Cierto. Crie al muchacho para ser honorable, y su honor lo llevó a la muerte, de no ser por la gracia de Dios Todopoderoso. También lo crié para ser sincero, y no se esconderá de vos. Es casi tanto mi hijo como lo es Alejandro. Solo deseo lo mejor para él. —Donal sonrió.

—Entiendo que os sintáis protector. Pero él no ha hecho nada para forzarnos a casarnos. Es

por nuestra propia voluntad. Deberéis estar contento con eso. —Su ceja se elevó más—. El resto no es asunto vuestro.

—¡Bien! —El barón se frotó las manos como si se deshiciera de algo más que las migas de su última cena—. Sois muy bienvenida en esta familia, Maggie MacLaren. Pedid lo que queráis. Si está en mi poder concederlo, será vuestro.

—Pido ayuda para mantener el tesoro seguro y para proporcionar protección a la gente de Hola. Felipe y yo nos encargaremos del resto. —Maggie levantó la barbilla.

—Hecho. Felipe y Alejandro son excelentes estrategias e idearán un plan para proporcionar protección sin sobrecargar los recursos de la isla. Si se necesitan alimentos para suplementar los de la isla, me complace proporcionar tales.

Felipe y Alejandro entraron por la puerta. Alejandro dejó una gran bolsa de tela sobre la mesa con un ruido sordo, pero Felipe se detuvo, con la mirada en Maggie y el barón.

—¿Sucede algo?

—No. El barón es bastante generoso tanto en sus elogios hacia vos como en su oferta de ayuda. —Maggie sonrió, cruzó a su lado y tomó su brazo—. Estoy interesada en ver lo que el sacerdote tiene que decir sobre nuestros tesoros.

—Veamos lo que tenemos. Encended algunas velas más, Alejandro. La noche se está acercando. —La vacilación de Felipe hablaba de su intención de cuestionarla más a fondo en cuanto estuvieran solos, pero le devolvió la sonrisa y le dio una palmadita en la mano.

El brillo amarillo de las velas reemplazó la oscuridad creciente de la noche. Maggie y Felipe desarrollaron la jarra de plata y las doce pequeñas copas de plata. Tomando un limón cortado en cuartos, Maggie lo espolvoreó con sal y luego frotó suavemente la superficie de la jarra. Unos minutos después, la limpió con un paño.

—¡Dios mío! ¿Qué habéis hecho?

Maggie se giró al escuchar el jadeo proveniente de la puerta. Felipe le agarró la muñeca, tirando de ella detrás de él. Maggie tambaleó un momento antes de recuperar el equilibrio. Rodeando a Felipe, notó a un hombre delgado vestido con una simple túnica marrón, mechones de cabello blanco brotando de su cabeza justo por encima de las orejas, ojos oscuros muy abiertos. Miraba boquiabierto la jarra en sus manos.

—Es un poco de plata que descubrimos ayer —respondió, con voz baja y calmante—. ¿La reconocéis? —Miró al barón, quien le dio un solemne asentimiento. Colocando la jarra en la mesa, dio un paso atrás, indicando permiso para que el sacerdote examinara la pieza.

—Doce copas, una para cada apóstol —susurró el sacerdote y se acercó a la mesa, centrando su atención en la jarra. Estiró la mano y luego la retiró—. La jarra de vino decorada con escenas bíblicas. —Su mano tembló cuando finalmente tocó la jarra.

—¿Conocéis esto?

—Sí. Son las reliquias perdidas de San Donan, quien fue martirizado en el año de nuestro Señor, seiscientos diecisiete, junto con cincuenta de sus seguidores, en la isla de Eigg. —Volvió los ojos llenos de lágrimas hacia ella.

—¿Qué distancia hay entre Eigg y Hola? —Maggie se volvió hacia el barón.

—Dudo que sea más de dieciséis kilómetros.

Maggie sabía que la jarra y las copas habían sido robadas, al igual que el resto del tesoro. Pero escuchar las palabras del padre Sachairi...

—La plata está en demasiado buen estado para haber estado en el agua más de seiscientos años. ¿Estáis seguro?

—¿Tenéis más? Quizás una cruz.

Maggie intercambió una mirada sorprendida con Felipe. Este abrió la segunda bolsa sobre la mesa y sacó la cruz de metal. El rostro del padre Sachairi palideció, y por un momento, Maggie pensó que podría desmayarse. Inhaló profundamente y extendió su mano sobre la cruz.

—Una cruz anillada... típica, pero... —agarró la cruz con ambas manos y la giró—, sí. Una escena de caza. —El padre Sachairi miró la cruz y luego levantó la mirada hacia Maggie. Una sensación de asombro se apoderó del rostro del anciano sacerdote—. Era un muchacho cuando dejé Eigg para convertirme en sacerdote. Mi familia lo aceptó, pues mis ancestros de Iona reconstruyeron el monasterio en Eigg después de que San Donan y su gente fueran asesinados.

—Hace mucho tiempo, Padre —dijo Maggie—. Sin embargo, parece que recordáis bien la historia. ¿Nos la contaríais?

—Fue una época en la que la isla era conocida como Eilean nam Ban Mora —explicó el sacerdote.

—¿Isla de las Grandes Mujeres? —Maggie frunció el ceño—. ¿Gigantes?

—Mujeres respetadas. Mujeres de importancia —corrigió—. La isla estaba gobernada por la reina Moidart, y sus guerreras eran mujeres pictas. Se dice que San Donan llegó a Eigg, difundiendo la fe cristiana entre los pictos. La reina Moidart, que reclamaba la isla, se enfadó. Ya fuera por su religión, su popularidad entre los isleños o porque había construido su monasterio en una pieza principal de pasto... —el sacerdote se encogió de hombros—, puede que un poco de todo. Se dice que ordenó a los isleños deshacerse de Donan y sus seguidores, pero se negaron. Entonces envió a sus guerreras *en defensa de la isla*.

—¡Los monjes no tendrían ninguna oportunidad contra las guerreras! —exclamó Maggie.

—Cuando las fuerzas de la reina llegaron, encontraron a los monjes en misa. Donan pidió que se les dejara terminar, y se les concedió la tregua. Tan pronto como terminó la liturgia, todos y cada uno de los monjes fueron asesinados, y el monasterio fue incendiado.

El silencio llenó la cámara. Maggie se mordió el labio, conteniendo las lágrimas por los hombres muertos hace tanto tiempo. El sacerdote había tejido su relato de tal manera que el acto horrendo parecía tan reciente como si hubiera ocurrido hace solo unos días.

—Esa noche —continuó el padre Sachairi—, a medianoche, se oyeron voces sobrenaturales cantando, y luces se elevaron de los restos del edificio. Se dice que las mujeres guerreras, incapaces de resistir, siguieron las luces por el camino hasta el lago donde se quedaron flotando justo sobre una isla en medio del agua. —Los ojos del sacerdote brillaron llenos de una venganza impía—. Cada guerrera caminó dócilmente hacia el lago, con los ojos fijos en las luces, y se ahogó.

Capítulo 30

La luz del fuego llenaba la sala de la taberna con un espeso resplandor amarillo, incapaz de penetrar las ventanas ennegrecidas por el hollín. El humo colgaba bajo sobre las mesas de la taberna, entrando y saliendo de la gran cámara cada vez que las puertas se abrían y cerraban. Pausando un momento para que sus ojos se ajustaran a la penumbra, el conde de Mar permitió que su criado le quitara la capa perlada de lluvia que llevaba en los hombros. Se quitó los guantes de las manos, dedo por dedo, y los colocó sobre la lana cuidadosamente alisada en los brazos del sirviente.

—Buscad al posadero y asegurad una habitación. —El conde sacó una pequeña moneda de la bolsa escondida en la cintura de sus pantalones y la sostuvo para que el sirviente la tomara. Su mirada se posó en una moza de taberna de pechos generosos que le lanzó una mirada y luego se echó el cabello negro sobre el hombro en señal de invitación. El conde ajustó el ceñido de sus pantalones y se dirigió a una mesa vacía, con sus dos hombres de armas siguiéndolo a una distancia discreta.

—¿Qué vais a tomar, mi señor? —Sus ojos brillaron astutamente, su manera de ser acogedora mientras movía un hombro de manera seductora. El escote de su vestido se deslizó un poco más cerca de la punta de uno de sus pechos redondos. La muchacha se acercó contoneándose.

—Vuestra atención exclusiva durante una hora, para empezar. —Los labios del conde se curvaron. Debajo de la mesa, su miembro se hinchó y ronroneó mientras hacía rodar una moneda de cobre entre sus dedos.

—Oh, se necesitará más que un cobre para daros lo que pedís. Arriesgo mi trabajo si me ausento de mis deberes demasiado tiempo.

—No ganáis más que un cobre con vuestros actuales deberes —se burló el conde—. Y estoy ofreciendo pagar por tocar lo que tan amablemente mostráis.

La muchacha se mordió el labio inferior, claramente indecisa. El conde añadió una segunda moneda. La mujer se animó.

—Me encontraréis en vuestra habitación, mi señor, a vuestra conveniencia. La vieja bruja puede encontrar a otra muchacha para reemplazarme por una hora o dos.

—Baños primero. Estaré con vos en una hora. —El movimiento en la puerta captó la atención del conde. Su ceja se levantó. *Un desarrollo interesante*. Hizo un gesto para que la muchacha se retirara.

El hombre en la puerta llamó la atención de toda la sala, ya que el nivel de ruido cayó a casi silencio y los hombres se apartaron para darle espacio a él y a sus hombres, claramente reacios a darle al hombre cualquier motivo de queja. Los ojos marrones oscuro del hombre en la puerta brillaban con destellos dorados en la sala iluminada por velas y fuego. Hombros anchos caían hasta una cintura gruesa que el conde sabía que no tenía nada que ver con la grasa. Los tres hombres a sus talones parecían cortados del mismo paño: en forma, fornidos y peligrosos.

Como si hubiera estado buscando al conde, la mirada del hombre se fijó en él, y alteró su camino al cruzar el suelo. Piernas como troncos de árboles se mostraban bajo el tartán envuelto alrededor de las caderas del hombre. Poco después, llegó a la mesa del conde e inclinó la cabeza inquisitivamente hacia la silla vacía opuesta.

—¿Puedo unirme a vos, conde?

—Me complacería compartir mi mesa, lord MacDonnell. —El conde hizo un gesto hacia el asiento.

—Pero no la delicia que vi que apartasteis de vuestro lado hace un momento, ¿eh? Una moza de taberna común, aunque con bastante que ofrecer... estoy seguro de que sabéis a lo que me refiero. —El lord sonrió mientras se sentaba.

—Por supuesto, sois bienvenido a buscar su afecto una vez que haya acabado —respondió el conde, encogiéndose de hombros. Inclino la cabeza—. ¿Me estabais buscando? No tengo tiempo para un juego de azar esta noche. ¿Quizás en otra ocasión?

—Mis hombres me dijeron que solíais venir aquí de vez en cuando.

—¿Me habéis estado siguiendo? ¿Por qué?

—Quiero recuperar mi isla, Mar. —El rostro de MacDonnell se oscureció.

—Se la di a mi última esposa cuando la rechacé por no darme un heredero. No deseaba devolver su dote, pero no podía en conciencia enviarla a casa sin nada.

—No queríais enredarla en problemas, ¿eh? —MacDonnell sacudió su desgredada cabeza—. Es probable que su dote se utilizara para pagar la anulaci3n del matrimonio.

—Si solo se hubiera retirado al convento como una mujer adecuada, no le habría dado la isla. No conocía su lugar, muchacha testaruda que es, y estoy bien librado de ella —resopló el conde y contuvo su temperamento—. No recibí dinero de los isleños durante los dos años que poseí la isla, a pesar de vuestras garantías de que valía algo. La isla y mi esposa demostraron tener poco valor.

—Es vuestra propia persona la que os costó un heredero, no vuestra esposa —gruñó MacDonnell—. Tan aficionado a vuestros placeres como sois, deberíais tener una gran cantidad de bastardos para elegir. —Miró significativamente hacia la escalera de la esquina—. Por lo que puedo ver, la moza que os espera en vuestra habitaci3n tampoco tendrá que preocuparse por engendrar un hijo vuestro.

—Es el trabajo de la mujer engendrar un hijo, el mío disfrutar plantándolo. Mi esposa actual no ha estado en mi cama el tiempo suficiente para mostrar resultados. —La ira deslizó un calor blanco a través del conde ante la injuria de lord MacDonnell contra su hombría.

—No perdisteis tiempo en encontrar un reemplazo para la muchacha MacLaren. Pero no vine aquí para discutir los méritos de vuestras esposas, ni pasadas ni presentes. Quiero la isla de vuelta.

—¿Por qué? —Respirando lentamente por la nariz, el conde se calmó.

—Como mencioné en nuestra última reuni3n...

—Cuando perdisteis la isla a mis manos —interrumpió el conde, complacido al ver que el lord fruncía el ceño.

—Sí. Cuando ganasteis la isla —refunfuñó en silencio—. Tiene cierto valor para mí y la quiero de vuelta.

—Hay muchas islas pequeñas en las aguas de la costa occidental, y sois el señor de todas ellas. Seguramente alguna de ellas os valdrá igual. —El conde se encogió de hombros, disfrutando del malestar de MacDonnell.

—Los monjes de Hola fermentan un hidromiel que agrada a mi paladar. Nadie ha podido recrearla. —MacDonnell parecía a punto de estallar.

—Mi amigo, me complacería mucho si tomarais la isla. Con tanta fuerza como deseáis. —El conde se permitió una pequeña sonrisa.

—¿Qué haré con vuestra esposa? Mi informaci3n dice que ella y un puñado de hombres de

armas ocupan actualmente la isla. No será una batalla difícil, pero hay potencial de derramamiento de sangre. —MacDonnell gruñó.

—¿Vive allí? Qué peculiar... —se inclinó hacia adelante, apoyando los antebrazos sobre la mesa—, decidme, ¿este hidromiel vuestro, tiene algún valor?

—Venden la mitad al barón MacLean, y yo recibo dinero de la venta, junto con un diezmo del hidromiel mismo.

—Entonces, mi querido lord MacDonnell, tomad vuestra isla, su hidromiel y a mí no lamentada ex esposa. Enseñadle lo que les sucede a las mujeres descarriadas que no tienen el sentido común de pasar sus días bajo la supervisión de la iglesia en penitencia por sus pecados.

—El conde apenas pudo contener su ira por sus ingresos perdidos.

—Hacedme saber lo que le sucede. Espero con ansias las noticias. —Finalmente, se levantó.

* * *

Lord MacDonnell paseaba impaciente por la cubierta de su barco, deseando estar en casa. Las nubes se arremolinaban sobre su cabeza, presagiando la tormenta en el horizonte. La luz del sol se desvanecía tan rápido como echar una manta sobre el sol. El viento agitaba los mares y llenaba la vela del barco, haciéndolo deslizarse por el agua.

—¡Arriad la vela! —El grito del capitán se agitó alrededor del barco.

—¡No! —rugió MacDonnell—. Navegad con el viento. Rodearemos la punta de Islay y estaremos en casa antes de que lleguen las lluvias.

Con un ceño fruncido, el capitán cumplió.

—¿Tenéis prisa por regresar a Finlaggan? —Hugh, el segundo al mando de lord MacDonnell, braceó sus pies contra el vaivén de la cubierta.

—Solo os detendréis el tiempo suficiente para abastecer una de las galeras. Veinte hombres serán suficientes para someter a la ex esposa del conde y su chusma. No es necesario navegar con toda la tripulación. —Lord MacDonnell fulminó con la mirada.

—¿Alguna idea de lo que queréis que haga con la muchacha? —Hugh asintió una vez, pensativo.

—Traédmela. Después de eso... —Con un frío encogimiento de hombros, MacDonnell sentenció un mal final para el futuro de Maggie.

* * *

La luz de colores de tres vitrales iluminaba los pilares exquisitamente tallados en la capilla del barón. Cada superficie de piedra disponible estaba esculpida, dando a la pequeña y privada capilla la sensación de estar dentro de una obra de arte impecable. La mirada de Maggie viajaba desde la cruz de plata dorada hasta el jarro y las copas que descansaban sobre el mantel blanco como la nieve que cubría una mesa baja. Alguien los había pulido hasta darles un cálido brillo, y ahora residían en un lugar de honor, pareciendo estar muy a gusto entre los otros objetos del altar. A su lado, la alta figura de Felipe le daba seguridad y llenaba su corazón de alegría. La voz del padre Sachairi zumbaba a través de la misa de boda, pero ella no escuchaba nada de eso.

«No sabía que habíamos encontrado tanta riqueza. Monedas, joyas y accesorios para hacer llorar a un sacerdote, dar absolución por el pasado de Felipe y concederme permiso para casarme de nuevo con la bendición de la iglesia. El jarro y la cruz más que pagaban cualquier penitencia que pudiera haberse impuesto».

El Tesoro de Hola estaba resultando ser más valioso que el valor de su oro.

Maggie acariciaba el relicario que había colgado en una cadena de plata alrededor de su cuello. El peso del broche había tirado de la delicada tela de su vestido, y la cadena resolvía el problema perfectamente, convirtiendo el broche en un colgante. La paz se asentó sobre ella con el pensamiento de que podía lograr lo que más deseaba. Acto seguido, suspiró felizmente.

Felipe le apretó la mano, su pulgar deslizándose sobre el anillo que él le había puesto en el dedo cuando intercambiaron sus votos en la puerta de la capilla una hora antes. El oscuro y pesado oro sostenía una magnífica piedra ovalada de cuarzo limón del tamaño de su uña del pulgar, rodeada de cabujones de rubíes y diamantes. Nunca había visto una piedra tan grande y medio temía recibir el cuidado de ella. Miró a Felipe, sonriendo al encontrar su mirada divertida, volviendo de golpe a la ceremonia por la llegada de su padre, madre, Uilleam, el barón, Alejandro y su hermana Arbela, a quien Maggie había conocido solo el día anterior.

Representando a ambas familias, la pequeña multitud rodeó a Maggie y Felipe mientras el sacerdote pronunciaba su bendición sobre ellos.

—*Ego conjungo vos in matrimonium in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti. Amen.*

—Colocó una mano sobre las cabezas de Maggie y Felipe—. Id en paz y glorificad a Dios.

—Retiró sus manos y le dio a Felipe un gesto de asentimiento.

—Sois la novia de mi corazón. No importa lo que haya sucedido antes de este momento, y no importa lo que venga después, sois vos y solo vos quien tendrá mi corazón y mi nombre, y poseerá mi alma para el resto de mi vida. Me complace más allá de lo soportable llamaros esposa. —Los ojos oscuros de Felipe se encontraron con los suyos, provocando mariposas en su estómago. Acercó su boca a la de su amada, labios calientes como un hierro candente. Un gemido escapó de Maggie. Sus brazos se enroscaron alrededor de su cuello y se apretó contra él, sintiendo la barrera de la ropa entre ellos. Su corazón latía tan fuerte que apenas podía pensar. El beso terminó y apoyó su frente en el pecho de Felipe, dejando que la deliciosa niebla del abandono desenfundado se asentara sobre ella y se disipara lentamente. El olor de las velas de cera caliente en el altar se mezclaba con el propio aroma de Felipe, ahumado y seductor.

—Sois como la luz para mis ojos, como el pan para mi hambre, y la única alegría para mi corazón —respondió—. Os prometo mi amor y os honraré por encima de todos los demás. Sois, desde este momento, mi verdadero esposo.

Un grito vibrante llenó la sala y el rostro de Maggie se calentó. Felipe le dio un rápido beso en la sien y luego se enfrentó a la multitud, con la mano alzada de Maggie en la suya. De repente, un ladrido y un grito de respuesta cortaron las felicitaciones.

—¡Serkan! ¡Fuera, perro!

El grito de Alejandro no detuvo la carrera desenfundada del cachorro a través de la multitud. La bola de pelo rápida como el rayo cruzó la sala y se detuvo de golpe al lado de Maggie. Apartó sus faldas, rescatando el dobladillo de terciopelo bordado de las patas salpicadas de barro.

—Parece que se escapó de su caseta, aunque no sé cómo entró en el castillo. —Alejandro la elogió con la mirada.

—También parece que ya tengo competencia por los favores de mi esposa. —Felipe rio.

La multitud se arremolinó a su alrededor, avanzando lentamente hacia las puertas de la capilla donde les aguardaba una comida festiva y entretenimiento en el gran salón. Alejandro alzó a su hijo pequeño sobre su cadera, luego agarró de la mano al hijastro de su hermana y dirigió a los MacLean fuera de la sala. Janeth MacLaren parpadeó con los ojos llenos de lágrimas y se unió a su esposo e hijo mientras seguían a Alejandro y su familia. Alguien deslizó una delgada cuerda sobre la cabeza del cachorro y lo llevó fuera, bajo protesta. El último en salir, Balgair, dio una palmada en el hombro de Felipe y le guiñó un ojo a Maggie.

Las voces se desvanecieron en la sala, resonando desde el salón principal hasta caer en silencio al cerrarse la puerta. Al sonido del pestillo, Felipe atrajo a Maggie a sus brazos. Su beso hambriento eclipsó la calidez del que los había unido solo momentos antes. Posesivo, exigente, burlón, le mostró lo impaciente que estaba por acabar con las formalidades y tenerla solo para él. Maggie asaltó su boca, llenó sus manos con su cabello, devolviendo su pasión.

—Ahora es nuestra oportunidad de huir a nuestra habitación antes de que nos echen de menos. —Un gruñido bajo escapó de Felipe.

—Zarpamos hacia Hola con la marea de la mañana. —Maggie respiró—. Tendremos poca privacidad una vez a bordo del barco.

—Empiezo a lamentar este horario que hemos elegido, sin embargo, tenemos mucho por delante en las próximas semanas. —Felipe pasó sus manos por los brazos de Maggie y esta se estremeció.

—Entonces, dejemos a los demás con su jolgorio. La idea de compartiros con nuestros invitados durante las próximas horas no me agrada.

Felipe se dirigió a la puerta, con Maggie pisándole los talones. Una rápida mirada al pasillo le dijo que Balgair guardaba el camino hacia el salón, dejando expuesto el sentido opuesto. Conteniendo una risita traviesa, se deslizó por las puertas de la capilla y siguió el paso silencioso de su marido hacia la habitación preparada de arriba.

Capítulo 31

—Deberíais llevar siempre rubíes y rosas, *mon coeur*. —Felipe miró a su nueva esposa.

La piel pálida de Maggie se sonrojó, el tono rosado reflejaba el de los pétalos de flores esparcidos sobre la manta de brocado dorado de seda y el brillo de las pulseras de rubíes que Arbela, su nueva cuñada, le había prestado para el día de su boda. Sus yemas de los dedos rozaron las piedras que llenaban la delicada filigrana alrededor de su muñeca. Felipe desestimó el valor incalculable de las joyas, prefiriendo la piel desnuda de su nueva esposa que yacía debajo de él, y su miembro aún enterrado en ella. Fascinado, observó el subir y bajar de sus pechos mientras recuperaba el aliento tras su primera y apasionada exploración.

La ropa descartada cubría el suelo sin prestar atención a los costosos artículos. Incluso el vestido burdeos de Maggie no había sido prueba contra el calor de su pasión mientras cerraban y atrancaban la puerta contra intrusiones. Una manga revoloteante aún colgaba lánguidamente del pestillo de la puerta, no considerada digna de detener su urgente necesidad de estar solos juntos.

—No pretendía caer sobre vos tan pronto como cerramos la puerta. —Felipe esbozó una media sonrisa.

—Mmm —murmuró Maggie, terminando en un suspiro. Se estiró lánguidamente—. No recuerdo haberme quejado.

—Dijisteis varias cosas. Detenerse no fue una de ellas. —La sonrisa de Felipe se ensanchó, sintiéndose inmensamente complacido. A pesar de su descarado desdén por los rituales nupciales adecuados, había hecho bien en llevarla directamente a la cama. Permanecer entre la chusma bulliciosa solo habría permitido que viejos recuerdos salieran a la superficie. La participación ansiosa de Maggie en consumir sus votos valía cualquier cantidad de burlas que tendría que soportar al día siguiente. Él mordisqueó su hombro, abriéndose paso hasta su cuello. Su piel sabía a rosas, olía a cielo. Y un poco a sudor salado. Divino, y merecía explorarlo más. Pasó su lengua por la suave piel. Maggie jadeó y giró la cabeza hacia un lado, exponiendo más carne cremosa. Succionó un pecho, luego el otro, sosteniéndolos en sus palmas hasta llenarlos con exquisita plenitud—. Sois hermosa —susurró.

—Soy demasiado alta, demasiado robusta para ser algo más que simplemente agradable a la vista. —Maggie se sonrojó más profundamente y se quedó quieta, las suaves líneas de su cuerpo se endurecieron ante sus palabras.

Felipe apoyó su peso en un codo y luego pasó sus dedos lentamente por su cabello, sacando los rizos llameantes hacia un lado para ver mejor los mechones iluminados por el fuego.

—Os diré todos los días que sois hermosa y nunca me lo discutiréis. —Tiró de mechones de su cabello hacia adelante para que se posaran sobre sus hombros y se enroscaran sobre sus pechos. Acercando su rostro al de ella, la besó, infundiéndole la verdad en la caricia hasta que su cuerpo cedió en la discusión.

El gemido de Maggie contra sus labios hizo que la pasión de Felipe se disparara. El calor de ella envolviendo su menguante miembro lo endureció de nuevo. Ella envolvió sus piernas alrededor de su cintura, respondiendo al lento y cuestionador movimiento circular de sus caderas. Su respiración se aceleró y luego se detuvo cuando sus dedos se clavaron en sus hombros. Con un grito, arqueó su espalda, ajustando su cuerpo perfectamente al de él.

Su propia liberación lo golpeó con fuerza. Gritó su nombre, con los brazos temblando

mientras se derramaba en ella. Arrastrando aire hacia sus pulmones, se dejó caer en el colchón relleno de plumas, sin estar seguro de cuándo se movería de nuevo. Jadeante, la atrajo hacia su pecho, inhalando grandes bocanadas de aire a través de su perfumado cabello mientras acomodaba sus nalgas contra su ingle y deslizaba un brazo debajo de su cuello.

—Nunca me he sentido tan completo.

—Para mí también es más de lo que puedo describir —balbuceó Maggie, presionando un beso en el interior de su codo. Su piel se erizó al tacto de ella, pero estaba más allá de excitarse, al menos durante la próxima media hora o así.

Felipe se despertó algún tiempo después, encontrando la manta de seda sobre sus hombros y las sábanas a su lado vacías. Aturdido, se sentó y se pasó una mano por los ojos antes de echar un vistazo alrededor de la habitación. Maggie estaba sentada sobre una manta doblada junto a la chimenea, con una esquina tirada sobre un hombro mientras avivaba el bloque de turba hasta convertirlo en una llama baja. La luz parpadeante dibujaba su cuerpo en relieve dorado, perfilando cada curva, enmarcando las largas líneas de sus brazos y piernas, y brillando a través del velo de su cabello. La urgencia lo poseyó. Se deslizó de la cama y cruzó a su lado. Ella levantó la vista, con los labios suavemente redondeados por la sorpresa.

—No quería despertaros.

—Podéis despertarme en cualquier momento, *mon coeur*. —Felipe extendió una mano.

Los párpados de la flamante esposa revolotearon y una sonrisa satisfecha curvó sus labios. Tomó su mano y se levantó del hogar para apoyarse contra él. El calor estalló a través de su amado cuando sus pezones endurecidos presionaron contra su pecho. Ella enganchó un pie detrás de su tobillo y tiró, obligándolo lentamente a caer sobre la gruesa alfombra frente a la chimenea. Felipe se tumbó de espaldas, con las manos extendidas en una invitación. Maggie se subió a sus caderas, deslizó los dedos por el vello de su pecho.

—Es mi turno.

* * *

No quedaba más remedio que enfrentar sus miedos. Una mano firmemente agarrada a la de Felipe, la otra nerviosamente jugueteando con la fina lana de su suave vestido verde, Maggie se paseó por el gran salón como si no hubiera pasado la mayor parte del día anterior encerrada con su nuevo marido, decidida a soportar las bromas obscenas que seguramente la recibirían tras la precipitada partida de ella y Felipe tras la misa de boda. Luego de despertarse demasiado tarde para encontrarse con el barco en el muelle, Felipe había enviado un mensaje diciendo que no tomarían el Mar en la marea de la mañana. La hora tardía de la mañana no había resultado en un salón vacío.

—Se quedan porque tienen resaca, no porque quieran intercambiar palabras con nosotros. —Sonrió. Las susurradas seguridades de Felipe no ayudaron, aunque parecían ser ciertas. Ojos somnolientos parpadeaban hacia ella desde rostros demacrados mientras avanzaba hacia la mesa principal, los pasos de su calzado siseando ruidosamente sobre la piedra. Unas cuantas personas se encogieron y se dieron la vuelta, sosteniendo tazas humeantes de alguna tisana que probablemente la curandera había puesto a su disposición para tratar sus dolencias. O quizás las anguilas relucientes que Maggie podía ver amontonadas en las bandejas aliviarían los síntomas de sus excesos. Reprimió una sonrisa y un escalofrío. Aunque a menudo le habían asegurado la valía de las anguilas como cura para tales males, la idea de tragar esos trozos resbaladizos había contribuido mucho a mantenerla en el lado moderado de la embriaguez. Ni por todo el oro del mundo insultaría a un estómago ya maltratado con una ración de anguilas, cocinadas o no.

Jugueteó con el broche que colgaba de su cadena y luego suspiró. Ya poseía un tesoro digno de un rey.

El ambiente de la sala se alivió a medida que aquellos que habían logrado evitar los serios efectos secundarios del suntuoso banquete, y que parecían haber dormido bien, se iban acercando al salón para romper el ayuno. Balgair tomó asiento frente a Felipe, su sonrisa asomando valientemente entre sus bigotes bajo sus ojos inyectados en sangre. Aceptó una taza humeante de una sirvienta, pero negó con la cabeza, con cuidado, ante la oferta de comida.

Un ruidoso trío de muchachos irrumpió en el salón. Bram, el hijastro de Arbela y el mayor de los otros dos niños por unos cinco años, saltaba por todas partes, sosteniendo un balón de cuero en el aire, fuera del alcance de los demás. Los dos más pequeños, apenas más que unos niños pequeños, corrían a sus talones, chillando de alegría. Dos hombres en una mesa lejana se levantaron y salieron tambaleándose de la habitación.

—Veo que habéis decidido honrar el salón con vuestra presencia —dijo Alejandro, dando a Felipe un golpe en el hombro. Echó una mirada severa a los tres muchachos y luego se acomodó en una silla junto a Felipe y se dispuso a untar mantequilla en una torta de avena que inmediatamente fue arrebatada por el mayor de los muchachos.

—Ya habéis desayunado —protestó Alejandro. Con una falsa mueca de enojo, tomó otra torta de avena.

—Sus barrigas no son más que barriles vacíos —suspiró Arbela mientras se dejaba caer en la silla frente a Maggie. La pequeña mujer morena llevaba un bebé casi oculto bajo una faja que le cruzaba el hombro y el pecho. Maggie solo la había conocido dos días antes y la encontró directa, amable y de inmediato leal a Maggie, a quien saludó como a su nueva hermana. La joven esposa lanzó una mirada de soslayo a Felipe, preguntándose sobre su anterior relación con Arbela, pero él bromeaba con Alejandro sin prestarle especial atención a esta. La mujer que se sentó junto a Alejandro, su esposa Annag, levantó al muchacho más pequeño y lo colocó en su regazo.

—Ahí. Eso debería bastarles hasta la comida del mediodía. —Seguidamente, Arbela rápidamente sirvió una rebanada de queso y pan y la puso en medio de los niños alborotadores, silenciándolos de inmediato. Se sacudió las manos. Le dedicó a Maggie una sonrisa conspiradora—. Más vale que tengáis una despensa infinita si tenéis niños.

La piel de Maggie se calentó. La conversación le parecía extraña, teniendo en cuenta que la mujer había tenido el corazón de Felipe.

¿Podría tener razón Felipe? ¿Su infertilidad se debía a la incapacidad del conde para engendrar un hijo y no a algo que estuviera mal en ella? ¿Podría concebir el hijo de Felipe? Si no, no sería por falta de intentos: ya habían empezado con buen pie.

Maggie acabó con el último bocado de abadejo ahumado, morcilla blanca y champiñones salteados de su plato y se sirvió un poco de gachas, ignorando la sonrisa de Felipe quien también había comido bien. Por su lado, Arbela miró de forma pícara en dirección a Felipe, tomó una torta de avena del plato de su hermano y le dio un mordisco.

—Ella me dejaría morir de hambre. —Alejandro sacudió la cabeza y se quejó con falsa desesperación.

—Estoy amamantando a un niño, querido hermano —murmuró ella entre migas—. Por eso como por dos.

—La maternidad os sienta bien —dijo Felipe—. Espero que no hayáis puesto en riesgo vuestra salud viniendo aquí.

—No me perdería vuestra boda, Felipe. Me alegra veros tan feliz. —Una mirada tierna pasó

entre ellos. Arbela inclinó la mejilla para recibir el beso de su marido cuando él pasó detrás de ella. Este le dio una palmadita en los hombros y tomó asiento con un saludo cordial al resto del grupo. Aquel intercambio calentó el corazón de Maggie.

El salón comenzó a despejarse cuando los últimos rezagados terminaron sus comidas y se fueron a las tareas o deberes que les aguardaban. Los sirvientes rápidamente despejaron las mesas.

Maggie miró por el salón buscando a sus padres. Uilleam se deslizó detrás de ella y le dio un rápido beso en la mejilla.

—Sois feliz, hermana mía —dijo mientras se acomodaba en la silla junto a ella y comenzaba a amontonar su plato con las diversas ofertas que quedaban en la mesa principal. Claramente, había limitado su consumo de comida y vino ricos, o tenía una excelente cabeza para tales extravagancias. Apartó el plato de salchichas y le lanzó una mirada burlona—. Aunque escandalizasteis bastante a mamá cuando no aparecisteis para la cena de vuestra boda.

—Asumo la culpa por eso —agregó Felipe, extendiendo la mano detrás de Maggie para darle un golpecito en la cabeza a Uilleam—. No molestéis a vuestra hermana.

Las palabras de Felipe y su velada amenaza, aliviaron la mortificación de Maggie. Ella había disfrutado completamente en manos de su marido y no podía pensar en una buena razón para arrepentirse de ello. Especialmente cuando... su garganta se secó y alcanzó su jarra.

—Me alegra mucho que hayáis podido venir a la boda, Uilleam. Pero padre no parece estar bien. —Bebió varios tragos de sidra antes de atreverse a hablar.

Su hermano atrapó hábilmente la pelota de cuero que volaba hacia su cabeza. La devolvió al muchacho mayor, que la escondió rápidamente debajo de la mesa, sonrojándose profundamente bajo la mirada indignada de Arbela.

—He oído que Cook está buscando un muchacho adecuado para ahuyentar a los pájaros en el jardín —comentó Arbela, con una amenaza velada, ya que estaba claro que el joven Bram preferiría pasar el día jugando con sus primos antes que sentado al borde de los jardines de la cocina lanzando piedras a los pájaros desprevenidos.

—¿Podemos ir a jugar?

Los dos niños más pequeños asintieron, lanzando miradas adorables a Bram.

—Enviaré a vuestra niñera en un momento. No os alejéis del patio y no os acerquéis a los establos.

Las patas de madera chirriaron contra la piedra cuando los niños se levantaron de sus asientos y salieron corriendo del salón. Alejandro se levantó, limpiándose la boca con un trozo de lino.

—Voy a buscar a Una.

—No os molestéis. Los vigilaré yo. —Annag lo detuvo con un toque en el brazo. Salió del salón, y la mirada de Alejandro se quedó en ella un largo momento antes de volver a su comida.

Maggie se volvió hacia su hermano.

—No ha sido él mismo últimamente —coincidió Uilleam, respondiendo a su preocupación—. Lento para levantarse por la mañana y rechaza su plato. —Tomó un gran bocado de salchicha, asintiendo, pensativo—. Lo escuché toser la otra mañana. Madre no quiere hablar de ello.

El corazón de Maggie se hundió. Uilleam era demasiado joven para recordar los últimos días de su abuelo. Su declive había comenzado con una simple necesidad de dormir más y comer menos de lo habitual, pero en el transcurso del año, sus piernas y su vientre se habían hinchado enormemente y su tos desgarradora se escuchaba en todo el castillo. Se apartó de la mesa, sin

apetito, acariciando distraídamente el broche en su cuello. Tomó una respiración profunda mientras el pesado oro descansaba contra su pecho, cálido y reconfortante.

«Todo irá bien».

—Uilleam, tomad esto —dijo Maggie, levantando el collar de su cuello.

—No necesito un collar. —La miró con desconfianza.

—Callad. No es solo un adorno bonito. Dentro hay un trozo de la verdadera cruz. Se dice que este broche contiene los poderes curativos de nuestro Señor. Llevadlo o mantenedlo cerca cuando estéis con padre. Ayudará.

—¿Un relicario? Maggie, solo el engaste vale una fortuna. —Uilleam se limpió los dedos en sus pantalones para luego extender la mano. Su hermana colocó el broche en su palma y el joven lo miró fijamente.

—Vale exactamente la vida de padre.

Capítulo 32

El sol aún estaba bien alto sobre el horizonte cuando el Mar zarpó del muelle de Morvern con la marea alta de la tarde. Las gaviotas se enfrascaban en interminables giros y chillidos mientras los pescadores en el extremo del muelle terminaban de clasificar sus redes y pots para unas horas más de trabajo en las aguas del lago. El olor a pescado, agua y madera calentada por el sol asaltaba a Maggie. Había tenido poco tiempo para hablar en privado con su madre, y Janneth se había negado rotundamente a hablar sobre la salud de su marido. Con los labios apretados sin cesar mientras contenía las lágrimas que brillaban en sus ojos, Janneth solo hablaba de las responsabilidades de Maggie como nueva esposa, con la mirada levantada hacia los cielos, y los labios moviéndose en lo que Maggie sospechaba era una breve, silenciosa súplica de que este matrimonio fuera mejor que el primero. Maggie había soportado la charla, sintiendo que su madre no conocía otra forma de expresar su preocupación, y luego se escapó para buscar unos momentos a solas en la capilla para rezar por su familia.

Uilleam estaba al lado de *lady* MacLaren en el muelle, entre los que se reunieron para despedir a los recién casados, con el broche resguardado en su mano levantada en silenciosa promesa de hacer todo lo posible para que su padre recibiera el tratamiento necesario. Maggie envió a su hermano un gesto de agradecimiento, recordando su aseguramiento de que enviaría noticias pronto.

La gente vitoreaba mientras el Mar se adentraba en el estrecho de Mull. El viento fresco del estrecho enredaba las faldas de Maggie contra sus piernas y le soltaba mechones de cabello de su trenza. Cerró los ojos con un suspiro y levantó el rostro para recibir la caricia del viento.

—Puede que tengamos un viaje movido hasta llegar a Hola, si las nubes en el horizonte son una señal.

La voz de Felipe en su oído le envió escalofríos hasta el alma.

—Quizás se dirija hacia el mar y se agote allí. —Se giró hacia él, apartando un mechón de cabello de la comisura de su boca.

—Puede ser. Alejandro dice que las tormentas se levantan con demasiada frecuencia en el estrecho. Ojalá estemos instalados en la casa comunal antes de que caigan las lluvias.

—Me temo que tendremos poco tiempo para nosotros en Hola.

—Asatrus e Igor roncan fuerte —dijo Felipe inclinando la cabeza, con los ojos brillantes. Presionó sus caderas contra las de ella, con su excitación evidente incluso con la ropa entre ellos —. Y Fraida también, si no me equivoco.

—No es propio de un caballero hablar de los ronquidos de una dama. —Maggie le dio un golpecito en el brazo juguetonamente.

—¿Ni siquiera los de mi esposa?

—¡Yo no ronco! —El calor subió a las mejillas de Maggie.

—Oh, pero lo hicisteis, *ma belle*. El cansancio desafiló vuestros sentidos, o estoy seguro de que os habríais dado cuenta.

—¿Nuestro... amor no os cansó? —Maggie hizo un gesto triste, pues sabía que él también había dormido profundamente.

—Desperté una o dos veces, si lo recordáis. —Se movió, dejando un pequeño espacio entre ellos, luego apoyó un codo contra la barandilla—. Sois hermosa cuando dormís. Como un ángel.

—Como un ángel roncadador —confesó, pero no pudo ocultar su sonrisa.

—Como un ángel roncadador que tengo la bendición de llamar esposa. —Se rio.

—Sois un hombre fácil de amar, Felipe. —Maggie apoyó la cabeza en su hombro y suspiró.

—¿Es esa vuestra manera de decir que me amáis?

—No. Así es como digo que os amo. —Maggie levantó la cabeza y colocó las palmas de sus manos contra la malla que él llevaba sobre su túnica. Enseguida, se puso de puntillas, colocando sus pechos firmes contra su pecho, y presionó sus labios contra los de él. Su boca se suavizó, sus brazos la rodearon. Su lengua se enredó con la suya y temblores revoloteaban en su vientre. Con un suspiro, rompió el beso.

—Quizá esto debería esperar hasta que tengamos un poco más de privacidad —murmuró con pesar.

—Sí. Aunque todos han considerado oportuno dar la espalda y están ocupados guiando al Mar por el estrecho, tengo una curiosidad enorme por ver cómo dices os amo cuando estemos solos. —El gemido de Felipe resonó en su pecho mientras la volvía a abrazar contra su costado.

El repiqueteo de uñas sobre las tablas de madera anunció la carrera desenfrenada de Serkan por la cubierta. Malas palabras de los marineros resonaron. Las cuerdas se les escaparon de las manos mientras luchaban por mantener el equilibrio al pasar el cachorro. Una gaviota graznó, alzando el vuelo cuando Serkan saltó hacia la barandilla. Plumas blancas y grises estallaron en el aire, ya no unidas al desventurado pájaro. El cachorro ladró y luego trotó hacia Maggie, con un poco de plumón colgando de sus fauces.

—¡Perro malo! —regañó Maggie—. No debéis molestar a los hombres, y no podéis perseguir pájaros. —Se volvió hacia Felipe—. No puedo tenerlo cerca de Colyn si es un peligro.

—Pasaré un tiempo con él —añadió Felipe—. Necesita que se le enseñe lo que puede y no puede hacer. Ya ha dejado su inclinación por saltar sobre la gente. —Asintió hacia el cachorro que estaba sentado a sus pies, con la cola barriendo ansiosamente las tablas—. Quiere ser complaciente.

—Le agrado —dijo Maggie, frunciendo el ceño—. Creo que prefiero los caballos.

* * *

Las alas del halcón chasquearon como las velas de un barco contra el viento. Su grito agudo señalaba frustración mientras movía sus patas en el guante de cuero, con los fiadores firmemente sujetos entre los dedos de Narfi. Svala aplaudió, su pálido cabello saltaba, mientras los labios de Halle se fruncían en desaprobación.

—¡Dejadle ir! —gritó Sakki, levantando el puño en su emoción.

—El viento está levantándose demasiado. Nos traerá una tormenta pronto. —Narfi sacudió la cabeza.

—Es fuerte —reconoció Sakki—. Quiero verle cazar.

—No hay mucha presa por ahí —opinó Narfi, señalando el cielo, vacío excepto por las nubes gris oscuro que se arremolinaban desde el mar—, no con una tempestad acercándose. —Miró al cielo cargado de nubes—. *Freya* insistió en que hicieseis ejercicio, pero tengo un ratón pequeño para llenar su barriga. No hay necesidad de cazar hoy.

Narfi colocó al pájaro en una roca, sus garras rasparon contra la piedra rugosa. Dándole la espalda como Maggie le había enseñado, Narfi sacó el roedor muerto de la bolsa que llevaba colgada del hombro. Se volvió hacia el pájaro.

—Aquí, *fálki*. Comed.

El halcón inclinó la cabeza y luego arrebató la comida ofrecida del guante de Narfi.

Sujetando el cuerpo con una garra, consumió el ratón con gran deleite.

—¡Puah! —Svala se tapó la boca y la nariz.

—Me alegra proporcionaros carne, pero no tengo que veros desgarrarla. —Narfi frunció el ceño.

—¿Creéis que *Freya* os dejará quedártelo? —preguntó Sakki—. Os habéis encargado de él esta última semana y más.

—No tiene intención de quedárselo más allá de su primer año. Quiere que sea libre.

—Narfi sacudió la cabeza.

—Pero, ¿y si no quiere ser libre? —insistió Sakki—. ¿Crees que está encariñado con vos?

—No lo sé. Sería grandioso quedármelo, pero no es una mascota. —Dirigió su atención hacia la orilla del agua donde las focas se aglomeraban, ladrando mientras se empujaban para posicionarse en las rocas. Los acantilados proporcionaban a las focas protección contra las flechas y lanzas de los cazadores, pues incluso si mataban a una de las grandes bestias, era tarea de todos los hombres arrastrar el cadáver desde la playa. Las olas chocaban contra las rocas más allá de la cala, una barrera probada contra los de *Hola* que buscaban las focas desde el mar.

—Quiero buscar crías de foca —dijo Svala, aparentemente olvidando la sangrienta exhibición del halcón mientras se acercaba al borde.

—¡No os acerquéis demasiado! —advirtió Halle—. El borde es peligroso.

Svala arrugó la nariz y se detuvo a unos pocos pies de un desastre seguro.

—No veo ninguna cría todavía. —Halle se unió a ella.

—Pronto. Entonces esto será verdaderamente ruidoso aquí. —Sakki y Narfi se acercaron a las muchachas, mirando por encima de las rocas hacia la playa de abajo.

—Cuidado. Puede que los piratas vuelvan —bromeó Sakki, tirando de la trenza de Svala.

—¡No digáis eso! ¡Sois malo! —gritó ella y se apartó.

Halle colocó las pequeñas manos de la niña sobre sus hombros para estabilizarla. Svala se apoyó en la muchacha mayor, con una mueca mitad enfadada, mitad asustada en su rostro.

—Sabéis que no debéis provocarla —reprendió Halle.

—Es solo una cría. No se acuerda...

—¡Sí que me acuerdo! Hicieron llorar a mi mamá —sollozó Svala.

—Déjala, Sakki, o se lo diré a mamá. —Halle metió a la niña bajo su brazo. Con murmullos de consuelo, condujo a Svala lejos.

La hierba con penachos se balanceaba con la brisa creciente. Rocío marino salpicó la mejilla de Narfi y saboreó la sal en su lengua.

—Debemos darnos prisa. La tormenta se está acercando.

—Esperad. —Sakki tocó el brazo de Narfi—. Mirad.

—¿Qué habéis visto? —Partículas de suelo arenoso se levantaron en el aire, impulsadas por un repentino torbellino de viento. Las nubes descendieron para mezclarse con las olas, y cortinas de lluvia caían sobre el mar mientras la tormenta avanzaba hacia la costa. Narfi levantó el brazo para proteger su rostro.

—No puedo decirlo. Ha desaparecido —suspiró Sakki y permaneció en silencio mientras escrutaba la tormenta creciente. El trueno retumbó sobre sus cabezas—. Pensé que era un barco pirata.

—No deberíais provocar a Svala. —Narfi miró por encima de su hombro. Con la cabeza inclinada contra el viento, Svala y Halle se apresuraban por el camino.

—No es por Svala. Pensé que había visto una vela.

—¿Estáis seguro? ¿Deberíamos informar a Asatrus?

—Nadie puede desembarcar en este lado de la isla. Tal vez me equivoqué. Solo fue un vistazo. Tenéis razón. No debería haber dicho lo que dije a Svala. —Sakki se encogió de hombros.

—No. No debisteis. Pero si visteis una vela, deberíamos alertar a los guardias.

—Olvidadlo. No era nada. Vamos a casa. —Grandes gotas de lluvia cayeron. Sakki agitó la mano.

* * *

El amanecer se filtraba a través de las nubes persistentes, tiñéndolas de rosa, naranja y oro contra un cielo gris azulado del mismo tono profundo que los mares agitados, que aún no habían renunciado a la furia de la tormenta de la noche anterior. Las olas rompían, lanzando espuma blanca en un remolino furioso contra las rocas. La niebla flotaba hasta las rodillas sobre la hierba y amortiguaba los sonidos normales de la mañana. La cabeza de Maggie descansaba en el hombro de Felipe, cálida y relajada. Su respiración era profunda, empañando ligeramente el aire fresco. Una manta de lana mantenía a raya la mayor parte del barro y la humedad, aunque no había pensado mucho en ello hasta hace unos momentos.

El ladrido de una foca, suavizado por la niebla, sonó abajo. Una brisa fría flotaba sobre el promontorio. La sal perfumaba el aire. Las señales distintivas de la nueva vida de Felipe.

—Estoy bendecido —dijo, acercando el borde de su capa sobre el delgado hombro de Maggie y ajustándola alrededor de su cuello.

—Estoy de acuerdo, pero ¿qué os hace decir esto? —Se movió, girando el rostro hacia su pecho.

—Tengo todo lo que podría desear. —Felipe sonrió, satisfecho.

—¿Deseáis hacer el amor con vuestra esposa en un frío mirador, en el barro?

—Haría el amor con vos en cualquier lugar. Excepto, tal vez, en la ruidosa y desordenada casa comunal. Los ronquidos y la proximidad de los demás al menos mantuvieron mi ardor a un nivel manejable durante la noche. —Le revolvió el cabello.

—No me gustan las rocas —se quejó Maggie mientras se movía, extendía un brazo y sacaba una piedra del tamaño de un puño de debajo de su espalda—. Quizás deberíamos habernos retirado a la abadía. Aunque si el hidromiel se volviese amarga o las manzanas no se dieran, nos culparían por la profanación. —Arrojó la piedra y esta resonó al atravesar la niebla. Enseguida, se sentó y se estiró, con el rostro vuelto hacia el cielo. Su cabello rojo fuego se extendía sobre la manta alrededor de sus caderas. Su fina camisola se estiraba sobre sus pechos, provocando a Felipe mientras la tela se deslizaba sobre su piel. Él le acarició un pecho, rozando el pezón firme contra su pulgar—. Me encanta lo que me hacéis, cómo despertáis el deseo en mí con la mirada de vuestros ojos. Me encanta vuestro toque, la manera en que me llenáis y no me escondéis nada. —Sonrió y se inclinó para acariciarle.

—Me disteis vuestra confianza y vuestro corazón —añadió Felipe al intensificarse la caricia de su mano—, nada podría ser mejor que esto.

—¿Habéis oído un grito? —Maggie se detuvo.

—Escucho mi corazón latiendo en mis oídos, amor. Nada más. —Maldijo en silencio la interrupción mientras Maggie lo acariciaba distraídamente, con la cabeza inclinada en postura de escucha—. Dadme un momento mientras observo. —Se levantó y respiró profundamente mientras su deseo competía con su cerebro por atención. Poniéndose los pantalones, logró acomodarlos correctamente, luego se calzó las botas. La conciencia de la mirada aprobatoria de su esposa sobre su cuerpo aun mayormente desnudo no hizo nada por aliviar la tensión de sus

pantalones, pero su actitud distraída le preocupaba. Tras aceptar su túnica cuando ella se la entregó, se la colocó por la cabeza, dejando los cordones sueltos en el cuello, luego se ajustó el cinturón de su espada alrededor de la cintura. Una vez fuera de su refugio entre dos grandes rocas, el aire fresco le erizó la piel de los brazos. La luz del sol asomaba entre las nubes que se iban disipando y la niebla se partió lo suficiente como para ver la playa abajo. Las focas se deslizaban, resbalando de sus rocas con suficiente ruido para despertar a los muertos.

«¿Qué diablos podría causar tanto alboroto?» Se acercó más al borde, rogando que el viento barriera la niebla que quedaba sobre el agua. Sus botas se hundieron silenciosamente en el suelo blando. Repentinamente, algo negro, destacado contra la niebla gris, llamó su atención. Entre los ladridos de las focas se oyó el crujido de madera. «Asatrus me aseguró que sus barcos no podían navegar hasta el puerto del criadero». Un temor lo invadió. Asatrus no es un marinero. «Asatrus es un *mazer*». Giró sobre un talón para advertir a Maggie. Sin embargo, en ese instante, un destello de acero brilló sobre él un instante antes de golpearle la cabeza y la oscuridad puso fin al dolor.

Capítulo 33

Maggie recogió su ropa. Algo no estaba bien. El cielo prometía un hermoso día, eventualmente, con el sol asomando entre las nubes que palidecían de rosa a blanco. Las neblinas se habían disipado, aunque aún flotaban sobre el suelo y se deslizaban desde las grietas de los acantilados como jirones de sudarios funerarios. A pesar del sol y las flores atendidas por abejas ocupadas, algo peligroso acechaba cerca. Los pájaros cercanos habían enmudecido y las demás agradables normalidades de un día tardío de primavera no podían disipar su preocupación. Se vistió rápidamente, poniéndose la túnica y el sobrevestido sobre su fina camisa. Deslizó su daga en la parte delantera de su corpiño, deseando tener algo más sustancial con lo que protegerse.

«No estaba pensando en mi ballesta cuando salimos de la casa comunal esta mañana».

El recuerdo de lo que *tenía* en mente le hizo sonrojarse, pero no fue suficiente para calmar sus temores. Otra ola de inquietud la invadió y miró hacia el borde del mirador donde Felipe se había dirigido... una silueta oscura, con hombros más anchos que los de Felipe y de menor estatura, se erguía sobre una forma desplomada. Maggie cojeó hacia el borde del área protegida para tener una mejor vista, con una bota medio puesta y la otra colgando de su mano. Felipe yacía tendido en el suelo.

—¡No!

El atacante se apartó, ignorado mientras la mirada de Maggie se centraba en el cuerpo inmóvil de Felipe. Sin pensarlo dos veces, levantó sus faldas y cruzó el terreno corriendo. Manos rudas la agarraron por detrás cuando alcanzó a Felipe, levantándola del suelo. Gritó y alcanzó con los dedos detrás de su cabeza, rígidos, arañando a su atacante. Este ladró enfadado cuando sus uñas encontraron carne blanda, y la arrojó lejos. Con los brazos girando para mantener el equilibrio, Maggie aterrizó en cuclillas, perdiendo apenas un segundo para ajustar su peso antes de lanzarse sobre el rufián. Con el puño cerrado, puso todo su peso detrás de un golpe a la cabeza del hombre. El dolor atravesó sus nudillos al encontrar el hueso sólido de su mejilla. Él se tambaleó sobre un pie. Ignorando la agonía en su mano, aprovechó la ventaja. Plantando un pie detrás de la pierna adelantada del sujeto, empujó con fuerza contra su hombro. Sorprendido, tropezó y cayó pesadamente al suelo.

—¡Alejaos! —gritó, levantando las manos para protegerse.

Maggie cayó sobre él, con una rodilla en su pecho. El aliento salió de él en un gran jadeo. Con la furia cabalgándola como un demonio, sacó su daga de la funda y la forzó contra su garganta, enterrándola debajo de la espesa barba.

—Si respiráis fuerte, os haré callar para siempre.

—Haré lo que digáis. —Los ojos de él se agrandaron. Lentamente, extendió las manos.

—No me importa si vivís o morís. —El corazón de Maggie latía salvajemente en sus oídos. Sus manos temblaban. Sacudió la cabeza mientras su visión se oscurecía por los bordes—. ¿Quién sois y por qué estáis aquí?

—Soy Brandr Ottosen, y estamos aquí por vos. —El hombre se relajó bajo ella y una sonrisa deformó su barba.

* * *

Felipe despertó boqueando, con la mejilla contra la arena. Se atragantó violentamente al

aspirar agua salada por la nariz y la garganta. Desorientado, frenético por respirar, apoyó las manos en la arena y levantó el pecho de las olas. Inhaló bruscamente y el agua se le metió en los pulmones. Se ahogó y volvió a atragantarse mientras más agua aterrizaba en su estómago. Su estómago protestó por la pesada salmuera y vomitó sobre la arena, con los ojos cerrados contra el sol y la miseria que atravesaba su cabeza. Al sentir su estómago aliviado, se dejó caer al suelo y rodó sobre su espalda, colocando cautelosamente un brazo sobre sus ojos para bloquear el sol. El choque de las olas lo rodeaba, puntuado por los ladridos de las focas. El recuerdo de un brazo levantado y el pesado mango de una espada atravesó su mente. ¿Quién lo había golpeado y por qué?

«Maggie».

Con un gemido, Felipe se empujó a una posición sentada, abriendo los ojos con determinación contra el dolor cegador. Tocó con cuidado el costado de su cabeza y encontró la piel rota, un área del tamaño de la palma de su mano hinchada y sensible. Enseguida, apretó los dientes. «Debo encontrarla». Se levantó, pero no pudo mantenerse erguido. Inclínándose hacia un lado, tambaleó unos pasos hasta que se apoyó contra una gran roca. Agarró la piedra, luchando por mantener los pies debajo de él, reacio a rendirse al suelo. Debía encontrar a Maggie. Nada más importaba.

—¡Felipe! —La voz de Balgair retumbó desde arriba.

Felipe se giró hacia el sonido, pero sus pies no respondieron correctamente y aterrizó, con las piernas debajo de él, sobre su trasero en la arena.

—*Fils de...* —murmuró.

—Idiota.

Los escombros cayeron en una lluvia de guijarros, arena y hierba. Instintivamente, Felipe levantó un brazo para protegerse del peligro. El extremo de una cuerda cayó de repente y esta se enrolló en el suelo. Más escombros y arena cayeron en cascada mientras Balgair descendía por la cara del acantilado. Al aterrizar en la playa, se sacudió las manos y enderezó el pliegue de su tartán. Miró a Felipe.

—Tenéis una pinta terrible.

—¿Dónde está mi esposa?

—No lo sé, amigo. La mañana avanzaba y, como hasta yo tendría dificultades para mantenerme tanto tiempo, vine a pedirlos que os unierais al resto de nosotros, ya que tenemos mucho que hacer. —Endureció la mandíbula y sus ojos se volvieron fríos—. No he visto a Maggie, solo una zona rasgada cerca del rincón apartado en este mirador. Alguien debe habérsela llevado, aunque parece que opuso resistencia.

—Maggie pensó que escuchaba algo. Fui a investigar y alguien me golpeó en la cabeza. Debieron tirarme del acantilado para asegurarse. —Felipe gimió y extendió una mano para que le ayudaran a levantarse.

—No deberíais estar aquí hablando conmigo después de una caída así. Sois un bastardo con suerte.

—Está claro que los hados tienen preparada una muerte peor para mí. Debo encontrar a Maggie.

—Tenemos que llevaros de vuelta a la casa comunal, coseros la cabeza y elaborar un plan. Odio decíroslo, amigo, pero ella podría estar en cualquier parte a estas alturas.

* * *

El vestido y el sobrevestido de Maggie estaban sucios por la lucha que había tenido bajando

por el acantilado hasta la playa, rasgados por su frenética pelea contra sus captores mientras estos empujaban a Felipe por el borde del mirador. Un trapo bien atado amortiguaba sus gritos, y una cuerda le ataba las manos, dejando solo sus pies libres para caminar. Los piratas habían aprendido rápidamente que esas medidas no eran suficientes para mantener a Maggie controlada, y la mayoría tenía moratones como prueba de su error. La habían manejado brutalmente para subirla a su barco y la habían vigilado con ojos desconfiados durante su corto viaje a una isla cercana.

La cueva poco profunda en la que se refugiaron apestaba a humo, *whisky* y cuerpos sin lavar. Cuatro hombres componían su guardia: uno más o menos encargado de vigilarla, mientras los otros tres se felicitaban con una buena cantidad de *whisky* por un trabajo bien hecho, fuera cual fuera. Con su comportamiento cada vez más ruidoso, ella estaba contenta de mantenerse fuera de su vista. También estaba furiosa por haber sido capturada y más asustada de lo que jamás había imaginado, sin saber cuál era el destino de Felipe.

Sus dedos se movieron, nerviosos. Probó la cuerda que le ataba las manos detrás de la espalda. No se había aflojado desde la última vez que lo intentó, y las ásperas fibras le mordían las muñecas. Su mano derecha estaba hinchada, con los nudillos probablemente agrietados por golpear la mejilla del bruto. ¡Maldito cabezón!

«He ganado su enemistad por partida doble. Les advertí que no podían quedarse. ¿Será el hidromiel lo que les impulsa? ¿O la leyenda del tesoro? O, tal vez, ¿otra cosa?» Rechazaba la idea de que ella hubiera traído esto a Hola. Estaba harta de la avaricia de los hombres. Empujó con la lengua el trapo de mal sabor que tenía en la boca y descubrió que se había aflojado. Resguardada de la vista directa de su captor por las sombras parpadeantes, frotó su mejilla contra el hombro, desplazando el trapo un poco más. Unos minutos después, lo consiguió sacar de la mandíbula y cayó alrededor de su cuello. El alivio fue inmediato.

—El hombre de MacDonnell estará aquí pronto —dijo uno de los hombres mientras sorbía del frasco de *whisky*. Maggie captó el brillo en sus ojos cuando desvió la mirada hacia ella—. Nos dará a la muchacha... cuando termine con ella.

Un coro de eructos y otros ruidos corporales se elevó como si celebraran a... ¿MacDonnell? ¿El señor de las islas? Al menos de las Hébridas del Sur. El hombre al que el conde había derrotado en un juego de azar para ganar la isla de Hola. ¿Cuál podría ser su intención? Gracias a Dios, eso requería que ella estuviera intacta, al menos hasta que terminara su utilidad.

—¿Qué quiere MacDonnell? —Arriesgándose a que estuviera demasiado borracho para darse cuenta de que se había quitado la mordaza, Maggie lo empujó con el pie.

—La isla. Y el hidromiel. —Su guardián eructó y se tambaleó, con los párpados a medio caer. La miró con los ojos vidriosos, pero el uso del nombre parecía captar su atención.

—¿Me habéis atacado a mí y a mi marido por la isla y algo de hidromiel? —Maggie tomó aire. Su voz se elevó y se mordió el labio, esperando que los demás, sentados a varios metros de distancia, no la hubieran oído.

—El mejor hidromiel. No hay nada igual. El Señor MacDonnell quiere su isla de vuelta. Ya que vuestro marido no la posee más, os tenemos a vos.

La información algo confusa le dijo a Maggie lo que quería saber, aunque apenas podía creer la explicación. Su guardián se puso de pie, agachándose ligeramente para no golpearse la cabeza contra el techo, o quizás porque apenas podía mantenerse en pie. Se arrastró hasta el rincón oscuro de la cámara, que era menos de la mitad del tamaño de la casa comunal. Maggie no podía ver ninguna otra entrada que se ramificara desde la única habitación. Montones de arbustos llenaban el único acceso, bloqueando casi toda la luz del sol, y probablemente

disfrazando la apertura de la vista casual. Los ronquidos resonaban desde los tres hombres que habían abandonado su bebida y aparentemente habían decidido esperar a su señor y amo dormidos por la borrachera.

El sonido tintineante del agua llegó a sus oídos y el hombre encargado de vigilarla suspiró. Se apoyó contra la pared lejana con una mano, mientras que la otra se ocupaba bajo su tartán. Se apartó y tambaleó de vuelta a su sitio, solo a unos centímetros de Maggie, y se desplomó. La joven esposa observó al hombre con disgusto mientras luchaba contra el sueño. Se balanceaba, su cuerpo oscilando de un lado a otro. Finalmente, su cabeza golpeó suavemente contra la pared a sus espaldas. Se quedó sentado, con la boca abierta y los ojos en blanco. La empuñadura de la daga de Maggie estaba rígida dentro de su corpiño. Maggie levantó las manos, colocándolas en ángulo para que sus dedos rígidos agarraran el acero envuelto en cuero. Con extremo cuidado, la deslizó torpemente de su funda. Su corazón se aceleró, la respiración se profundizó. Apoyando la empuñadura entre dos piedras, colocó la cuerda que ataba sus muñecas contra el borde afilado. Movié las manos hacia adelante y hacia atrás, haciendo muecas mientras la hoja le cortaba la piel. La cuerda se rompió y la daga cayó contra las rocas. Maggie miró rápidamente a su captor. El hombre resopló. Ella se quedó paralizada. Con un fuerte gruñido amortiguado, el rufián cambió de posición contra la pared. Sus párpados revolotearon y luego se abrieron de par en par. Intentó sentarse, pero Maggie se abalanzó sobre él en un instante, con el cuchillo presionado contra su cuello y un brazo delgado retorcido detrás de su espalda.

—No respiréis muy fuerte. Parpadead dos veces si entiendes que vuestra vida se acaba si no hacéis lo que digo.

El hombre parpadeó sin vacilar y se puso de pie siguiendo el gesto de Maggie, que pasó silenciosamente junto a los tres rufianes dormidos, manteniendo al cuarto en silencio con la promesa punzante de su daga. Su respiración era superficial y rápida, consumida por el deseo de escapar. Hasta ahora, la orden de MacDonnell de simplemente retenerla hasta que él llegara había prevalecido. Emanaban vapores de borrachera de los cuerpos esparcidos en el suelo de la cueva. El juicio sensato no parecía probable cuando despertaran. El miedo al descubrimiento la ahogaba, aumentaba el sonido de sus pies contra la arena, magnificaba los latidos de su corazón. Ella y el pirata pasaron junto al fuego bajo. Maggie desvió la cara para evitar inhalar el rastro de humo que se colaba por una estrecha grieta en el techo. A continuación, flexionó los dedos para aliviar el calambre en su mano, haciendo una mueca de dolor pero aliviada al descubrir que todas las partes eran movibles, aunque incómodas. Su agarre se fortaleció en la empuñadura de la daga.

—Vendrán a por vos —masculló el pirata. Su aliento de borracho desapareció y lanzó una mirada de odio por encima del hombro.

—No habléis. —El corazón de Maggie se aceleró. Enderezó los hombros y le dio otro empujón.

El pirata maldijo en voz baja y apartó la maleza que ocultaba la entrada de la cueva. El crujido de las ramas secas envió señales de alarma corriendo por sus venas. Vaciló, con los oídos atentos a cualquier movimiento de los rufianes borrachos. Satisfecha de que no hubieran sido alertados, Maggie empujó al pirata delante de ella y pasó por la entrada hacia la luz del sol. Una brisa fresca acarició su rostro y respiró profundamente. La ráfaga de aire se le atragantó en la garganta y rápidamente sofocó una tos. El pirata giró, con sus palmas robustas atrapando sus hombros, aprisionando las manos de Maggie entre ellos. Agarró la empuñadura de su daga con ambos puños y luego empujó el arma hacia adelante con todas sus fuerzas, enterrando la hoja profundamente en su vientre. Sacudió las manos hacia arriba y sintió la punta de la daga golpear algo duro. La sangre brotó caliente sobre sus manos y soltó la empuñadura como si la hubiera

picado. Miró al pirata, congelada por la conmoción. El sujeto jadeó. Sus manos se posaron en su estómago, su cuerpo se dobló mientras Maggie retrocedía.

—¡Me habéis matado! —La miró, con los ojos abiertos de incredulidad. Miró hacia abajo. La sangre brillante resplandecía en la arena a sus pies. Su mirada volvió a Maggie y sus piernas temblaron. Acto seguido, con un golpe sordo, cayó al suelo.

Una voz descontenta resonó detrás de ella en la cueva. Maggie lanzó una mirada de pánico por encima del hombro. Sus piernas temblaban y su estómago se encogía. Había matado a un pirata, pero no tenía ninguna posibilidad contra tres. Un solo golpe de un puño robusto la derribaría. La ira se acrecentó, luchando contra su miedo. Sabía de lo que eran capaces estos hombres. Qué destino le esperaba. No permitiría que la capturasen. Enseguida, sacó la daga del pirata muerto, tirando de ella para liberarla de su sangriento estuche. Los sonidos dentro de la cueva se desvanecieron. ¿Cuánto tiempo antes de que se dieran cuenta de que ya no estaba allí? La maleza ocultaba parcialmente la entrada, pero la luz del sol caía a través de los trozos que habían sido apartados. Eventualmente lo notarían. Y la simple maleza no evitaría su persecución una vez descubierta su fuga. La madera flotante yacía esparcida por la playa. Con las manos temblorosas, rápidamente reunió un montón y lo colocó en la entrada de la cueva.

«No están demasiado borrachos para perseguirme, pero quizás no sean tan rápidos en atravesar las llamas». Pero para obtener las brasas necesarias para encender la madera flotante, debía volver a entrar en la cueva. Se acobardó. «No puedo». Sacudió la cabeza. No había otra opción.

Aunque su cabeza palpitaba, tragó la náusea que le subía por la garganta. Entró en la cueva, conteniendo la respiración mientras escuchaba, permitiendo que sus ojos se adaptaran a la luz del fuego una vez más. Un hombre se giró de un lado a otro con un susurro contra la arena, extendiendo un brazo contra el hombre que estaba a su lado. Con una maldición murmurada, el segundo rufián empujó de vuelta.

—No me molestéis —gruñó.

Dándole el espacio de dos respiraciones para asentarse, Maggie dirigió su atención al fuego. Sus brazos y piernas pesaban demasiado para moverse, mas se acercó a los pedazos de madera incandescentes. Sacó una rama parcialmente quemada de las brasas, su mano temblorosa golpeó la madera del montón organizado. Las ascuas siseaban y estallaban. Murmurando un Ave María por lo bajo, retrocedió por la entrada. Arrodillándose, insertó la rama ardiente en la madera y sopló hasta avivar las llamas. El humo se arremolinó mientras el fuego lamía la madera húmeda, y luego chupó con avidez los arbustos secos que cubrían la entrada. Maggie se quedó un momento mientras las llamas se avivaban, estremeciéndose ante los sonidos de revuelo y los gritos que surgieron más allá de la cortina de fuego. Echó a correr sobre la arena hacia donde el *birlinn* de los piratas yacía encallado, mitad dentro, mitad fuera del agua.

Los gritos agudos rasgaron el aire. Maggie miró hacia atrás, hacia la cueva. Un hombre corría en círculos a poca distancia detrás de ella, agitando los brazos frenéticamente, con la ropa en llamas. Sacudida por un nuevo miedo, Maggie aumentó su ritmo a lo largo de la playa. Sus manos temblaban mientras cortaba la cuerda que ataba el barco a una gran roca. Los hilos se deshilaron y luego se separaron rápidamente. Tras guardar la daga en su corpiño, levantó su túnica por encima de las rodillas y luego volvió a atar su cinturón para mantener la falda fuera de las olas. Clavando los pies en la arena y con las manos en la proa del barco, lo empujó hacia el agua. Luego de girar el bote para que mirara hacia el mar abierto, subió a bordo. Usando el timón, remó alejándose de la playa, hacia las olas. El barco se balanceaba bajo sus pies mientras el mar tomaba el control del navío. Seguidamente, su mente se quedó en blanco. Miró las

cuerdas, tratando de recordar cómo navegaba con Uilleam en el lago. ¿Cuáles izaban la vela? ¿Cómo se ataban?

Las lágrimas fluían. No sería derrotada por un maldito barco. No volvería a estar a merced de los piratas. Maggie se secó los ojos con la manga y miró desafiante a la vela. «Os dominaré. El mástil. Sostiene la vela. Levantad el mástil y la vela lo seguirá».

La voz de Uilleam le llegó tan clara como si estuviera a su lado. El temblor de Maggie se suavizó y se dirigió con confianza al mástil y desató las cuerdas que mantenían la vela en su lugar. Como si estuviera aliado con los piratas, el viento arrebató la driza de su mano, dejándola colgando justo fuera de su alcance sobre el borde del *birlinn*. El navío se inclinó, volviendo hacia la playa. Exasperada, recogió su falda y puso un pie en la baranda mojada. La cuerda aleteaba fuera de su alcance. «Tened cuidado, muchacha. Si no es seguro, encontrad una forma mejor». Miró a su alrededor y vio una varilla larga y delgada con un gancho oxidado en un extremo. Con cuidado de mantener su peso inclinado dentro del barco, se inclinó sobre la baranda y atrapó la cuerda suelta con el gancho de metal. «¿Sabéis a dónde vas?» Varios metros ya la separaban de la playa mientras la corriente arrastraba el *birlinn* hacia el océano abierto.

—No. No lo sé —susurró, sintiendo cómo la desesperación volvía a apoderarse de ella—. Esperad. Era por la mañana. El sol estaba en mi cara. Navegamos hacia el este, lejos del puerto, luego hacia el sur, rodeando el punto oriental de Hola. —Miró al cielo. El sol descendía unos grados hacia el horizonte a su izquierda. «Oeste. Eso es oeste. Hola debe estar delante». Respirando hondo, tiró de la driza y levantó la vela negra unos pocos centímetros, esforzándose mientras el viento llenaba la tela. Aunque sacrificaba velocidad, manejar el barco era más fácil con la vela acortada, y también la haría menos visible desde la distancia para otros barcos que pudiera encontrar.

El barco saltaba sobre el agua, danzando ante el viento, dirigiéndose al este. Intentó virarlo con el timón, pero el *birlinn* mordía las olas como un caballo inquieto mordisqueando el bocado. Bajó un poco más la vela, suspirando de alivio mientras el *birlinn* se estabilizaba. Arriesgó una mirada a la playa detrás de ella, un toque de oro pálido contra el mar, respaldado por campos bajos y flores. Hermosa y casi su perdición. Sin embargo, había escapado. Había matado a un hombre, vio a otro arder, quien probablemente no sobreviviría mucho tiempo con sus heridas, si aún vivía.

Posteriormente, miró sus manos, firmes en el timón, una hinchada y magullada, ambas manchadas de un marrón oxidado con sangre seca. La memoria la inundó. La sensación firme de su daga contra el vientre del pirata, el repentino ceder de la carne ante la hoja. Sangre, caliente con vida, brotando sobre sus manos. Su estómago se revolvió, se inclinó hacia adelante, cayendo de rodillas, vomitando sobre las tablas mientras el horror la invadía. «Lo maté. Con mi propia mano, le quité la vida. Hundí mi daga en su vientre, vi sus ojos abrirse con sorpresa, para luego desvanecerse en la muerte». Volvió a vomitar, lágrimas mezclándose con el fluido amarillo que era todo lo que su estómago contenía ahora. Respirando profundamente, se calmó, luego volvió al banco y tomó el timón nuevamente para corregir el rumbo del *birlinn*. Respondió con una caída brusca en el fondo de una ola, pero Maggie la guio decididamente hacia los acantilados negros que se alzaban en la distancia: estaba volviendo a casa.

Capítulo 34

Con la ayuda de Balgair, Felipe alcanzó la cima del acantilado antes de desmayarse. Despertó en la oscuridad, sintiendo una ligera presión en su frente. Levantó una mano y encontró una venda sobre sus ojos. La pesada tela fue retirada, y la imagen borrosa de una anciana, con el cabello gris cayendo sobre sus hombros, le sonrió.

—¿Cómo os sentís?

—Quiero a mi esposa —dijo Felipe con una voz que era una mezcla entre un susurro y un jadeo. Hizo una mueca al sentir la hinchazón y la sensación áspera en su garganta. Enseguida, entrecerró los ojos, apenas capaz de distinguir un rayo de luz que delineaba la forma de una puerta. La cubierta se movió, dejando entrar la luz del sol y una brisa fresca en la cámara antes de cerrarse nuevamente. La tela sobre la entrada se movió de nuevo y una figura oscureció el umbral. Balgair arrastró un taburete por el suelo de tierra y se sentó junto a su amigo.

—Tengo algunas noticias para vos. Primero, lleváis aquí unas cuantas horas y ya ha pasado el mediodía. Recibisteis un buen golpe en la cabeza, y ser arrojado desde el acantilado no os hizo ningún favor. Fraida os ha cosido bien y tiene una especie de brebaje nauseabundo para vos ahora que estáis despierto. —La mujer le ofreció una taza humeante. Luchando contra el impulso frustrado de arrojar la taza al otro lado de la habitación, Felipe permitió que Balgair le ayudara a levantarse lo suficiente como para tragar la tisana. Era tan nauseabunda como Balgair había prometido. Poco después, Felipe le pasó la taza vacía.

—Esto es lo que he averiguado. Parece que anoche, justo antes de que la tormenta arreciara, Narfi y Sakki estaban en el mirador con el halcón de vuestra esposa. Mientras observaban las focas y la tormenta que se aproximaba, Sakki creyó ver algo. Había estado molestando a Svala con historias de piratas -lo cual sabe que no debería hacer- y decidió que era su imaginación, aunque primero le dijo a Narfi que pensaba haber visto una vela —gruñó Balgair.

—¡Mierda! —siseó Felipe—. ¿Por qué no nos lo dijeron?

—Parece que lo olvidaron en toda la emoción de nuestra llegada.

Felipe balanceó sus piernas sobre el borde del catre, levantando la cabeza lentamente contra las protestas que lanzaban flechas detrás de sus ojos. Colocó los pies en el suelo y se levantó, con las palmas apoyadas en sus muslos.

—Fraida dice que no debéis levantaros por al menos un día completo —ofreció Balgair mientras extendía una mano para estabilizar a su amigo.

—No me quedaré en la cama mientras mi esposa está desaparecida. Pondremos una vigilancia en el promontorio y en la playa, luego enviaremos al Mar a Morvern y pediremos barcos para navegar a todas las islas vecinas. —Felipe le lanzó una mirada furiosa, con la cabeza inclinada y ligeramente hacia adelante.

—Ya he colocado hombres por toda la isla, incluso en el monasterio por si acaso a los piratas tuvieran alas. Lo que me recuerda, vi un poco de hierba pisoteada en el mirador cuando os estaba buscando, lo que significa que probablemente se dirigieron al nido de cuervos y luego subieron los acantilados por allí.

—Entonces me ocuparé de encontrar a Maggie. —Se cubrió ante el embate de la luz del sol mientras apartaba la cortina de la puerta. No podía ver nada más que luz brillante y vagas líneas oscuras que podrían haber sido personas, rocas o el marco que usaban las mujeres para ahumar

pescado. Dos figuras se acercaron. Felipe se cubrió los ojos, furioso por su debilidad.

—Señor, no hemos visto ni oído nada. —La voz de Asatrus llevaba preocupación.

—No quiero que castiguen a los niños, pero ahora hay un edicto de que todos los avistamientos se tratarán con la mayor importancia. Todos informarán a quien esté a cargo ese día, y se tomarán en serio. No sé qué ha pasado ni cómo los piratas desembarcaron en la isla sin ser notados, pero no volverá a ocurrir. ¿Queda claro? —Felipe agitó la mano impacientemente.

—Sí, mi señor. —Asatrus inclinó la cabeza.

Se oyeron pasos retumbando por el camino. Felipe entrecerró los ojos, gratificado al ver que el asalto del sol disminuía. El muchacho, Narfi, se detuvo jadeando junto a Asatrus, sujetándole la manga, con los ojos muy abiertos.

—Vengo del punto más alto —jadeó, inclinando la cabeza hacia la parte más elevada de la isla—, Evan dice que os diga que se ha avistado un barco.

—¿Qué tipo de barco, muchacho? —Balgair se abrió paso por la puerta.

—Un *birlinn*, señor. No es como el barco de los piratas. Este tiene una vela negra.

—Buscad a Callan. Decidle que traiga a tres hombres con él y que me encuentre en la playa. Quiero que esté aquí antes de que ese barco ataque. —Felipe se volvió hacia Narfi.

El muchacho se escabulló, dejando a Asatrus y Sakki mirándolo, expectantes. Además, hombres de MacLean e isleños se agrupaban cerca.

—Sakki, traed mi cota de malla de dentro.

Tan rápido como una nutria al percibir peligro, Sakki desapareció dentro de la casa comunal. Un momento después, regresó con la cota de malla de Felipe brillando bajo el sol poniente. Con la ayuda de Balgair, Felipe se vistió, palmeando su espada y cada daga enfundada en un patrón memorizado hace tiempo mientras comprobaba la colocación de cada una. Con movimientos rápidos, se ató la capa sobre los hombros.

—El resto de vosotros, seguidme. —Ignorando las imágenes vacilantes y el dolor punzante en su cabeza, Felipe se dirigió a la playa, con los hombres desplegados detrás de él, Balgair y Asatrus a ambos lados. Los rayos inclinados del sol convertían el mar en oro, penitencia por la tormenta del día anterior.

El *birlinn* se deslizó en el puerto, con la vela recogida a la mitad de su tamaño a pesar de que el viento estaba en calma.

«Maggie». Apartó los pensamientos sobre ella de su mente. No podía permitirse distracciones ante lo que podría convertirse en una batalla una vez que el barco atracara.

El navío se acercaba lentamente. Felipe entrecerró los ojos contra el sol, intentando determinar el número de personas a bordo del pequeño barco, pero la vela negra ocultaba las siluetas. No se veían los remos del barco, dejando el *birlinn* a merced del viento y del timón. Se movió con rapidez en el muelle con un suave crujido de tablas. El palo se inclinó y la vela cayó contra el mástil, perdiendo el viento.

—No harán una escapada rápida —señaló Callan, ligeramente sin aliento tras su carrera desde su punto de observación. Paden, Dawe y Gunn se unieron a él.

Felipe gruñó en reconocimiento a la observación de Callan. Quienquiera que comandara el *birlinn* claramente no preveía una salida rápida del puerto. Sin embargo, aún no veía evidencia de guerreros ni de pertrechos de guerra. ¿Era tan audaz el capitán del barco? ¿O tan ignorante?

—Ahí. —Callan señaló la proa del barco. Una figura cruzó la proa hacia el muelle, con la espalda doblada, las manos abiertas para equilibrarse en la barandilla además de faldas jugando alrededor de sus tobillos.

Felipe se lanzó hacia adelante cuando el cabello rojo brilló contra el cielo, deshaciéndose

del agarre restrictivo de Callan.

«Maggie».

Maggie se enderezó, con una mano agarrando la barandilla. Una hoguera en la orilla le indicó que habían avistado el *birlinn*. Los hombres se alineaban en el puerto, pero desde esa distancia, Maggie no podía poner nombres a ninguno de ellos.

«¿Dónde está Felipe? ¿Alguien lo ha encontrado?» Se escucharon gritos.

—¡*Milady!* —La voz de Callan.

La joven tropezó hacia adelante, trabando su vestido en una astilla. Con un tirón impaciente, liberó el dobladillo, ignorando el desgarró cuando la tela cedió.

—¿Felipe? —Su voz se quebró. Las lágrimas la cegaban. Tan cerca. Tan cerca de las personas que conocía y le importaban, que se preocupaban por ella. Unos pasos más y los piratas serían un recuerdo. Unos pasos más y sabría...

Manos le agarraron los hombros. Apretó los dientes, luchando contra el impulso instintivo de liberarse. Inhaló bruscamente, tragándose un grito.

—Maggie. —Un hombre se acercó—. *Mon coeur*. Estoy aquí.

—Vi... Vi que caísteis... —Se giró. «Felipe». Su corazón latía aceleradamente.

El agarre de sus brazos desmentía cualquier lesión, pero en el instante antes de que la aplastara contra él, Maggie vislumbró una larga herida, recién suturada, en el costado de su cabeza. La palidez de su piel denotaba dolor, el temblor de sus músculos coincidía con el suyo mientras su cuerpo se regocijaba con su toque.

Gradualmente, su corazón volvió a su ritmo normal y se apartó a regañadientes de su abrazo. Aún dentro de ellos, le apartó suavemente el cabello, inclinando la cabeza mientras observaba su herida.

—Tenéis una inclinación por las lesiones en la cabeza. ¿Debería preocuparme por esto?

El suave resoplido risueño del francés fue un bálsamo para su corazón, uno que pensó que nunca volvería a escuchar. Las lágrimas brotaron de sus ojos de nuevo. Aclaró su garganta y se sonó.

—Creo que ya conocéis mi historia, y es corta. Balgair me encontró al pie del acantilado y me trajo de vuelta. —Sonrió. Enseguida, la recorrió de arriba a abajo con la mirada—. ¿Estáis herida? ¿Cómo puedo cuidaros?

—No hay nada que un poco de ungüento y tiempo no pueda curar —respondió, indicando los cortes y quemaduras en sus muñecas, los nudillos hinchados de su mano derecha. Flexionó los dedos, el dolor disminuyendo lentamente—. Les ordenaron no molestarme y esperar a su líder.

—Hablares de su líder. —La mirada de Felipe se oscureció.

Maggie no preguntó qué se haría. Los ojos de su marido hablaban de muerte.

—¿Vendréis a contarnos todo lo que os ha pasado? —Apartó el cabello alborotado por el viento y le sostuvo la cara entre las manos.

—Sí. Debemos decidir qué se necesita hacer.

Capítulo 35

Felipe llevó a Maggie a la casa comunal. Habían trasladado bancos al exterior, donde había espacio suficiente para acomodar a todos. Los isleños, los MacLaren y los MacLean rondaban cerca. Ingrida le entregó a Maggie una taza de la que emanaba vapor, con un aroma fragante a hidromiel. Maggie envolvió la taza con ambas manos y la sostuvo sin hablar durante varios momentos antes de tomar un sorbo. Miró a su esposo, con angustia en los ojos. Su corazón se retorció.

«No os sentasteis a esperar vuestro destino. Gracias a Dios no lo hicisteis». Le colocó una mano tranquilizadora en el antebrazo y esperó a que ella se recompusiera. Una débil sonrisa pasó fugazmente por sus labios.

—Vi cómo caísteis. Corrí hacia vos... un hombre me sujetó. Luché, pero vinieron otros tres y me llevaron a otra isla no muy lejana para esconderme en una cueva. —Sacudió la cabeza. Guardó silencio y Felipe se acercó más a ella, ofreciéndole consuelo con su toque—. Escapé... su barco estaba en la orilla. No era muy diferente de navegar en el lago, y lo navegué hasta aquí. —Negó con la cabeza y Felipe no la presionó para obtener detalles.

—¿Por qué? —preguntó él, esforzándose por mantener la voz serena—. ¿Por qué os llevaron?

—Dijeron que debían esperar al hombre de lord MacDonnell y entregarme cuando llegara. —Maggie frunció el ceño—. MacDonnell quiere recuperar la isla.

Ruidos de desaprobación resonaron en la multitud.

«MacDonnell no ha demostrado ser leal». Las palabras de Alejandro resonaban en su mente.

—No se la daremos. Cueste lo que cueste, MacDonnell no recuperará Hala. —Felipe colocó la palma en el hombro de Maggie.

La multitud se dispersó, siguiendo a Balgair, Asatrus y al Maestro Carpintero Munro a sus tareas. El peso de la mano de Felipe parecía presionar a Maggie. Sentía la necesidad de contarle la verdad sobre su escape.

—Felipe, lo maté. Hundí mi daga en su vientre, lo sentí desfallecer contra mí, su sangre en mis manos. —Tocó su pierna, llamando su atención. Su respiración era corta y superficial mientras los recuerdos afloraban.

—Contádmelo. —La invitó mientras la envolvía en sus brazos, su voz baja y reconfortante. Al final, Maggie respiró hondo y le contó su escape—. Lo siento mucho, *mon coeur*. No pude salvaros. Ese conocimiento siempre me acompañará, aunque siempre estaré eternamente agradecido de que fuerais lo suficientemente fuerte para salvaros a vos misma. Quiero ser yo quien os proteja, quien os mantenga a salvo. No porque crea que seáis débil, porque no lo sois, sino porque os amo, Maggie, y sois importante para mí. Más allá de la necesidad de mi próximo aliento.

—Maté a hombres con mi ballesta cuando atacaron el castillo de Narnain y no sufrí remordimientos. Pero esto... le quité la vida con mis propias manos y vi a otro arder por mis acciones. —Apoyó la cabeza en su hombro.

—Dejad que vuestra mente se vacíe, Maggie. Llenadla con cosas buenas. Gracias a vuestras acciones, os estoy abrazando, no lamentando vuestra pérdida.

La joven esposa levantó la cabeza y él se giró en el banco para mirarla. Su beso la reconfortó, ahuyentando sus miedos. La sostuvo mientras lloraba, murmurando palabras cuyo significado ella no comprendía. Su corazón se estremecía al pensar lo cerca que estuvo de no volver a oír su voz. Finalmente, su respiración se calmó y se recostó contra su marido. Sus dedos acariciaron su cabello.

—Aunque no me gustaría más que seguir sosteniéndolos, hay mucho que hacer si queremos vencer a un pirata.

Tras realizar un gesto de acuerdo, Maggie se metió en la casa comunal, cambió su vestido embarrado y desgarrado por otro limpio además de una túnica, frotándose rápidamente la cara y las manos con un paño húmedo antes de vestirse y regresar al lado de Felipe. Caminó con él hacia la playa, mirándole de reojo para asegurarse de que no estuviera a punto de caer, ya que no le gustaba el tambaleo que pensó ver en su paso. Debería estar descansando después de un golpe en la cabeza que requirió varias puntadas y una caída desde el acantilado. Probablemente no apreciaría que ella señalara tales hechos, aunque era difícil permanecer en silencio.

—Mientras estabais fuera viendo al sacerdote para casaros, designamos vigías en el promontorio y el acantilado que da al monasterio. —Balgair frunció el ceño—. Tendremos uno en el mirador también esta tarde, ahora que sabemos que los bastardos pueden maniobrar botes desde el criadero de aves. —Pasó el extremo de un gran tronco a otro hombre y se sacudió pedazos de corteza de las manos. Agitó una mano sobre la actividad cerca de la playa—. Hemos trabajado constantemente esta última semana, aunque sin prisa, y eso casi nos cuesta caro. Los muchachos han vuelto al trabajo, y tengo algunas ideas que pueden funcionar como defensas temporales hasta que la isla esté segura.

—Nos gustaría ver lo que habéis logrado —pidió Felipe.

—¿Podéis caminar hasta el monasterio? Vuestra cabeza recibió un buen golpe. —Balgair inclinó la cabeza pensativamente.

—No seáis tonto. No hay tiempo que perder. —Maggie miró a Felipe y este frunció el ceño.

—Venid conmigo. —La sonrisa de Balgair reapareció.

Maggie mantuvo un ojo en Felipe, pero su atención pronto se centró en los cambios que vio casi de inmediato. Su corazón se aceleraba mientras caminaban por el estrecho sendero entre las bajas crestas hacia el monasterio. Las rocas habían sido removidas, el camino ensanchado donde era posible y luego empedrado con suficientes piedras redondeadas para evitar que el sendero se convirtiera en un lodazal nuevamente. El camino se oscureció al llegar al final. Sobre sus cabezas, cerchas formaban una pasarela de vigas diseñadas para proteger a quienes se encontraran sobre el sendero, pero con aberturas lo suficientemente anchas como para apuntar con una ballesta.

—Esto es defendible. —Maggie le lanzó una sonrisa a Balgair.

—Vuestro muchacho, Narfi, tomó prestada vuestra ballesta -a mi insistencia- y le enseñé a usarla, a él y a un par de otros. El muchacho es listo. Absorbe el conocimiento más rápido que una esponja absorbe agua. Entre nosotros, determinamos el espaciado y la anchura de los agujeros para los viroles. También ha estado muy bien con vuestro pequeño halcón. Estará por aquí en breve.

—Debería haber preguntado por Colyn antes. —Las mejillas de la joven se sonrojaron. Su mirada se dirigió a Felipe—. Han pasado muchas cosas desde que llegamos.

—No os preocupéis, *milady*. Está orgulloso del honor —dijo Balgair, moviéndose hacia una robusta puerta de madera reforzada con bandas y clavos de hierro. Tiró de una cadena que colgaba sobre el panel. El sonido del metal indicó que había liberado el pestillo, y empujó la

pesada puerta para abrirla—. Esto nos permite abrir la puerta desde este lado, aunque la cadena puede ser tirada hacia el lado opuesto si necesitamos mantener a raya a un enemigo.

Entraron en el campo abierto donde se encontraba el monasterio. Grupos de árboles deformados por el viento enmarcaban el prado, las colmenas a sus pies zumbaban con abejas ocupadas. En la colina lejana se erigía el monasterio, con manzanos ondeando suavemente sobre las paredes. Ya no quedaban fragmentos de muro y techos destrozados. Pilas de piedra estaban listas para ser añadidas a las reparaciones. El jardín al pie del muro había desaparecido y había terrones de tierra esparcidos por todas partes. Andamios y grúas se elevaban en el aire. Allí, un camino curvo y empedrado los llevó a las enormes puertas dobles.

—No solo habéis aumentado la altura, sino también el grosor. Además, habéis cavado el jardín. —Hizo un gesto hacia las paredes.

—Era necesario, *mon coeur* —afirmó Felipe—. La altura adicional aumenta el peso, y la base más ancha ayuda a evitar que el muro se incline.

—Podemos construir sobre la misma piedra de la isla con muy poca excavación, lo cual también ayuda —añadió Balgair—. Hemos recolectado lo que estaba listo, pero probablemente tendremos que depender de alimentos del continente este invierno. —Señaló al monasterio—. Los hombres también han despejado por completo las habitaciones que se habían llenado de escombros, y encalarán las paredes interiores una vez que todas las reparaciones estén hechas. Las habitaciones serán vuestras para terminarlas pronto.

—¿Habéis logrado todo esto en poco más de una semana? ¡Bien hecho! —La mirada de Maggie recorrió toda la longitud del monasterio.

—No habría permitido que los hombres del barón se quedaran sin hacer nada. —Balgair sonrió, claramente complacido con su cumplido.

Una serie de ladridos anunció la llegada de visitantes. Serkan subió saltando por el camino. Narfi y otros niños lo seguían, con el halcón en la muñeca de Narfi.

—¡Colyn puede cazar, *Freya*! —anunció Narfi, con rostro resplandeciente de placer—. No le dejé volar cuando el tiempo estaba malo. Pero cazó un pajarito del cielo hace unos días. ¡Es un halcón excepcional!

—No sabéis lo orgullosa que estoy de vos, Narfi, y lo agradecida que estoy por el cuidado que habéis dado a Colyn mientras yo no estaba. Mi mente estaba tranquila sabiendo que estaba con vos. —Por su parte, el rostro de Narfi se enrojeció y miró hacia otro lado, pero la sonrisa en su cara se ensanchó.

—¿Puedo pedirlos que continuéis cuidándolo, al menos por un tiempo? Felipe y yo estaremos muy ocupados con el trabajo aquí y en nuestro nuevo hogar en la península. Es importante que su entrenamiento continúe sin interrupción.

—¡Sí! ¡Podéis contar conmigo, *Freya*! Y también puedo cuidar de Serkan. Es un buen perro y ayudará a Gerdur con las ovejas algún día. —Los ojos de Narfi brillaron.

—Tenéis una excelente mano con los animales, Narfi. Os agradezco por vuestra ayuda. —Maggie volvió a mirar a Felipe y Balgair—. Estoy muy contenta con el progreso. En realidad, es más de lo que esperaba —sonrió, ya que sentía el corazón lleno a pesar de la sombra persistente de los piratas—, mucho más de mis esperanzas.

* * *

Felipe envió a Maggie a la cama con un beso prolongado y una promesa de unirse a ella tan pronto como pudiera. Su cabeza latía, su cuello y hombros dolían, y los objetos a menudo aparecían borrosos o desvanecidos en los bordes. Sin embargo, estaba demasiado preocupado

para descansar.

—¿MacDonnell es su amo? —Caminó delante de la hoguera, reuniendo sus pensamientos.

—Quizás. Es el señor de estas islas, y leal a Noruega. —Balgair cambió de postura para seguir el ritmo de Felipe. A continuación, miró por encima del hombro hacia la casa comunal donde Maggie y las otras mujeres se habían retirado una hora antes—. Mi suposición es que los envió para secuestrar a Maggie, pensando que sería un objetivo fácil.

—¿Creéis que solo fueron enviados para capturarla?

—Si MacDonnell quería que ella entregase la isla, la habría tratado bien, al menos hasta que capitulase.

—¿Cuándo deberíamos esperar la llegada del hombre de MacDonnell? —Felipe contuvo el impulso de ira ante la idea de Maggie como un peón.

—Tal vez un día, dos como mucho. No la dejaría en manos de piratas borrachos mucho tiempo, no vaya a ser que se olviden de sus órdenes. —Balgair se encogió de hombros.

Felipe no se fiaba de sí mismo para responder. Aceleró el paso, notando el olor a salmuera y descomposición mientras sus botas se hundían más en la arena.

—Se me ha ocurrido que una cadena cruzando la entrada del puerto podría disuadir a los barcos de llegar sin previo aviso. —Balgair permaneció en silencio un momento, luego se apartó del fuego.

—Podría. —Felipe cortó las palabras y, cambiando de dirección abruptamente, se sentó en la arena, con la espalda contra una roca.

—Estáis perturbado, más allá de los pensamientos sobre vuestra esposa. —Balgair levantó las cejas.

—Maggie dijo que los isleños temen el cambio que traemos.

—¿Temen ser protegidos?

—Temen la violencia de los guerreros lo suficientemente fuertes como para mantener la isla. Temen cuánto de su forma de vida atraerá a los jóvenes y los apartará de su herencia de paz.

—Los jóvenes están atraídos por proteger lo que es suyo, no por quedarse de brazos cruzados mientras sus padres se inclinan ante la avaricia rapaz de los piratas cuya única reclamación sobre la isla es que tienen espadas —resopló Balgair.

Felipe dirigió una mirada interrogante a Balgair por sus palabras, pero el robusto escocés negó con la cabeza. El silencio llenó los minutos mientras el fuego crepitaba.

—Procederemos con las precauciones de las que hablamos antes —dijo Felipe—. No será una sorpresa encontrar a MacDonnell en nuestra costa en las próximas horas. Debemos estar preparados. Estableced un horario, pero el trabajo debe continuar durante la noche. Los niños menores de doce años están exentos. Las mujeres trabajarán junto a los hombres. Esto tenía que detenerse tarde o temprano, lo sabéis. Los piratas no habrían estado satisfechos con un tributo de hidromiel por mucho más tiempo. El comercio de esclavos se intensifica a medida que aumentan las tensiones entre Escocia y Noruega. «Convertíos en uno de nosotros o perded vuestra vida». Las cuevas hacían que los isleños se sintieran seguros, pero sería demasiado fácil ahumarlos o simplemente matarlos y tomar la isla. No habéis hecho nada para provocar esto. Los piratas estaban aquí mucho antes de que pusierais un pie en Escocia. —Hizo una pausa con un gruñido bajo—. Los isleños deberían estar agradecidos de tener hombres con nuestra experiencia para cuidar de ellos. —Sonrió, pero sin humor ni felicidad—. Si pudiera dejar Hola como una isla idílica con ovejas como el único inconveniente en sus colinas, y los ladridos de las focas como el sonido más fuerte, lo haría. Rezo para que lo que hacemos sea suficiente para dar a su gente la oportunidad de vivir en paz.

Maggie se desplomó sobre su jergón. El agotamiento apagaba el dolor de los músculos que sabía que protestarían enérgicamente en unas pocas horas cuando se levantase de nuevo. No había deseado retirarse, pero todos se aferraban al horario que Balgair había establecido, sabiendo que necesitaban descansar tanto como mantener el ritmo agotador.

—¿Es cierto que vos y lord Felipe no os quedaréis aquí? —Ingrida se acomodó en el suelo junto a ella.

—¿Lord Felipe? Qué cambio respecto al hombre que había llegado a Hola con ella hace menos de un mes. Maggie se permitió una sonrisa cansada. Si Ingrida supiera cómo era el verdadero Felipe.

—Sí. El barón MacLean nos ha ofrecido tierras y provisiones en el borde norte de la península de Ardnamurchan. Debemos servir de barrera contra la incursión de lord MacDonnell.

—¿Os llevaréis a Soren? —Ingrida retorció la lana de su saya entre sus dedos ásperos por el trabajo.

—¿Quién?

—Mi hijo. Los niños le llaman Narfi porque es muy flaco como su padre. —Ingrida sonrió de manera indulgente. Respiró profundamente—. Está claramente enamorado de vuestro halcón y del perrito. Es muy listo y aquí no tiene nada que esperar más que criar ovejas y hacer hidromiel.

—Pensabais que eso era suficiente, la última vez que hablamos —le recordó Maggie—. No invitabais al cambio.

—He llegado a darme cuenta de que el cambio ocurrirá, lo quiera o no. Durante generaciones, esta isla fue todo lo que nuestro pueblo conocía. Éramos pacíficos y comerciábamos ocasionalmente con otros de islas cercanas. Luego, vinieron los sacerdotes, difundiendo la palabra de su dios. Algunos se quedaron y construyeron la abadía, y luego comenzaron a hacer hidromiel, cambiando Hola de un puesto vikingo a un asentamiento cristiano. El mundo está cambiando, *Freyja*, y nuestras formas, aunque aún creo que son las mejores, no nos protegerán de aquellos que no comparten nuestros valores pacíficos. Si Soren desea ver más del mundo, ¿os lo llevaréis? —Ingrida se encogió de hombros.

—Si así lo desea, tendrá un lugar en nuestro hogar tanto tiempo como quiera. Aunque será su decisión, no la nuestra. —Maggie colocó una mano en el antebrazo de la mujer preocupada.

—Gracias. —Ingrida se levantó—. No he sido ni justa ni honesta con vos. Sois una buena mujer, y Hola se beneficia de vuestros cuidados. Deberíamos haberos contado sobre los piratas antes.

—Maggie. Despertad. —Alguien la sacudió, susurrándole con urgencia al oído. Maggie parpadeó e intentó sentarse, pero sus músculos gimieron en protesta. Se tambaleó y luego se empujó a una posición sentada, apartándose el cabello de los ojos.

—Un barco ha sido avistado. Creemos que pertenece a MacDonnell. —La mirada de Felipe se encontró con la suya. La piel alrededor de sus ojos estaba oscura, con aspecto de estar magullada, completamente agotado.

El pánico impulsó a Maggie a ponerse de pie. Miró a su marido, notando la cota de malla bajo su capa. Sin decir una palabra, buscó sus armas, enfundando las dagas antes de colgarse la ballesta al hombro, con el carcaj lleno de virotes.

—Debemos estar en posición antes de que el barco ataque. —Felipe se giró, pero Maggie le cogió del hombro y lo detuvo.

—Nada es más importante que esto. —Se inclinó y lo besó, todo su anhelo, miedos y confianza encapsulados en el breve roce.

Felipe le rodeó la cintura con el brazo y la atrajo hacia sí.
—Os amo, *mon coeur*. No lo dudes nunca. Superaremos esto juntos.

Capítulo 36

Un *drakkar* dobló el cabo como un espectro contra el cielo perlado de la mañana. La vela impecable ondeaba suavemente contra el mástil. Los remos visibles en las portas parecían bloqueados en su lugar, permitiendo que la brisa empujara el barco por el canal hasta el muelle. Tres hombres se erguían en la proa, pero Maggie no dudaba que muchos más estaban sentados debajo de la fila de escudos que bordeaban la barandilla. Vestida con pantalones y una túnica gruesa, Maggie estaba junto a Felipe al borde del agua, cuidando de mantenerse un paso más allá de una pila de pequeñas rocas que marcaban el rango de flechas desde el muelle, determinado el día anterior.

Al sonar la alarma desde el promontorio, las mujeres y los niños fueron enviados a sus lugares designados. Aquellos capaces de manejar rocas y ballestas se ubicaron en las posiciones defensivas, mientras que los demasiado débiles o jóvenes huyeron a la abadía. El pequeño número de isleños y soldados de los MacLaren había sido considerablemente aumentado por el generoso apoyo del barón MacLean, aunque el Mar había partido con una tripulación reducida al anochecer del día anterior. Maggie temblaba al pensar en las dos docenas de isleños sin entrenamiento enfrentando solos lo que el barco trajera a sus costas. Los tres hombres treparon por la barandilla hasta el muelle y luego se detuvieron. Sus miradas recorrieron la orilla, poblada por menos de diez hombres, aunque todos eran guerreros y llevaban sus armas a la vista.

—¡Tierra a la vista! —Uno de los hombres dio un paso adelante.

—¿Qué os trae por aquí? —Felipe replicó el movimiento.

El hombre extendió los brazos, su capa despejándose de la empuñadura de su espada. Bandas de cuero tachonadas de metal rodeaban sus muñecas. Un manto de tejido grueso ceñía su cintura, cayendo hasta sus rodillas. Dos trenzas enmarcaban su rostro, los extremos mezclándose con su barba cortada al ras.

—Parece que he extraviado un *birlinn*. —Inclinó la cabeza en dirección al barco de vela negra—. ¿Permiso para desembarcar y discutir la tripulación extraviada?

—Sólo los tres —aceptó Felipe.

En pocos momentos, el trío estaba a unos metros de distancia. De pronto, una gaviota voló por encima y una oveja baló a lo lejos. La tensión en la playa aumentó. Las manos se deslizaron hacia las empuñaduras de las espadas, atrapadas a tiempo, luego bajadas.

—¿Quién sois? —Felipe observó al hombre directamente frente a él.

—Soy Hugh MacDonnell en representación del señor de las islas. ¿Y vos?

—Felipe del clan MacLean.

—¿Y la mujer junto a vos? —Los ojos de Hugh se entrecerraron, como si la información le desconcertara. Su mirada recorrió a Maggie de arriba abajo y de vuelta—. Ah, ese cabello. No podría ser otra que la encantadora Maggie MacLaren.

Maggie se vio molesta.

—Es mi esposa. —La voz de Felipe se endureció.

—¿Vuestra esposa? El conde no mencionó que se hubiera vuelto a casar. —MacDonnell levantó una ceja y luego se encogió de hombros—. No importa. Vine a recuperar algo que se perdió. ¿Tenéis conocimiento de los hombres que navegaban este *birlinn*?

—Están muertos. —Maggie dio un paso al lado de Felipe.

—¿De veras? ¿Cómo es que sabéis eso?

—Yo los maté.

—Eso fue un poco duro, *milady*, ¿no os parece? Sólo deseaba reuniros con vos, nada más.

—Hugh miró a sus hombres y luego de vuelta a Maggie.

—No me gustó la forma en que lo pidieron.

—El lord MacDonnell quisiera recuperar esta isla. Preferiríamos que estuvierais de acuerdo.

—No.

—Firmad la cesión de Hola o la tomaré por la fuerza. —Hugh maldijo en voz baja.

—Podéis intentarlo. —Maggie se tensó.

—Un puñado de hombres no me desviará de mi camino. —Su mirada recorrió la playa. Se volvió hacia Maggie—. Ni una mujer obstinada que no conoce su lugar.

—Hablaréis con *lady* MacLean civilizadamente o aprenderéis a hacerlo —advirtió Felipe, con la mirada entrecerrada y la mandíbula apretada.

—Mis más humildes disculpas, *milady*. —Hugh se deshizo en disculpas, con los ojos brillando de malicia—. Vuestro antiguo marido no fue amable en su opinión sobre vos, y las palabras tienen una manera de perdurar. —Su delgada sonrisa no robó calidez al brillo provocador en sus ojos—. De hecho, fue él quien sugirió que enviáramos rufianes para traerlos a la fuerza antes de hablar con vos. Una cosa terrible, sin duda, y no menos de lo que esperaba de un hombre que desechó a alguien tan encantadora como vos.

—Habéis terminado. No volváis a hablar con mi esposa —gruñó Felipe. En cuanto a Maggie, contuvo el aliento—, ni siquiera para pedir su bendición con vuestro último aliento. Vuestro tiempo se ha acabado. Ella no cederá el título de la isla, y si no os marcháis inmediatamente, moriréis donde estáis. —Las cejas de Felipe se fruncieron.

—No le temo a tipos como vos. —Hugh hizo un gesto despectivo con la mano.

—¿Tal vez responder al barón MacLean os parezca mejor? —Balgair dio un paso adelante, con la barba erizada.

—Una vez que estéis muertos, ¿qué diferencia hace? —Una sonrisa feroz se extendió por la cara de Hugh MacDonnell.

—Hombres llegando a tierra. —El movimiento en el muelle llamó la atención de Maggie, que tocó el brazo de Felipe.

—El Mar fue enviado anoche, informando al barón MacLean de los problemas en Hola. No tomará a bien el maltrato de su nueva hija por matrimonio. —El leve asentimiento de Felipe le indicó que lo había notado.

—El hijo del barón MacLean es lord Alejandro. Ha estado en Morvern tres años y más. —Hugh frunció el ceño.

—Soy el otro hijo del barón MacLean. Acabo de llegar.

—¡Id! —Felipe dejó caer su mano sobre el hombro de Maggie.

Maggie giró sobre sus talones y corrió por el sendero hacia la abadía. Dos guerreros MacLaren la siguieron de cerca. Asimismo, tres hombres de MacLean estaban preparados, con pesadas espadas en sus manos, mientras los piratas de MacDonnell se adentraban en la orilla. A una gritada señal, los MacLean cortaron cuerdas no fácilmente visibles para los invasores, y una sección de redes de pesca cosidas entre sí, que se extendían a lo largo de la parte más plana de la playa, se elevó en el aire, tensadas en los marcos usados para secar el pescado. Los hombres maldijeron cuando las redes y cuerdas enredaron sus piernas y los tiraron al oleaje. Hugh MacDonnell avanzó hacia Felipe y Balgair, deslizando su espada de su funda.

—No deberíais haberos involucrado. Por esto, moriréis.

—Este día es tan bueno como cualquier otro. —Balgair sonrió, disfrutando claramente.

Tal como habían ensayado, Felipe y Balgair se cerraron sobre los tres, enfrentándolos para dar tiempo al resto de los MacLean y MacLaren de retirarse a la abadía. Las espadas chocaron. Pequeñas piedras rodaron traicioneramente bajo sus botas. Los piratas, liberados de las redes, cargaron por la playa. Con una última parada, Felipe y Balgair saltaron al sendero siguiendo los pasos de Maggie. A la señal de Balgair, Narfi y su grupo de arqueros soltaron una andanada de virotes de ballesta. La mayoría aterrizó en el suelo entre Felipe y los MacDonnell, pero algunos encontraron blancos más mortales.

Se levantaron gritos de júbilo. Ahora expuestos a los piratas en las laderas barridas por el viento, Narfi y los arqueros se unieron a los demás que huían por el sendero hacia la abadía. Su inesperada andanada dio a los hombres valiosos segundos para cruzar el puente protegido que abarcaba el sendero. Ágiles como cabras montesas, los muchachos se apresuraron hacia su siguiente línea de defensa.

—¡Ahora! —En la parte más elevada del sendero, Felipe giró bruscamente. A su grito, los robustos carpinteros tiraron de cuerdas atadas a vigas que sostenían viejas puertas recuperadas de la abadía, coronadas con docenas de piedras recogidas de la isla. Tras un gemido, los soportes cedieron y las piedras volaron cuesta abajo, algunas bloqueando parcialmente el sendero, otras rebotando en una mortal confusión sobre los piratas que seguían demasiado cerca. Otro grito de júbilo resonó—. ¡Rápido! Uníos a los demás. Balgair y yo apoyaremos a los muchachos en el puente. —Felipe hizo un gesto impaciente a los carpinteros. Enseguida, tanto él y Balgair corrieron cuesta arriba y a través del portón. Rápidamente cerraron el pestillo, luego saltaron a los escalones tallados apresuradamente hasta el puente protegido arriba. Narfi y los demás esperaban, con los ojos muy abiertos, y las ballestas listas. Maggie estaba en medio de ellos. Felipe captó su mirada y sonrió—. Los detendremos aquí. No permaneceremos sitiados mucho tiempo.

La tensa compostura de Maggie se relajó y asintió antes de dirigir su atención a las aperturas en la barbacana de madera. A través de las rendijas, ella y los demás observaron cómo se acercaban los piratas. La familiar emoción de la batalla recorrió a Felipe mientras esperaba. «Más cerca, esperad, esperad». Su heterogéneo grupo de arqueros no necesitaba más indicaciones. Ya fuera por obediencia o por miedo, permanecieron inmóviles mientras el enemigo se acercaba.

—¡Ahora! —exclamó el francés. Su única orden liberó cuatro virotes. Dos dieron en el blanco, derribando a los piratas que iban en cabeza. Los restantes dos impactaron en los acantilados a ambos lados y rebotaron entre la multitud, causando daño. Con un bramido, Hugh MacDonnell ordenó a sus hombres retroceder. La emoción recorrió a los arqueros. Los piratas, anticipando un combate más cercano, estaban armados solo con espadas y dagas.

Se produjo un rápido intercambio, y luego un puñado de piratas desapareció por el sendero. Allí, el silencio se prolongó. Felipe sabía que probablemente buscaban un camino sobre los acantilados bajos. El camino era difícil, pero no infranqueable. Aunque primero debían pasar por los hombres apostados en las fogatas en los miradores.

¿Había colocado suficientes hombres allí? ¿Podrían defenderse contra los piratas? Esperó impacientemente que uno de los tambores -recién hechos con pieles de foca curadas estiradas sobre un marco tosco- sonara, indicando el avistamiento del Mar.

—¡Mirad! —Maggie le tocó el brazo—. Piensan quemarnos.

—Hijos de... —Felipe miró a través de la abertura. Algo brillaba en el sendero, acercándose rápidamente. En ese momento, hizo un gesto a los arqueros—. No dejéis que se acerquen.

Reservad vuestros virotes para tiros seguros. Atacad solo cuando os lo ordene. —Él y Balgair tomaron posiciones en cada extremo, aumentando el número de arqueros. Una marca brillaba en la piedra a ambos lados de los acantilados—. Quietos. En cuanto pasen la marca... —Cuatro virotes volaron por el sendero. Uno alcanzó al pirata líder, tres se clavaron en el sendero a sus pies. Los arqueros retrocedieron para recargar sus arcos, los otros moviéndose a su lugar. La secuencia se convirtió en una danza mortal. Disparar. Retroceder. Recargar. Una y otra vez. Los piratas caían, pero más los reemplazaban. Construyeron una hoguera en el sendero, alimentándola con las antorchas de la fogata en la playa. A medida que ardía, añadieron arbustos verdes y el humo se acumuló a lo largo del sendero y se dirigió hacia la barbaca de madera. Los ojos de Felipe comenzaron a llorar. Rasgó una tira de su túnica y se la ató alrededor de la nariz y la parte inferior de la cara, ordenando a los demás que hicieran lo mismo.

Un estruendo resonó débilmente. ¡Los tambores! Los arqueros se miraron entre ellos. La emoción iluminó sus rostros por encima de sus máscaras. ¡El Mar había sido avistado! Los piratas dudaron.

—¡Se han dado la vuelta! —Jadeante, Maggie miró por los agujeros de los virotes.

Narfi y sus arqueros vitorearon, levantando los puños al aire.

—Dejadles espacio —ordenó Felipe. Sus ojos se arrugaron, traicionando la sonrisa bajo su máscara—. Me gustaría perseguirlos de vuelta a su barco, pero aún nos superan en número. No seáis imprudentes.

Los dedos de Maggie tamborilearon suavemente en la culata de su ballesta, impacientes. Otro estruendo reverberó. El Mar estaba en el puerto.

—El camino es tan mortal para nosotros como lo fue para los piratas, si conspiran para atraparnos al final del mismo —advirtió Felipe—. Balgair y yo iremos primero. Seguidnos a una distancia prudente.

Maggie asintió, aunque la anticipación subió como dedos fríos por su columna vertebral. Felipe salió de la barbaca y repitió sus instrucciones a los guerreros que custodiaban la puerta. Desenganchó el pestillo y luego lideró a su fuerza hacia la playa. Callan y Dawe caminaron delante y detrás de Maggie, prestando sus espadas para su protección.

Llegaron a la cima de la colina que se abría al puerto abajo. Los hombres huían a través de la playa, dirigiéndose al barco de MacDonnell. Maggie y los demás corrieron tras ellos, deteniéndose en la orilla. Entre tanto, el Mar se balanceaba sobre las suaves olas, a poca distancia del muelle. Un hombre estaba de pie en la proa, con el cabello negro ondeando en el viento.

—¡Lady MacLean! ¿Cómo podemos ayudar?

—Ya habéis sido de gran ayuda. Muchas gracias, señor. —Maggie sonrió, reconociendo la voz de Alejandro.

—El poder del clan MacLean está siempre a vuestro servicio.

—Mandadlos de vuelta. No necesitamos a gente como ellos escudriñando nuestra isla.

—La alegría burbujeó dentro de Maggie.

Obedientemente, el Mar viró en el pequeño espacio, cediendo paso antes que el *birlinn*.

—¡MacDonnell! —gritó Alejandro—. Esta es tierra MacLean, mantenida por Maggie MacLean. No lo olvidéis.

No hubo respuesta mientras el *birlinn* introducía los remos en el agua y salía de la bahía. Poco después, Alejandro se encontró con Maggie y Felipe en el muelle una vez que el otro barco ganó aguas abiertas.

—No estará contento con su derrota aquí. Mi padre ha enviado guerreros y proporcionará un barco de guerra para proteger el puerto hasta que estemos seguros de que lord MacDonnell ha

recobrado el sentido. —Su mirada aguda pasó de Maggie a Felipe—. ¿No habéis sufrido ningún daño duradero?

—No —respondió Felipe—. Aunque a mi cabeza no le vendría mal unas pocas horas de sueño.

—Nuestros agradecimientos, señores, señora. Estamos en vuestra deuda. —Asatrus se acercó al muelle. Inclino la cabeza.

—No hay deuda —dijo Maggie—. Ahora sois nuestra familia, y protegemos a los nuestros. Tan pronto como la amenaza disminuya, retiraremos a la mayoría de los guerreros y tal vez dejemos solo un pequeño barco en el puerto para recordar a cualquiera que venga aquí con malicia que vosotros y vuestras familias sois muy valorados. Nos aseguraremos de que os dejen en paz para que cultivéis vuestro huerto y elaboréis vuestro hidromiel. —Seguidamente, otros se unieron a ellos en el muelle y alrededor de este, con rostros despejados de preocupación, llenos de asombro y alivio—. Hoy habéis luchado bien. No solo contra los piratas, sino contra vuestros propios miedos. Estoy orgullosa de vosotros. —Maggie observó a la pequeña multitud.

Se escucharon vítores. Felipe giró a Maggie hacia él y la besó con firmeza. El rugido de aprobación se elevó. Después de un largo momento, Maggie levantó las manos. El ruido disminuyó.

—¡Festejemos y brindemos por nuestras victorias!

Epílogo

Abril de 1226
Península de Ardnamurchan

El *Saorsa* navegaba hacia el norte a lo largo del borde de la Península de Ardnamurchan, donde las tierras más occidentales de Escocia se extendían hacia el mar, dándoles la bienvenida con aguas de un azul intenso y arenas blancas. Peñascos rocosos saltaban desde la orilla hacia aguas más profundas y mechones de hierbas ásperas ondeaban en el viento. Llanuras bajas y herbosas, salpicadas de flores tempranas de primavera, se extendían desde las playas hasta las montañas. Marsopas rompían las aguas a ambos lados del *Saorsa*, saltando juguetonas en la espuma que se abría bajo la proa. Nutrias flotaban cerca de las orillas.

Serkan levantó sus patas hasta la barandilla, moviendo la cola suavemente. Con el hocico al aire, olisqueó y luego ladró.

—¡Mirad! ¡Frailecillos! —Maggie se inclinó sobre la proa. Los descarados pájaros caminaban con sus patas de un brillante color naranja sobre las rocas y la hierba. Algunos se zambullían en el mar, mientras que otros alzaban el vuelo para sobrevolar el agua en busca de peces.

—¿Emocionada? —Felipe sonrió ampliamente, con los ojos brillando.

—Sí. —Maggie apoyó su hombro contra el brazo de él.

—No ha pasado ni un año desde que elegimos el sitio para el castillo y aprobamos el diseño. Aunque faltan muchos meses para que esté terminado, tengo muchas ganas de ver cómo progresa. —La abrazó contra su costado.

—Podría vivir en la planta baja por ahora —comentó Maggie con un suspiro.

—¿Cansada de ser una invitada en el castillo de MacLean?

—Mmm. Un poco. Aunque tener el tiempo libre para estar con vos es maravilloso. Sé que las exigencias aumentarán una vez que tengamos nuestro propio dominio que supervisar —dijo con una sonrisa nostálgica—. Aunque estoy lista para *nuestro* hogar.

La costa ondulaba a estribor, cada cala parecía más hermosa que la anterior. Finalmente, llegaron a la bahía que albergaba un puerto escondido entre una estrecha península al oeste y una amplia curva de playa de arena al sur y al este. Las olas rompían contra un escollo de piedra negra a poca distancia al norte, haciendo que la entrada al puerto fuera peligrosa salvo en buen tiempo. Dos pequeños *birlinns*, contruidos para transportar mercancías, o en este caso, herramientas y hombres para construir el nuevo castillo, se balanceaban suavemente mientras las olas pasaban bajo sus cascos para golpear la orilla. Se había construido un muelle de piedra para facilitar la descarga de suministros. Un grupo de tiendas y otras viviendas más estables llenaban el espacio entre la playa de arena y la pendiente al pie de la montaña, albergando a los muchos artesanos y obreros.

Desembarcaron entre saludos a gritos. Felipe hizo un gesto para que los hombres volvieran al trabajo, con una sonrisa en el rostro. En cuanto a Maggie, bajó a tierra mientras Serkan pasaba trotando, olfateando la hierba. Hizo un amplio arco por el campo y luego regresó, sentándose a los pies de Maggie mientras ella le acariciaba la cabeza distraídamente. Su mirada asombrada se dirigió a la fortaleza que se elevaba desde el peñasco rocoso como si hubiera sido esculpida allí cuando la tierra comenzó. La muralla, que se alzaba unos diez metros sobre el puerto, subía y

bajaba con el terreno. Dos lados estaban casi terminados, la muralla norte y la que daba al mar. En el centro se encontraba la torre del homenaje, con andamios que se elevaban por encima de la planta baja abovedada y las paredes levantadas hasta el tercer piso. Pilares de madera, piedra y mortero yacían en el suelo, y el sonido de los cinceles resonaba junto con el crujido de las cuerdas y poleas.

—Se alza sobre la cresta, poderosa y... ¡Oh! Ya tengo el nombre. *Donansgeir*. Es nórdico para «Roca de Donan».

—Castillo de Donansgeir. En honor al sacerdote cuyos artículos encontramos en las cuevas. Es un buen nombre el que le has dado a nuestro hogar, *mon coeur*. —Felipe la miró solemnemente.

—Un lugar adecuado para el relicario algún día. —Maggie asintió y acarició el escote de su vestido, recordando el broche que aún estaba en posesión de Uilleam—. Padre está mejor. —Después sonrió, serena.

—Gracias a la reliquia, a vuestro testarudo hermano y a la curandera que se convirtió en las manos de Dios. —Felipe dejó caer un beso en su frente. Maggie reprimió un suspiro. No estaba lista para perder a un padre—. Venid. —Tiró de su mano.

—Demasiada vida fácil —añadió, entusiasmada y sonriente, cuando Felipe expresó su preocupación. A continuación, subió por el camino hacia el castillo, deteniéndose dos veces para recuperar el aliento. Él entrecerró los ojos, pero esperó sin comentar hasta que ella pudo continuar. Puso una mano en la ligera curva de su vientre una vez que él se concentró en la actividad del castillo.

«Ha pasado casi un año. No lo creo...»

El calor la envolvió. Necesitaría detenerse. Pensar. Contar. No podía recordar su último ciclo. ¿Habían pasado dos, incluso tres meses? ¿Por qué no se había dado cuenta? La posibilidad de estar embarazada la dejó sin palabras.

—Las escaleras llegan a nuestras habitaciones. ¡Venid! ¡Mirad lo que han hecho!

—Felipe la llamó desde la entrada de la torre del homenaje. Su entusiasmo era irresistible y ella abandonó sus pensamientos mientras se apresuraba a unirse a él. Dos puertas hechas de tablones de dos metros y medio de largo y casi cinco centímetros de grosor, cruzadas con bandas de hierro a una mano de distancia, estaban apoyadas contra la pared, esperando ser instaladas. Las enormes bisagras sobresalían de los marcos de las puertas, incrustadas en la roca—. Mirad arriba —le instó—. ¿Qué veis?

—No está terminado. Falta una sección. Les queda otro piso y el techo antes de que terminen. —Maggie echó la cabeza hacia atrás para mirar la pared.

—Dejadme mostraros. —Felipe sonrió.

Subieron la escalera de caracol en la esquina lejana del gran salón hasta el tercer piso. La luz del sol iluminaba todo el piso, el techo no era más que vigas colocadas para sostener el siguiente nivel. Felipe la llevó hasta la pared frontal, donde las piedras se elevaban a ambos lados de una amplia abertura.

—¿Qué veis? Más allá de la torre del homenaje.

Ella se asomó por la pared. A lo lejos, el mar se adentraba en el puerto en colores joya que iban del cobalto al turquesa, rodando en verdes y blancos sobre las arenas. Pájaros giraban en el aire. El *machair* lleno de flores se extendía a sus pies.

—Es precioso —susurró—. Creo que podría ver Hola desde aquí. En un día claro, por supuesto —corrigió.

—Pondremos una ventana en esta pared. —Felipe señaló hacia los bordes del espacio

abierto—. Se dividirá en tres partes, cada una con un arco en la parte superior y con piedra perforada. ¡La vista será espectacular!

—No sé qué decir. Nunca imaginé... Felipe, ¡es maravilloso! —Maggie abrió la boca, pero no formó palabras. ¿Podría haber algo más espléndido?

—Quería sorprenderos. Espero que os guste. —Su mirada se encontró con la de su esposa. Una mueca en sus labios delataba su felicidad.

La respiración de Maggie se entrecortó y se volvió a enamorar de él. Tomó su mano y la colocó sobre su vientre.

—Amor mío, creo que yo también tengo una sorpresa.

Fin

Nota de las Autoras

Esperamos sinceramente que hayáis disfrutado de esta reinvención de la historia de Felipe de Antioquía y de cómo él y Maggie encontraron su «felices para siempre». Como siempre, nos esforzamos por ofrecerte la mejor combinación de historia y ficción. Si os interesa, hemos incluido algunas de nuestras notas sobre *La novia escocesa del príncipe* a continuación.

Felipe de Antioquía: como quizá ya sepas, el verdadero Felipe aparece en *Wikipedia* y en otros lugares como un personaje que murió envenenado tras casarse con Isabel, la reina-niña de Cilicia (o la Pequeña Armenia), y caer en desgracia con el pueblo. Esa es la versión corta, la cual aceptamos como verdad sólida hasta que encontramos un pequeño detalle que sugería que Isabel amaba profundamente a su joven esposo, lloró genuinamente su muerte y se negó a casarse de nuevo (aunque eventualmente fue obligada a ceder y a casarse con el hijo del barón Constantino, Hetoum. Según los informes, se negó a consumar el matrimonio durante muchos años -todavía era una niña cuando se casaron- pero parece que finalmente tuvo ocho hijos con Hetoum). Sus acciones no sonaban como las de una reina desencantada con un consorte que no había elegido, por lo que investigamos más a fondo.

Todas las fuentes coincidían en que Felipe causó una buena impresión inicial en sus súbditos, e incluso fue aclamado como un salvador en tiempos difíciles tras ganar una victoria sobre los turcos atacantes (la razón original por la que el regente de la reina, el barón Constantino, buscó una alianza con el padre de Felipe, el poderoso Bohemundo IV de Antioquía), y trajo la paz al atribulado país. Sin embargo, pronto cayó en desgracia cuando se negó a adherirse a los ritos de la Iglesia Armenia y se le acusó de pasar demasiado tiempo en Antioquía. Su estancia en Antioquía posiblemente fue la más peligrosa de sus acciones, ya que era joven y estaba muy influenciado por su padre. Los nobles de Cilicia temían que su país se convirtiera pronto en un mero puesto avanzado de Antioquía. Sus diferencias con la Iglesia Católica Romana también los mantenían en desacuerdo con la «intolerable» situación de su joven rey.

Pronto se formó una conspiración entre los altos dignatarios de Cilicia, liderada por Constantino de Barbaron. Se dieron cuenta de que habían perdido su poder cuando Felipe e Isabel (Zabel) se casaron y se convirtieron en los gobernantes de Cilicia a pesar de su corta edad (ella tenía seis o siete años en ese momento). Ante la pérdida de su influencia, decidieron poner fin al reinado de Felipe de la manera más expedita posible: la muerte. Una fuente sugería que Isabel acompañaba a Felipe en muchos de sus viajes a Antioquía (causando aún más conflictos, porque si tanto el rey como la reina se enamoraban de las costumbres de Antioquía, Cilicia estaba, en efecto, condenada), y sugería que Felipe fue arrestado mientras él e Isabel viajaban de noche hacia Antioquía, planteando la hipótesis de que en ese momento estaban huyendo de Cilicia. Fue acusado de robar las joyas de la corona de Cilicia. ¿Era esto un código para referirse a la joven reina? ¿Lo acusaban realmente de haberla «robado» a ella o de haber robado su afecto por Cilicia? ¿O lo acusaban de haber robado un gran tesoro de piedras preciosas y oro?

Sea cual sea la verdad, Felipe fue encarcelado en la fortaleza de Partzerpert, cerca de Sis, la capital de Cilicia, donde permaneció durante varios meses mientras su padre apelaba al barón Constantino. Las peticiones de Bohemundo fueron en vano, y Felipe fue envenenado en prisión.

en 1225. Bohemundo se enfureció, pero su plan de vengar a su hijo se frustró cuando su aliado, el Sultán de Rum -quien había saqueado Cilicia en 1225- cambió de bando y se unió a los armenios.

Decidimos que Felipe había recibido un trato injusto. Fue retratado como un hombre arrogante y autoritario que se había casado con Isabel estrictamente por razones políticas, y que despreciaba al pueblo armenio. Pero las acciones de Isabel tanto antes como después de su muerte sugerían lo contrario, y pronto nos preguntamos, ¿Qué pasaría si...?

Margaret Ellen MacLaren: conocida como Maggie por sus amigos, fue una hija obediente que, a regañadientes, aceptó casarse con el conde de Mar según los deseos de su padre. Amargada después de que el conde la abandonara, decide que ha tenido suficiente de que los hombres dirijan su vida, y se niega a retirarse pacíficamente a un convento para vivir en penitencia por no haber tenido un hijo. Vuelve a su hogar de infancia en Ben Narnain (Montaña de Hierro) cerca de las orillas del Lago Lomond, aunque allí no encuentra la paz que busca.

¿Qué pasaría si conociera a un hombre que también luchaba con su pasado tanto como ella? ¿Podría ella superar sus heridas, sus tristezas -y su terquedad- y permitir que se forme una relación? Ambos personajes estarían fuera del favor de la Iglesia, una institución tan poderosa como la monarquía. Queríamos explorar esta situación única, intentando mantenernos fieles a las normas y la influencia de la Iglesia Católica en ese momento.

Conocida como *Freya* por la gente de Hola, Maggie emprende un viaje que, al fin, la liberará para amar de nuevo.

El Conde de Mar: Ricardo de Moravia es un personaje ficticio, aunque el título se ha utilizado en Escocia desde al menos el año 1014 d.C.

Avril: En *La novia cruzada del Highlander*, introdujimos el caballo turcomano, también conocido como *Akhal-Teke*. Para el momento de esta historia, el caballo Voski de Arbela ya había engendrado varios potros hermosos y seguros, entre los cuales está Avril. El *Akhal-Teke* es único porque su pelaje tiene un brillo casi metálico y es una de las razas de caballos más antiguas que sobreviven en el planeta.

Serkan: el cachorro de Felipe, llamado así por la palabra turca para «jefe», le trae recuerdos de los perros *aidi* que Arbela llevó a Escocia. Más protector del ganado, valiente y fuerte, esta raza también tiene un excelente sentido del olfato. Serkan era una mezcla de lo que eventualmente se convertiría en el *border collie* (Coley) y el *aidi*.

La Abadía de San Martín en Hola: San Martín es el patrón de los mendigos, viticultores, soldados ecuestres, sastres, taberneros, alcohólicos y gansos. Es conocido por su naturaleza amable y modesta, y su capacidad para llevar calor y luz a los necesitados. En esta abadía imaginada, los monjes desarrollaron un hidromiel sabroso y potente, muy buscado.

San Donan (también Donan): la historia que el padre Sachairi relata sobre Donan de Eigg es verdadera. O, tan verdadera como se puede decir de un relato de tal antigüedad. Era curioso que, mientras la mayoría de los otros temas se repetían más o menos de manera idéntica en varios sitios *web*, la historia de San Donan y su muerte en Eigg presentaba algunas diferencias interesantes. Descubrimos relatos académicos, ecuménicos, de tradición oral y otras versiones incidentales de la historia que mezclamos para el relato del padre Sachairi. Realmente fascinante,

y por supuesto, la mención de mujeres guerreras empleadas por la reina Moidart captó nuestra atención.

Quizás reconozcas su homónimo, Eilean Donan (Isla de Donan), y muchos otros lugares en Escocia. También dio su nombre a la Cruz de Kildonnan, a al menos diez iglesias en Escocia y al Monasterio de Kildonnan en Eigg.

El Tesoro de Hola: ¿Qué podríamos encontrar en una pequeña isla de las Hébridas? La respuesta es, prácticamente cualquier cosa. Así que, después de investigar en profundidad sobre tesoros pictos, el tesoro de Traprain Law, el tesoro de la isla de San Niniano, abalorios que un cruzado podría haber traído del Oriente, y monedas de oro y plata, añadimos un broche que quizás reconozcas del libro El deseo de Yuletide de Mhàiri. Mantente atento, ya que podría aparecer en otros relatos de Yuletide.

Hasta donde sabemos, no existe ningún tesoro perdido de San Donan, aunque las descripciones de una cruz anillada con una escena de caza grabada en ella provienen de la Cruz de Kildonnan, descubierta en el cementerio de la Iglesia de Kildonnan, que ahora ocupa el lugar del monasterio de San Donan. Es una losa rosada con una escena de caza picta grabada en un lado y la cruz cristiana con un patrón de llave en el reverso.

Halcón Peregrino: la inclusión de Colyn fue motivada por la visita de Cathy al castillo de Dunrobin, donde una exhibición y demostración de cetrería fue suficiente para animarla a pasar horas investigando el cómo, cuándo y por qué de la cría de un halcón de caza. Y, por supuesto, el joven halcón se convirtió en una excelente manera para que Maggie y Felipe se conocieran.

Veneno: ¿Qué bebió realmente Felipe? Es probable que haya ingerido un extracto de acónito, aunque la mezcla exacta sigue siendo un misterio. Fue bastante interesante descubrir que el nombre, acónito, posiblemente provenga del pueblo de Akonai en Turquía. El pueblo no existe hoy en día, pero se creía que estaba cerca de una cueva que se decía albergaba la entrada al Hades, custodiada por Cerbero. Se dice que los chinos untaban una pasta hecha de acónito en las flechas, tanto en los ejes como en las puntas, con la esperanza de que cualquiera que intentara retirar una flecha de un guerrero herido también absorbiera el veneno. Se absorbe fácilmente a través de la piel herida y las heridas abiertas, y ha habido casos de personas que se sintieron mal después de trabajar con la planta.

Hola: la isla se basó en la Isla de Muck, pero queríamos una isla que pudiéramos manipular según las necesidades de la historia, por lo que Hola no existe más allá de estas páginas.

Armas: incluimos una mezcla de armas, incluyendo el *Kilij*, una espada curva de un solo filo o cimitarra que se originó en Oriente Medio. Es una espada ligera, excelente para usar a caballo.

La ballesta era el arma de elección de Maggie. Era relativamente ligera y bastante fácil de usar. Su única desventaja era la baja velocidad de disparo de aproximadamente dos virotes por minuto. Sin embargo, requería poca formación para su uso y poca fuerza para operar; al menos, el uso de un método basado en el pie (estribo) para tensar la cuerda nivelaba bastante el terreno.

Castillo de Narnain (castillo de hierro): el hogar de infancia de Maggie, era un tipo de castillo sobre la colina y amurallado. Lord MacLaren estaba en proceso de sustituir las paredes

de madera por piedra, pero carecía de los hombres y del dinero necesarios para hacer de esto una prioridad.

Hidromiel: descubrimos que los huertos se plantaron por primera vez a gran escala en Escocia durante el siglo XII, y eran mantenidos principalmente por diversas órdenes religiosas. Sin tener conocimiento de primera mano -aunque tenemos un amigo que elabora su propio hidromiel con métodos modernos- decidimos que la manzana *Pippin* sería una buena opción para añadir a la miel, el agua de manantial y la exposición al aire, ya que la levadura aún no había sido descubierta. El «báculo de bendición» utilizado para remover la miel era en realidad el medio por el cual se introducía la levadura en la miel para que fermentara. Los monjes no sabían que esto estaba ocurriendo, solo que funcionaba.

Fortaleza de Bridei: el nombre es nuestro, pero se basa en la fortaleza - un tipo de castillo sobre la colina y amurallado- situada en el lugar donde el rey Bridei I de los pictos estableció una iglesia en 581. El castillo de Kildrummy se construyó (1250) en ese sitio y fue el hogar del conde de Mar.

Anguilas: las anguilas crudas eran un remedio popular para la resaca en la Europa medieval. Un remedio escocés más moderno habría sido un poco de almidón de maíz (también conocido como harina de maíz) mezclado en suero de leche, calentado y sazonado con sal y pimienta. Sin embargo, el maíz no estuvo disponible en Europa hasta después de la llegada de los exploradores a América del Norte en 1492.

Agradecimientos

Esta historia no estaría completa sin el apoyo de nuestro grupo de crítica. Dawn Marie Hamilton, Cate Parke y Lane McFarland son, sin duda, el grupo más increíble con el que trabajar. Gracias a todos por vuestra ayuda, sugerencias e incluso por las preguntas difíciles. Estamos muy contentos de trabajar con vosotros.

BIOGRAFÍAS Y ENLACES DE LAS AUTORAS

Cathy MacRae vive detrás de la cortina de queso en el hermoso Wisconsin, donde ella y su esposo leen, escriben y cuidan el jardín, con la ayuda de los perros, por supuesto.

Puedes visitarla en *Facebook*, o leer sus *blogs* y conocer sus libros en www.cathymacraeauthor.com. ¡Escríbele una línea, le encanta saber de sus lectores!

Para estar al tanto de nuevos lanzamientos y otras cosas divertidas, ¡suscríbete a su boletín! (¡Allí también encontrarás noticias de DD!)

Otras formas de conectar con Cathy:

- Facebook
- Twitter: @CMacRaeAuthor
- Instagram: cathymacrae_author
- Página de autora en Amazon
- Pinterest

BookBub: <https://www.bookbub.com/authors/cathy-macrae>

DD MacRae disfruta trayendo la historia a la vida y considera la investigación una de las mejores cosas de escribir una historia. Con más de 35 años de entrenamiento en artes marciales, DD también aporta acción emocionante a los relatos.

Puedes conectar con DD a través de www.cathymacraeauthor.com. ¡Siempre es emocionante saber de los lectores!